

ALBERT Z. MANFRED

Maximilien de Robespierre



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2014
ω

Autor: Albert Z. Manfred

El texto de la presente obra corresponde al capítulo III
de “*Tres retratos de la Revolución Francesa*”.

Editada por: Editorial Progreso (Moscú).

Fecha de la primera edición en ruso: 1979.

Fecha de la primera edición en español: 1989.

Traductor de la obra al castellano:

Jocha Tuchman Kurik

La presente edición digital se ha realizado con una
finalidad exclusivamente cultural, sin ningún
interés lucrativo o de otra índole.

Biblioteca Virtual

Omegalfa,

.

Digitalización y maquetación:

Demófilo, 2014.

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2014

Ⓞ

I

EN la historia hay nombres que ni el tiempo, ni las pasiones, ni la indiferencia pueden eliminar de la memoria de las generaciones. Uno de ellos es el nombre de Maximilien de Robespierre.

La vida de Robespierre fue muy corta. Murió, o más exactamente, fue ejecutado en el patíbulo poco después de haber cumplido treinta y seis años. De esa breve vida sólo los últimos cinco años fueron significativos; durante los años anteriores nada distinguió al joven abogado de Arras, admirador de Jean- Jacques Rousseau y autor de poemas sentimentales.

Cuando en la primavera de 1789 Robespierre, en su calidad de diputado del tercer estado de Arras a los Estados Generales, hizo su debut en la gran palestra política, sus primeros pasos fueron acogidos con hostilidad y menosprecio. No sólo en Los actos de los apóstoles (boletín monárquico reaccionario de Rivarol) se burlaban de él, sino que también sus correligionarios políticos, los diputados del tercer estado y los periodistas opuestos al absolutismo, lo ignoraban o lo trataban con desprecio. En los artículos de los periódicos de aquella época su apellido era deformado: lo llamaban Robert-Pierre, Robers-pierre, Robert, y la mayoría de las veces no mencionaban su nombre, sustituyéndolo por la frase ofensivamente impersonal: “uno de los diputados”. Los petimetres y los experimentados chistosos de la capital eligieron a Robespierre como blanco de sus burlas. Todo les resultaba divertido en el diputado de Arras: el anticuado fraque verde olivo, los modales provincianos y el estilo solemne y grandilocuente de sus discursos escritos de antemano. Un día tuvo que abandonar la tribuna a causa de la increíble hilaridad que había estallado en la sala. En otra ocasión el ruido en el auditorio era tan grande que se vio obligado a interrumpir su intervención. Después de intentar en vano sobreponerse al ruido de los reunidos, se dio cuenta de que le resultaría imposible y bajó de la tribuna sin terminar su discurso.

Pero el tiempo transcurrió y las voces de los que se burlaban se vieron obligadas a enmudecer. En los periódicos aprendieron a escribir correctamente su apellido, que de la última página pasó a la primera. Ahora sus intervenciones eran escuchadas con atención en la Asamblea Nacional y en el Club de los Jacobinos; ya nadie hacía señalamientos irónicos sobre la ropa, los modales o el estilo del orador.

Transcurrió un poco más de tiempo y cada discurso de Robespierre en la Convención ya constituía un importante acontecimiento político: era acogido con furiosas exclamaciones de protesta en un sector de la Convención y con atronadores aplausos en otro.

La Revolución avanzaba, ascendía a nuevos niveles, cada vez más altos, en su desarrollo. Junto con ella crecía también la gloria de Maximilien de Robespierre. Nada cambió en su modo de vida: seguía viviendo en la misma única habitación del ala de madera de la casa del carpintero Maurice Duplay en la calle Saint-Honoré; continuaba siendo tan pobre como cuando era un desconocido, no ocupaba ningún puesto o cargo especial. Pero de todos modos su influencia sobre la política del Gobierno revolucionario, sobre la marcha general de los acontecimientos se incrementaba constantemente y sus palabras adquirían un peso cada vez mayor.

De todos los líderes de la Revolución, Robespierre fue el único que, encabezándola, recorrió con ella hasta el final todo el camino. Algunos quedaron rezagados desde el inicio, otros fueron desechados por el torrente revolucionario en sus bruscos virajes. De los tres líderes jacobinos Marat fue asesinado por el puñal del enemigo en los primeros días del poder jacobino, poco después Danton fue condenado por el Tribunal Revolucionario y sucumbió en la guillotina, sólo Robespierre se mantuvo en la cresta de la ola revolucionaria.

Robespierre estaba en el centro de la marcha impetuosa de esos extraordinarios acontecimientos que no tenían precedentes en la historia. Luchaba duramente, pero, como dijo Herzen, con paso valiente “avanzaba sobre la sangre y la sangre no lo manchaba”.¹ El pueblo sencillo llegó a querer al Incorruptible. Los enemigos declarados o secretos de la Revolución, que temblaban con el más leve movimiento de sus cejas

¹ A. I. Herzen. *Obras*, en ruso. Moscú, 1956, t. 3, p. 330.

y que por eso lo odiaban cada vez más, afilaban sus cuchillos y tejían una telaraña de conspiraciones.

En el verano de 1794 parecía que la República había alcanzado la cima del poderío y la gloria. Los rayos de esa gloria iluminaban al líder del Gobierno revolucionario: Robespierre. Pero la guillotina en un instante tronchó su gloria, que había alcanzado el zenit. El 9 termidor los conspiradores que hasta entonces habían permanecido ocultos dieron un golpe de Estado contrarrevolucionario, declararon fuera de la ley a Robespierre y a sus amigos y al día siguiente, sin juicio previo, los ejecutaron en la plaza de Gréve de París.

* * *

Naturalmente, esta vida singular y ese destino asombroso suscitaron durante muchas décadas un interés que no ha disminuido con los años.

Ya al día siguiente de la muerte de Robespierre la leyenda comenzó a rodear su nombre. Tanto sus enemigos de todos los frentes, de todos los grupos y fracciones que luchaban contra la Revolución, como sus amigos de ayer, a los que el miedo obligaba a renegar del vencido, todos se manifestaban en su contra. Basta mencionar al célebre pintor Louis David, miembro del Comité de Seguridad General. Amigo de Robespierre, que después del discurso del Incorruptible el 8 termidor en el Club de los Jacobinos había prometido con vehemencia tomar con él hasta el fondo la copa de cicuta, después de la muerte de Robespierre se justificaba afirmando que había sido burdamente engañado por este último. Todos los que por diferentes motivos no estaban conformes con el Gobierno de la dictadura jacobina, los sospechosos sobre los que se perfilaba la sombra de la guillotina, los especuladores, los concusionarios, los malversadores de los bienes del Estado, los ambiciosos y los arribistas,

todos los que habían temblado bajo el férreo puño del Comité de Salvación Pública, ahora cubrían de fango, calumnias y difamaciones el nombre del líder derrotado. No sólo los deshonestos cómplices de la conspiración —los Tallien, los Barras y los Fréron— emulaban en las maldiciones que vomitaban contra El Incorruptible, que ahora era calificado de “déspota” y “tirano”. Después del 9 termidor la atmósfera

política estaba tan caldeada que la gente que nada tenía que ver con las pasiones egoístas y los cálculos políticos, sucumbía ante esa psicosis social. Así, Joseph Rouget de Lisle, genial autor de *La Marsellesa*, compuso un himno mediocre y deferente que glorificaba la conspiración del 9 termidor por haber tronchado el “complot de Robespierre”; los dramaturgos, los directores de escena y los actores, cuyos nombres no han quedado registrados en los anales de la historia, calumniaban al Incorruptible en sus desenfadadas representaciones teatrales.²

Casi todas las personalidades de la Revolución tuvieron muchos enemigos. La huella de esta hostilidad que los acosó en vida dejó también sus trazos en la historia. Por supuesto, ni la propia hostilidad ni el grado de su intransigencia en las generaciones posteriores de las clases dominantes podían ser iguales en todos los casos. Marat, por ejemplo —ya he tenido ocasión de señalarlo—, fue particularmente odiado por la burguesía. Pero a pesar de todo, si en este caso son admisibles las comparaciones, hay que reconocer que el círculo de enemigos de Robespierre era mucho más grande que el de los adversarios de *El Amigo del Pueblo*. Marat era odiado y temido por todos los que estaban a la derecha de los jacobinos: los girondinos, los *feuillants* y los realistas. Entre los enemigos de Robespierre, además de éstos había también otros, surgidos en el último año del gobierno jacobino, cuando ya Marat había muerto. Además de las agrupaciones mencionadas, entre los enemigos que Robespierre tuvo en vida estaban también los “coléricos”, los hebertistas, los dantonistas y todos los heterogéneos y variados elementos que luego configuraron el bloque termidoriano.

A Robespierre se le atribuía la responsabilidad por todo. El cuchillo de la venganza que se abatió sobre Charlotte Corday, los cadáveres de los diputados girondinos devorados por los lobos, los bucles de María Antonieta, los restos del duque de Orléans (Philippe-Egalité), la desesperación y el suicidio de Jacques Roux en la cárcel, la sangre de Chauvette, que murió siendo inocente, la briosa furia de Danton, las lágrimas de Lucile Desmoulins y de otros cientos de condenados por el Tribunal Revolucionario, culpables e inocentes: todo esto se le imputaba a Maximilien de Robespierre.

² Person. *Chants républicains et poésies patriotiques*. An. III; este mismo tema se aborda en el trabajo manuscrito del profesor K. Dobroliubski.

A esto hay que prestarle atención desde el principio puesto que constituye la clave para la comprensión de la historiografía posterior sobre Robespierre y explica el carácter complejo y contradictorio de las apreciaciones de las que él será objeto más tarde.

Después de la caída de la dictadura jacobina todos los enemigos de Robespierre —de derecha y de “izquierda”— coincidieron en la divulgación de ciertas fórmulas generales que, siendo monstruosas calumnias, eran presentadas como verdades evidentes. “Tirano”, “déspota”, “dictador”, “asesino”, “sanguinario”: todos estos injuriosos apodos aplicados a Robespierre sonaban de manera idéntica en los labios del “izquierdista” Collot d’Herbois y del derechista Boissy d’Anglas. La solidaridad de los termidorianos en sus aspiraciones de presentar a Robespierre como enemigo del género humano iba tan lejos que sin conformarse con la destrucción física y política del líder de los jacobinos llegaron incluso a ultrajar sus restos al componer este sacrilego epitafio:

*“Passant, qui que tu sois, ne pleure pas mon sort.
Si je viváis, tu serais mort”*,

que pudiera ser traducido así:

*“Transeúnte, no llores por mi suerte.
Si yo viviera, tú estarías muerto”*.³

Pero fuera de estos límites comenzaba la esfera de las divergencias. Ya al segundo día después del 9 termidor Billaud-Varenne, Barére y Vadier acusaban a Robespierre de ser moderado e indulgente con los enemigos, de proteger a los sacerdotes, es decir, lo criticaban, digamos, desde posiciones de izquierda. Thibaudeau, Thuriot y otros dantonistas, por el contrario, exigían la depuración y la supresión del Tribunal Revolucionario, demandaban amnistía y clemencia, es decir, sustentaban posiciones de derecha.

De este modo, Robespierre, que ya no podía responder a sus detractores, fue presa de la difamación y la calumnia. Los merodeadores políticos y literarios, que se apresuraban a sacar provecho de su indecoroso

³ L. Blanc. *Historia de la Revolución Francesa de 1789*, en ruso. San Petersburgo, 1909, t. XI, p. 225.

oficio, se burlaban de la memoria del líder de la Montaña fabricando obras difamatorias.

Empezando por el informe de Courtois, basado en la más burda y flagrante falsificación,⁴ pasando por los mediocres folletos de Duperron, Montjoie, Merlin de Thionville, Laurent Lecointre, que ya había entrenado su mano escribiendo denuncias difamatorias,⁵ y muchas otras obras similares escritas por plumas venales, comenzó a configurarse paulatinamente una historiografía sobre Robespierre que, además de ser extremadamente contradictoria, era totalmente falsa de principio a fin, estaba basada en la calumnia, en la tergiversación de la verdad, en las invenciones de la ira rencorosa, en la malicia de las ofensas que no han sido olvidadas.

Así, fue creada esa imagen tergiversada e irreconocible del Robespierre terrible, privado de todo rasgo humano, la encarnación petrificada de todos los vicios y las bajas pasiones, del tirano y el asesino sanguinario.

Sin embargo, a pesar de esta versión apoyada por el poder estatal y divulgada por la Iglesia, la escuela y la ciencia oficial, en la conciencia del pueblo, en la memoria de las generaciones se mantuvieron vivas otras ideas sobre Robespierre, otros recuerdos, otra imagen humana y humanista que no se parece en nada a ese terrible retrato. Por mucho que los difamadores hayan intentado denigrar al gran revolucionario del siglo XVIII, a través del manto de mentiras y calumnias que se fue acumulando durante muchos años se percibía y brillaba la imagen fiel, sin manchas oprobiosas, del *Incorruptible*. Y las nuevas generaciones al observar con atención esta silueta cincelada que se hundía cada vez más en la profundidad del tiempo, trataban de descifrar su secreto.

A primera vista podía parecer que las mentes jóvenes se sentían fascinadas por la propia singularidad de la vida y el destino de Robespierre: treinta años de anonimato y luego el ascenso impetuoso, deslumbrante,

⁴ E. Courtois. *Rapport fait au nom de la commission chargée de Vexamen des papiers trouvés chez Robespierre et ses complices*, Paris, 1794.

⁵ L. Duperron. *Vie secrète, politique et curieuse de Maximilien Robespierre, suivie de plusieurs anecdotes sur cette conspiration sans pareille*. Paris, an 2 de la République; Ch. F. L. Montjoie. *Histoire de la conjuration de Maximilien Robespierre*. Paris, 1976; Merlin de Thionville a ses collègues. *Portrait de Robespierre-*, L. Lecointre. *Robespierre peint par lui-même*. Paris, s. a.

como el despegue de un cohete, y ya en la cima más alta, la caída y la muerte. Pero para las mentes y los corazones ambiciosos que se podrían sentir atraídos por ese aspecto externo de la biografía de Robespierre, hubiera resultado, sin dudas, mucho más atractivo otro ejemplo de destino singular, que todos tenían a la vista: el destino de Napoleón Bonaparte. El puente de Arcóle, el sol de Austerlitz, las fanfarrias de las victorias, las abejas doradas sobre el terciopelo —el emblema de la nueva dinastía imperial— todo eso, para los ambiciosos y los soñadores de dieciocho años, era cien veces más seductor que la severa austeridad de los paños negros del Comité de Salvación Pública. Stendhal es fiel a la verdad histórica cuando nos muestra a su héroe preferido, al dotado y ambicioso Julián Sorel, procedente del pueblo, escondiendo bajo el colchón un apreciado-retrato, que por supuesto no era el de Robespierre, sino el de Napoleón Bonaparte. Por otra parte, el destino postumo de estas dos personalidades que, cada cual a su manera, fueron las más significativas de la época crucial de fines del siglo XVIII y principios de] siglo XIX fue demasiado diferente. La memoria de Napoleón fue perpetuada por las clases dominantes mediante la columna de Vandôme, el Domo de los Inválidos, diversos monumentos, cientos de miles de reproducciones, museos y una vastísima literatura. Pero hasta hoy en día en Francia, ni en la capital, donde en otros tiempos sesionó la Convención, ni en otras ciudades hay un monumento al representante más significativo de la Primera República e incluso su nombre en la historia de Francia aún está muy lejos de resonar a plena voz.

Por supuesto, esos que ambicionaban la gloria, el triunfo y los honores no eran los que volvían la mirada hacia Robespierre tratando de desentrañar el secreto sentido de su singular destino. Los representantes de las clases oprimidas, las fuerzas sociales que participaban en la lucha revolucionaria veían en la experiencia heroica de la dictadura jacobina y en su líder un ejemplo inspirador para sus hazañas y sus pruebas.

De ellos, los primeros que deben ser mencionados, que se proclamaron valientemente herederos y continuadores de la lucha encabezada por Robespierre, fueron Gracchus Babeuf y sus compañeros de la célebre “conspiración de los iguales”.

Ellos fueron los iniciadores de una orientación diferente —favorable a Robespierre y mucho más veraz— en el desarrollo del pensamiento social y, concretamente, de la historiografía de la primera Revolución

Francesa, que se opuso a la corriente reaccionaria y difamatoria. A nuestro juicio, esto debe ser analizado más detalladamente.

* * *

Como es sabido, el surgimiento del movimiento de los “iguales” coincidió con el derrumbe político e ideológico de los llamados “termidorianos de izquierda”. Algunos de ellos, como, por ejemplo, Amar, establecieron relaciones directas con la “conspiración de los iguales”⁶ * desempeñaron un papel bastante significativo en ese movimiento. Pero en su conjunto los “termidorianos de izquierda” (Billaud-Varenne, Collot d’Herbois, Voulland, Barère y otros) permanecieron muy alejados del movimiento de los “iguales”, de Babeuf y de sus compañeros de lucha no sólo en el aspecto organizativo e ideológico, sino también en la valoración de Robespierre.

Los “termidorianos de izquierda” desempeñaron un papel importante y funesto en los acontecimientos cruciales del 8 y 10 termidor.⁷ La mayoría de los futuros participantes en la “conspiración de los iguales”, como también otros jacobinos honestos, por ejemplo, los llamados “últimos montañeses”: Romme, Goujon, Bourbotte, Soubrany y otras futuras víctimas de pradiar, contribuyeron en un grado mucho menor al derrocamiento de Robespierre, aunque aprobaron sin reservas el golpe de Estado. A pesar de estas diferencias, tanto unos como otros —ya sea por sincera convicción, por falta de reflexión o por hipocresía, en este caso no tiene importancia— consideraron que el golpe contra revolucionario del 9 termidor era una sublevación revolucionaria, una revolu-

⁶ Ph. Buonarroti. *La conspiración en nombre de la igualdad, llamada conspiración de Babeuf*, en ruso. Moscú, t. II, 1948.

* En el proceso de Vandôme contra los “iguales” fue juzgado, además de Amar, también Vadier quien, sin embargo, de acuerdo con el testimonio competente de Buonarroti “no sabía nada de la conspiración”.

⁷ J.-N. Billaud-Varenne. *Mémoire inédit sur 9 thermidor.-Revue historique de la Révolution française*, Paris, 1910, pp. 57-74, 161-175, 321-336; *Trois lettres inédites de Voulland sur le crise de Thermidor.*—Annales historiques de la Révolution française, Paris, 1927, N° 19, pp. 67-77; *Mémoires de B. Barère, membre de la Constituante, de la Convention, du Comité de Salut public et de ja Chambre des Représentants, publiés para H. Carnot et David (d’Anger)*, Bruxelles, 1842, t. 1-2.

ción. Incluso en uno de los primeros documentos del movimiento de los “iguales”, de finales de 1795 o principios de 1796, los sucesos del 27 de julio de 1794 son calificados como “la revolución de termidor”.⁸

Pero para los “termidorianos de izquierda” poco después del golpe de Estado se tornó evidente que esa “revolución de termidor” había quedado fuera de su control y en realidad no era una revolución, sino una contrarrevolución. Comenzaron a ser relegados a un segundo plano, luego fueron víctimas de reproches y afrentas, más tarde fueron arrestados y deportados, en la mayoría de los casos incluso sin cumplir las formalidades judiciales, exactamente igual que el 9 termidor. Entonces comenzaron a arrepentirse.

Psicológicamente resultaba perfectamente comprensible el hecho de que todos esos Billaud, Collot, Vadier —miembros de los poderosos Comités de Salvación Pública y de Seguridad General, que a pesar de todos sus pecados eran hombres de temple de acero— ardieran de indignación al ver cómo un insignificante Rovère, quien confesaba cínicamente que “acariciaba el perrito de Couthon para conquistar la benevolencia de su amo”,⁹ ahora en el Comité de Seguridad General decidía la suerte de la gente y se bañaba en oro.

Por supuesto, esta autocrítica tardía y ya sin objeto tenía en los “termidorianos de izquierda” su matiz individual. El inteligente, flexible e inescrupuloso Barère de Vieuzac, quien siempre sabía cómo mantenerse a flote en el impetuoso torrente y quien habiendo sido, en su momento, presidente del Club de los Feuillants supo convertirse más tarde prácticamente en el único miembro inamovible del Comité de Salvación Pública, en sus memorias, escritas o redactadas casi treinta años después de los trágicos sucesos de 1794, admitió que “el 9 termidor destruyó la fuerza revolucionaria”. El afirmaba sin ocultar su indignación que el poder cayó en manos de una “coalición contrarrevolucionaria”, integrada, a su juicio, por hombres fieles a Danton, representantes del “pantano” y de los agentes secretos de Luis XVIII; él incluso los calificaba despectivamente como “termidorianos”,^{10*} excluyéndose, por

⁸ Ph. Buonarroti. Ob. cit., t. II, p. 107.

⁹ R. Levasseur. *Mémoires*. Paris, 1831, t. IV, p. 66.

¹⁰ B. Barère. *Mémoires*, t. 2, pp. 210, 211.

supuesto, a sí mismo de ese grupo. Pero Barére interpretaba estos acontecimientos ante todo como una catástrofe personal: temidor se convirtió en contrarrevolución no por haber derrocado al Gobierno revolucionario encabezado por Robespierre, sino por el hecho de que poco después de temidor los incapaces amateurs *du pouvoir* (aficionados del poder), que no le perdonaban a él, a Barére, su popularidad y su talento, lo habían desplazado de la dirección.^{11**} Es evidente que Barére estaba muy lejos de revisar su actitud hacia Robespierre y de reconsiderar políticamente el papel del Incorruptible en la Revolución. Por supuesto, como hombre inteligente, tenía que reconocer también los méritos de Robespierre: su irreprochable “honestidad, el amor a la libertad, la firmeza de principios, el amor a la pobreza, la fidelidad a la causa del pueblo”; de otro modo sería imposible comprender cómo él, Bertrand Barére, pudo compartir con Robespierre la gloria y el poder en el Comité de Salvación Pública. Pero en lo principal y lo fundamental, incluso después de la prolongada experiencia del triunfo de la reacción burguesa y más tarde, de la reacción aristocrática feudal, Barére repetía en sus memorias la vieja versión del despotismo insaciable y la avidez de poder de Robespierre, sobrevalorando de manera evidente su propio papel en los sucesos del 9 temidor.¹²

De este modo, incluso treinta años después de la caída y la muerte de Robespierre, Barére continuaba justificando la lucha contra él como una supuesta proeza heroica para salvar a la Revolución de la tiránica dictadura que la oprimía.

* Hippolyte Camot, que escribió (en colaboración con David d'Anger) para la edición de las memorias de Barére una extensa introducción, muy rica en contenido, señalaba que Barére comenzó a trabajar en sus memorias durante los primeros años del Imperio y las redactó en los últimos años de su vida (murió en 1841).

¹¹ *Ibíd.*, pp. 219-220.

^{**} Entre todos los testimonios que Barére reproduce a su favor en sus *Memoirs* cita también las palabras que supuestamente le dijo Granet de Marsella: “Presenta tu dimisión: eso pondrá fin a todo. Sólo actuando de ese modo podrás estar tranquilo, ya que estos hombres no te perdonan tu celebridad, tus prolongados triunfos sobre la tribuna. Hay que retirarse y cederles el puesto” (Barére: *Mémoires*, t. II, pp. 219-220).

¹² *Ibíd.*, pp. 178-214.

Lamentablemente, el historiador no dispone de otras fuentes tan completas como las memorias de Barére, que revelan las posiciones ideológicas de otros “termidorianos de izquierda” después de su derrumbe político. Hay que conformarse con datos fragmentarios y pruebas indirectas que dejan lugar a conjeturas.

Las notas de Philippe Buonarroti sobre sus encuentros con Barére y Vadier durante los años de exilio en Bélgica en la época de la Restauración, que fueron publicadas por el historiador francés Mathiez,¹³ permiten formarnos una idea clara acerca de las concepciones y las posiciones ideológicas de estos dos participantes del golpe del 9 termidor.

Las impresiones y los juicios de Buonarroti sobre Barére en general confirman a plenitud el autorretrato político dibujado por Barére en sus memorias, publicadas aproximadamente quince años después de dichos encuentros. La caracterización que Buonarroti hace de Barére testimonia la excepcional perspicacia y la exactitud de las valoraciones del autor de esas notas.

Como uno de los miembros más influyentes del Comité de Seguridad General y enemigo irreconciliable y militante de la Iglesia y la religión, Vadier desempeñó un papel importante en la preparación y la organización del golpe del 9 termidor. Treinta años más tarde, cuando Buonarroti lo volvió a ver^{*} en el exilio de Bruselas, ya era un anciano de más de noventa años. Pero ni siquiera esa venerable edad fue capaz de inspirarle a Buonarroti un sentimiento de respeto hacia el temible ex dirigente del Comité de Seguridad General. Buonarroti utilizó un tono despectivo y hostil al referirse a él: “Odiar a los aristócratas y burlarse de la religión: en eso consiste toda la política de Vadier. A él le gusta mucho la igualdad, siempre que reciba buenos ingresos, pueda vender ventajosamente sus mercancías y conserve alguna influencia sobre los asuntos políticos”.¹⁴ Así era el anciano Vadier, sin máscara y sin adornos, dibu-

¹³ A. Mathiez. *Le role de Barére et de Vadier au 9 thermidor jugé par Buonarroti*. - *Annales révolutionnaires*, 1911, t. IV, pp. 96-102; reeditado en la antología: A. Mathiez. *Autour de Robespierre*. Paris, 1925, pp. 234-241.

^{*} En 1797 Buonarroti permaneció durante más de tres meses recluso en la isla de Pelée, cerca de Cherbourg, junto con Vadier, implicado por error en el asunto de la “conspiración de los iguales”.

¹⁴ A. Mathiez. *Autour de Robespierre*, p. 237.

jado del natural por Buonarroti en los días de su vegetativa existencia. Ese anciano mezquino, amargado y vanidoso que nos describe Buonarroti, ahora consideraba, naturalmente, funesto y fatal el día 9 termidor, ya que en esa fecha habían empezado los infortunios de la patria, que él identificaba con sus propias desdichas. Pero al igual que Barére, sólo que de un modo más grosero y primitivo, sin ningún tipo de reservas, justificaba a plenitud su participación en la lucha contra Robespierre y repetía las inventadas y desgastadas acusaciones formuladas en 1794 contra éste.

No tenemos datos que nos permitan conjeturar cierto cambio en la actitud hacia Robespierre por parte de los cabecillas de los “termidorianos de izquierda”: Collot d’Herbois y Billaud-Varenne.

Collot d’Herbois, el miembro del Comité de Salvación Pública más allegado a los hebertistas, responsable de las desmedidas represiones en Lyon, reprobado por el Gobierno revolucionario, tenía fundamentos para temer a Robespierre y desempeñó uno de los papeles principales en los días decisivos de termidor. Él fue quien presidió la fatal sesión de la Convención el 9 termidor, abusando de su poder en favor de los conspiradores y fue a él a quien Robespierre, en su última e iracunda réplica desde su puesto, calificó de “presidente de los asesinos”. Encerrado varios meses después en la prisión y luego deportado a las tierras tropicales de la pútrida Guayana para encontrar allí la muerte ¿reconsideró Collot d’Herbois, yaciendo sobre el jergón de la cárcel, el significado de los acontecimientos en los que había jugado un papel tan siniestro? Sobre esto no existe ningún testimonio y en este caso las conjeturas estarían fuera de lugar. Collot d’Herbois pasó a la historia tal como era el 9 termidor: un furioso y rabioso enemigo de Robespierre.

El severo y firme Billaud-Varenne, que hasta el final de sus días siguió siendo un demócrata convencido, en sus apuntes publicados postumamente se mostró mucho más justo con Robespierre que en la vida real. “Si me preguntaran de qué modo Robespierre fue capaz de llegar a ejercer tanta influencia sobre la opinión pública yo respondería que lo logró subrayando las más austeras virtudes, su indudable espíritu de sacrificio y los más puros principios”, escribió Billaud-Varenne. Pero también él, como Barére y Vadier (y quizás incluso en mayor medida que ellos, puesto que sus principios eran más firmes) no era propenso a

reconsiderar críticamente el papel que había desempeñado en el verano de 1794.

Carrier, quien, al igual que Collot d'Herbois, le temía al castigo revolucionario por las atrocidades cometidas en Nantes, por su participación directa en el fallido intento de sublevación de los hebertistas en marzo de 1794 y quien ya por eso se había convertido en un activo cómplice de la conspiración contra Robespierre, resultó ser, por una cruel ironía del destino, uno de los primeros a quienes los termidorianos de derecha calificaron de “secuaces de Robespierre” y enviaron a la guillotina. La célebre frase de Carrier en su alegato de defensa en la Convención: “¡Aquí todo es culpable, todo, hasta el timbre del presidente!”, tenía un doble sentido bien claro: toda la Montaña, toda la Convención eran responsables por el terror y la política de violencia que le imputaban sólo a él, a Carrier. La lógica de estas reflexiones debía conducir a una rehabilitación indirecta de Robespierre. Pero esta frase no fue continuada. Carrier rodó por la pendiente y la velada amenaza contenida en esas palabras dictadas por la desesperación no le ayudó a mantenerse en la superficie. Por el contrario, al ser bien entendida, sólo aceleró su caída y su muerte.

¿Es necesario hablar de otros “termidorianos de izquierda”?

De todos modos, ya nos hemos detenido bastante en su análisis. Pero eso es necesario para constatar que la mayoría de los “termidorianos de izquierda”, incluso después de la total bancarrota de su política y del hundimiento personal, continuaron justificando su lucha contra Robespierre en el verano de 1794.

Esta constatación es importante también porque explica las fuentes del surgimiento de una segunda corriente hostil a Robespierre en la posterior historiografía democrática revolucionaria del siglo XIX.

* * *

A diferencia de los “termidorianos de izquierda”, Babeuf y sus compañeros de lucha en el período de la reacción termidoriana y del Directorio hicieron una reconsideración total de sus concepciones acerca de los cruciales sucesos de julio de 1794 y modificaron conscientemente su actitud hacia Robespierre.

Mathiez, quien en reiteradas ocasiones investigó el problema de la actitud de los babuvistas hacia Robespierre, brindó la exposición más completa de sus criterios sobre este aspecto en el muy valioso artículo Babeuf y Robespierre, publicado en 1917.¹⁵

Después de mencionar en este artículo que Babeuf desde 1791 y en adelante no cesó de admirar a Robespierre, Mathiez expone el criterio de que, supuestamente, el apoyo de Babeuf al golpe de Estado del 9 termidor fue sólo un falso tributo a las exigencias de la época. “Indudablemente, Babeuf como periodista debía tomar en consideración la opinión pública —escribió Mathiez—, estaba obligado a censurar a Robespierre y a deslindarse de ese nombre comprometedor en el periódico fundado por él el 17 fructidor del año II”. Pero el modo en que lo hacía “no engañaba respecto a los verdaderos sentimientos de Babeuf.”¹⁶

No podemos estar de acuerdo con este criterio. El análisis de los artículos de Babeuf en el *Journal de la liberté de la presse* (Diario de la libertad de prensa), publicado en septiembre de 1794 y también, en parte, en *Le tribune du peuple* (La tribuna del pueblo), que fue su continuación, demuestra que Babeuf durante los primeros meses posteriores al 9 termidor, sin comprender, al igual que muchos otros, la muy enredada situación, que se tornaba más confusa aún por las diferentes consignas simuladoras, saludó el golpe de Estado del 27 de julio considerándolo una revolución y censuró a Robespierre como tirano.¹⁷ La posición de Babeuf durante aquellos días era muy similar a las posiciones de muchos otros demócratas de izquierda engañados o autoengañados, que creían a pie juntillas en las consignas demagógicas de los termidorianos sobre la “lucha contra la tiranía”. Babeuf, como muchos otros, creía ingenuamente que con la caída del “triumvirato de los tiranos” debía comenzar una era de libertad ilimitada del pueblo. El propio nombre del primer órgano de prensa publicado por Babeuf —*Diario de la libertad de prensa*— es muy elocuente.

¹⁵ A. Mathiez. *Babeuf et Robespierre*.—*Annales révolutionnaires*, mai 1917; véase también A. Mathiez. *Etudes sur Robespierre*. Paris, 1958, pp. 237-250.

¹⁶ A. Mathiez. *Autour de Robespierre*, p. 246.

¹⁷ *Pages choisies de Babeuf recueillies, commentées, annotées par M. Dommanget*, Paris, 1935, pp. 161-224.

Sin embargo, muy pronto, bajo la influencia de la dura experiencia de la contrarrevolución termidoriana, Babeuf modificó su actitud hacia el golpe del 27 de julio y, por consiguiente, también reconsideró su valoración de las víctimas de aquel golpe: Robespierre, Saint-Just y Couthon, de su lugar y su papel en la Revolución. El análisis de la evolución ideológica de Babeuf en esos decisivos y últimos dos años de su vida no forma parte de la tarea del presente trabajo. Aquí sólo señalaremos, del modo más general, que a medida que Babeuf se convertía en el líder ideológico y político del movimiento de los “iguales” fue modificando cada vez con más firmeza su criterio sobre Robespierre y sobre la dictadura jacobina en favor de estos últimos.

Esta nueva valoración de Robespierre y de la dictadura revolucionaria fue expuesta por Babeuf en varios de sus artículos de *Le tribune du peuple*¹⁸ y registrada por Buonarroti en su célebre historia de la “conspiración de los iguales”.¹⁹ Pero quizás su mejor formulación la encontremos en la carta de Babeuf a Bodson del 29 de febrero de 1796, que fue reeditada por Espinas a fines del siglo XIX. “Hoy debo reconocer mi culpa por el hecho de haber visto, en otra época, con matices negros tanto al Gobierno revolucionario, como a Robespierre y a Saint-Just — escribió Babeuf—, Estoy convencido de que estos hombres por sí mismos eran más valiosos que todos los revolucionarios juntos y que su Gobierno dictatorial estaba diabólicamente bien pensado.” Y agregaba: “El robespierrismo es democracia; estas dos palabras son totalmente idénticas”.²⁰

¡He aquí una reflexión que no deja lugar a equívocos ni a malas interpretaciones de ningún tipo!

No sólo Babeuf, sino también otros dirigentes y participantes del movimiento de los “iguales” durante los días de la contrarrevolución ter-

¹⁸ *Le Tribune du peuple*, N° 40, 5 ventôse l’an IV (24.11.1796); véase también los N°N° 29 y 34.

¹⁹ Ph. Buonarroti. *Ob. cit.*, t. I, pp. 84-87, 108-112, 137-140, 154-163, 216, 348-349; véase también V. M. Dalin *Gente e ideas*, en ruso. Moscú, 1970.

²⁰ A. Espinas. *La philosophie sociale du XVIII siècle et la Révolution*. Paris, 1898, pp. 257-258.

midoriana y la “orgía burguesa del Directorio”²¹ fueron capaces de comprender y apreciar la grandeza histórica de Robespierre. Alexandre Darthé, uno de los principales dirigentes de la “conspiración de los iguales”, ejecutado junto con Babeuf, de acuerdo con el testimonio de Buonarroti, “asimiló muy temprano las convicciones de Robespierre y contribuyó con todas sus fuerzas a la realización de las mismas; por su parte, Robespierre lo apreciaba mucho”. El propio Buonarroti definió a Robespierre como “el célebre mártir en nombre de la igualdad”,²² lo admiró durante toda su vida y lo veneró considerándolo “un gran hombre”.²³

Buonarroti fue también el primer y más prestigioso autor de la concepción que establece un nexo de continuidad entre Babeuf y Robespierre, entre los babuvistas y los jacobinos. Demostró en su obra que entre ellos existía no sólo una sucesión personal, sino también ideológica; supo comprender profundamente y definir de manera excelente la esencia progresista de la política dictatorial del gobierno revolucionario. Polemizando contra las falsas acusaciones que calificaban de tirano a Robespierre, Buonarroti escribió: “La tiranía de Robespierre consistía... en la fuerza de sus sabios consejos, en la influencia de su virtud... Era un tirano para la gente perversa”.²⁴

En ese mismo libro, al valorar los objetivos positivos del movimiento de los “iguales” —la aspiración de los partidarios de Babeuf a la realización de “las leyes de la libertad y la igualdad”— Buonarroti escribió que “Robespierre era amigo de esa igualdad”, considerándolo de este modo un precursor directo del movimiento de los “iguales”.²⁵

Mathiez sólo se sumó a la concepción de Buonarroti al subrayar el nexo de continuidad entre el robespierrismo y el babuismo. Hizo muchos aportes valiosos en esta esfera al descubrir y publicar una serie de documentos nuevos que demostraban una vez más cuán altamente valora-

²¹ Carta de F. Engels a V. Adler a Viena del 4 de diciembre de 1889. C. Marx y F. Engels. Obras, t. 37, p. 267.

²² Ph. Buonarroti. Ob. cit., t. I, pp. 141 y 87.

²³ P. Robiquet. *Buonarroti et la secte des Egaux d'après les documents inédits*. Paris, 1910, p. 28.

²⁴ Ph. Buonarroti. Ob. cit., t. I, p. 109.

²⁵ *Ibíd.*, p. 160.

ban Babeuf y sus amigos a Robespierre, Saint-Just y al Gobierno revolucionario liderado por ellos. Pero al mismo tiempo Mathiez cometió un error de carácter doble. En primer lugar, redujo los orígenes del babuvismo, si no exclusiva al menos primordialmente, a robespierrismo y con esto dio un paso de retroceso en comparación con Buonarroti e incluso con Advielle,²⁶ quien no analizaba las cosas desde un punto de vista tan unilateral. En segundo lugar, en correspondencia con su característica propensión a la modernización y a la búsqueda del socialismo allí donde éste no existía ni podía existir, Mathiez intentó aproximar las posiciones de Robespierre y Babeuf atribuyéndole al primero los rasgos de un combatiente socialista e incluso comunista.²⁷

En la literatura histórica soviética, en su período inicial, la imagen del comunista-utopista de fines del siglo XVIII suscitó, naturalmente, un gran interés y llamó mucho la atención. El estudio de este tema condujo lógicamente al esclarecimiento del problema de la génesis ideológica del babuvismo. Sobre este tema surgieron, en su momento, acaloradas polémicas, en el curso de las cuales, además de ideas correctas, se manifestaron también no pocas afirmaciones confusas y erróneas. En la actualidad no tiene sentido detenernos en el análisis de estas polémicas, al menos por la sola razón de que los autores de las tesis más dudosas o claramente erróneas (Y. Zajer, P. Schégolev) renunciaron a ellas más tarde, y sobre todo porque en las décadas transcurridas desde entonces estas polémicas cayeron tan completamente en el olvido que ya no podrían ejercer ninguna influencia sobre el desarrollo posterior de la historiografía soviética.²⁸

Sin embargo, de estas polémicas quedó la idea según la cual el nexo genético del babuvismo se reducía exclusivamente al Círculo Social y a los “coléricos”.

Es verdad que en la literatura histórica soviética durante varios años se defendió un punto de vista más amplio acerca de las fuentes ideológicas del babuvismo, que respondía mucho más a la verdad histórica. “For-

²⁶ V. Advielle. *Histoire de Gracchus Babeuf et du babouvisme*. Paris, 1884, t. 1-2.

²⁷ A. Mathiez. *Etudes sur Robespierre*, p. 237.

²⁸ P. Schógolev. *La conspiración de Babeuf*, en ruso. Leningrado, 1927; véase *Trabajos de la primera conferencia nacional de historiadores marxistas de la URSS*, en ruso. Moscú 1930, t. II, pp. 158-20.

mados en la escuela de los años revolucionarios, considerándose continuadores de la causa de los jacobinos, los babuvistas asimilaron sólidamente la idea de la dictadura revolucionaria...” —escribió el académico V. Volguin.²⁹ Esta formulación era sólo una variación del viejo punto de vista del autor acerca de este problema. Por supuesto, tanto en el trabajo citado como en los anteriores, V. Volguin no tenía de ninguna manera a reducir las fuentes ideológicas del babuvismo sólo al jacobinismo. Subrayaba y demostraba la influencia que sobre los babuvistas ejercieron los pensadores franceses prerrevolucionarios: los autores de la teoría comunista Mably y Morelly, sobre todo este último. Pero, señalando con justeza el hecho de que los babuvistas fueron sus discípulos, V. Volguin subrayaba al mismo tiempo que esto no debía ser interpretado de manera estrecha, sino que era necesario tomar en consideración también la experiencia histórica posterior, que influyó sobre la formación de las concepciones de Babeuf y de sus amigos. “La Revolución Francesa enseñó mucho; teorizar en el estilo de Morelly era algo totalmente imposible para los babuvistas en 1795”.³⁰

Es de lamentar que esos criterios correctos no fueran debidamente tomados en consideración por una serie de autores que abordaron este problema. El análisis histórico concreto del objeto de estudio fue sustituido por las reiteradas alusiones a la célebre frase polémica de Marx contra Bruno Bauer en *La Sagrada Familia*, que involuntariamente relegó a un segundo plano otra serie de señalamientos de Marx y Engels sobre ese mismo problema. En concreto, no se le prestaba la debida atención a otra definición de los orígenes ideológicos del babuvismo brindada por Engels casi en esa misma época, en 1845: “...Babeuf y los participantes en su conspiración hicieron de las ideas de democracia de 1793 las más avanzadas conclusiones acerca de la igualdad que eran posibles en aquella época”.³¹ Es indudable que, al igual que el célebre señalamiento de Marx en *La Sagrada Familia*, también éste exige una actitud de seria reflexión y no una confrontación de citas.

²⁹ V. P. Volguin. *El movimiento de los "iguales" y sus ideas sociales*, en ruso. Prólogo al trabajo de Ph. Buonarroti. *La conspiración en nombre de la igualdad...*, t. I, p. 28.

³⁰ *Ibid.*, pp. 22 23.

³¹ F. Engels. *Festividad de las naciones en Londres*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, X. 2, p. 589.

Los babuvistas no eran, en modo alguno, los hijos espirituales de Jacques Roux y de Varlet ni los nietos de Claude Fauchet y de Nicolás de Bonneville, como resulta según el esquema favorito de parentesco directo. Su genealogía ideológica era más compleja y más ramificada.

El análisis detallado de este problema nos desviaría del tema fundamental. Sin embargo, sobre la base de todo lo dicho con anterioridad nos parece indiscutible la inclusión de Robespierre, y en general de los jacobinos de la corriente robespierrista, dentro del grupo de los precursores ideológicos de Babeuf.

Por otra parte, con más claridad y más precisión que en cualquier investigación histórica este problema fue esclarecido por el autor más competente en la materia: el propio Gracchus Babeuf. En la mencionada carta a Bodson de 1796 Babeuf escribió: “Yo no considero, como tú, que sea impolítica y superflua la evocación de los restos y los principios de Robespierre y Saint-Just para el fortalecimiento de nuestra doctrina. Ante todo con esto sólo rendimos el debido tributo a una gran verdad... Esa verdad consiste en el hecho de que nosotros sólo somos los segundos Gracos de la Revolución Francesa... que únicamente seguimos los pasos de los primeros defensores generosos del pueblo, que ya antes de nosotros se plantearon ese mismo objetivo de justicia y de felicidad que inspiró al pueblo”.³²

* * *

De este modo, Robespierre, a pesar de ser asesinado y calumniado por los termidorianos, no fue destruido de manera definitiva.

Dos años después de haber muerto, su sombra se alzó tras las espaldas de Babeuf y Darthé, y en las nuevas palabras pronunciadas por los “iguales”, que eran una fusión de las voces del pasado y del futuro, también se distinguía nítidamente la sorda voz de Maximilien de Robespierre.

Pero en la primavera de 1797 Babeuf y Darthé, al igual que antes Robespierre, también fueron ejecutados por los termidorianos. La reacción se intensificaba. Desde el 9 termidor la historia política de Francia dio

³² A. Espinas. *La philosophie sociale du XVIII siècle et la Révolution*, pp. 257-258.

un brusco viraje en una sola dirección: a la derecha, que se mantuvo durante treinta y cinco años con la Convención termidoriana, el Directorio, el Consulado, el Imperio y la Restauración de la monarquía de los Borbones. Estas etapas marcaron la evolución desde la contrarrevolución burguesa de los republicanos-termidorianos hasta la feudal de los realistas de Luis XVIII.

Durante esos años de constante incremento de la reacción política no se hablaba en absoluto de la Revolución y por consiguiente, tampoco de sus héroes. Si se decía algo era sólo para denigrarla. En el período del Directorio se burlaban cínicamente de la Revolución (me refiero a su etapa superior: la de los jacobinos); en la época de Napoleón fue borrada de la historia de Francia mediante una circular policial, nadie se atrevía a evocarla ni siquiera entre susurros, ni siquiera en un círculo muy íntimo; en los tiempos de Luis XVIII y Carlos X, hermanos del rey ejecutado, desde lo alto del trono restaurado llovían las maldiciones contra la Revolución y era difamada en todas partes.

Robespierre, el más destacado representante de la heroica época de la Revolución, compartía plenamente la suerte de esta última. Podía parecer que mediante los esfuerzos de sus enemigos póstumos, de los enemigos de la Revolución, su nombre sería borrado de la memoria del pueblo.

Los primeros historiógrafos y autores de memorias, tales como Sieyès,³³ que en los años del Directorio comenzaron a escribir para vengarse por el miedo y la humillación experimentados durante los días del terror, consideraban que su tarea principal era la de denigrar a quien tenían prácticamente por el único culpable de todos los “crímenes” (así era como llamaban al terror revolucionario en la época del terror contrarrevolucionario).

Durante los años del Consulado y el Imperio terminó incluso eso. Ni siquiera se podía insultar a Robespierre. El ex capitán de artillería, protegido por los comisarios de la Convención, Augustin Robespierre y Saliceti, al convertirse en el emperador Napoleón ordenó sumir en el olvido a aquellos con quienes estaban relacionados los primeros y decisivos éxitos de su carrera.

³³ E. S. Sieyès. *Oeuvres politiques*, París, 1796, t. 1 y 2.

La Restauración rompió ese silencio sepulcral, pero sólo para cubrir de fango y calumnias la Revolución y sus protagonistas. Los escritos de Bonald, de Chateaubriand³⁴ y de otros historiadores y publicistas aristocrático-clericales no eran más que furiosas invenciones contra la Revolución y sus líderes. El odio encegueció tanto a estos escritores que el vivo y colorido cuadro de la Revolución tenía para ellos una sola tonalidad negra. Es por eso que entre la gran cantidad de ideólogos y publicistas aristocráticos del período de la Restauración — algunos de los cuales, como el propio Chateaubriand, poseían un talento incuestionable— no hubo ningún historiador destacado de la época pasada.

Pero en la época en que la evolución política hacia la derecha llegó a su lógico fin: el dominio de los ultrarrealistas y la ley de indemnización a los emigrantes, en ese momento, e incluso antes para las mentes perspicaces, se hizo evidente que por mucho que se ensañara la reacción aristocrático-clerical, ella no tenía fuerzas suficientes para hacer retroceder la historia y detener el progresivo desarrollo del país por la nueva vía capitalista trazada por la primera Revolución Francesa.

El trabajo *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* de De Staél y luego las obras históricas de Mignet y de Thiers,³⁵ que rehabilitaron —el primero parcialmente y las segundas ya de manera totalmente definida— a la Revolución, expresaban los puntos de vista de la burguesía liberal, que había crecido, se había fortalecido y aspiraba a concentrar en sus manos todo el poder.

El significado general de los trabajos de los historiadores burgueses del período de la Restauración, y en concreto su actitud ante la Revolución, ha sido explicado tan claramente en la literatura marxista que no consideramos necesario detenernos en su análisis. Pero debemos señalar que tanto para De Staél, como luego también para Mignet y para Thiers, quienes se pronunciaron —cada cual a su manera— en defensa y a fa-

³⁴ L. G. Bonald. *Pensées sur divers sujets et discours politiques*. París, 1817, t. 1-2; F. R. Chateaubriand. *Oeuvres complètes*. París, 1836-1837, t. 2 y 3.

³⁵ A. L. G. de Staél. *Considérations sur les principaux événements de la Révolution française*. París, 1818, t. I-III; P. Mignet. *Histoire de la Révolution française depuis 1789 jusqu'en 1814*. París, 1824, t. 1 y 2; A. Thiers. *Histoire de la Révolution française*. París, 1823-1827, t. 1-6.

vor de la Revolución, Robespierre no estaba, por supuesto, entre los defendidos, sino en el banquillo de los acusados.

De Staél, mezclando sus reflexiones con vagos recuerdos de sus años de juventud, transformados por su imaginación creadora, creó uno de los retratos más desfigurados de Robespierre.³⁶ * Mignet estaba dispuesto a que sus simpatías democráticas llegaran al grado de admitir los méritos de Danton, a quien consideraba un “titán entre los revolucionarios”, pero su actitud hacia Robespierre era de aversión y odio; lo consideraba un hombre que contaba plenamente con todo lo que necesitaba un tirano y que había desempeñado un papel terrible en la Revolución.³⁷ Thiers, quien desde muy joven experimentaba un instintivo respeto hacia cualquier representante autoritario del poder ejecutivo (recordemos el señalamiento de Marx sobre cómo le “lustraba las botas” a Napoleón en su *Historia del consulado y del imperio*), se mostró respecto a Robespierre más reservado que Mignet, su correligionario en aquella época. Pero también él, por supuesto, mantuvo una actitud de indudable hostilidad hacia Robespierre.

Por ahí pasaba la línea de demarcación que separaba la burguesía democrática, de las clases que estaban más a la izquierda.

“Reconociendo” la Revolución, y aún más, levantando en los años de su “izquierdización” la enseña tricolor de la Revolución como su propia bandera de combate, la burguesía liberal no aceptaba la Revolución en conjunto, sino sólo hasta ciertos límites: hasta la Gironda, inclusive, y algunos autores, hasta Danton. Robespierre permanecía del lado opuesto, allí donde el mundo del mal se separaba del mundo del bien.

La línea de delimitación era clara y bien definida dentro de la Revolución: unas fracciones y grupos, desde los girondinos hasta Danton inclusive, constituían un legado político admisible para el liberalismo;

³⁶ A. L. G. de Staél. *Considérations...*, t. II, pp. 140-142.

* Creo que ella fue la primera en crear la leyenda sobre el color verde (escribió sobre el color verde de los párpados de Robespierre) tan exagerada y aprovechada luego por Carlyle (T. Carlyle. *The French Revolution*. London, 1838). Pero hay que señalar que, a pesar de manifestar abiertamente su hostilidad hacia Robespierre, admitía que de todos los nombres nacidos con la Revolución el único que sobreviviría sería el de Robespierre.

³⁷ F. Mignet. *Historia de la Revolución Francesa*, traducción del francés al ruso. San Petersburgo, 1906, pp. 187, 203.

otros, desde Robespierre hasta los más a la izquierda eran los precursores del campo de la democracia.

Si los representantes de la burguesía liberal tenían una actitud tan irreconciliablemente hostil hacia Robespierre en el período de su “izquierdización”, en los años de la Restauración, cuando la burguesía aún soñaba con conquistar una posición dominante, ya después de la revolución burguesa de 1830, que le dio acceso al poder a una parte de esa burguesía —a la aristocracia financiera— después de la experiencia de la revolución de 1848 y de la Segunda República esta actitud se fortaleció aún más.

Alphonse de Lamartine, en su *Historia de los girondinos* —una obra lírica de muchos tomos, escrita en prosa, que poetiza la Gironda—³⁸ manifiesta, naturalmente, su hostilidad hacia Robespierre. Pero a pesar de todas sus insuficiencias políticas Lamartine era un poeta talentoso que poseía el don de la percepción artística. Por eso no podía dejar de sentir la grandeza histórica de Robespierre. Describiendo su papel en la Revolución como siniestro y funesto, aunque puro en sus aspiraciones personales, Lamartine reconocía de todos modos que con “Robespierre y Saint-Just terminó el grandioso período de la República. Comenzaba la segunda generación de revolucionarios. La República cayó de la cima de la tragedia a la intriga...”³⁹

Pero quince años después de las pruebas de la revolución de 1848, en la que desempeñó un papel tan ignominioso, después de las lecciones de la lucha de clases durante los años de la Segunda República, lleno de experiencia, Lamartine criticó en 1861 su propia *Historia de los girondinos*. Y al volver a analizar a Robespierre en esta obra, Lamartine, ya no como poeta, sino como ex ministro del Gobierno Provisional, introdujo modificaciones esenciales en su valoración: “Hoy quizás yo fuera más severo (en la valoración de Robespierre). —A.M.) puesto que he visto su sombra en las calles en el año 1848...”⁴⁰ Estas palabras, escri-

³⁸ A. de Lamartine. *Histoire des girondins*. Paris, 1848, t. I-VIII. (En lo sucesivo se cita según la edición de 1884.).

³⁹ *Ibid.*, t. IV, p. 354.

⁴⁰ A. de Lamartine. *Critique de l'histoire des girondins par l'auteur des girondins lui-même à quinze ans de distance* (octubre 1861). Publicado en el apéndice a *Histoire des girondins* de A. de Lamartine, t. IV, p. 544.

tas por la pluma de Lamartine, revelan el secreto de la creciente hostilidad de este autor, y no sólo de él, sino de toda la burguesía hacia Robespierre después de 1848.

Es extraño. Lo lógico sería suponer que cuanto más se alejaran las décadas del terrible año 93, tanto más debían apaciguarse las pasiones, debía enfriarse la cólera, la simpatía o la hostilidad personal, el tiempo que todo lo extingue debía, aparentemente, apagar las últimas brasas de las emociones y las pasiones que quedaran de aquella agitada época.

Pero en la realidad todo fue distinto. No sólo los historiadores que representaban a la gran burguesía, sino también autores evidentemente pequeño-burgueses por sus concepciones políticas, por el carácter de su pensamiento y por sus ideales sociales, tales como, por ejemplo, Michelet, Edgard Quinet o autores no franceses como Thomas Carlyle escribían sobre Robespierre con una irritación y una hostilidad difíciles de explicar.⁴¹ Y para ellos la línea de delimitación del bien y el mal en la historia de la gran Revolución del siglo XVIII seguía manteniéndose rigurosamente dentro de los límites trazados por primera vez por Mignet: todo lo admisible llegaba hasta los girondinos y Danton; más allá, con Robespierre, empezaba el horrible mundo del mal social.

Y si examinamos a un historiador como Hippolyte Taine, que escribió sobre la Revolución casi cien años después de su inicio⁴² y que por lo tanto, vivió incluso la experiencia de la Comuna de París, podremos ver cómo en él se manifiesta con claridad una forma diferente de hostilidad hacia la Revolución en general y hacia Robespierre en particular. Ya no era antipatía ni animadversión, era cierto frenesí, cierto odio furioso, plasmado en formas literarias, a las que la incandescencia de la ira le otorgaba incluso un brillo externo.

¿Qué era lo que ocurría? ¿Cuál era la fuente del odio inextinguible que la burguesía y sus historiadores le tenían a Robespierre? ¿Por qué la burguesía aceptaba a los girondinos y a Danton, mientras rechazaba con indignación al Incorruptible?

⁴¹ J. Michelet. *Histoire de la Révolution française*. Paris, 1847-1853, 1.1-7; E. Quinet. *La révolution*. Paris, 1877, t. 1-3; T. Carlyle. *The French Revolution*. London, 1838.

⁴² H. Taine. *Les origines de la France contemporaine. La Révolution*. Paris, 1878-1899, t. 1-3.

Si examinamos los argumentos que constituían el fundamento de la valoración negativa de Robespierre podemos constatar que eran muy similares en la mayoría de los autores burgueses.

Los ataques contra Robespierre eran fundamentalmente de carácter moral y ético; se le acusaba de ser cruel, vanidoso, sanguinario y ávido de poder, de haber exterminado a una gran cantidad de gente, de ser un déspota y un tirano. Algunos le sumaban a esto ciertas acusaciones de carácter estético: era de baja estatura, su voz era sórdida, su rostro era de color verdoso (de acuerdo con la leyenda creada por madame de Staél), etc.

Pero la falsedad y la inconsistencia de todos estos argumentos se tornan absolutamente evidentes en cuanto se aborda otra destacada personalidad de aquella época: Napoleón Bonaparte. Todas las acusaciones de carácter moral y ético formuladas contra Robespierre podrían ser planteadas con mucho más fundamento contra Napoleón. Bonaparte realmente fue vanidoso, cruel, ávido de poder, exterminó a una enorme cantidad de personas, fue el despótico soberano de Francia y de la mitad de Europa. Y por último, también era de baja estatura y su rostro, según lo han manifestado muchos testigos que lo conocieron, tenía un color enfermizo. Pero la burguesía, como se sabe, no odiaba ni sentía aversión contra Bonaparte, sino que lo admiraba. Por consiguiente, la censura a Robespierre en el plano ético-moral era sólo hipocresía, una manera de disfrazar las verdaderas causas ocultas de la hostilidad burguesa hacia él.

La explicación del origen de esa creciente hostilidad contienen las palabras citadas de Lamartine en su autocrítica de 1861.

Para la burguesía, Robespierre fue y continuó siendo la personificación de la democracia revolucionaria. Relacionaba siempre su nombre con el pueblo en lucha, que había irrumpido imperiosamente en la vida, con el pueblo revolucionario lleno de energía incontenible.

Mirabeau, los feuillants, los girondinos eran representantes de diferentes grupos de la propia burguesía, y la política promovida por ellos en todas las etapas de la Revolución fue siempre la política de la élite burguesa de la sociedad. Danton representaba la política del compromiso, de la conciliación con dichos grupos; su popularidad como tribuno sólo le otorgaba aún más valor.

A pesar de que Robespierre, tal como lo admiten todos los autores burgueses, no era un hombre del pueblo, sino de la burguesía, nunca promovió ni defendió los intereses de sus capas más altas, sino que luchó contra ellas con el respaldo del pueblo y en aras de los intereses del pueblo. Quinet escribió claramente que Robespierre, después de la caída de la Gironda, se dedicó a azuzar al pueblo contra la burguesía.⁴³

Esto era más que suficiente para despertar el odio inextinguible contra *El Incorruptible*.

Pero a medida que la burguesía, una vez en el poder, entablaba una lucha cada vez más encarnizada contra el pueblo y su vanguardia: el proletariado, su hostilidad contra Robespierre, naturalmente, se incrementaba.

En 1848, después de la insurrección de junio del proletariado parisino —una guerra civil en su forma más terrible: la guerra entre el trabajo y el capital—⁴⁴ la llamada burguesía liberal dio un paso más en su evolución hacia la derecha. Y Lamartine, uno de los culpables directos de la tragedia de junio (recordemos las palabras de Marx: “...los fuegos artificiales de Lamartine se han convertido en las granadas incendiarias de Cavaignac”,⁴⁵ que expresaron la nueva hipótesis contrarrevolucionaria de la burguesía), admitía que después de haber visto la sombra de Robespierre en las calles de París en el 48 lo juzgaría aún más severamente. Ese no era un juicio personal de Lamartine, el poeta, el historiador y el ministro; era el juicio clasista de la burguesía.

Pero a la sublevación de junio de 1848 le siguió la Comuna de París de 1871 y a las correcciones académicas de Lamartine, el libelo contra la Revolución del académico Hippolyte Taine, escrito con tanta cólera que lo coloca en el límite con la grosería.

* * *

⁴³ E. Quinet. *La révolution*, t. II, pp. 219-220.

⁴⁴ C. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas*, en 3 tomos. Moscú, Progreso, t. 1, pp. 229-230.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 230.

Durante un siglo la historiografía aristocrática y burguesa denigró a Robespierre y difamó su memoria, excluyendo su nombre de los anales históricos de la gloria francesa. Ella quería que el pueblo lo rechazara para siempre...

¿Qué se hizo para contrarrestar esos esfuerzos?

Mucho tiempo después de haber sido ejecutado e injuriado ¿seguida viviendo Robespierre en la conciencia del pueblo e influyendo sobre su lucha? Lenin escribió: "...pese a haber sido derrotada, la revolución francesa triunfó porque dio al mundo entero unos puntales de la democracia burguesa y de la libertad burguesa que ya no se podían derribar".⁴⁶ Estas notables consideraciones de Lenin, tan importantes para la comprensión de toda la historia de los tiempos modernos, también son un gran aporte al problema particular que nos ocupa: la comprensión del destino póstumo de Maximilien de Robespierre.

Cada vez que las exigencias del desarrollo histórico obligaban a "realizar por partes" las tareas planteadas por la Revolución Francesa, en la memoria de los pueblos volvía naturalmente a cobrar vida la imagen de uno de sus líderes más destacados: Maximilien de Robespierre; lo cual se evidenciaba no sólo a través de las diferentes formas de actividad práctica: el renacimiento del movimiento revolucionario republicano, la creación de grupos revolucionarios clandestinos, etc., sino que era testimoniado también por las obras históricas dedicadas directa o indirectamente al Incorruptible, la propia aparición de las cuales constituía también un fenómeno profundamente sujeto a leyes.

En Francia, en vísperas de la segunda revolución —la revolución burguesa de 1830— fueron publicadas sucesivamente las memorias de Buonarroti y de Levasseur.⁴⁷

Como ya se ha señalado, el célebre libro de Buonarroti sobre "la conspiración de los iguales", después de la ejecución de Babeuf, proclamaba abiertamente por primera vez a Robespierre como el líder más grandioso de la Revolución; Levasseur, jacobino con el temple de acero del 93,

⁴⁶ V. I. Lenin. *Obras Completas, en español*. Progreso, Moscú, t. 38, p. 392.

⁴⁷ Ph. Buonarroti. *Conspiration pour l'Egalité dite de Babeuf, suivie du procès auquel elle donna lieu, et des pièces justificatives...* 1828. Véase la edición en ruso bajo la redacción del académico V. Volguin, Moscú, 1948; R. Levasseur. *Mémoires*. Paris, 1829- 1831, t. 1-4.

al que ni la vida errante ni las persecuciones le hicieron agachar la cabeza, en los años difíciles recordaba con orgullo a los grandes hombres de la época gloriosa y al primero de ellos: *El Incorruptible*.^{48*}

En vísperas de la tercera revolución —la revolución de 1848— y de la Segunda República, Robespierre fue glorificado en los trabajos de Buchez y de Louis Blanc, muy diferentes por su carácter y su significación.

Buchez, un peculiar socialista cristiano de la escuela saint-simoniana, durante los años de la monarquía de julio promovió, junto con Roux, una amplia publicación de materiales documentales —de contenido casi exclusivamente político— de la época de la Revolución Francesa.⁴⁹ Esa publicación conserva parte de su valor científico incluso en nuestros días. Pero en aquella época su edición fue un acontecimiento muy importante. En los años del reinado mezquino del monarca-burgués, de las intrigas fútiles y viles, de mísera avaricia y de ruines cálculos egoístas, desde las páginas de los tomos publicados por Buchez y Roux comenzaron a resonar de pronto voces diferentes: voces jóvenes y vigorosas que le hacían eco a los truenos de la tormenta revolucionaria, surgieron imágenes totalmente distintas que parecían estar fundidas en bronce, las imágenes de los “gigantes del civismo”, como dijo en su época A. Herzen.

Para Buchez los más admirables forjadores de la Revolución eran los jacobinos y el más notable de los jacobinos, Robespierre. Y él le abrió ampliamente las puertas de su publicación. Por primera vez, cuarenta años después de termidor, la voz de Robespierre volvió a resonar para la nueva generación de franceses, que muy pronto debía instaurar la Segunda República. Y por supuesto, para esta nueva generación de republicanos los discursos del propio Robespierre eran mucho más

⁴⁸ C. Marx y F. Engels. Obras. Moscú-Leningrado, 1929, t. III, pp. 599-611.

* Con respecto a esto es necesario recordar que Marx estudió con mucha atención e incluso resumió las memorias de Levasseur (véase C. Marx y F. Engels. Obras, t. III, pp. 599-611).

⁴⁹ Ph. Buchez et P. C. Roux. *Histoire parlementaire de la révolution française, ou journal des Assemblées nationales depuis 1789 jusqu'en 1815*. Paris, 1834-1838, t. 1-35.

elocuentes que los entusiasmados pero muy confusos comentarios del redactor Buchez.

Louis Blanc, que comenzó a publicar su *Historia de la Revolución Francesa* en doce tomos dos años antes de la revolución de febrero, se manifestó en su obra como un entusiasmado apologista de Robespierre. Pero Louis Blanc escribió la parte principal de su trabajo ya después de la revolución de 1848.⁵⁰

Hay que reconocer que la valoración favorable de Robespierre sustentada por Louis Blanc, al igual que toda su obra en conjunto, resultaban muy útiles en aquella época. Polemizando con Michelet, Thiers, Lamartine y otros historiadores, Louis Blanc defendía a Robespierre ante las invenciones de éstos y en esto tenía razón en la mayoría de los casos.

Por supuesto, esto no significaba que el autor de *La organización del Trabajo*, el reformista pequeñoburgués, el progenitor de la “conciliación”, según la definición que en 1917 Lenin dio de su política,⁵¹ se hubiera convertido en un verdadero jacobino de la época del terror revolucionario. De ninguna manera: Louis Blanc por mucho que se parara en puntillas, por mucho que se esforzara, no podía llegarle al hombro al *Incorruptible*. Durante la revolución de 1848 en la política Louis Blanc y sus amigos conciliadores pequeñoburgueses, cuyos seguidores luego se autodenominaron *La Nueva Montaña*, heredaron de los verdaderos jacobinos del 93 sólo los rasgos externos de su estilo oratorio. Pero en estos últimos las palabras fuertes, pero concisas se conjugaban con acciones aún más fuertes. Mientras en Louis Blanc, Ledru-Rollin y otros héroes de la *Nueva Montaña* la sonora fraseología sólo encubría la ausencia de acción; con las frases sustituían la renuncia a la política revolucionaria y a la lucha de clases. Sólo parodiaban de manera lamentable el papel de la auténtica Montaña, en 1848 no eran más que uno de los episodios de repetición bufonesca de la tragedia de 1789-1794, como lo demostró brillantemente Marx en su célebre *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.⁵²

⁵⁰ L. Blanc. *Histoire de la Révolution française*. Paris, 1847-1862, t. 1-12.

⁵¹ Véase la valoración que expone Lenin de Louis Blanc en O.C., t. 31, pp. 134-137, 328, 491, 493; t. 32, pp. 331-334, 367-370.

⁵² C. Marx. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. C. Marx y F. Engels. Obras Escogidas, en 3 tomos. Progreso, Moscú, t. 1, pp. 404498.

Louis Blanc empezó a escribir su *Historia de la Revolución Francesa* antes de febrero de 1848 y la terminó durante la emigración en Londres en 1862. Su actividad política, que durante la Segunda República no había sido más que un papel lamentable y bufonesco, una parodia de Robespierre, y su actividad como historiador, cuando se evadió de la realidad para sumirse en el mundo de verdadera tragedia de la Primera República, describiendo la vida heroica de Robespierre, se entrelazaron tanto entre sí que la primera no podía dejar de influir sobre la segunda.

“La debilidad y las vacilaciones... y su confianza en la burguesía” por las cuales Lenin definía a Louis Blanc en tanto que político pequeño-burgués,⁵³ también le eran características, hasta cierto punto, al historiador, a pesar de que en ese caso era mucho más competente que como político. Todas sus obras estaban llenas de profundas contradicciones internas. Glorificando a Robespierre y justificando sus acciones, Louis Blanc al mismo tiempo minimizaba la profundidad de las divergencias entre la Montaña y la Gironda, tratando de imponer, aunque con muchas reservas, la idea de que su conciliación hubiera sido muy útil. Además, aprobaba incondicionalmente la política y las acciones de Robespierre en un panegírico de este último.

Sin embargo, no todo en la política de Robespierre merecía aprobación. Robespierre mantuvo vigente la ley antiobrera de Le Chapelier. Apoyaba la extensión del máximo incluso a los salarios de los obreros; no entendía los intereses y las necesidades de los obreros, se mostraba indiferente ante sus demandas; también en lo relacionado con los intereses de las capas más pobres del campo se mostraba igualmente indiferente; no hizo nada para mejorar la situación de estas últimas; atacaba no sólo a los enemigos de la República, sino también a los representantes de los grupos de izquierda de la Revolución: a los “coléricos” y luego a Chaumette.

He mencionado aquí sólo algunos hechos y rasgos de la biografía política de Robespierre, en los que se evidenciaban con claridad el carácter contradictorio y la debilidad de quien, a pesar de su grandeza, era de todos modos un revolucionario burgués. Seguir el ejemplo de Robespierre, seguir las tradiciones del jacobinismo en las nuevas condiciones históricas, cuando el proletariado ya había irrumpido en la palestra de la

⁵³ V. I. Lenin. O.C., t. 32, p. 370.

lucha de clases, significaba, al menos, una repetición no crítica de toda la experiencia del jacobinismo, una idealización del jacobinismo y de sus líderes.

Louis Blanc aprobaba incondicionalmente a Robespierre, a toda su política de principio a fin. Para Louis Blanc los errores y las debilidades políticas del líder de los jacobinos no eran, en modo alguno, errores, sino que, por el contrario, los elevaba al rango de virtudes cívicas. Esto también era una tergiversación de la imagen histórica de Robespierre, aunque en otro sentido.

En la historiografía francesa esa línea tuvo su continuación en Hamel, quien imitaba a Louis Blanc en la aprobación incondicional de la política de Robespierre, como también en otros escritores menos significativos. Pero esa corriente, cuyo fundador puede ser considerado Louis Blanc, demostró poseer también más tarde una gran vitalidad y se hizo sentir, aunque con grandes modificaciones, incluso en los trabajos de historiadores tan diferentes como Aulard y Mathiez.

En vísperas de la cuarta revolución —la democrático-burguesa de 1870— y de la Tercera República, en los años de crisis del régimen bonapartista, volvió a aparecer una gran cantidad de libros relacionados con la historia de la Revolución Francesa, y entre ellos, las primeras obras históricas especialmente consagradas, con un espíritu de profunda simpatía, a los líderes de izquierda de la Revolución, a los dirigentes jacobinos Robespierre, Marat y Saint-Just.⁵⁴ Este fenómeno por sí mismo era bastante sintomático: demostraba cómo a medida que se desarrollaba y se agudizaba la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía renacían las sombras, al parecer, olvidadas, del pasado —los líderes de los primeros combates revolucionarios— e inesperadamente resultaban, por algunos de sus rasgos, cercanas, comprensibles y necesarias al pueblo en otra época histórica.

Aquí debemos señalar que casi en esa misma época dentro de las filas de la democracia también resonaron voces abiertamente hostiles. Uno de los que censuró de manera tajante e intransigente la actividad de

⁵⁴ E. Hamel. *Histoire de Robespierre d'après des papiers de famille, des sources originales et des documents entièrement inédits*. París, 1865-1867, t. I-III; A. Bougeart. *Jean-Paul Marat, ami du peuple*. París, 1865, t. 1-2; E. Hamel. *Histoire de Saint-Just député à la Convention nationale*. Bruxelles, 1860, t. 1-2.

Robespierre fue Auguste Blanqui. Ese célebre revolucionario del siglo XIX criticaba a Robespierre desde posiciones que podríamos llamar de izquierda. Consideraba que Robespierre era un “Napoléon que había madurado prematuramente”, un dictador y un tirano, reprochándole sobre todo su lucha contra los partidarios de la descristianización y “la idea del ser supremo”.⁵⁵ ¿Cómo surgió esa hostilidad tan implacable de Blanqui hacia Robespierre? Mathiez, que en 1928 publicó por primera vez las notas de Blanqui que le habían sido entregadas por Molinier, la explica ante todo por el hecho de que el recluso desconocía la historia de la Revolución Francesa y tomaba los datos sólo de la *Historia de los girondinos* de Lamartine. Mathiez señala: “Son las notas de un hombre político que no conocía la historia más que por el trabajo prematuro y lleno de errores de otro hombre político”, es decir, de Lamartine.

No coincidimos con esa opinión de Mathiez. Las referencias a la *Historia de los girondinos* de Lamartine, que realmente podemos encontrar en los manuscritos de Blanqui, se explican, a mi juicio, sólo por el hecho de que en la cárcel de Doullens, donde en 1850 Blanqui escribió sus notas, no disponía de otros libros más que de Lamartine. Pero considerar que Blanqui —hijo de un diputado de la Convención, discípulo de Philippe Buonarroti, miembro de la Sociedad de Amigos del Pueblo, en cuyas reuniones, según la ilustrativa expresión de Heine, “se percibía el soplo de un estropeado y manchado ejemplar del *Moniteur del año 1793*”,⁵⁶ compañero de lucha de Godefroy Cavaignac y de otros “jóvenes jacobinos” de la década del 30— conocía la Revolución Francesa sólo por las obras de Lamartine significaría dejarse dominar por la ceguera de un sentimiento momentáneo de enfado o de irritación.

Existen pruebas indirectas que permiten suponer que en lo relacionado con este problema Blanqui no estaba influido, desde luego, por Lamartine, sino por la literatura histórica de los “termidorianos de izquierda”, a quienes nos referimos al principio del capítulo.

De todos modos, estas notas de Blanqui desempeñaron cierto papel en las discusiones sobre Robespierre. A pesar de no haber sido publicadas en vida de su autor, circularon en copias manuscritas entre sus adeptos.

⁵⁵ A. Mathiez. *Notes inédites de Blanqui sur Robespierre*.—*Annales historiques de la Révolution française*, 1928, N° 4, pp. 307-318.

⁵⁶ H. Heine. *Obras Completas*, en ruso. Moscú-Leningrado, 1936, t. 6, p. 49.

Bajo la influencia directa de las concepciones históricas de Blanqui aparecieron la obra de su más allegado discípulo, Gustave Tridon, en la cual se hacía una franca apología de los hebertistas y se atacaba a Robespierre, y el trabajo, en muchos aspectos similar, de Avenel sobre Anacharsis Cloots.⁵⁷

De este modo, en la historiografía del robespierrismo, en su flanco democrático, a la par de la corriente que simpatizaba con Robespierre, existió también una corriente antirrobespierriana que, polemizando con la primera, lo atacaba desde lo que podríamos llamar posiciones de “izquierda”. Esa corriente tenía sus orígenes en los “termidorianos de izquierda”: de los ateos Barére y Vadier pasaba a Blanqui, de éste a Tridon, para posteriormente colindar en algunos aspectos con la concepción anarquista de la Revolución Francesa expuesta por P. Kropotkin.⁵⁸

Pero esta corriente hostil a Robespierre aun en sus mejores días, cuando estaba representada por el célebre nombre de Blanqui, no llegó a adquirir mucha significación dentro de la literatura democrática. Incluso la gran autoridad y el prestigio moral de Blanqui no pudieron garantizarle a sus concepciones opuestas a Robespierre el apoyo de sus partidarios más cercanos. Así, el más antiguo de sus compañeros de lucha, Martin Bernard, era un ferviente admirador del Incorruptible^{59 *}.

En la historiografía democrática la corriente predominante era la que tendía a defender acaloradamente a Robespierre. También en la década del 60 del siglo XIX vio la luz la primera obra escrita por un historiador

⁵⁷ G. Tridon. *La Commune de Paris en 1793. Les hébertistes*. Bruxelles, 1871 (la primera edición fue en 1863); G. Avenel. *Anacharsis Cloots, l'orateur de genre humain*. Paris, 1865, t. 1-2.

⁵⁸ P. Kropotkin. *La Revolución Francesa de 1789-1793*. Obras Completas, en ruso. Moscú, 1919, t. II.

⁵⁹ M. Bernard. *Dix ans de prison au Mont-Saint-Michel et la citadelle de Doullens*. Paris, 1851.

* Mathiez, quien con toda justeza prestó atención a la profunda divergencia que existía entre Blanqui y Martin Bernard en lo relativo a la valoración de Robespierre, expuso la hipótesis fundamentada de que Blanqui no publicó sus notas sobre Robespierre por temor a generar discrepancias dentro de las filas de su propio partido (*Annales historiques de la Révolution française*, 1928, N° 4, pp. 306-307).

francés que intentaba a lo largo de mil quinientas páginas, reconstruir día a día la vida del gran líder de la Revolución. Ernest Hamel, autor de ese trabajo, que subrayaba por todos los medios su imparcialidad y su “apartidismo”, no ocultaba, al mismo tiempo, la profunda admiración que le inspiraba el héroe de su narración.⁶⁰

En la historiografía sobre la primera Revolución Francesa existió cierta actitud de reserva e incluso de menosprecio hacia las obras de Hamel y en cierto sentido el culpable de esto fue Mathiez. A mi juicio, esa actitud es inmerecida. Para su época Hamel hizo mucho. En la elaboración de la biografía científica de Robespierre su obra tuvo una significación tan grande como el trabajo de Bougeart sobre Marat. La investigación de Hamel fue igual al trabajo de un restaurador, que elimina de un viejo retrato los coágulos de pintura negra acumulados durante largas décadas y reconstruye por partes su color y sus líneas originales.

Pero si el contenido político del trabajo de Hamel merece ser criticado, es, ante todo, por lo que yo llamaría su “defensa absoluta” de toda la actividad de Robespierre. Hamel defendía y trataba de presentar como virtud política todas las acciones de Robespierre, incluso aquellas que eran equivocadas. En pocas palabras, Hamel merece ser censurado por el hecho de no haber criticado suficientemente a Robespierre.

De este modo, cada vez que el desarrollo del proceso histórico en Francia planteaba la tarea de “culminar”, como decía Lenin, lo que había sido iniciado por la primera Revolución Francesa, del más lejano pasado emergía, cada vez con más nitidez, con más claridad, como si no cesara de acrecentarse, aproximándose a las nuevas generaciones, la imagen del gran revolucionario del siglo XVIII: Maximilien de Robespierre.

Pero no sólo para Francia, sino también para otros países de Europa el siglo XIX fue el de los movimientos revolucionarios democrático-burgueses, que tuvieron su inicio en la primera Revolución Francesa. En cada país el desarrollo de estos procesos históricos tuvo, naturalmente, su peculiaridad, por lo que resulta mucho más notable el hecho de que Robespierre, difamado póstumamente, rebasando las fronteras

⁶⁰ E. Hamel. *Histoire de Robespierre*, t. I, pp. I-XV.

de su patria, lograra ser comprendido y reconocido por los hombres más avanzados de los países cercanos y lejanos de Francia.

Medio siglo después de la muerte de Robespierre, a principios de los años 40, en la lejana Rusia entumecida por el agobiante poder de Nicolás I, surgieron en ambas capitales jóvenes hombres rusos que se proclamaron partidarios de Robespierre. Es verdad que ellos no poseían altos rangos ni títulos importantes, pero tenían otra cosa: representaban el futuro de su pueblo.

Por las memorias de I. Panáev,⁶¹ confirmadas también por su primo V. Panáev,⁶² se conoce que en el invierno de 1841-1842, Iván Panáev leía los sábados en su casa, junto con los amigos de Belinski, la historia de la Revolución Francesa. La fuente que utilizaba Panáev era la mencionada *Historia parlamentaria de la Revolución Francesa*, de Buchez y Roux, el *Moniteur* (que, como se sabe, reproducía de manera bastante completa los discursos de Robespierre) y otras obras literarias.^{63*} Después de la lectura surgían las polémicas. De acuerdo con el testimonio de Panáev, Máslov y “algunos otros se convirtieron en empedernidos girondinos. Belinski y yo defendíamos a los montañeses”.⁶⁴

Pero no sólo Belinski y Panáev eran defensores de Robespierre. En esa misma época el también joven Alexandr Herzen escribió: “Maximilien fue el único hombre verdaderamente grande de la Revolución, los otros fueron sólo fenómenos brillantes y necesarios de la misma”.⁶⁵ En *El pasado y las reflexiones* Herzen admitió que en aquella época, a comienzos de los años 40, envidiaba la fuerza de Robespierre. Su amigo Nikolái Kétcher “en lugar de las plegarias antes de dormir leía los discursos de Marat y Robespierre”.⁶⁶ De este modo los hombres jóvenes,

⁶¹ I. I. Panáev. *Memorias literarias*, en ruso. Moscú, 1950, pp. 242-243.

⁶² *Rússkaia stariná* (La antigüedad rusa), 1901, N° 9, pp. 483-484.

⁶³ I. I. Panáev. Ob. cit., pp. 414-415.

* I. Yampolski en un comentario bastante bien documentado señala que Belinski conocía desde antes muy bien la Revolución Francesa y tenía un criterio muy definido sobre ella (I. I. Panáev. *Memorias literarias*, pp. 414-415).

⁶⁴ *Ibid.*, p. 243.

⁶⁵ Legado literario, en ruso. Moscú, 1950, t. 56, p. 80.

⁶⁶ A. I. Herzen. Obras, en ruso. Moscú, 1956, t. 9, p. 227.

que en esos momentos representaban la flor y la esperanza de Rusia, definiendo con sus simpatías sus posiciones políticas, se agrupaban en torno a la Montaña y su líder Robespierre.

Pero las primeras polémicas del año 41, que dividieron el círculo de Belinski en defensores de los girondinos y partidarios de los montañeses, tuvieron su continuación en las agudas divergencias de carácter esencial que surgieron entre Belinski y Herzen por un lado y T. Granovski por el otro.⁶⁷ El objeto de estas polémicas estaba también relacionado en gran medida con la personalidad de Robespierre, pero su esencia era más profunda y más amplia. Aquí comenzaba la línea de deslinde, aquí se bifurcaban dos caminos: la vía de la democracia revolucionaria y la vía del liberalismo.

Las discusiones sobre Robespierre en los círculos más avanzados de la sociedad rusa a mediados del siglo XIX eran polémicas sobre el futuro de Rusia, sobre las vías de su desarrollo, sobre la futura revolución rusa.

¿Qué rasgos del *Incorruptible* suscitaban el interés de personas tales como Belinski, el joven Herzen y sus amigos? El profundo espíritu democrático de Robespierre, su fe inquebrantable en el pueblo, su coraje, su firmeza, su inflexibilidad de revolucionario: todo lo que inspiraba miedo y apartaba de él a T. Granovski, quien, siendo progresista e ilustrado, de todas maneras fue siempre un aristócrata.

Los demócratas revolucionarios rusos descubrieron en Robespierre a su precursor. Ante ellos tenían un enemigo terrible: el régimen autocrático y de servidumbre, que estrangulaba las fuerzas vivas del pueblo ruso. Estaban convencidos de que ese régimen se podía derrotarlo no con “las frases dulzotas y exaltadas” de los liberales (que en los hechos era a lo que se reducía la posición de Granovski), sino con “la espada de dos filos de la palabra y la acción de los Robespierre y los Saint-Just”, como señaló con justeza Belinski en su polémica con Granovski.

Así fueron tendidos los hilos invisibles del nexo de continuidad entre los revolucionarios franceses del siglo XVIII, los jacobinos, y los de-

⁶⁷ Legado literario, t. 56, p. 80; T. N. *Granovski y su correspondencia, en ruso*. Moscú, 1897, t. II, pp. 439440.

mócratas revolucionarios rusos de mediados del siglo XIX, que abrieron el camino al gran porvenir de su pueblo.

En la parte más occidental de Europa, las Islas Británicas, en el mismo período aproximadamente, el nombre de Robespierre se convirtió en consigna de combate de otras fuerzas sociales enfrascadas en una tensa lucha de clases. El proletariado inglés, que después de un largo camino de búsquedas y derrotas había ascendido al nivel de la lucha política por la solución de los problemas sociales, pero sin llegar aún al comunismo científico, vio en el jacobinismo un ejemplo inspirador y aleccionador. Nos referimos, por supuesto, a un período glorioso del movimiento obrero inglés: al período del *cartismo*.

En aquella época uno de los mejores representantes del *cartismo*, el líder de su ala izquierda y luego amigo de Marx y Engels, George Julián Harney, admirador de la Revolución Francesa, que al igual que Marat firmaba con el apodo de *Ami du peuple*, en un mitin de la democracia internacional en Londres, en setiembre de 1845, señaló: “Yo sé que aún se considera de mal tono mirar a Robespierre de otra forma que no sea como se mira a un monstruo, pero pienso que no está lejano el día en el que se sustentará un criterio totalmente diferente sobre el carácter de este hombre extraordinario”.⁶⁸

Harney no fue el único partidario de Robespierre y de los jacobinos en las filas de los cartistas ingleses. Un admirador aún más ferviente y convencido del *Incorruptible* fue Bronterre O'Brien quien en la década del 30 se dedicó seriamente al estudio de la Revolución Francesa y sobre todo de la actividad y las concepciones político-ideológicas de Maximilien de Robespierre. La imagen del líder de la dictadura jacobina le causó una gran impresión: en Robespierre vio al representante de la verdadera democracia. En los años del incremento del movimiento cartista O'Brien trabajó en la biografía de Robespierre. El primer tomo de la misma fue publicado en 1837, en el año de la afluencia de la primera ola del cartismo.⁶⁹

⁶⁸ F. Engels. *Festividad de las naciones en Londres*. C. Marx y F. Engels. Obras, t. 2, p. 595.

⁶⁹ N. A. Eroféev. *Las concepciones históricas del cartista O'Brien*.—*De la historia de las ideas sociopolíticas*, en ruso. Antología de artículos con motivo del 75 aniversario del académico V. Volguin. Moscú, 1955, pp. 452-465. E. Dol-

No consideramos posible ni tampoco nos parece necesario analizar y confirmar mediante ejemplos la influencia de la experiencia histórica de la Revolución Francesa, de sus ideas emancipadoras y de sus relevantes figuras sobre la lucha revolucionaria y de liberación nacional del más amplio espectro de matices sociales en casi todos los países de Europa y América durante la primera mitad del siglo XIX.

Si se habla del movimiento político-literario de los llamados “jacobinos húngaros” —cronológicamente el más próximo a la Revolución Francesa— que crearon la sociedad revolucionaria secreta *Libertad e Igualdad de Derechos* dirigida por Martinovics o, posteriormente, de las fuentes ideológicas de la obra del eminente poeta Sándor Petófi,⁷⁰ del movimiento del pueblo italiano, que en 1801 manifestó en Milán su indignación con exclamaciones de “¡Viva Robespierre!”;⁷¹ de la dramaturgia de Georg Büchner,⁷² de las aficiones juveniles de los talentos de la *Joven Alemania*,⁷³ o de muchos otros movimientos sociales revolucionarios y progresistas, se puede divisar siempre a mayor o menor distancia la sombra del gran jacobino del siglo XVIII: Maximilien de Robespierre.

Ni la reacción aristocrático-feudal ni la burguesa pudieron borrar de la historia el nombre de Robespierre. El pueblo, constructor e impulsor de la historia, que en cruentos combates culminó las tareas iniciadas por la Revolución Francesa, no podía olvidar a sus héroes.

Por supuesto, el movimiento revolucionario en esta nueva etapa no podía ser y no fue una simple repetición de la Revolución Francesa. Este movimiento adquirió un nuevo contenido sobre todo en los países de desarrollo capitalista avanzado, donde el proletariado ganaba fuerza con rapidez. Pero la democracia revolucionaria de los años 40 del siglo XIX, que ya presentía la aproximación de una nueva oleada revolucionaria, la que en efecto se desencadenó en 1848, percibía con mucha agudeza el nexo de continuidad con la Revolución Francesa y lo pro-

léans. *Le chartisme*. Paris, 1912, t. I, p. 78; J. B. O'Brien. *The life and Character of Maximilien Robespierre*. London, 1837.

⁷⁰ Sándor Petófi. Obras, en ruso. Moscú, 1952, t. I, pp. 194-195; t. IV, p. 183.

⁷¹ *Lettres et documents pour servir à l'histoire* de Joachim Murat. Paris, 1908, t. I.

⁷² G' Büchner. *Werke und Briefe*. Wiesbaden, 1958.

⁷³ Veanse las obras de K. Gutzkow, H. Laube y otros.

clamaba abiertamente. “...Todo el movimiento social europeo de nuestra época constituye sólo el segundo acto de la Revolución, sólo la preparación para el desencadenamiento del drama que comenzó en 1789 en París y que ahora abarca con su acción a toda Europa...”⁷⁴ — escribió Engels en 1845.

También los héroes principales del primer acto de ese drama, y entre ellos, como es lógico, aquel que desempeñó prácticamente el papel más importante y trágico: Robespierre, volvían a ser dueños de las mentes y los corazones de millones de personas, incorporadas por el curso de los acontecimientos al segundo acto de la Revolución.

Y aquí vamos a concluir esta extensa introducción al tema principal, la cual adquirió involuntariamente los rasgos de un prólogo historiográfico. Pero esa no era la intención del autor y además hubiera sido prácticamente irrealizable. Es que si analizáramos las prolongadas divergencias de opiniones sobre *El Incorruptible* en la literatura histórica y el pensamiento social durante los últimos ciento cincuenta años, tendríamos que aumentar dos o tres veces el volumen del presente trabajo. ¿Acaso esto es necesario?

La tarea de la introducción era otra. He considerado que para la comprensión más correcta de la exposición posterior era necesario demostrar desde el mismo inicio que la ejecución sin juicio, la muerte violenta, la difamación póstuma de Robespierre resultaron inútiles a pesar de los esfuerzos de sus enemigos. Y el derrotado, ejecutado y calumniado Robespierre continuó viviendo en la memoria del pueblo.

Y teniendo esto presente, volvamos ahora a aquello por lo que, probablemente, debimos comenzar.

⁷⁴ F. Engels. Festividad de las naciones en Londres. C. Marx y F. Engels. Obras, t. 2, p. 589.

II

TODA época histórica grandiosa engendra grandes talentos, los cuales suelen aparecer en cada esfera de la actividad humana: en la política, el pensamiento social, la ciencia, la literatura y el arte.

También el siglo XVIII, la época de la Revolución Francesa y de su preparación, engendró toda una constelación de brillantes talentos. Es verdad que el significado de cada uno de ellos para las generaciones posteriores no fue igual; sus aportes al tesoro de los valores espirituales de la humanidad pudo ser definido sólo a través de la prueba del tiempo.

Algunos de los hombres que brillaron con tanto esplendor en los años de la Revolución y que para los contemporáneos de aquella época eran estrellas de primera magnitud no resistieron esa prueba. Primero palidieron, luego comenzaron a opacarse y después se extinguieron totalmente dejando sólo una huella apenas perceptible en la historia.

Otros dejaron un recuerdo más duradero, aunque sólo merecieron la atención y el interés de los especialistas: historiadores, filósofos, filólogos, mientras que las nuevas generaciones eran indiferentes a su destino y a la fama que los rodeó en el pasado.

Y sólo muy pocos —sus nombres son contados— resistiendo el empuje del torrente devastador del tiempo, en cada nuevo viraje histórico, por algunos de sus rasgos hasta esos momentos desconocidos, suscitaban el interés de las nuevas generaciones, grabando para siempre sus nombres en la memoria de la humanidad. Entre esos pocos también está, tal como hemos tratado de demostrar, Maximilien de Robespierre.

Nació el 6 de mayo de 1758 en la ciudad de Arras, en la provincia de Artois, en el norte de Francia. Su nombre completo era Maximilien-Marie-Isidore, pero él casi nunca firmaba con sus tres nombres, sino que sólo utilizaba ante el apellido el primero de ellos: Maximilien y debía unir siempre este nombre a su apellido para que no lo confundieran con su hermano menor, Augustin Joseph Robespierre, quien más tarde se convirtió también en una personalidad política.

1758, el año del nacimiento del futuro líder de los jacobinos, fue tristemente memorable para la historia de Francia. Fue uno de los años más nefastos del largo reinado de Luis XV, un año de profundas conmociones internas y externas para el reino. Las derrotas del ejército francés en la *guerra de los siete años* en las cercanías de Rosbach en 1757 y de Crevelt en 1758 constituyeron un duro golpe que afectó el prestigio de la monarquía. El poder de Luis XV, quien aspiraba a igualar la gloria y la grandeza de su predecesor: el Rey-Sol, puso de manifiesto su verdadero semblante al evidenciar ante el país y ante todo el mundo su debilidad, su ineptitud, su insignificancia. “Esencialmente nos falta un gobierno... no tenemos ni generales ni ministros...” —escribió un destacado funcionario gubernamental, el abate de Bernis, secretario estatal del departamento de Relaciones Exteriores.⁷⁵

Pero ese Gobierno, cuya nulidad era reconocida incluso por sus altos jerarcas, no quería abandonar voluntariamente el escenario, sino que, por el contrario, intensificaba las represiones contra todos los “librepensadores”. En setiembre de 1758 en la plaza de Grève de París fue ahorcado públicamente uno de los funcionarios de la Cámara de demandas por haber utilizado palabras irrespetuosas al referirse al rey y a sus ministros. Pero los severos castigos no podían eliminar el descontento social. En otoño de 1758 en el Teatro de la Comedia Francesa, en el Louvre y otros lugares frecuentados de París se pegaban carteles y se difundían octavillas con consignas llamando a la sublevación.

El Gobierno y luego el arzobispo de París prohibieron y censuraron el libro de Helvecio *Sobre el espíritu*, pero después de la prohibición el libro del eminente filósofo materialista se convirtió en una de las obras literarias más populares. “Estamos arribando al último período de la decadencia” —escribió el 6 de junio de 1758 el mencionado abate de Bernis y quizás fue gracias a él o a otros que esa palabra —decadencia— se convirtió en la expresión más difundida para denominar el régimen condenado a perecer.

¿Cómo comenzó todo eso? ¿Desde qué momento se hizo evidente ese descenso por la pendiente? Esto ya era difícil de determinar. Durante más de cuarenta años Francia fue gobernada por el rey Luis XV, pero

⁷⁵ Ch. Aubertin. *L'Esprit public du dix-huitième siècle*, 2 ed., Paris, 1873, pp. 340-341.

cuanto más transcurría el tiempo se hacía más evidente no sólo la debilidad y la ineptitud del insignificante monarca, sino también la descomposición de todo el régimen feudal absolutista. El Palacio de Versalles resplandecía con la misma suntuosidad que en los días del Rey-Sol Luis XIV, pero ese lujo ostentoso y las continuas fiestas y distracciones ideadas por la ingeniosa fantasía de la omnipotente señora de Pompadour ya no daban más la impresión de un reino poderoso y próspero.

En el Palacio de Versalles, en las mansiones de la aristocracia de abuelo que trataba de imitar a la corte, se consumía presurosa, burda y ávidamente la vida. “ ¡Después de mí que venga el diluvio!”, estas cínicas palabras, atribuidas a Luis XV, se convirtieron en una especie de consigna de la clase feudal dominante de mediados del siglo XVIII. Los miembros de esta clase vivían el presente sin pensar en el futuro. Para satisfacer las codiciosas y desenfrenadas demandas de la corte real, de la camarilla cortesana, del erario, del enorme aparato fiscal, del ejército, de la Iglesia, de la alta aristocracia y la nobleza terrateniente, las fuentes de ingresos seguían siendo las mismas: la creciente explotación de los campesinos y el aumento constante de los impuestos a la burguesía.

El campesinado, que constituía la mayoría de la población del reino, era desdichado, miserable y carecía de derechos. Pero ese campesinado embrutecido y extenuado por el trabajo sobrehumano ofrecía, a pesar de todo, una creciente resistencia a esa monstruosa explotación. Las manifestaciones campesinas, que con frecuencia se convertían en sublevaciones armadas, se incrementaron a lo largo del siglo XVIII. A mediados del siglo y sobre todo en su segunda mitad la resistencia latente del campesinado contra la despiadada explotación feudal adoptaba cada vez con más frecuencia la forma de rebeliones declaradas.

El florecimiento del pensamiento de la Ilustración en Francia, los éxitos del “partido de los filósofos”, que cada vez conquistaba más adeptos dentro del tercer estado e incluso entre los miembros de la aristocracia liberal, constituían el reflejo externo de la creciente lucha de las masas populares y de la fuerte y joven burguesía contra el caduco régimen feudal absolutista.

Ya hacía mucho que se desarrollaba esa lucha entre lo nuevo y lo viejo. El tiempo del feudalismo se estaba acabando. Golpeaba a la puerta una nueva época, con nuevas relaciones sociales y un nuevo régimen social.

Su verdadero contenido —y el mismo, de acuerdo con las leyes del desarrollo social, podía ser sólo la instauración del dominio de la burguesía— aún era concebido de manera confusa e indescifrable incluso por los intelectuales más destacados.

Ellos imaginaban la nueva época —por supuesto, con una gran diversidad de matices como la era del triunfo de la razón y la libertad, del advenimiento de un régimen social mejor, más justo y armónico, organizado en correspondencia con “los derechos naturales del hombre”.

¿Cómo sería el futuro? Nadie lo sabía a ciencia cierta. Pero ya muchos presentían la aproximación de grandes cambios, de una quiebra brusca del sistema sociopolítico y el futuro que debía surgir después de esta quiebra lo imaginaban maravilloso.

Pero las ardientes esperanzas que inquietaban los espíritus de los jóvenes a mediados del siglo XVIII que buscaban respuestas en las obras de Voltaire, Montesquieu, La Maitre, Helvecio, Rousseau; en los artículos de la *Enciclopedia* de Diderot y d’Alembert, ese “ánimo de rebelión”, ese “espíritu de librepensamiento” no sólo no eran compartidos en lo más mínimo por el Gobierno, sino que, por el contrario, eran perseguidos y calificados de “sedición” y “herejía”.⁷⁶

La ruptura entre el tercer estado, que representaba nueve décimas partes de la población del reino, y el poder existente con su régimen feudal absolutista, alcanzó su máximo grado de profundidad. Eran dos mundos diferentes y hostiles entre sí, pero obligados a convivir dentro de los límites de un mismo organismo estatal. El viejo mundo feudal absolutista dominaba, ordenaba y oprimía, en tanto que el pueblo y la burguesía que lo acompañaba, o más exactamente, que lo encabezaba, trataban de quebrar esa calma mortal del rutinario régimen reaccionario, de romper sus cadenas. Desde mediados de siglo estas contradicciones insuperables comenzaron a manifestarse cada vez con más frecuencia. En 1748 y 1749 en diferentes provincias del reino francés e incluso en el propio París estallaron protestas populares, que el Gobierno aplastó

⁷⁶ Más detalladamente sobre los movimientos ideológicos de esa época, véanse V. P. Volguin. *El desarrollo del pensamiento social de Francia en el siglo XVIII*, en ruso. Moscú, 1958; J. Bertaut. *La vie littéraire en France au XVIII siècle*. Paris, 1954; D. Mornet. *Les origines intellectuelles de la Révolution française*, 4 ed. Paris, 1947; Ph. Sagnac, *La formation de la société française moderne*. Paris, 1947, t. 2.

mediante crueles represiones, mas el descontento popular, condenado a la clandestinidad pero no erradicado, continuaba ardiendo.

De este modo, la milenaria monarquía francesa entró en su fase decadente; finalmente, se tomó conciencia y se habló de esto en voz alta. El librepensamiento, el espíritu del “criticismo”, el deseo de cambios se incrementaban cada día. Pero ese “espíritu de rebeldía” que se apoderó del país con tanta fuerza que hasta el propio Grimm sintió miedo de la Revolución,⁷⁷ ese aire de libertad que agitaba las mentes de los jóvenes en París, se debilitaba, se apaciguaba y penetraba con mucha dificultad a través de las ventanas de la sólida casa del distinguido habitante de Arras, François de Robespierre, abogado del tribunal real.

El padre, el abuelo, el bisabuelo y todos los antepasados del pequeño Maximilien por la línea paterna habían sido magistrados. La suya era una acomodada familia patricia, reconocida y respetada en su ciudad natal, una familia de antiguas y sólidas tradiciones. Aparentemente, esa casa era el lugar donde más difícil resultaría dejarse dominar por la seducción o las dudas engendradas por el soplo de los nuevos tiempos.

Hasta los siete años la infancia de Maximilien transcurrió sin contratiempos. Pero luego todo cambió: murió su madre y tres años después, el cabeza de familia, François de Robespierre, por motivos que no han sido suficientemente esclarecidos, abandonó Arras y más tarde, Francia. Se trasladó a Alemania, vivió cierto tiempo en Manheim, luego en algún otro lugar y murió en Munich en 1777.⁷⁸

Los cuatro niños quedaron huérfanos. El abuelo se hizo cargo de ellos. El mayor, Maximilien, fue quien sintió con más agudeza esta catástrofe familiar que alteró todo su mundo infantil. La abundancia cedió lugar a la pobreza, el cariño materno, a la soledad. Este brusco viraje del destino no podía dejar de influir sobre su carácter y marcó una huella en toda su vida.⁷⁹

⁷⁷ Fr. M. Grimm. *Correspondance littéraire philosophique et critique de Grimm et de Diderot depuis 1753...* Paris, 1829, t. II, p. 81.

⁷⁸ *Annales historiques de la Révolution française*, 1958, N° 152.

⁷⁹ Sobre la infancia y la juventud de Maximilien véase Ch. Robespierre. *Mémoires sur ses deux frères*. Paris, 1834 (requiere un enfoque critico); J.-A. Paris. *La jeunesse de Robespierre*. Arras, 1870 (en adelante, Oeuvres complètes).

El abuelo inscribió a Maximilien en el colegio local y más tarde le gestionó una beca en el *colegio Luis el Grande*, en París, que preparaba a sus discípulos para el ingreso a la Facultad de Derecho de la Sorbona.

En el otoño de 1769, con once años, abandonó la ciudad en la que se había criado y una diligencia lo llevó por los largos caminos hacia la desconocida capital.

Allí Maximilien permaneció doce años, es decir, hasta 1781. Primero estudió en el colegio Luis el Grande y luego en la Facultad de Derecho de la Sorbona, donde en 1780 culminó sus estudios y recibió el grado de bachiller en Derecho. Después de un año de práctica en París recibió el título de licenciado en Derecho.

En el colegio y luego en la Sorbona dedicó su tiempo al estudio. Estaba totalmente absorbido por la lectura. Los últimos discursos de Robespierre demuestran que poseía un conocimiento profundo de los autores antiguos y también de la historia de Roma y Grecia. Por muy recluida y aislada que fuera la vida de los discípulos del colegio *Luis el Grande*, vigilados atentamente por los cautelosos clérigos, el aire fresco que precede a la tormenta penetraba también tras sus gruesos muros. Los discípulos del colegio y los estudiantes de la Universidad de París eran los lectores y admiradores más celosos de las obras prohibidas de los dueños de las mentes de la juventud: los grandes escritores de *la Ilustración*. El joven Maximilien de Robespierre devoraba estas obras con especial avidez.

De acuerdo con el testimonio unánime de sus coetáneos y profesores, el becado de Arras tenía un modo de vida muy reservado dentro de los muros de las instituciones docentes parisinas. Era pobre. La beca estipulada para él en Arras era de 450 libras al año, lo que para vivir en la capital era excesivamente poco. Vestía con pobreza, usaba zapatos destaconados. Era callado, no buscaba la compañía de sus condiscípulos, prefería leer a solas un libro tras otro.

Las intervenciones de Robespierre en el período de su madurez nos permiten determinar con toda certeza que conocía las obras más importantes del pensamiento sociopolítico de su época. Era un excelente conocedor de la literatura de la Ilustración. Al igual que Marat, apreciaba mucho a Montesquieu, pero su autor preferido, quien ejerció sobre él una gran influencia fue Jean-Jacques Rousseau.

Rousseau era para Robespierre no sólo su escritor preferido, quien por ciertos aspectos de su obra respondía a sus aspiraciones espirituales y a su forma de ser, era más que eso, se convirtió en su maestro. A los veinte años viajó a Ermenonville donde el autor de *La nueva Eloísa* y *El contrato social* vivía sus últimos días sumido en la soledad y allí vio al célebre escritor, como lo relata posteriormente.⁸⁰ En la literatura histórica se han elaborado muchas invenciones con motivo de ese encuentro,⁸¹ pero por lo visto hay que estar de acuerdo con Hamel cuando señala que los detalles mencionados no pueden ser considerados ciertos.⁸² Tampoco se puede sobrevalorar el significado de ese encuentro. El prolongado, o más exactamente, el constante interés de Robespierre por Rousseau no puede explicarse por la influencia de ese breve encuentro.

La formación ideológica de Robespierre transcurrió, por supuesto, no tanto bajo la influencia de las áridas disciplinas explicadas desde la cátedra del colegio y, después, de la Sorbona, e incluso no tanto bajo el influjo de la literatura prohibida de autores censurados por las autoridades y la Iglesia, ávidamente leída por él, como bajo la influencia directa de la agitada época que anunciaba la aproximación de la tormenta.

Robespierre creció, maduró y se formó en los años de la crisis del régimen absolutista y la inminente tormenta revolucionaria. Y él, al igual que sus coetáneos, vivió en ese período de censura casi manifiesta a Luis XV y las reformas de Turgot. Experimentó también el derrumbe de estas efímeras ilusiones y el entusiasmo que dominó a la juventud al conocer las noticias de la valiente lucha de los “muchachos de libertad”, como eran llamados en aquella época los colonos norteamericanos que emprendieron la lucha de liberación contra la corona inglesa. Dotado por naturaleza, Maximilien de Robespierre escuchaba con avidez el rumor de la época y distinguía en él, quizás más nítidamente que muchos de sus coetáneos, las notas predominantes, que anunciaban la aproximación de la tormenta.

⁸⁰ *Oeuvres complètes* de Robespierre. (Robespierre á Arras). Paris, 1912, t. I, 211-212.

⁸¹ Tuvieron su inicio en las memorias apócrifas: *Mémoires authentiques de Maximilien de Robespierre*. Paris, 1830, t. 1-2.

⁸² E. Hamel. *Histoire de Robespierre...* Paris, 1865, t. I, p. 22.

A nuestro juicio, Jean-Jacques Rousseau pudo ejercer una influencia tan significativa y estable, primero sobre el joven estudiante de la Sorbona y después sobre el bachiller en Derecho, el abogado y el dirigente político, porque en sus obras, a pesar del carácter contradictorio de las mismas, Robespierre, al igual que Marat —a quien en esa época aún no conocía—, o después Saint-Just, percibió con gran intensidad el espíritu rebelde del período prerrevolucionario y encontró la expresión más viva de las vagas y todavía no comprendidas esperanzas de las masas populares. Maximilien de Robespierre se convirtió en partidario de Rousseau ya en el pupitre del colegio y luego en la Universidad. Y lo siguió siendo. Pero esto no debe ser interpretado como algo estancado e invariable. Con el decursar del tiempo el discípulo avanzó en muchos aspectos más que su maestro.

A fines de 1781 el licenciado en Derecho Maximilien de Robespierre (durante varios años continuó firmando así, por lo visto, por vanidad), después de terminar con éxito en París el curso de ciencias jurídicas, volvió a su ciudad natal de Arras. Al igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo, se mantuvo fiel a la profesión jurídica. Ocupó un puesto de abogado en el Tribunal Real de Arras. Podía parecer que todo comenzaba de nuevo, que se repetía otro ciclo tradicional en la casa de los Robespierre.

El joven abogado se instaló con su hermana Charlotte en una sólida casa de la calle Saumon. Recibió una parte de la herencia de su abuelo y sus tías y empezó a vestirse bien, incluso con cierta meticulosidad. Su carácter reservado, sus modales serios, su lenguaje sobrio y correcto impresionaron favorablemente a sus conciudadanos. El señor Liborel, el abogado más viejo y respetado de Arras, protegió a su joven colega. Los clientes solicitaban con gusto los servicios de este joven abogado tan serio, digno continuador de la tradición de sus antepasados. Era de esperar que la afición al librepensamiento de su juventud parisina muy pronto sería olvidada (¿quién no se entusiasma a los diecisiete años?), que los tomos de Rousseau se cubrirían de polvo en los estantes, que el joven abogado alcanzaría una posición sólida, se casaría con una de las novias más ricas de la ciudad y se convertiría en un habitante de Arras tan honesto y respetado como su padre, su abuelo y su bisabuelo.

Pero todo resultó diferente.

En efecto, el joven abogado conquistó muy rápido el éxito y la notoriedad en su provincia. Fácilmente, sin muchos esfuerzos superó a sus colegas un poco anticuados; sus intervenciones en el tribunal llamaron la atención y muy pronto se convirtió en uno de los ciudadanos más respetados de Arras. Pero el joven Robespierre aportó algo nuevo a la profesión de sus antepasados. No se sentía atraído por los altos honorarios ni por las causas ventajosas que podían ampliar sus relaciones con la gente rica e influyente de la región. Se separó de su protector Liborel, y no temió entrar en conflicto con la gente influyente de la provincia de Artois cuando así lo exigieran sus convicciones. Trataba de practicar la profesión de abogado en correspondencia con sus fines más nobles: defender a los débiles y a los inocentes. Emprendió una tarea difícil: ayudar a los campesinos en un largo litigio con el obispo. Tampoco tuvo miedo de entablar la lucha contra las autoridades eclesiásticas locales en aras de la rehabilitación de un artesano inocente injustamente calumniado y logró ganar esta difícil causa.

Pero el caso con el que alcanzó mayor fama fue el comentado proceso de carácter político de un tal Vissery, de la ciudad de Saint-Omer. Aficionado a la física, Vissery había instalado en los altos de su casa el pararrayos inventado por Franklin. Eso fue suficiente para que las autoridades locales lo acusaran de tener intenciones delictivas. Se le ordenó desmontar el pararrayos por considerarlo “peligroso para el orden público”.

Vissery solicitó la ayuda de Robespierre. El joven abogado aceptó con gusto el caso. Aquí se enfrentaron dos mundos opuestos: el del oscurantismo y el de la Ilustración, el ayer y el mañana, y Robespierre se sentía contento por poder combatir contra los opositores al “partido de los filósofos”. El proceso llamó mucho la atención. Robespierre pronunció dos brillantes discursos en el tribunal de Arras que luego fueron publicados en París en forma de folletos.⁸³ Ganó la causa y de inmediato se hizo muy popular en toda la provincia de Artois.

Pero Robespierre era joven y a pesar del gran celo con que cumplía su deber de defensor de los oprimidos y los inocentes, sus obligaciones de abogado no absorbían todas sus energías ni satisfacían todas sus aspira-

⁸³ M. Robespierre. *Plaidoyers pour le sieur de Vissery de Bois-Valé.—Oeuvres complètes*, t. II, pp. 136-170; 171-202.

ciones. En sus ratos de ocio escribía poemas: versos fluidos y refinados sobre la belleza de la naturaleza, sobre el aroma de las rosas. Esta composición poética no se destacaba ni por su talento peculiar ni por la brillantez de sus sentimientos o sus ideas. Era un tributo a la moda y el propio Robespierre no le daba importancia a sus ensayos poéticos. También escribió tratados filosófico-literarios sobre la moral: sobre los castigos en el seno de la familia y sobre el entonces popular poeta Gresset y su poema Vert- Vert.⁸⁴ Sus experimentos literarios tuvieron éxito. Una obra sobre la moral, enviada por él al concurso organizado por la Sociedad Real de las Ciencias y las Artes de Metz, mereció una medalla y un premio. El halagado autor se apresuró a publicar su trabajo en París en forma de folleto.

En aquella época en algunas ciudades provinciales de Francia existían academias locales que eran el punto de concentración de las personalidades destacadas (o que creían serlo) de la región. Estas academias eran centros peculiares de la vida si no científica al menos intelectual de la provincia. También en Arras hacía medio siglo que existía una academia, la cual en los años ochenta alcanzó su florecimiento y entre sus miembros había varias personalidades con concepciones avanzadas para esa época: Dubois de Fosseux, que mantenía una animada correspondencia con el joven Babeuf, Lazare Carnot, cuyo nombre se inscribiría posteriormente con letras mayúsculas en la historia de Francia, el abogado Buissart, amigo íntimo de Maximilien de Robespierre, y otros.

En otoño de 1783, por lo visto por iniciativa de Buissart, Robespierre fue elegido miembro de la academia. Tres años más tarde, en 1786, fue elegido presidente de la misma, lo cual testimoniaba no sólo el prestigio ganado entre sus compañeros de la academia, sino que reflejaba también el incremento de la popularidad de Robespierre entre los círculos más avanzados de la ciudad provincial.

Pero el joven abogado no se limitó sólo a los muros de las instituciones oficiales o semioficiales. Visitaba con frecuencia la casa de su amigo Buissart y la de la señora Marchand, donde se reunía la alta sociedad de Arras. No rechazaba la compañía de las mujeres jóvenes y bonitas; los chismosos (¿y quién no lo es en una pequeña ciudad?) hablaban de sus relaciones con la señorita Dehay, amiga de su hermana, y luego comen-

⁸⁴ Oeuvres completes, t. I.

zaron a murmurar entre sí que el joven abogado ya era casi novio de su prima Anaïs Deshorties.

Resulta difícil determinar qué era lo cierto o lo inventado de todo eso, pero, en última instancia, eso no tiene tanta importancia. En la correspondencia de Robespierre de estos años hay varias cartas dirigidas a una muchacha, escritas con el meticuloso y pulido estilo literario tan propio del siglo XVIII, el siglo del arte epistolar, pero en las que es fácil descubrir también algo más.

Robespierre fue un activo participante de la sociedad literario-artística local *Rosati* (Amigos de las rosas). Ingresó en esta sociedad en 1787. En la solemne y jocosa ceremonia de admisión le dio la bienvenida con una copa de vino y unos versos cantados en su honor un joven oficial de artillería, que tenía fama de ser un caballero elegante, el más hábil rimador de ese grupo de jóvenes talentos de Arras. La costumbre exigía que el nuevo miembro que ingresaba a la sociedad de *Amigos de las rosas* respondiera de inmediato y sin demora en versos. El joven presidente de la academia de Arras se comportó a la altura de las circunstancias. Con ese mismo motivo, desentonando un poco, Robespierre cantó un cómico poema improvisado por él.

Con ese joven oficial, que con tan despreocupada y sincera alegría dio la bienvenida a su nuevo compañero a la sociedad de *Amigos de las rosas*, Robespierre volvería a encontrarse en más de una ocasión. Era Lazare Carnot, futuro célebre organizador de la defensa de la República y renombrado matemático. Pasará el tiempo, sólo algunos años, y los recientes amigos, que con el alegre tintinear de las copas celebraban con despreocupación la exitosa inventiva poética o la palabra aguda de alguno de ellos, se volverían a encontrar, pero esta vez severos y lacónicos, en las sesiones cerradas del Comité de Salvación Pública durante los días críticos de la República y luego se separarían para siempre convertidos en enemigos irreconciliables. Pero esto ocurrirá más tarde.

III

LA tormenta esperada desde hacía tiempo y que todos preveían se desencadenó súbitamente en 1788-1789. Cuando en la ciudad provinciana de Arras, alejada de la capital y de sus disturbios, la vida transcurría de manera peculiarmente apacible en apariencias, en París, y tras él en todo el país, la atmósfera política ya alcanzaba su máxima efervescencia. En el país se estaba creando la situación revolucionaria.

Sublevaciones campesinas en muchas provincias del reino; en las ciudades manifestaciones de la plebe desesperada por la miseria, que atacaba los establecimientos de venta de alimentos, los almacenes, las casas de los ricos; agitación social en París, reuniones misteriosas en Palais Royal; octavillas antigubernamentales en los lugares más inesperados. Incluso alguien se atrevió a pegar al terciopelo del palco real del Teatro de la Opera Italiana una hoja de papel en la que con grandes letras estaba escrito: “¡Temblad, tiranos, vuestro reinado llega a su fin!”.⁸⁵

Esta sensación del fin inminente llegó también hasta la apacible ciudad de Arras. Y allí, en la provincia de Artois, al igual que en todo el país, todo se puso en movimiento. Las alegres bromas, las despreocupadas distracciones del grupo de los jóvenes *Amigos de las rosas*, los versos sentimentales, todo eso fue desechado y eliminado de inmediato, Robespierre se dedicó por entero a la lucha política.

A principios de agosto de 1788 se anunció oficialmente la próxima convocatoria de los Estados Generales. Ya hacía doscientos años que no se reunían los Estados Generales y esta decisión del rey, impuesta por la necesidad, causó una enorme impresión en el país.

El joven abogado se incorporó a la lucha electoral. Escribió con rapidez y publicó con igual celeridad un folleto sobre la necesidad de una re-

⁸⁵ F. Roquain. *L'esprit révolutionnaire avant la Révolution*. Paris, 1878, chap. XII.

forma radical de los Estados de Artois,⁸⁶ dirigido a los habitantes de la provincia, en el que analizaba problemas a primera vista de carácter estrechamente local, que no rebasaban sus límites. Pero esta primera impresión era engañosa. A pesar de que el trabajo realmente estaba dedicado a los problemas de la reestructuración de la provincia de Artois, el autor los interpretaba de una manera tan amplia que perdían su significado local. En esta obra Robespierre denunciaba con agudeza los abusos y los actos arbitrarios del gobernador y de las autoridades gubernamentales; criticaba el sistema fiscal dirigido contra el tercer estado. El autor describía la total falta de derechos y la terrible pobreza del campesinado, sumido en la más extrema miseria. Robespierre relataba las desdichas del campesinado de Artois. ¿Pero acaso ese cuadro de sufrimientos del pueblo no reflejaba también la situación en Champagne, Touraine y otras partes del reino? La severa crítica al régimen predominante en Artois se convertía en una censura y una condena a todo el sistema existente en Francia.

El folleto tuvo un gran éxito. Le granjeó a su autor la enemistad de no pocos de los gobernadores de las provincias que se sintieron heridos por su crítica, pero también le ganó muchos amigos. Poco tiempo después fue editado por segunda vez.

Ahora el joven abogado era muy conocido en Arras y en la provincia de Artois. Los hombres más avanzados de Arras veían en él a un prometededor defensor de los intereses del tercer estado. Primero fue elegido como uno de los veinticuatro electores del tercer estado de la ciudad de Arras y luego, en abril de 1789, como uno de los doce diputados a los Estados Generales.

La popularidad de Robespierre en su ciudad natal se incrementaba. A nadie asombró el hecho de que le encomendaran la redacción del mandato general de los electores de la circunscripción de Arras. Con la energía que lo caracterizaba asumió la honrosa y responsable tarea, la cual, por otra parte, le brindó la posibilidad de sistematizar también su propio programa de demandas políticas.

El mandato de los electores de Arras redactado por Robespierre no era un documento excepcional entre otros de aquella época. No se destaca

⁸⁶ *A la nation artésienne sur la nécessité de réformer les Etats d'Artois*. Arras, 1789.

ni por el radicalismo extremo de sus demandas ni por la forma en que éstas se exponía, pero en ese documento se planteaban de manera lógica y consecuente las principales exigencias democráticas de aquella época: la eliminación de los privilegios estamentales, la libertad garantizada de la personalidad, la libertad de prensa, la libertad de conciencia, la distribución justa de los impuestos, la limitación de los derechos del poder ejecutivo, etc.

Por supuesto, ese documento no puede ser analizado como el credo político de Robespierre en vísperas de la Revolución. Como compilador y redactor del mandato general, estaba limitado por el material que él generalizaba y sistematizaba. Pero de todos modos el documento, lógicamente, estaba en correspondencia también con las concepciones de Robespierre y en gran medida las reflejaba.

Tal como lo evidencian el folleto *A la nación de Artois* y otros discursos pronunciados por Robespierre en 1788-1789, en aquella época tenía aún muchas ilusiones. Estaba lleno de confianza y de buenos sentimientos hacia el rey Luis XVI; creía en sus buenas intenciones y sus deseos de eliminar las injusticias existentes. Consideraba que con la buena voluntad del rey se podía crear sobre la tierra un pueblo feliz y unir para siempre al monarca con la libertad y la felicidad de los pueblos.

De igual manera confiaba en Necker, quien en 1788 fue de nuevo designado para el puesto de Director General de Finanzas. Veía en este último a un gran reformador y confiaba en que el banquero de Ginebra sería capaz de salvar al país.

Estas ingenuas ilusiones no pueden ser analizadas como una prueba de la miopía o el atraso de las concepciones políticas de Robespierre en vísperas de la Revolución, pues en aquella época dichas ilusiones caracterizaban a todos los representantes del tercer estado. Ni siquiera una personalidad política tan madura y perspicaz como Marat se vio libre de ellas, aunque, por supuesto, sus posiciones en aquellos tiempos eran más de izquierda que las posiciones de Robespierre.

En el umbral de la Revolución, Robespierre ya era un demócrata sincero y convencido. Luchaba contra el régimen absolutista y sus servidores; defendía con pasión los intereses del pueblo; censuraba no sólo al régimen jerárquico de los estamentos feudales, sino que también denunciaba airadamente los intereses egoístas de la riqueza.

No es casual el hecho de que en esos días cruciales de su vida escribiera la *Dedicatoria a Jean-Jacques Rousseau*, en la cual glorificaba a su maestro.

Pero sería inútil buscar en las intervenciones de Robespierre del período prerrevolucionario exhortaciones al pueblo a conquistar sus derechos con las armas en la mano. Robespierre en el período de Arras no había llegado a la comprensión de la necesidad de la lucha armada del pueblo en defensa de sus derechos, a la cual ya Marat se había referido en *Las cadenas de la esclavitud*, obra escrita ya a comienzos de la década del 70.

A pesar de toda la sinceridad de las convicciones y los sentimientos democráticos de Robespierre, de su temperamento activo y su aspiración a convertir las palabras en hechos (éste era uno de sus rasgos más marcados como personalidad política) en el período de Arras todavía no se había convertido en un demócrata revolucionario. Por lo visto, sería más correcto decir que antes de la Revolución era un demócrata sincero y convencido, que trataba de poner en práctica sus convicciones, pero aún prisionero de las ilusiones monárquico- constitucionales.

IV

EL abogado de treinta años Maximilien de Robespierre, diputado del tercer estado de Arras, llegó a Versalles y se alojó en un pequeño hotel de la calle Sainte-Elizabeth en abril de 1789.

Tenía fundamentos para mirar hacia el futuro con esperanzas. Habían transcurrido sólo ocho años desde el momento en que siendo un pobre y desconocido licenciado en Derecho había abandonado París. Y ahora volvía, pero esta vez a la sede de la monarquía y de los Estados Generales como representante plenipotenciario del pueblo francés, llamado a encontrar junto con otros colegas una solución que salvara los destinos de Francia.

Pero en el inmerso edificio del Palacio de *Menus Plaisirs* en Versalles, donde sesionaban los Estados Generales, él no era más que uno de los seiscientos diputados del tercer estado. Sus éxitos en su ciudad natal habían pasado inadvertidos para el resto del país. Nadie conocía al modesto abogado de Arras ni en Versalles ni en París. Entre los diputados a los Estados Generales había muchos nombres ilustres, famosos en toda Francia y en Europa. El conde Honoré de Mirabeau; el marqués de La Fayette, “el héroe del Viejo y el Nuevo Mundo”; el abate Sieyés, que se había hecho famoso con su célebre folleto *¿Qué es el tercer estado?*; el valiente participante de la guerra por la libertad de la república norteamericana Charles Lameth, el científico-astrónomo Bailly... Cuando ellos subían a la tribuna eran recibidos con impetuosos y prolongados aplausos. Su celebridad determinaba de antemano el éxito de sus discursos.

En esta brillante constelación de celebridades y talentos el joven diputado de Arras pasó desapercibido a pesar de que desde los primeros días de trabajo de los Estados Generales participó activamente en la batalla que se desencadenó en el seno de éstos. Durante las agudas discusiones entre los estamentos hizo en la sesión de las Comunas ⁸⁷ la proposición

⁸⁷ Se le dio el nombre de Comuna a las sesiones de los diputados del tercer estado que no deseaban utilizar el odioso término de “tercer estado”.

políticamente sabia y justificada de invitar al clero a unirse al tercer estado. Suponía con perspicacia que el clero inferior, los sacerdotes parroquiales “se separarían de la parte de su estamento que apoyaba la escisión y se unirían a las Comunas”.⁸⁸

Junto con otros tres diputados de Artois, durante la célebre sesión en la Sala del Juego de Pelota el 23 de junio de 1789, Robespierre propuso prestar juramento de que no se disolverían hasta que no fuera redactada la constitución. También en la literatura histórica existe el criterio de que fue suya la idea de adoptar el nombre de Asamblea Nacional, que como se sabe, fue aprobada en la sesión de las Comunas del 17 de junio.⁸⁹

¿Qué impulsaba al diputado de Arras a participar tan activamente en el trabajo de los Estados Generales? ¿La ambición? ¿El deseo de ascender? ¿De llamar la atención?

Es poco probable. En la única fuente veraz sobre estas primeras semanas de estancia de Robespierre en Versalles que está a nuestra disposición —las cartas a su amigo Buissart— no hay nada que testimonie que las acciones de Robespierre estaban motivadas por la ambición o simplemente por sus intereses personales. En general no escribió casi nada sobre sí mismo. Basta comparar estas cartas con las de Mirabeau o las de Camille Desmoulins de esa misma época, con la autoexaltación e hiperbolización del papel desempeñado por ellos en los acontecimientos, para percibir de inmediato cuán alejados estaban los sentimientos, las ideas y los fundamentos psicológicos de la conducta de Robespierre de los motivos que inspiraban al “célebre tribuno” y al “fiscal general del Farol”.

Robespierre se incorporó tan enérgicamente a la lucha política movido por sus convicciones, por su sentimiento de responsabilidad ante el pueblo que le había confiado la representación de sus intereses, por su temperamento activo, que trataba siempre de llevar los principios a la práctica y convertir las palabras en hechos. En las primeras semanas de trabajo de la Asamblea Nacional —en mayo y junio de 1789— Robes-

⁸⁸ *Correspondance de Maximilien et Augustin Robespierre. Recueillie et publiée par Georges Michon*, Paris, 1926, p. 39.

⁸⁹ Esta es la opinión de G. Michon (*Correspondance de Maximilien et Augustin Robespierre*), p. 37.

pierre desplegó una gran actividad. En todo caso fue más activo y más enérgico que la mayoría de los diputados a la Asamblea Nacional.

Pero de todos modos el diputado de Arras continuaba pasando inadvertido. Nadie se interesaba por él ni le prestaba atención. En los informes de la prensa sus discursos eran reproducidos muy sucintamente y de manera inexacta. Los periodistas y los cronistas no se tomaban el trabajo de memorizar su nombre. En la Asamblea Nacional incluso sus compañeros del tercer estado trataban con indiferencia y menosprecio a ese perseverante diputado de Arras, que les parecía provinciano y anticuado. Durante sus intervenciones en la sala no cesaba el ruido y su voz no tenía la potencia necesaria para imponerse y acallar a los bulliciosos. Pero ni la indiferencia ni el menosprecio hostil lograron desviar a Robespierre del camino que había elegido. Convencido de su justeza, hacía y decía lo que consideraba necesario en aras del bien del pueblo.

Sus cartas de mayo-julio de 1789 a Buissart, que no fueron escritas para ser leídas por extraños, asombran por la autonomía y la madurez de sus juicios, por su excepcional perspicacia. En mayo de 1789, cuando la fama de Mirabeau llegaba a su cénit, Robespierre escribió que “el conde de Mirabeau desempeña un papel insignificante, su dudosa moral lo priva de toda confianza en su persona”. Más tarde, en julio, él suavizó sus juicios intransigentes sobre Mirabeau, pero muy pronto volvió de nuevo a ellos. Manifestó una opinión desfavorable sobre Mounier, Malouet, Target que en aquellos momentos eran diputados con gran prestigio entre la mayoría liberal-burguesa de la Asamblea. Escribió con mucha reserva sobre La Fayette,⁹⁰ quien en ese período era el ídolo de la mayoría de los diputados y de la multitud.

Para el joven diputado de Arras las opiniones ajenas, por lo visto, no tenían ningún valor. Simplemente las menospreciaba y se regía en sus acciones y sus intervenciones sólo por sus propios criterios.

Esta convicción inquebrantable de la justeza, es decir, de la correspondencia a los intereses del pueblo, de la línea política que defendía, era la que le otorgaba tanta firmeza y perseverancia en sus intervenciones. M.Boulaiseau hizo el siguiente cómputo: en 1789 los periódicos mencionaron sesenta y nueve intervenciones de Robespierre en la Asamblea

⁹⁰ Correspondance de Maximilien et Augustin Robespierre, p. 41, 43.

Constituyente; en 1790, ciento veinticinco, y en 1791, trescientas veintiocho intervenciones en nueve meses de su actividad.⁹¹ Estas frías cifras son asombrosas. Tras ellas se oculta un empeño constantemente creciente, una tensión enorme de la voluntad para vencer la resistencia.

Los hombres perspicaces supieron valorar antes que los demás la fuerza de ese diputado de Arras a quien hasta esos momentos nadie conocía en París. El hábil e inteligente Barére de Vieuzac, dotado de una aguda intuición, futuro *feuillante*, futuro girondino, futuro jacobino y al fin termidoriano, fue probablemente uno de los primeros que detectó y señaló en las páginas de su periódico *Point du jour* la aparición de un nuevo talento. También es conocido el perspicaz juicio de Mirabeau: “Llegará muy lejos porque cree en todo lo que dice”.

Transcurrió cierto tiempo y ese diputado de Arras, siempre reservado, pausado, imperturbablemente seguro de sí mismo, al que nadie podía hacer perder el hilo de sus ideas, al que nadie podía turbar ni intimidar, obligó a esa polífona Asamblea, que bullía de pasiones, a escuchar sus discursos. No la ganó para su causa ni conquistó sus simpatías; la Asamblea, en su mayoría, seguía siéndole hostil. Y no podía ser de otro modo, pues allí había divergencia de intereses políticos. Pero paulatinamente, paso a paso, de discurso en discurso apaciguaba y domaba a esa sala que le era hostil. Les enseñó a esos “representantes de la nación francesa”, de los que casi todos aspiraban al papel rector, a tomar en cuenta su fuerza y a escuchar con atención sus discursos.

Por supuesto, también él cambió durante esos difíciles meses; aprendía de la vida, aprendía del pueblo y de la Revolución. Sobre él influyó grandemente e incluso se podría decir que de manera decisiva la insurrección popular del 14 de julio, que dio inicio a la Revolución Francesa. En su carta a Buissart del 23 de julio de 1789 el reservado Robespierre escribió con entusiasmo sobre la toma de la Bastilla. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, de inmediato valoró correctamente los sucesos del 13 y 14 de julio como el inicio de una gran revolución.

“La presente Revolución, mi querido amigo, en muy poco tiempo nos ha hecho testigos de los acontecimientos más grandiosos que jamás ha conocido la historia de la humanidad...” escribió a Buissart. A su juicio,

⁹¹ Marc Bouloiseau. Robespierre, Paris, 1961, p. 18.

lo más importante de esa Revolución era el papel decisivo del pueblo, la inusual energía que este último ponía de manifiesto.

“...Un ejército de trescientos mil patriotas, formado por ciudadanos de todas las clases, a los que se unió la guardia francesa, los suizos y otros soldados, pareció surgir de abajo de la tierra como por milagro. El segundo milagro fue la rapidez con que el pueblo parisino tomó la Bastilla... El terror que inspiraba ese ejército nacional (es decir, el pueblo armado, dispuesto a marchar sobre Versalles, decidió el destino de la Revolución.”⁹²

Ese reconocimiento del papel decisivo del pueblo en la Revolución no era un señalamiento casual. Tres días antes, en su discurso del 20 de julio ante la Asamblea Nacional, al rechazar con indignación la propuesta de uno de los diputados reaccionarios de utilizar la fuerza para aplastar al movimiento popular, señaló el papel redentor de la insurrección popular del 14 de julio. “No olviden, señores —dijo—, que sólo gracias a esa sublevación la nación conquistó su libertad.”⁹³

En ese período Robespierre aún conservaba sus ilusiones respecto al rey y la monarquía; demoró en liberarse de ellas. Pero precisamente el 14 de julio y bajo la influencia directa de ese día decisivo se convirtió en revolucionario. No fue en los parlamentarios y diputados a la Asamblea, sino en el pueblo donde vio la fuerza principal de la Revolución. Creyó en sus fuerzas inagotables, en su energía y en su capacidad de acción. Si hasta esos momentos, hasta el 14 de julio, concebía el progreso social, el movimiento de avance sólo a través de las formas legales, ya después de la toma de la Bastilla comprendió de inmediato que la fuerza fundamental de la Revolución radicaba en las acciones extra-legales y extra-parlamentarias del pueblo, en la actividad revolucionaria de las masas.

Como jurista que conocía las sutilezas de la legalidad, admitió de inmediato y sin reservas la violencia revolucionaria como medio justo y necesario de lucha del pueblo. En la citada carta a Buissart relata, sin ocultar su aprobación, cómo el pueblo de París ejecutó (¡sin juicio previo, por supuesto!) al comandante de la Bastilla y al jefe de los comer-

⁹² Correspondance de Maximilien et Augustin Robespierre, pp. 42, 44-45.

⁹³ Oeuvres complètes, t. VI, pp. 39-70.

cientes por sus acciones hostiles al pueblo. Su información es breve y lacónica: “El Sr. Foulon fue ahorcado ayer por decisión del pueblo”.⁹⁴

Más tarde aprobó y apoyó las manifestaciones populares del 5 y 6 de octubre, la marcha sobre Versalles, las protestas campesinas en las aldeas, los incendios de las haciendas de los odiados terratenientes, etc.⁹⁵

“Si en la Bretaña la ira del pueblo incendió algunos castillos, éstos pertenecían a magistrados que le negaban la justicia al pueblo, no se subordinaban a las leyes de Ustedes y aún continúan sublevándose contra la constitución. ¡Que esos hechos no inspiren ningún temor a los padres del pueblo y de la patria!” —señaló Robespierre en la Asamblea Constituyente.⁹⁶ Y concluyó diciendo: “No nos dejaremos llevar por el murmullo de aquellos que prefieren la esclavitud apacible a la libertad conquistada al precio de algunas víctimas, ni por los que nos señalan constantemente las llamas de varios castillos incendiados. ¿O acaso ustedes, igual que los compañeros de viaje de Ulises, quieren volver a la caverna del Cíclope en aras de un yelmo y un cinto que dejaron allí?”⁹⁷ La idea de que la violencia y las víctimas se justifican si ellas son necesarias para la revolución, para la consolidación de la libertad, es desarrollada con frecuencia por Robespierre en muchas de sus intervenciones.

Después de la toma de la Bastilla Robespierre se transforma de demócrata constitucionalista en demócrata revolucionario. Por supuesto, esto no debe ser interpretado de manera simplificada. Robespierre no se convirtió en enemigo de la constitución o del régimen constitucional. Al igual que todos los demócratas revolucionarios de aquella época, consideraba necesaria la elaboración de la constitución. El problema consistía en cómo debía ser esa constitución: ¿popular o antipopular?

El era totalmente ajeno a esa fetichización de la constitución como tal, por sí misma, que caracterizaba a los diputados liberal-burgueses de la Asamblea Nacional. “...Que no nos hablen de la constitución. Esa pala-

⁹⁴ Correspondance de Maximilien et Augustin Robespierre, pp. 44, 50.

⁹⁵ Véanse intervenciones de Robespierre en la Asamblea Nacional el 21 de octubre de 1789, el 9 de febrero de 1790, el 22 de febrero de 1790 y otras.

⁹⁶ Oeuvres complètes, t. VI, p. 238.

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 240.

bra nos adormeció durante demasiado tiempo y nos mantuvo sumidos en un letargo. Esa constitución será sólo un libro inútil: ¿cuál será la ventaja de haber creado ese libro si nos privarán de nuestra libertad en la cuna?”⁹⁸

He aquí un magnífico modelo de pensamiento revolucionario. Sitúa la verdadera libertad por encima de la constitución formal. Llama la atención el hecho de que esta magnífica valoración de la constitución fue formulada por Robespierre en su discurso del 21 de octubre de 1789, es decir, sólo tres meses después del inicio de la Revolución.

A su juicio, el objetivo principal, tanto al analizar los artículos de la futura constitución, como al hacer la valoración de los acontecimientos y al definir las tareas de la Revolución debía ser la defensa de los intereses del pueblo.

Luchó de manera consecuente en la Asamblea Constituyente contra todos los proyectos antidemocráticos, contra todas las proposiciones que atentaban contra los derechos del pueblo. La idea de la soberanía del pueblo, del predominio del pueblo en toda la vida política, de la prioridad de los intereses y los derechos del pueblo respecto a los demás intereses y derechos se convirtió en el tema rector de las intervenciones de Robespierre en la Asamblea Constituyente y fuera de ella.

“Hay que recordar que los gobiernos, cualesquiera que sean, son instituidos por el pueblo y para el pueblo, que todos los que gobiernan, y por consiguiente también los reyes, son sólo mandatarios y representantes del pueblo...”⁹⁹ Estas palabras reflejan con mucha precisión su actitud de principio respecto a la constitución y a la misión que ésta debía desempeñar. La constitución debía contener las leyes fundamentales para garantizar la soberanía del pueblo.

Desde estas posiciones Robespierre intervenía en la Asamblea Constituyente contra los proyectos antidemocráticos que paulatinamente, artículo tras artículo, eran aprobados por la mayoría liberal-burguesa de la Asamblea como partes integrantes de la futura constitución. Luchó contra la proposición sobre el veto directo o suspensivo del rey, contra la proposición referida a la introducción de un censo de bienes de los

⁹⁸ Ibid., p. 126.

⁹⁹ *Discurso contra el veto del rey*, Ibid., p. 88.-99 Oeuvres complètes, t. VI, p. 131.

electores y los candidatos, contra la división de los ciudadanos en activos y pasivos, etc.

En sus discursos en la Asamblea Constituyente desenmascaraba el verdadero sentido de la política de la mayoría de la Asamblea Nacional. Denunciaba abiertamente el carácter antipopular de esa legislación y revelaba los motivos y los intereses egoístas por los que se regía la mayoría de la Asamblea.

“Si una parte de la nación es autocrática y la otra está compuesta por sus súbditos, ese sistema político significa la creación de un régimen de aristocracia. ¡Y qué aristocracia! La más insoportable de todas: la de los ricos, cuyo yugo quieren ustedes imponerle al pueblo que acaba de liberarse del yugo de la aristocracia feudal”.¹⁰⁰

Ese señalamiento de Robespierre se destaca por ofrecer una valoración clasista de la esencia de la política de la mayoría liberal de la Asamblea Nacional. Desplazó el problema de las discusiones políticas o éticas hacia el terreno de la lucha de clases. Consideraba que el sentido real de las proposiciones antidemocráticas de la mayoría de la Asamblea consistía en que por medio de ellas esa mayoría aspiraba a perpetuar jurídica y constitucionalmente el dominio de la “aristocracia de los ricos”. Robespierre luchaba contra esas tendencias, contra esa política y defendía los intereses del pueblo, que estaba amenazado por un nuevo peligro.

¿Fue Robespierre el único dirigente político del país que tomó conciencia del peligro que implicaba perpetuar el poder en manos de la “aristocracia de los ricos”, o como diríamos ahora, de la gran burguesía? Por supuesto que no.

Sabemos que Marat desde las páginas de *L'Ami du peuple*, utilizando casi literalmente las mismas expresiones que Robespierre, se manifestaba en contra de los intentos de consolidar el dominio de la gran burguesía. “¿Qué habremos ganado al eliminar la aristocracia de la nobleza si la sustituye la aristocracia de los ricos?” —preguntaba indignado Marat en uno de sus artículos de junio de 1790.¹⁰¹

¹⁰⁰ *L'Ami du peuple*, N° 149, 30.VI.1790.

¹⁰¹ *Discurso en la Asamblea Nacional del 5 de octubre*, *Mercure de France*, 17.X.1789; *Oeuvres complètes*, t. VI, p. 101.

Aquí vemos no sólo una aproximación de las posiciones políticas de Robespierre y Marat, sino también una coincidencia exacta de las formulaciones políticas. ¿Vale la pena investigar cuál de ellos fue el primero que incorporó al vocabulario de la Revolución el término “aristocracia de los ricos” o cuál fue el primero que llamó a luchar contra esa aristocracia? Marat —él mismo lo escribió— seguía con atención las intervenciones de Robespierre en la Asamblea Nacional. Robespierre, indudablemente, leía el combativo periódico de Marat. En lo que se refiere a un período posterior esto es indiscutible, puesto que el propio Robespierre lo ha dicho, pero debemos estar de acuerdo con la opinión de M. Bouloiseau, quien consideraba que también antes Robespierre leía con regularidad *L'Ami du peuple*.¹⁰²

Pero difícilmente sea necesario tratar de determinar cuál de estas dos personalidades políticas merecen la palma de la prioridad en este aspecto. En aquel período sus posiciones en torno a muchos (aunque no a todos) problemas políticos eran muy similares. Pero además de Marat, ya en 1789-1790, Camille Desmoulins, Georges Danton, algunos cordeleros, el periódico *Révolution* de París y otros se manifestaron, aunque de manera menos consecuente, contra la política antidemocrática de la Asamblea Constituyente.

Aquí lo importante es otra cosa. Si no en el país, al menos en la Asamblea Constituyente Robespierre era, a pesar de todo, casi el único diputado que luchaba de manera sistemática y consecuente contra esa política. En la Asamblea contaba con el apoyo de no más de cuatro o cinco diputados: Pétion y Grégoire sustentaban posiciones similares a las suyas y también eran oradores de la extrema izquierda. Todos los demás —que constituían la amplia mayoría— o bien le eran abiertamente hostiles o bien mantenían una posición de malintencionada neutralidad.

¡Qué extraordinaria valentía, qué firmeza de carácter, qué confianza en la justeza de sus posiciones había que tener para ir día tras día contra la

¹⁰² M. Robespierre. *Discours à l'Assemblée nationale sur la nécessité de révoquer les décrets qui attachent l'exercice des droits du citoyen à la contribution du marc d'argent...* Paris, 1791.

La mayoría de la Asamblea, hostil a Robespierre, no le permitió pronunciar ese discurso. Robespierre logró que fuera publicado y causó gran impresión a sus coetáneos.

corriente, para intervenir en un clima hostil, solo contra todos o casi todos!

Por supuesto, también había decisiones de la Asamblea Constituyente que Robespierre apoyaba y aprobaba. Como es sabido, la Asamblea Constituyente aprobó una serie de decretos de carácter antifeudal y, por consiguiente, indiscutiblemente progresistas. Uno de ellos fue la célebre *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*, un documento de gran significación revolucionaria, que reflejaba, con más intensidad que cualquier otro, el poderoso auge revolucionario de las masas populares que luchaban contra el feudalismo. También tuvieron ese carácter los decretos sobre la abolición de los estamentos y los títulos hereditarios; la supresión de la vieja división administrativa de Francia, que convertía al país en un mosaico de provincias dispares; la creación de una nueva división administrativa departamental homogénea; la secularización de las propiedades de la Iglesia; la constitución civil del clero; la abolición de las reglamentaciones; las limitaciones corporativas y otros obstáculos que frenaban el desarrollo de la industria y el comercio; la libertad de prensa; la libertad de cultos, etc.

Sin embargo, la aprobación de esta legislación avanzada Robespierre la consideraba no más que un inicio: pues sólo estas leyes resultaban claramente insuficientes. La mayoría liberal de la Asamblea opinaba, en cambio, que con esta legislación quedaban agotadas las tareas de la Revolución y que la política posterior no debía estar dirigida a desarrollar y ampliar la Revolución, sino, por el contrario, a estrechar su envergadura, a frenar y limitar la iniciativa de las masas.

En esta lucha desigual, en la cual tenía que utilizar las más mínimas posibilidades para fortalecer sus posiciones, se apoyaba con frecuencia en el espíritu progresista de la legislación de la Asamblea Constituyente para contraponerla a la legislación reaccionaria del período ulterior. Así, durante los prolongados debates de la Asamblea Constituyente en torno a la proposición de instituir un censo de bienes para el ejercicio del derecho electoral, sustentada y defendida por los diputados burgueses liberales de la Asamblea, Robespierre contraponía con frecuencia a esta proposición reaccionaria los principios de la *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*, que él denominaba “inmutables y sagrados”.

“A ustedes les dicen que en general aprueban los principios de la Declaración de los derechos. Pero agregan que esos principios admiten diferentes aplicaciones. Este es otro gran error. Se trata de los principios de la justicia, de los principios del derecho natural y ninguna ley humana puede modificarlos... ¿Cómo podríamos entonces aplicarlos erróneamente?”¹⁰³

Tácticamente este método de lucha era muy eficaz. Al denunciar los móviles antipopulares y egoístas de la política de los constitucionalistas liberales que querían imponerle al país el sistema electoral censal —una constitución para los ricos— Robespierre demostraba que con eso ellos no sólo atentaban contra los derechos fundamentales del pueblo, sino que cometían también el sacrilegio de anular y destruir los principios de la *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano* que esa misma Asamblea Constituyente había proclamado sagrados.¹⁰⁴

Robespierre no se limitaba sólo a oponerse o criticar la política de la mayoría; uno de los rasgos destacados de sus intervenciones en la Asamblea Constituyente durante 1789-1791 consistía en que con la misma tenacidad propagandizaba de manera igualmente consecuente un programa positivo de transformaciones democráticas.

“Todos los hombres nacen y se mantienen libres e iguales ante la ley”, —señalaba la Declaración. La constitución censal, la división de los ciudadanos en “activos” y “pasivos”, negaban de manera directa ese principio fundamental y primario proclamado por la Declaración.

¿Pero cómo llevar a la práctica ese derecho incuestionable? La primera condición necesaria para esto era el derecho universal al sufragio. (Aquí no hay necesidad de aclarar que Robespierre, al igual que otros dirigentes políticos de aquella época, no hacían extensivo a las mujeres el derecho al voto. En el siglo XVIII este problema casi no estaba planteado.) En una gran cantidad de intervenciones —orales y escritas— defendía el principio del derecho al sufragio universal. El pueblo — los trabajadores, los campesinos, los artesanos— era la parte más valiosa de la nación, mientras que los ricos eran portadores del vicio y el delito.

¹⁰³ Oeuvres complètes, t. VII, p. 165.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 166.

Al criticar el proyecto del sistema electoral censal Robespierre exponía una argumentación basada en las concepciones de Rousseau: la pobreza es virtuosa, la riqueza es delictiva. “¿... Dónde está realmente la fuente de la extrema desigualdad de fortunas, que concentra todas las riquezas en unas pocas manos? ¿No radica en las malas leyes, en los malos gobiernos y, por último, en todos los vicios de las sociedades corrompidas?”¹⁰⁵

La rivalidad de dos programas —el sistema del sufragio censal y el derecho al sufragio universal— era calificado por Robespierre como el enfrentamiento de dos líneas diferentes, no en el aspecto jurídico ni político, sino en un aspecto más profundo: el social.

¿Cuál era la esencia de la discusión? Él logra comprenderla a fondo. “...Los ricos aspiran a todo, ellos quieren apoderarse de todo y dominarlo todo. El abuso es obra y dominio de los ricos, ellos son una desgracia para el pueblo. El interés del pueblo es el interés general. El interés de los ricos es el interés particular. Y ustedes quieren reducir al pueblo a la insignificancia y hacer omnipotentes a los ricos”.¹⁰⁶ Así desenmascaraba de nuevo la esencia clasista de los debates políticos.

No sólo en las discusiones de la Asamblea Constituyente, sino en toda la literatura política de los primeros años de la Revolución Francesa esta fue la crítica más profunda al sistema del sufragio censal y la fundamentación más profunda del derecho legal del pueblo al sufragio universal.

Partiendo de esas mismas posiciones básicas, Robespierre exigía la aplicación consecuente de ese principio: la prioridad, la primacía del pueblo en la práctica. Veía con claridad el peligro: los ricos querían usurpar y perpetuar su poder sometiendo al pueblo. Ese era también el objetivo de la implantación del censo de bienes para el ingreso a la guardia nacional, al cual se opuso con toda firmeza. La guardia nacional, había sido creada para defender la patria, la libertad. “Estar armado para defender la patria es un derecho de todo ciudadano.” Y los pobres

¹⁰⁵ Intervenciones de Robespierre en la Asamblea Constituyente del 5 de octubre de 1790 y el 27 de abril de 1791.-Oeuvres complètes, t. VI, p. 611, t. VII, pp. 259, 261-267.

¹⁰⁶ Discurso del 12 de setiembre de 1789.-Oeuvres complètes, t. VI, p. 79; Discurso del 18 de noviembre de 1789.-Ibíd., p. 140.

tienen no menos, sino más derecho que los ricos a eso. La guardia nacional desempeñará su papel y cumplirá su misión sólo si se convierte en lo que debe ser: la organización del pueblo armado.¹⁰⁷

El programa democrático de Robespierre contenía medidas que creaban ciertas garantías contra el peligroso fortalecimiento del poder ejecutivo. En setiembre de 1789 propuso la reelección anual de los diputados; más tarde planteó aumentar a mil la cantidad de diputados a la Asamblea Legislativa¹⁰⁸ y exigió la implantación de la rendición de cuentas de los funcionarios ante los electores.

Casi todas las propuestas de carácter democrático planteadas por Robespierre en 1789-1791 se vieron plasmadas más tarde en la segunda constitución republicana de 1793.

¿Pero tuvieron algún éxito estas proposiciones en los años en que fueron planteadas por primera vez en la Asamblea Constituyente por el diputado de Arras? No. Ninguna o casi ninguna de las proposiciones planteadas por Robespierre fue aprobada por la Asamblea Constituyente.

Lo escuchaban: logró obligarlos y habituarlos a que lo escucharan. Hacía mucho que había quedado atrás la época cuando los arrogantes diputados, ávidos de sensaciones fuertes, le lanzaban réplicas mordaces al representante de Arras. Ahora ellos ya le tenían un poco de miedo a ese hombre joven, siempre vestido meticulosamente, con una peluca empolvada, que con voz serena pero firme exponía sus convicciones, a quien no podían sobornar ni atemorizar. Lo escuchaban con atención: tenían que saber lo que quería para luego votar unánimemente en contra de sus proposiciones.

Pero Robespierre no se dejaba intimidar en lo más mínimo por el fracaso de sus intervenciones en la Asamblea Nacional; cuando la mayoría liberal burguesa de la Asamblea rechazaba sus propuestas, al día siguiente estaba dispuesto a intervenir y fundamentar con nuevos argumentos los principios democráticos que defendía.

¹⁰⁷ Correspondance de Maximilien et Augustin Robespierre, p. 88; A. Soboul. Saint-Just. *Introduction á Saint-Just. Discours et Rapports*. Paris, 1957, p. 12.

¹⁰⁸ Correspondance de Maximilien et August Robespierre, p. 92.

¿Qué era entonces? ¿Un fanático, un obstinado enceguedido que no tomaba en cuenta los hechos, dominado por sus ideas obsesivas? Por supuesto que no. Ni en el carácter, ni en el temperamento, ni en el pensamiento de Robespierre había nada de Don Quijote.

Este hombre joven, inquebrantablemente convencido de la justeza de sus opiniones y de la necesidad de no escatimar fuerzas y entregarlo todo, hasta el último aliento, en aras del bienestar de su pueblo, en aras de la Revolución, conjugaba de un modo aparentemente insólito las ideas y los sentimientos más elevados con la mirada penetrante del águila, la voluntad inflexible, el cálculo sobrio de su mente aguda y perspicaz.

A este discípulo y seguidor de Rousseau, que admiraba las virtudes del apóstol de la igualdad y la libertad, no le eran características ni las contradicciones internas ni el espíritu soñador tan propios del “gran ciudadano de Ginebra”. Sabía siempre lo que quería y el modo de lograrlo, pues era un hombre de acción.

Lo que esos pragmáticos políticos burgueses, esos diputados-negociantes consideraban “abstracciones”, “sabiduría libresca” o peligrosas quimeras en los discursos del diputado de Arras, era en realidad la expresión exacta de las demandas de las amplias masas populares. La idea de la soberanía popular, de la igualdad política y social, esas ideas fundamentales que constituían la base de casi todas las intervenciones de Robespierre en la Asamblea Constituyente y el Club de los Jacobinos durante 1789-1791, expresaban de manera indirecta las exigencias fundamentales del pueblo, o sea, ante todo del campesinado, los artesanos, el proletariado, la pequeña burguesía democrática y una parte de la burguesía media. En esa misma forma indirecta estas ideas reflejaban los aspectos principales de las tareas objetivas fundamentales de la Revolución.

Los discursos de Robespierre no podían hacer cambiar de opinión a la mayoría de los diputados de la Asamblea Nacional, que representaban a la gran burguesía con francas aspiraciones de poder y de lucro. Él lo sabía, pero al dirigirse a ellos, en realidad le hablaba al pueblo.

Su voz fue oída. Ya en 1790 comenzó a aumentar rápidamente su popularidad en el pueblo. El diputado de Arras, cuyos discursos se veían obligados a reproducir los periódicos, expresaba las ideas, las aspira-

ciones y los anhelos que anidaban en las mentes y los corazones de mucha gente en el país.

El joven Saint-Just le escribió en agosto de 1790 desde Blérancourt: “Yo no lo conozco a usted, pero es un gran hombre, usted es diputado no sólo de una provincia, usted es diputado de toda la humanidad...”¹⁰⁹

Marat, quien no era pródigo en halagos, aún sin conocerlo personalmente, pero sí habiendo leído sus discursos, escribió en noviembre de 1789 que “su nombre siempre será apreciado por los ciudadanos honestos”, y un año más tarde, en octubre de 1790, señaló que Robespierre era el único diputado inspirado en los grandes principios y “probablemente, el único patriota auténtico del Senado”.*

No sólo las personalidades políticas más avanzadas, sino también los participantes de filas de la Revolución en las provincias y en París escuchaban con atención la voz de Robespierre y le manifestaban su más cálido apoyo. En diciembre de 1790, los miembros de la municipalidad de Avignon, al expresarle su especial gratitud por su “maravilloso discurso”, escribieron, no sin exaltadas exageraciones: “Si todos los pueblos de la tierra conocieran los principios que usted ha fundamentado tan victoriosamente muy pronto no existirían más los tiranos”.¹¹⁰

La municipalidad de Marsella en su carta del 27 de mayo de 1791 calificó a Robespierre de “hombre, cuyo genio y corazón están consagrados a la causa social, al que cada vez aprendemos a querer más a medida que leemos sus maravillosos discursos pronunciados desde la tribuna”. El *Club de los Cordeleros* de París, los clubes de Marsella, Versalles, Toulon y otras ciudades, las personalidades políticas y los particulares le enviaban cartas en las cuales aprobaban y se solidarizaban con sus intervenciones políticas.¹¹¹

¹⁰⁹ Oeuvres complètes de Robespierre, t. III.

* Para ser exactos es necesario agregar que Marat también manifestó en algunas ocasiones señalamientos críticos sobre Robespierre (J. P. Marat. *Obras Escogidas*, en ruso. Moscú, 1956, t. II., p. 292; t. III, p. 79).

¹¹⁰ Correspondance..., prep. par G. Michon. Paris, 1926; Supplément, Paris, 1941.

¹¹¹ Véanse más detalles en *La Revolución Burguesa Francesa de 1789-1794*, en ruso. Bajo la redacción de V. Volguin y E. Tarle. Moscú-Leningrado, 1941; A. Z. Manfred. *La Revolución Burguesa Francesa*, en ruso. Moscú, 1956, cap. VI;

La fama de Robespierre en el país se incrementaba rápidamente, pero en la Asamblea Nacional sus discursos seguían siendo acogidos con una fría hostilidad o un sordo murmullo de desaprobación. La voz de Robespierre era estridente, pero no muy fuerte; no podía imponerse al ruido; era miope, entornaba los ojos y a veces se ponía espejuelos.

Probablemente no veía más allá de la tercera o cuarta fila de asientos. No podía ganar para su causa al auditorio de la Asamblea Constituyente. Pero no hablaba para esos señores vestidos con elegancia, siempre absorbidos por sus proyectos ambiciosos o sus cálculos egoístas. La mirada de sus ojos entornados resbalaba por encima de las cabezas de los diputados, por encima de esas pelucas empolvadas: él miraba hacia el futuro.

A. Mathiez. *Le club des Cordeliers pendant la crise de Varennes*. Paris, 1910; suppl. Paris, 1913; Ph. Sagnac. *L'état des esprits en France à l'époque de la fuite a Varennes*.

V

LA crisis de Varennes, que surgió en junio-julio de 1791, con motivo del intento de fuga y el arresto del matrimonio real, reveló las profundas contradicciones internas de la Revolución.

La terrible indignación del pueblo, que exigía que el rey fuera entregado a los tribunales, el rápido éxito de las ideas republicanas eran sólo la expresión del profundo descontento de las masas populares. En dos años de Revolución el pueblo no había logrado que fueran satisfechas sus demandas fundamentales y, ante todo, la solución del problema agrario: la destrucción del feudalismo, la erradicación de las prestaciones y de la propiedad feudales en el campo. El descontento del campesinado, de los plebeyos de la ciudad y de una parte de la burguesía media por los resultados prácticos de la Revolución, que habían modificado muy poco su situación social, se intensificaba por la extrema irritación contra la gran burguesía que había ascendido al poder y promovía una política egoísta y antidemocrática que era llevada a la práctica por la legislación de la Asamblea Constituyente.

Pero a pesar de que las raíces de ese amplio descontento popular eran muy profundas y estaban relacionadas con los problemas cardinales que aún no habían sido resueltos por la Revolución, en los días de la crisis de Varennes emergieron a la superficie sólo los problemas políticos referidos al destino de la monarquía y la república.¹¹²

Maximilien de Robespierre, quien hasta esos momentos había sido una personalidad política que se adelantaba a su época, durante los días de la crisis de Varennes estuvo a la zaga de los acontecimientos. La posición sustentada por él era en extremo contradictoria.

* Esta crisis recibió la denominación de *Varennes* por el pequeño poblado del mismo nombre, situado muy cerca de la frontera, donde fueron atrapados los prófugos que luego el pueblo obligó a regresar a París. Desde el 21 de junio en París y en el resto del país comenzaron las manifestaciones antimonárquicas. La crisis terminó con la masacre de los participantes en la manifestación popular del 17 de julio de 1791 en París.

¹¹² —Revue d'histoire moderne et contemporaine, 1909, t. 12.

En 21 de junio, el día en que la noticia de la fuga del rey conmovió a París, cuando en las calles y los edificios públicos la gente destrozaba los bustos de Luis XVI, Robespierre pronunció un discurso en la sesión del Club de los Jacobinos. Con la intrepidez que lo caracterizaba se lanzó contra la entonces poderosa mayoría de la Asamblea Nacional; acusó a la “Asamblea Nacional de traicionar los intereses de la nación” y de haber preparado con su política todo lo que estaba ocurriendo. Su discurso conmovió a los jacobinos. Cuando dijo que aceptaría “como una bendición la muerte, que le impediría ser testigo de inevitables desgracias”, las ochocientas personas presentes en la sala lo rodearon formando una consistente muralla y exclamando: “ ¡Nosotros moriremos contigo!”.¹¹³

Pero cuando en los días siguientes las organizaciones democráticas de París —el *Club de los Cordeleros*, el *Club Social*, una parte de los jacobinos y las sociedades populares— dejaron de lado las ilusiones monárquicas y se pronunciaron a favor de la abolición de la monarquía y la proclamación de la República, Robespierre, se negó a unirse a sus reclamos.

Cuando en la Asamblea Nacional los constitucionalistas burgueses, encabezados por el “triunvirato” (recibían el nombre de “triunvirato” los diputados A. Barnave, A. Duport y A. Lameth, quienes después de la muerte de Mirabeau desempeñaban el papel de líderes de la fracción de los “constitucionalistas”), temiendo más que nada a la profundización posterior de la Revolución, plantearon la falsa versión del “secuestro del rey”, Robespierre fue el único diputado que luchó contra esa decisión. También durante la primera escisión del *Club de los Jacobinos*^{*} manifestó la misma firmeza e intransigencia ante sus opositores políticos.

¹¹³ *Oeuvres complètes*, t. VII, pp. 518-523. Este discurso fue publicado en una serie de periódicos de izquierda: *L'Ami du peuple*, 9.VII. 1791, N° 515; *Les Révolutions de France et de Brabant*, t. VII, N° 82, y otros.

^{*} La escisión del Club de los Jacobinos se produjo el 16 de julio de 1791. El sector de derecha, que representaba a la gran burguesía y trataba de frenar el desarrollo ulterior de la Revolución, rompió con el Club de los Jacobinos y fundó un nuevo club: el de los Feuillantes. Desde ese momento los “constitucionalistas” comenzaron a ser denominados con frecuencia feuillants.

Pero incluso después del cruel fusilamiento de la manifestación popular del 17 de julio de 1791, el cual marcó la transformación de los “constitucionalistas” —fracción que representaba a la gran burguesía monárquica— en una fuerza abiertamente contrarrevolucionaria, Robespierre seguía indeciso en lo relativo al problema de la forma del poder, sin decidirse a apoyar a aquellos que reclamaban la República.

El carácter contradictorio de la posición de Robespierre durante los días de la crisis de Varennes era evidente. ¿Debe ser considerada también errónea? Por supuesto que sí.

Robespierre en sus titubeos respecto a la República partía de su viejo temor, expresado en más de una ocasión, de que la República pudiera convertirse en una forma de dominio de la burguesía aristocrática. Pero si antes, cuando aún eran fuertes las ilusiones monárquicas de las masas, la subestimación de la República por parte de Robespierre no tenía significación práctica, ya en los días de la crisis de Varennes, cuando el problema de la República se convirtió en una cuestión candente, su actitud negativa o escéptica ante el reclamo de la República se convirtió en un error. Una posición similar y también errónea en lo relativo a este problema fue sustentada durante esos días por Marat.¹¹⁴

Interpretando correctamente y con perspicacia las tareas fundamentales de la Revolución y siendo el portavoz de las demandas del pueblo, durante esos primeros años de la Revolución Robespierre centraba su atención más en los problemas políticos que en los sociales. Por supuesto, esto era comprensible y tiene su explicación, pues en esos momentos sus intervenciones estaban determinadas en gran medida por los problemas que figuraban en el orden del día de la Asamblea Constituyente y los mismos eran, fundamentalmente, políticos.

También es necesario reconocer que de todos los diputados de la Asamblea Robespierre sustentaba la posición más radical con respecto al problema social principal: el del campesinado.

En varias ocasiones se pronunció en defensa de los intereses de los campesinos; justificó que ellos utilizaran la fuerza para oponerse a los

¹¹⁴ *L'Ami du peuple*, 17.11.1791, N° 374; 22.VI.1791, N°497;25 y 26.VI.1791, N°s. 500 y 501.

odiados señores; exigió la abolición del derecho de *triage*^{*} y la restitución a los campesinos de las tierras que desde la época del Edicto de 1669 habían sido usurpadas y saqueadas por los feudales.¹¹⁵

Sin embargo, no podemos dejar de señalar que la atención que Robespierre prestaba al problema campesino no estaba en correspondencia con el significado real de este último en la Revolución. Por lo visto, en aquella época aún no tenía plena conciencia de la vital importancia que tenía para la Revolución la satisfacción prioritaria de las demandas del campesinado.

Robespierre guardó silencio cuando en junio de 1791 se analizó en la Asamblea Constituyente la ley Le Chapelier, la cual prohibía a los obreros organizarse en sindicatos y realizar huelgas.¹¹⁶ Como defensor convencido de la democracia debió haberse opuesto con firmeza a esa ley claramente antiobrera. Pero no lo hizo. Ni en 1791 ni más tarde se pronunció en contra de la ley Le Chapelier y de su aplicación práctica.

De lo dicho se deduce que incluso el mejor de los líderes de la gran revolución burguesa del siglo XVIII cometió errores, tuvo debilidades y equivocaciones. Algunos de esos errores nunca fueron superados. Por ejemplo, no sólo en el período de la aprobación de la ley Le Chapelier, sino también más tarde, durante la dictadura jacobina, mantuvo la misma actitud de indiferencia ante los intereses de los obreros.

Pero hubo una serie de concepciones erróneas que Robespierre rectificó con posterioridad. Aprendía de la Revolución, avanzaba con ella; junto con el desarrollo del proceso revolucionario su interpretación de las tareas de la Revolución se tornaba más amplia, más profunda y más correcta. Su fuerza radicaba en que sabía escuchar con atención la voz del pueblo y la tomaba en cuenta. A diferencia de Marat, quien acostumbraba a dar lecciones a las masas, a dirigirse públicamente a ellas con palabras de desaprobación, Robespierre nunca censuraba al pueblo,

* En la Francia feudal costumbre y derecho según el cual el señor feudal podía exigir que se le entregara una parte (generalmente, 1/3) de las parcelas comunales. Fue abolido por la Revolución. (N. del Trad.).

¹¹⁵ *Oeuvres complètes*, t. VI, pp. 228 240, 272 (discursos del 9 y 22 de febrero, 4 de marzo de 1790).

¹¹⁶ Buchez et Roux. *Histoire parlementaire de la Révolution française*. Paris, 1834- 1838, vol. I-XXXV; vol. X, pp. 193-197.

pues, a su juicio, éste era el principal soporte de la libertad y siempre tenía razón.

Una de las consecuencias de la crisis de Varennes en la política exterior fue la intensificación de la amenaza de intervención por parte de las monarquías europeas. El 27 de agosto de 1791 en el castillo de Pillnitz, en Sajonia, el emperador Leopoldo II y el rey de Prusia Federico Guillermo II firmaron una declaración conjunta de apoyo al monarca francés. Más tarde, el 7 de febrero de 1792, Austria y Prusia firmaron un tratado de alianza dirigido contra la Francia revolucionaria.

Desde octubre de 1791, Brissot y otros líderes girondinos empezaron a pronunciar fogosos discursos en los que exhortaban a la Francia revolucionaria a iniciar una guerra de liberación contra los tiranos, sin esperar a que comenzara la intervención. La propaganda de la guerra revolucionaria fue acogida con simpatía por las masas populares, puesto que respondía a sus sentimientos patrióticos.¹¹⁷

Pero el llamado a la guerra recibió también el apoyo secreto de otros sectores. Para Luis XVI y María Antonieta, quienes después del fallido intento de fuga se habían convertido de hecho en prisioneros coronados del pueblo, todas las esperanzas para el futuro estaban relacionadas con la guerra. Sólo las bayonetas de los interventores extranjeros podían devolver a la corte real de Francia el ilimitado poder que había perdido.

En setiembre culminó su trabajo la Asamblea Constituyente y el 1º de octubre comenzó a sesionar la Asamblea Legislativa, elegida mediante el sistema de sufragio censal.

Después de tres años de intenso trabajo y enormes tensiones Robespierre tuvo al fin la posibilidad de tomar un descanso. De acuerdo con la resolución de la Asamblea Constituyente ninguno de sus miembros podía ser diputado de la Asamblea Legislativa. Esto, naturalmente, era válido también para Robespierre. Durante un mes y medio permaneció en Arras, su ciudad natal; cuando regresó a París encontró la capital muy agitada, pues por todas partes sólo se hablaba de la guerra inminente. En el Club de los Jacobinos y en las sociedades populares reci-

¹¹⁷ Vease, por ejemplo, *Petition présentée à l'Assemblée nationale, le 18 décembre 1791, par les citoyens du bataillon de la section du Faubourg-Monmartre*. Paris, [1791].

bían calurosos aplausos Brissot y sus partidarios, quienes propagandizaban la guerra de los pueblos contra los tiranos.

Durante cierto tiempo Robespierre se limitó a observar. Debía examinar y comprender la situación existente, pero ya en el mesurado discurso del 12 de diciembre en el Club de los Jacobinos y luego en el segundo y brillante discurso del 18 de diciembre ante el mismo auditorio, criticó con violencia el programa aventurero y funesto de Brissot. Con excepcional perspicacia Robespierre pronosticó que en la situación existente en Francia la guerra favorecería a la corte y a la contrarrevolución. Los oradores que jugaban con los sentimientos patrióticos del pueblo sólo contribuían a los pérfidos planes secretos de la corte, que trataba de hacer caer a Francia en una trampa. El enemigo principal no estaba fuera del país, sino dentro de él.

“¡A Coblenza, dicen ustedes, a Coblenza! —polemizaba Robespierre con Brissot—, Como si los representantes del pueblo pudieran cumplir todas sus obligaciones regalándole al pueblo la guerra. ¿Acaso el peligro está en Coblenza? No, Coblenza no es en modo alguno un segundo Cartago, la fuente del mal no está en Coblenza, está entre nosotros, en el campo de ustedes”.¹¹⁸

En los discursos del 25 de enero y del 10 de febrero de 1792 (el tercero y el cuarto), ambos dedicados a los problemas de la guerra, Robespierre volvió a fundamentar brillantemente esa idea: la tarea principal era combatir a la contrarrevolución interna y mientras esa tarea no se cumpliera no había probabilidades de vencer a la contrarrevolución externa.¹¹⁹

Robespierre denunciaba el carácter peligroso que para la revolución tenían las frases revolucionarias y las bravuconerías belicistas de los líderes girondinos que “estaban impacientes por iniciar la guerra que, por lo visto, era para ellos la fuente de todos los bienes”. Rechazaba el juego imprudente o criminal con la guerra. “La nación no rechaza la guerra si ella es necesaria para conquistar la libertad, pero quiere libertad y paz, si eso es posible, y rechaza cualquier plan de guerra dirigido

¹¹⁸ Discours (3 partie).-Oeuvres complètes. Paris, 1953, t. VIII, pp. 39-42, 47-67 (discurso del 18 de diciembre de 1791. Ese discurso fue publicado en forma de folleto).

¹¹⁹ *Ibíd.*, pp. 132-152,157-184.

a suprimir la libertad y la constitución, aunque sea con el pretexto de defenderlas”.¹²⁰

Demostrando su profunda comprensión de los principios de la política exterior revolucionaria refutaba categóricamente las ideas “ultra-revolucionarias” de los girondinos y sus planes de “guerra liberadora”, es decir, de lo que en el lenguaje contemporáneo denominamos “exportación de la revolución”.

“¿Y si los pueblos extranjeros, si los soldados de los Estados de Europa no son tan filósofos ni tan maduros como ustedes suponen para una revolución similar a la que a ustedes mismos les resulta tan difícil llevar a su término? ¿Si ellos deciden que su primera tarea debe ser la de rechazar la inesperada agresión, sin darse cuenta del nivel de democracia alcanzado por los generales y los soldados llegados de afuera?” —preguntaba con ironía Robespierre a los partidarios del “derrocamiento de los tiranos”.

Manifestaba su justificado temor de que “una intervención armada pudiera repeler a los pueblos de nosotros en lugar de orientar sus aspiraciones al encuentro de nuestras leyes”. Rechazaba con firmeza la idea, tan propagandizada por los girondinos de que a punta de bayoneta se les puede otorgar la libertad a los pueblos.¹²¹

Las sabias advertencias de Robespierre no lograron convencer ni siquiera a los jacobinos. En febrero de 1792 el Club de los Jacobinos aprobó un llamamiento a sus miembros, en el que se señalaba que “la nación deseaba la guerra” y sólo esperaba que llegara el ansiado momento de que la gran disputa entre los pueblos y los reyes se resolviera en el campo de batalla.¹²² De todos los líderes políticos influyentes sólo Marat apoyó a Robespierre, sustentando una posición similar,¹²³ pero al volver en abril de 1792 de Inglaterra (donde había tenido que refugiarse), ya se había formado el Gobierno girondino y el problema de la

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 47.

¹²¹ *Ibíd.*, pp. 132-152 (discurso en el Club de los Jacobinos del 25 de enero de 1792).

¹²² *La Société des Jacobins. Recueil des documents...*, red. et introd. par A. Aulard. Paris, 1889, t. II, p. 513.

¹²³ *L'Ami du peuple*, 12.IV.1792, N° 627; 13.IV.1792. N° 628.

guerra estaba decidido de antemano. Ni Robespierre ni Marat lograron influir sobre el curso de los acontecimientos. El 20 de abril de 1792 Francia le declaró la guerra al “rey de Hungría y Bohemia”, el emperador austríaco.

Comenzó la guerra y las discusiones anteriores perdieron su significado. Ahora la tarea planteada era diferente. Si la guerra ya había empezado —una guerra objetivamente defensiva y justa contra las monarquías absolutistas reaccionarias— era necesario convertirla en una guerra revolucionaria, popular.

Ese era el programa político promovido ahora por Robespierre, quien defendía estas concepciones desde la tribuna del Club de los Jacobinos. Pero él siempre le hablaba al pueblo y necesitaba otra tribuna, que fuera menos casual que la que de vez en cuando le ofrecían en el Club de los Jacobinos, y desde marzo de 1792 comenzó a publicar el semanario *Le défenseur de la Constitution*.¹²⁴

Tal como lo había pronosticado, la guerra muy pronto se convirtió para Francia en una cadena de fracasos y derrotas. A pesar de las jactanciosas promesas de los líderes girondinos, los ejércitos franceses retrocedían ante la presión de los interventores. Y esto no ocurría porque a los soldados franceses les faltaba valentía o coraje, sino porque el mando del ejército estaba en manos de generales y oficiales que no querían luchar por la Revolución. La traición, que le abría el camino al enemigo, tenía sus raíces ante todo en el palacio real, que se había convertido en el avispero de la contrarrevolución y desde allí desplegaba sus finos hilos hacia los estados mayores de los ejércitos de los interventores.¹²⁵

Ni la Asamblea Legislativa ni “el partido de los hombres de Estado” —como llamaba irónicamente Marat a los girondinos desde que ellos ocuparon los sillones ministeriales—¹²⁶ sabían ni querían organizar la guerra de un modo revolucionario. Persiguiendo a las tropas francesas que retrocedían, los ejércitos interventores avanzaban hacia París.

¹²⁴ Oeuvres complètes, t. IV, que contiene la colección completa de esa publicación.

¹²⁵ A. Chuquet. *Les guerres de la Révolution*. Paris, 1934, t. I (primera edición en 1886); A. Mathiez. *La victoire en l'an II*. Paris, 1916.

¹²⁶ J.-P. Marat. Obras Escogidas, en ruso, t. III, p. 263 y otras.

Una gran agitación dominó al país en la hora del peligro. Al profundo descontento del pueblo por los resultados sociales y políticos de la Revolución se sumaron ahora los sentimientos patrióticos humillados y el temor por el destino de la patria. En la monarquía, en las intrigas del pérfido rey que había engañado al pueblo y en la odiada reina, “la austríaca”, el pueblo veía ahora la fuente principal de todos los males que aquejaban a Francia. Desde fines de junio y principios de julio en París y al mismo tiempo en las provincias comenzó la preparación casi evidente para el derrocamiento de la monarquía.

En la primavera de 1792 Robespierre aún se mostraba indeciso respecto a ese problema. Todavía no se había liberado de sus viejos prejuicios contra la forma republicana de poder, que, a su juicio, seguía siendo el látigo de un senado aristocrático y un dictador. Pero, aunque con cierto retraso, compartió, a pesar de todo, los reclamos del pueblo, supo aprender de él.¹²⁷

En las páginas de su semanario *El defensor de la Constitución* publicó un llamamiento lleno de firmeza combativa a los federados que habían llegado a París: “En París debemos vencer o morir”.¹²⁸ En julio de 1792 Robespierre, dejando de lado todos sus prejuicios y sus dudas anteriores, se pronunció a favor del inmediato derrocamiento de la monarquía y la proclamación de la República.

Pero no bastaba sólo con derrocar al viejo poder ejecutivo. ¿Y el poder legislativo? ¿Era digno de confianza?

En su enérgico discurso en el Club de los Jacobinos el 29 de julio esbozó el programa para la destrucción rápida y decidida a todo el aparato político- estatal del país. “Hay que salvar al Estado de cualquier manera; sólo es inconstitucional aquello que conduce a su muerte”.¹²⁹

Era el discurso de un auténtico revolucionario. Ninguna barrera constitucional o formal podía desconcertar al antiguo licenciado en Derecho. La Asamblea Legislativa había demostrado su impotencia, había sido cómplice de los criminales atentados de la corte y debía abandonar el

¹²⁷ Oeuvres complètes, t. VIII, pp. 378-383; 388-389; 427-428.

¹²⁸ *Défenseur de la Constitution*, N° 10; Oeuvres complètes, t. IV, p. 308.

¹²⁹ *Ibíd.*, t. VIII, p. 410.

escenario; dejaría a Francia indefensa ante el despotismo militar, ante la acción de los sediciosos. ¡Una Convención! ¡Era absolutamente indispensable una Convención Nacional! Tendría que ser creada con una base diferente a la de la desacreditada Asamblea Legislativa. “¿Dónde más se puede hallar el amor a la patria y la fidelidad a la voluntad general que no sea en el propio pueblo?”—preguntaba Robespierre. Y exigía el total restablecimiento de los derechos de esa “clase laboriosa y magnánima” que estaba privada del derecho a la ciudadanía. La derogación de todas las limitaciones relacionadas con el censo de bienes; la implantación del derecho al sufragio universal para las elecciones a los órganos legislativos y a los demás órganos; una Convención que expresara la voluntad de todos los franceses.¹³⁰

En esos días decisivos Robespierre no se limitaba sólo a los discursos; estableció contacto directo con los voluntarios federados de las provincias que llegaban a París y los movilizó para emprender acciones revolucionarias directas.

En París cuarenta y siete de cuarenta y ocho secciones exigieron la destitución del rey. Todo el país se alzó contra la monarquía. Mediante hipócritas maniobras y la secreta complicidad de la corte los girondinos trataron en vano de evitar la sublevación popular. El 10 de agosto el pueblo de París en estrecha alianza con los destacamentos de los federados se sublevó contra la monarquía que todos odiaban. El pueblo triunfó. Luis XVI fue recluido en la torre de Temple; la monarquía milenaria se desmoronó; comenzó una nueva etapa de la Revolución.

¹³⁰ *Ibíd.*, t. IV, pp. 317-334.

VI

LA sublevación del 10 de agosto no sólo derrocó y destruyó a la monarquía, sino que también socavó el dominio político de la gran burguesía. La victoriosa sublevación había sido dirigida por la Comuna y sus inspiradores políticos: los jacobinos. Los girondinos no sólo no apoyaron la sublevación, sino que se opusieron a ella. Pero de todos modos lograron recoger los frutos de la victoria popular; de hecho, la dirección del gobierno pasó a sus manos: tanto en el Consejo Ejecutivo como en la Asamblea Legislativa ocuparon una posición predominante.

Pero además de estos órganos de poder, que podríamos llamar “legales”, después del 10 de agosto surgió un nuevo órgano: la *Comuna de París*, que no se basaba en la letra de la ley ni en la fuente legal del poder, sino en la insurrección armada. Desde los primeros días después del derrocamiento de la monarquía, entre la Asamblea Legislativa y la Comuna de París surgieron conflictos que luego se convirtieron en una lucha abierta e irreconciliable.

Por su contenido esa lucha era más amplia y más profunda que el conflicto entre la Comuna y la Asamblea, era una lucha entre la Montaña y la Gironda y las fuerzas clasistas que estaban tras ellas. La Montaña, los jacobinos, representaban el bloque de la burguesía pequeña y media, el campesinado y los plebeyos de la ciudad, es decir, las fuerzas clasistas cuyas demandas aún no habían sido satisfechas por la Revolución y que por eso aspiraban a continuarla y profundizarla. La Gironda representaba a la burguesía mercantil, industrial y terrateniente (primordialmente de provincias), que después de haber ascendido al fin al poder mantenía una actitud temerosa y hostil hacia el pueblo y trataba de frenar la Revolución, de impedir su desarrollo posterior. En las condiciones de guerra y con la difícil situación económica del país la lucha entre la Montaña y la Gironda tenía que adquirir inevitablemente un carácter en extremo agudo.

El papel de Robespierre en esa lucha fue grandioso. Su participación en los acontecimientos del 10 de agosto aún no puede considerarse totalmente esclarecida por la ciencia histórica, sin embargo, es indudable que ejerció una gran influencia política en la preparación de la insurrección popular. Vinculaba su suerte personal al combate inminente. En una carta a Buissart, que no está fechada pero que Michon refiere con justeza al período anterior al 10 de agosto, escribió a su amigo de la juventud: “Si ellos (los federados. —A.M.) se van de aquí sin haber podido salvar a la patria, todo está perdido. Podremos perecer todos nosotros en la capital, pero antes recurriremos a los medios más desesperados”.¹³¹

Las palabras “todos nosotros” demuestran que se consideraba un participante de la inminente sublevación.

El 10 de agosto habló en el Club de los Jacobinos. En el breve resumen de su discurso se enumeran sus propuestas concretas: exigió la convocatoria de la Convención Nacional; la aprobación de un decreto que declarara traidor a La Fayette; la liberación de los patriotas presos en las cárceles; el libre acceso de todos los ciudadanos a las sesiones de las secciones; el contacto de éstas con las sociedades populares para hacerle llegar a la Asamblea Nacional la voluntad del pueblo; el envío de comisarios de la Comuna a los ochenta y tres departamentos. Según muestra el resumen, Robespierre trataba de convencer también “que sería extremadamente imprudente que el pueblo depusiera las armas sin haber garantizado previamente su libertad”.¹³²

Por muy sucinto que sea ese resumen, sobre la base de su contenido se puede definir dicho discurso como la intervención de uno de los líderes políticos de la insurrección popular. Los consejos de Robespierre sonaban como directivas. Estaban dirigidos a los jacobinos y eso significaba que poco tiempo después rebasarían el estrecho recinto del Club y serían divulgados entre las masas populares.

El propio 10 de agosto, después de mediodía, Robespierre fue elegido miembro de la Comuna y luego, miembro de su Consejo General.

¹³¹ *Correspondance de Maximilien et Augustin Robespierre*, p. 151. Oeuvres complètes, t. VIII, pp. 427-428.

¹³² *Ibíd.*, t. IV, p. 359.

Y a pesar de que se puede considerar indudable el hecho de que no participó en los combates callejeros ni asaltó con las armas al Palacio de las Tullerías, su papel en la preparación y en los propios acontecimientos del histórico 10 de agosto fue realmente mucho más significativo: fue uno de los dirigentes políticos de la sublevación.

La participación rectora en la sublevación popular y luego en la Comuna tuvo una gran significación para el desarrollo político-ideológico de Robespierre. Por supuesto, ya desde el 14 de julio de 1789 él era un entusiasta admirador de la insurrección popular y aprobaba las valientes manifestaciones de la iniciativa revolucionaria de las masas. Se había convertido en revolucionario. Pero a pesar de todo, sólo había tenido oportunidad de participar en la lucha que se desarrollaba bajo las formas legales: en el recinto de la respetable Asamblea Constituyente, donde cada combatiente se basaba en el mandato irrefutable legal de diputado que le habían confiado los electores.

El 10 de agosto Robespierre se incorporó por primera vez a una lucha que era enteramente la obra revolucionaria de las masas, cuya primera experiencia fue la abolición de todas las leyes anteriores y la sustitución de la legislación formal por la ley suprema para el pueblo: la de la necesidad revolucionaria.

Robespierre, quien aprendía de la Revolución y poseía el don especial de asimilar sus lecciones con más certeza y más rapidez que los demás, fue capaz de percibir de inmediato ese importantísimo aspecto de los acontecimientos del 10 de agosto.

En su magnífico artículo *Sobre los sucesos del 10 de agosto de 1792*, redactado en los días posteriores a la sublevación popular, escribió: “Pueblos, hasta ahora los bribones les han hablado de leyes sólo para esclavizarlos y exterminarlos. En realidad ustedes no tenían leyes. Ustedes sólo tenían los delictivos caprichos de algunos tiranos, que llegaron al poder por medio de intrigas y se basaban en la fuerza... sus delitos los han obligado a ustedes a tomar una vez más en sus manos el ejercicio de sus derechos”.¹³³

El antiguo jurista se manifiesta en estos señalamientos como un gran revolucionario. No le da ningún valor a la legalidad formal, la niega

¹³³ *Ibíd.*, pp. 352-353.

totalmente y contrapone a esa legalidad desacreditada por él la ley suprema: el pueblo en el ejercicio de sus derechos.

En el mismo artículo Robespierre aborda varias veces este importantísimo aspecto de los acontecimientos del 10 de agosto: la realización práctica de los derechos soberanos del pueblo mediante la insurrección revolucionaria. “Todo el pueblo francés, humillado y oprimido durante mucho tiempo, sintió que había sonado la hora de cumplir un deber sagrado, impuesto por la naturaleza a todos los seres vivos y con más fuerza aún a todas las naciones y concretamente, el deber de ocuparse de su propia seguridad ofreciendo una valiente resistencia ante la opresión.”

En la insurrección del 10 de agosto “el pueblo ejerció su reconocida soberanía y desplegó su poder y su justicia para garantizar su salvación y su felicidad... Actuó como soberano, que desprecia demasiado a los tiranos para temerles, que está demasiado seguro de su fuerza y del carácter sagrado de su causa para rebajarse a ocultar sus propósitos”.¹³⁴

La experiencia del 10 de agosto permitió a Robespierre comprender con más profundidad el significado redentor de la violencia revolucionaria de las masas en determinadas circunstancias históricas. Pudo constatar con sus propios ojos las inagotables posibilidades ocultas en las entrañas del pueblo.

Robespierre se convirtió en uno de los dirigentes más influyentes de la Comuna de París. Pero no sólo influía sobre el trabajo de la Comuna, sino que también aprendía de ella, comprendía lo que antes no había tenido oportunidad de conocer. La Comuna era un poder que no funcionaba sobre la base de normas constitucionales o de cualquier otro tipo de normas legales, era un poder basado en la insurrección que se regía en sus acciones por la necesidad o la utilidad revolucionaria.

Los compañeros de Robespierre en la Comuna no eran oradores famosos, ni destacados literatos, ni distinguidos burgueses, como había ocurrido en la Asamblea Constituyente, sino que hombres sencillos y anónimos, hombres de trabajo, dirigentes de las secciones locales y las sociedades populares de base y cuyos nombres eran conocidos sólo dentro de los límites de un barrio o incluso de una o dos calles. Picape-

¹³⁴ *L'Ami du peuple*, 3/V. 1792, N° 648.

dreros, joyeros, cajistas, carpinteros, pequeños comerciantes, periodistas principiantes, artistas, pintores de brocha gorda, escribientes, cerveceros; ese gentío heterogéneo, ruidoso y combativo de la Comuna, dotado de sentido común e inteligencia práctica, con un coraje a toda prueba, ese era el pueblo de Francia, que hasta esos momentos en los labios del diputado a la Asamblea Constituyente no había sido más que un concepto colectivo. Ahora, en el contacto directo con los sans-culottes de París, en la cotidiana lucha conjunta contra los enemigos comunes, transitaba la última fase de su desarrollo político-ideológico.*

El 20 de setiembre de 1792 en París se reunió la Convención, elegida por sufragio universal tal como lo habían propuesto Robespierre y sus partidarios. La correlación de fuerzas en la Convención favorecía aparentemente a los girondinos; con el apoyo de los votos de las provincias obtuvieron ciento sesenta y cinco escaños. Los jacobinos tenían aproximadamente cien. La inmensa mayoría de los diputados —casi cuatrocientos ochenta no pertenecían a ninguna de las fracciones—, que recibió el irónico nombre de “pantano”, seguía a quienes en un momento dado eran más fuertes. Al principio, apoyaron a la Gironda, lo que, naturalmente, consolidó la posición de esta última en la Convención.

Robespierre, que postuló su candidatura en París, fue el diputado que obtuvo mayor número de votos en la capital. En esa época su popularidad en el país ya era enorme. Las ideas que había defendido con tanta firmeza y tenacidad ante el hostil auditorio de la Asamblea Constituyente ahora eran compartidas por millones de franceses. Había tenido razón en las discusiones con sus opositores políticos; muchas de sus predicciones se habían hecho realidad. Ya en 1791, al finalizar el trabajo de la Asamblea Constituyente, el diputado de Arras, que había sido el blanco de los chistes mordaces de los escritorzuelos monárquicos del tipo de Rivarol, se había convertido en el representante popular más célebre y más querido en el país.

Desde todos los confines le llegaban cartas con palabras de admiración y agradecimiento por su coraje, su patriotismo y su defensa de los intereses del pueblo. El 30 de setiembre de 1791, cuando culminaba la última sesión de la Asamblea Constituyente, el pueblo de París organi-

* Robespierre declaró públicamente que apreciaba mucho y se sentía orgulloso de su participación en la Comuna (Oeuvres complètes, t. IX, pp. 86-95).

zó una ovación en su honor. En el Club de los Jacobinos gozaba de un prestigio incuestionable. La prensa democrática hablaba de él con un tono de profundo respeto. Marat escribió sobre “la gloria con la que se cubrió defendiendo invariablemente los intereses del pueblo”, sobre “el cariño que le profesaba el pueblo, convertido en justo premio a sus virtudes cívicas”.¹³⁵

Hébert, con el tono desenvuelto que lo caracterizaba, exclamaba de las páginas de su *Père Duchesne*: “A mi juicio, Robespierre vale más que todos los tesoros de Perú”.¹³⁶ Los retratos de Robespierre comenzaron a aparecer en las vitrinas.

Nada cambió en su aspecto externo y en su conducta. Desde el traslado de Versalles a París vivía en dos pequeñas habitaciones en el tercer piso de la casa N°8 de la calle Saintonge. En agosto de 1791 se mudó a la casa del carpintero Maurice Duplay, en la calle Saint-Honoré. Allí, en una habitación de un ala de madera, vivió hasta el último día de su vida. El apego de Robespierre a esta tranquila y modesta morada no se explicaba sólo por la sincera hospitalidad de Maurice Duplay y de su hijo Simón: estaba enamorado de Eleonore Duplay, la hija de Maurice, y sus sentimientos eran correspondidos. Pero ellos posponían el matrimonio para el momento —que les parecía muy próximo— en que la libertad triunfara sobre sus enemigos. Ese momento nunca llegó para ellos.

Robespierre seguía siendo tan pobre como antes. Renunciaba a los cargos que le podían proporcionar remuneraciones elevadas. Sus necesidades eran muy modestas; el dinero no tenía ningún valor para él.

El pueblo sencillo, que supo apreciar la valiente lucha de Robespierre en defensa de sus intereses, su espíritu desinteresado, la pureza de sus ideas y sus actos, le tomó cariño y comenzó a llamarlo con el honroso sobrenombre del *Incorruptible*.

La Convención se reunió con buenos augurios. El 20 de setiembre de 1792 en el combate de Valmy, el ejército de la Francia revolucionaria obtuvo su primera victoria sobre los interventores. Ese fue el inicio de un viraje en el desarrollo de las operaciones militares. Bajo la presión

¹³⁵ M. Bouloiseau. Robespierre, p. 27.

¹³⁶ Oeuvres complètes, t. IX, pp. 79-100.

de los batallones revolucionarios alentados por el éxito, los austríacos y los prusianos comenzaron a retroceder hacia el este.

Las primeras sesiones de la Convención, iluminadas por los rayos de la victoria de Valmy, transcurrieron en una atmósfera de gran auge patriótico de todos los reunidos en la gran sala. Fue aprobado solemnemente el decreto sobre la abolición del poder real. El 21 de setiembre fue proclamado día del inicio de una “nueva era”: el primer día del primer año de la República y cuarto año de la Libertad.

Tomando en cuenta el entusiasmo patriótico que reinaba en la Convención y en el país y tratando de consolidar todas las fuerzas revolucionarias para vencer al enemigo, los jacobinos les propusieron una reconciliación a los girondinos. Marat, en las páginas de su nuevo periódico —*El periódico de la República Francesa*—, publicó el 22 de setiembre un editorial en el que anunciaba la adopción de una nueva táctica: la de la cohesión y unificación de todas las fuerzas patrióticas.

Pero los girondinos, embriagados por el éxito que habían obtenido en las provincias y por el apoyo de los diputados del “pantano”, cuya firmeza sobrevaloraban, no aceptaron la mano que se les tendía. Rechazaron la reconciliación y emprendieron una furiosa ofensiva contra la Montaña. Varios oradores de la Gironda —Vergniaud, Lasource, Rebecqui, Barbaroux, Louvet— acusaron en sus intervenciones a Robespierre y a Marat de diferentes fechorías y de tratar de instaurar una dictadura. La Montaña recogió el guante lanzado. La lucha entre las dos fracciones volvió a comenzar de manera aún más encarnizada.

Robespierre respondió a sus acusadores en una serie de discursos.¹³⁷ Refutó todas las acusaciones personales y trasladó la polémica al plano de los problemas políticos llevando la discusión a la esencia misma de las divergencias. “¡Ciudadanos! ¿Acaso necesitaban ustedes una revolución sin revolución? ¿Quién puede indicar con exactitud el punto adonde irá a parar el torrente de la insurrección popular, una vez desencadenados los acontecimientos?” —preguntaba Robespierre a los diputados en su discurso del 5 de noviembre de 1792 en la Convención.¹³⁸ Mediante la lógica de su brillante argumentación demostró que sus

¹³⁷ *Ibíd.*, p. 89.

¹³⁸ *Ibíd.*, p. 121, 123.

enemigos, los girondinos, eran enemigos de la Revolución, que trataban de arrebatarle al pueblo los frutos de la relevante victoria del 10 de agosto.

No era propio del carácter de Robespierre limitarse sólo a la defensa: pasó a la ofensiva. Acusó a los girondinos de conspirar contra París, de tratar de enfrentar el país y la capital revolucionaria. Con excepcional perspicacia reveló la hipocresía de los girondinos, el carácter premeditadamente evasivo de sus discursos, tras el que se ocultaba la hostilidad secreta hacia la Revolución, sus pérfidos planes de atar de manos al pueblo y volver a esclavizarlo bajo el pretexto de la lucha contra los revoltosos.

Cuando en la Convención se abordó el problema de la suerte del ex monarca, Robespierre, al igual que Marat y Saint-Just, insistió en que se adoptaran las decisiones más severas. Comprendía perfectamente —y el curso posterior de los acontecimientos lo confirmó a plenitud— que los girondinos tratarían por todos los medios de salvarle la vida a Luis XVI. No era la suerte personal del ex monarca lo que estaba en juego en ese debate, lo que se discutía era el destino de la Revolución: si debía avanzar o detenerse.

En el discurso del 3 de diciembre de 1792 en la Convención Robespierre exigió la pena de muerte para el ex rey. No debía ser juzgado, sino castigado. El pueblo, al destronarlo, ya había decidido mediante ese acto que el monarca era un sedicioso. No se le podía juzgar porque ya había sido juzgado. Las viejas leyes constitucionales habían sido sustituidas por una nueva ley suprema, que era “la base de la propia sociedad: el bien del pueblo. El derecho a castigar al tirano y el derecho a destronarlo son una misma cosa... La insurrección: ese es el juicio al tirano. El derrumbe de su poder es su condena; su pena es la que demanda la libertad del pueblo. Los pueblos no juzgan como las cortes judiciales; ellos no dictan sentencias. Ellos lanzan rayos; ellos no juzgan a los reyes, sino que los sumen en la inexistencia”.¹³⁹

¹³⁹ Veanse las intervenciones de Robespierre en la Convención del 4 de diciembre de 1792 (*Oeuvres complètes*, t. IX, pp. 136-140); el 19 de diciembre (*ibíd.*, pp. 172-175); el 28 de diciembre (*ibíd.*, pp. 183-200); el 15 de enero de 1793 (*ibíd.*, p. 227); el 16 de enero (*ibíd.*, pp. 228-229); el 17, 18 y 19 de febrero (*ibíd.*, pp. 230-231, 237-240, 243-244) y las intervenciones de Marat en *Journal de la*

De ese modo sólo podía hablar un auténtico gran revolucionario. Y lo notable es que esas palabras, llenas de intrepidez revolucionaria, eran pronunciadas por un líder político que hacía muy poco había exigido en la Asamblea Constituyente que se aboliera para siempre la pena de muerte y que, durante tanto tiempo, se había opuesto a la abolición del instituto de la monarquía en Francia. Robespierre encabezaba la Revolución y, quizás, ante todo por el hecho de que sabía escuchar la voz de ella, aprender de ella y transmitir sus lecciones a los demás.

Contrariamente a los reclamos de Robespierre y gracias a la insistencia de los girondinos, se decidió que Luis Capeto fuera juzgado por la Convención. Robespierre, Marat y Saint-Just eran partidarios de que fuera ejecutado.¹⁴⁰ Los girondinos, con todo tipo de hipócritas maniobras, trataban de salvarle la vida. Pero cuando, a proposición de Marat, la Convención pasó a votar nominalmente, los líderes girondinos se acobardaron y la mayoría votó por la ejecución del antiguo monarca. Por 387 votos contra 334 la Convención lo condenó a la pena de muerte. El 21 de enero de 1793 fue guillotinado en la Plaza de la Revolución en París.

El resultado de la lucha en la Convención en torno a la suerte del rey demostró que la influencia de los girondinos comenzaba a disminuir. Y eso no era un hecho casual. La Revolución avanzaba y la correlación de fuerzas clasistas cambiaba.

La guerra se prolongaba. La coalición contrarrevolucionaria de las monarquías europeas se ampliaba. Además de Austria y Prusia, se habían incorporado a ella Inglaterra, Holanda, España, el Reino de Nápoles, Cerdeña y una serie de pequeños estados alemanes e italianos. En marzo de 1793 estalló una sublevación contrarrevolucionaria en Vandée, que luego se extendió a Normandía y a Bretaña. El general Dumouriez, testaferro de los girondinos, entró en conversaciones con los austríacos e intentó que el ejército se volviera contra París. La traición de Dumouriez dio inicio a varias derrotas militares del ejército revoluciona-

République française. N°N° 65, 66, 82, 85, 99, 100, 101; Saint-Just. Discours et rapports. Paris, 1957, pp. 62-69.

¹⁴⁰ A. Mathiez. *La vie chère et le mouvement social sous la terreur*. Paris, 1927 (traducido al ruso en 1928); véase también A. Soboul. *La Primera República*, traducción del francés al ruso. Moscú, 1976.

rio. Las tropas revolucionarias bajo la presión de las fuerzas superiores de los interventores retrocedían en todos los frentes.

La situación alimentaria del país se tornaba peligrosa. El rápido incremento de la carestía condujo a una terrible indignación a los artesanos, los obreros y los desposeídos. En París y otras ciudades estallaron manifestaciones de protesta. La plebe de las ciudades¹⁴¹ apoyaba la exigencia de que se establecieran precios fijos para los productos alimenticios (“máximo”) planteada por los llamados “coléricos”.¹⁴² El problema principal de la Revolución —el agrario— aún no había sido resuelto y el campesinado, que ya había perdido la paciencia, manifestaba abiertamente su descontento. En el otoño de 1792 volvieron a intensificarse las protestas campesinas.

Al enfrentarse a esta crisis cada vez más profunda de la República, los girondinos demostraron que no eran capaces ni deseaban resolverla con medidas audaces y decididas. En lugar de enfrentarse a la creciente presión de la contrarrevolución externa e interna, se dedicaron sólo a luchar contra la Montaña. En los momentos en que un peligro mortal se cernía sobre la patria sólo pensaban en sí mismos. El odio los cegaba; el instinto de clase les indicaba una interpretación correcta del verdadero sentido de la lucha que se desplegaba en el país. Vergniaud, uno de los más perspicaces girondinos, a principios de mayo de 1793 señaló: “Yo noto, lamentablemente, que se está desarrollando una lucha atroz entre los denominados sans-culottes y aquellos que continúan llamándose señores”.¹⁴³

Esto era verdad. La Gironda era una fracción de señores y por eso dirigía todas sus fuerzas contra los sans-culottes, contra el pueblo. Pero las posiciones antipopulares conducían inevitablemente hacia las antinacionales. De la lucha contra el pueblo a la lucha contrarrevolucionaria y la traición nacional sólo había un paso.

¹⁴¹ Sobre los “coléricos” veanse Y. M. Zajer. *El movimiento de los “coléricos”*, en ruso. Moscú, 1962, y también una serie de artículos de este autor; ver, además, Walter Markov. *Robespierrieten und Jacqueroutins*.-M. Robespierre. Berlin, 1958.

¹⁴² M. Bouloiseau. Robespierre, p. 69.

¹⁴³ Oeuvres complètes, t. IX, pp. 361; 363-366; 367. En el discurso del 10 de abril en la Convención, Robespierre, además de a Brissot, acusó también a Guadet, Vergniaud, Gensonné y a otros líderes girondinos (ibíd., pp. 376-399).

El 3 de abril de 1793 Robespierre pronunció en la Convención un discurso sobre los cómplices de Dumouriez, empezado con palabras sencillas y severas: “Debemos dedicarnos seriamente a curar nuestros males. Las medidas enérgicas impuestas por los peligros que amenazan a la patria deben poner fin a esta comedia... Hay que salvar a la patria con la ayuda de medidas auténticamente revolucionarias. Hay que recurrir a la fuerza de la nación...”

Pero esto no era más que la introducción, seguida por una acusación directa e irrefutable de traición contra la Gironda. Robespierre personalizó su acusación. Él no se refería a todos los diputados partidarios de la Gironda, sino a su líder. “Yo declaro que jamás Dumouriez, jamás los enemigos de la libertad han tenido un amigo más fiel y un defensor más útil que Brissot”, dijo Robespierre y comenzó a exponer las pruebas que fundamentaban su afirmación. “Yo declaro —repetió— que la verdadera causa de nuestras desdichas es la relación delictiva entre personas de nuestro medio, y concretamente, entre el individuo mencionado por mí y todos los que lo secundan.” Y a continuación propuso que se aprobara un decreto de acusación contra Brissot por su complicidad con Dumouriez.¹⁴⁴

Robespierre, al igual que Marat, ya hacía mucho que luchaba contra la Gironda. Aquí no corresponde (ni tampoco es necesario) esclarecer cuál de esos dos célebres líderes revolucionarios contribuyó más a desmascarar la fracción de los “hombres de Estado”. Ellos no actuaban de manera coordinada: cada uno seguía su propio camino. Hubo casos en que uno de ellos manifestaba su descontento con el otro, pero ambos eran abnegadamente leales a la Revolución y al pueblo que la hacía, y la lógica de la lucha conducía a un acercamiento cada vez mayor de sus posiciones.

¹⁴⁴ Véanse en particular sus discursos contra Brissot y Guadet pronunciados ante los jacobinos el 27 de abril de 1792 (*Oeuvres complètes*, t. VIII, pp. 304-318); el 29 de octubre de 1792 en la Convención (*ibíd.*, t. IX, pp. 62-67); el 5 de noviembre de 1792 en la Convención (*ibíd.*, t. IX, pp. 79-100); el 19 de diciembre de 1792 en la Convención (*ibíd.*, t. IX, pp. 172-176); los discursos del 13 de marzo y el 12 de abril de 1793 en el Club de los Jacobinos (*ibíd.*, t. IX, pp. 324-326, 419-421); los discursos del 27 y el 29 de marzo de 1793 en la Convención (*ibíd.*, t. IX, pp. 333-338, 324-340).

En 1793 el curso de los acontecimientos convirtió a Robespierre y a Marat (y todavía en aquel entonces también a Danton, aunque con ciertas reservas) en los líderes más populares de los jacobinos y los obligó a encabezar la lucha contra el enemigo común: la Gironda.

Esta lucha comenzó ya en 1791. Después de la segunda escisión del Club de los Jacobinos (en octubre de 1792) se tornó mucho más aguda. Ahora Robespierre asestaba golpes demoledores a sus adversarios,¹⁴⁵ pero sólo en el discurso del 3 de abril culminó de manera lógica su acusación, al culpar al líder de la Gironda y a sus adeptos de traición a la Revolución.

En esos momentos comenzó la etapa final de la lucha. La reconciliación ya era imposible; los girondinos respondieron a las acusaciones de Robespierre con monstruosos ataques contra los jacobinos y contra el París revolucionario, logrando, a pesar de su inmunidad parlamentaria, que Marat fuera juzgado por el Tribunal Revolucionario.

Ante una inminente catástrofe, cuando el ejército de los interventores avanzaba hacia París y la sublevación contrarrevolucionaria dentro del país se extendía cada vez más, los girondinos, cegados por su odio a la Montaña, emprendieron el camino que conducía a la guerra civil.

Al intervenir en el Club de los Jacobinos el 8 de mayo Robespierre señaló: “En Francia han quedado sólo dos partidos: el pueblo y sus enemigos... El que no está a favor del pueblo está en contra del pueblo, el que usa pantalones cosidos con hilos dorados, ese es enemigo de los sans-culottes”.¹⁴⁶ Esas palabras reflejan su profunda comprensión del sentido de la lucha de clases que se estaba desencadenando en el país.

La fuerza de Robespierre, la fuerza de los jacobinos radicaba en que siempre estaban junto al pueblo, sabían escuchar su voz, comprender sus necesidades y sus exigencias. Robespierre, al igual que otros líderes de los jacobinos, tuvo al principio una actitud de desconfianza e incluso de antipatía hacia los “coléricos” y sus demandas políticas y sociales. Pero, tomando en consideración los deseos del pueblo y la situación

¹⁴⁵ Oeuvres complètes, t. IX, pp. 487-488.

¹⁴⁶ Véanse los discursos de Robespierre del 26 y el 29 de mayo de 1793 en el Club de los Jacobinos.-Oeuvres complètes, t. IX, pp. 357-359, 526, 537.

existente en el país, modificó su actitud ante las propuestas de los “co-léricos” relacionadas con el “máximo”. Después que también la Comuna de París se pronunció a favor del “máximo”, Robespierre y los jacobinos apoyaron este reclamo y, a pesar de la oposición de los girondinos, el 4 de mayo de 1793 en la Convención se aprobó un decreto sobre la implantación de precios fijos para el trigo.

Los jacobinos lograron que se aprobaran algunas otras medidas necesarias para salvar la República. Por su iniciativa fueron creados en París los comités populares de vigilancia. El 20 de mayo la Convención aprobó un decreto sobre un empréstito forzoso de mil millones de francos cobrados a los ricos, etc. Pero la medida más imprescindible para la salvación de la República era el derrocamiento del poder de la Gironda. Ya desde abril de 1793, en sus intervenciones en el Club de los Jacobinos Robespierre exigía que se adoptaran medidas prácticas de carácter revolucionario tales como la creación de un ejército revolucionario integrado por los sans-culottes y el arresto de los sospechosos. Ahora había llegado el momento de pasar a lo principal.

El 26 de mayo, al intervenir en el Club de los Jacobinos, Robespierre señaló: “Cuando se violan todas las leyes, cuando el despotismo ha llegado a su límite máximo, cuando se pisotea la honradez y el pudor, el pueblo debe sublevarse. Ese momento ha llegado”. El 29 de mayo volvió a repetir en el Club de los Jacobinos: “Yo afirmo que si no se alza todo el pueblo, la libertad perecerá”.¹⁴⁷

El 31 de mayo de 1793 en París comenzó una insurrección popular que terminó el 2 de junio. La sublevación popular derrocó la Gironda y le entregó el poder a los jacobinos.

¹⁴⁷ A. Mathiez. *La Revolución Francesa*, en ruso. Moscú, 1930, t. III, pp. 13, 14.

VII

DURANTE los días de la insurrección del 31 de mayo al 2 de junio, Robes-pierre hizo algunas breves anotaciones en su agenda: “Resulta necesaria una voluntad única. Debe ser republicana o realista... Los peligros internos tienen su origen en la burguesía: para vencer a la burguesía hay que unir al pueblo...” Y a continuación: “Es necesario que el pueblo se una a la Convención y que la Convención utilice la ayuda del pueblo”.¹⁴⁸

Esas anotaciones son muy significativas. Robespierre veía con nitidez cuál era la fuerza clasista contra la que había que luchar. La insurrección estaba dirigida contra la Gironda y Robespierre se refería al peligro proveniente de la burguesía. Esto significa que comprendía perfectamente cuál era la clase que estaba detrás de los adversarios de los montañeses. También comprendía que sólo cohesionando al pueblo en torno a la Convención se podía vencer a la Gironda y la burguesía.

¿Significa esto que el Robespierre de 1793 debe ser considerado un representante de la plebe o del “cuarto estado” o incluso un socialista, como a veces ha estimado Mathiez?

Por supuesto que no. Los jacobinos —lo repetimos una vez más— representaban al bloque de la burguesía democrática (pequeña y media), el campesinado y la plebe. Esas fuerzas clasistas heterogéneas avanzaban juntas porque estaban unidas por intereses comunes. A pesar de que sus intereses vitales estaban relacionados con la revolución burguesa que se estaba produciendo, dichas fuerzas aún no habían logrado satisfacer sus principales demandas y por eso impulsaban el desarrollo y el avance de la Revolución. Por supuesto, esas demandas no podían ser idénticas. Por eso, más tarde, dentro de ese bloque surgieron divergencias, pero hasta un determinado momento las fuerzas que integraban el

¹⁴⁸ *Ibíd.*, p. 18; vease también el discurso de Robespierre en la Convención del 24 de abril y el 10 de mayo de 1793.

bloque de los jacobinos tenían tareas y enemigos comunes, por lo que actuaban mancomunadamente y obtenían victorias.

A mi juicio, sería erróneo buscar para Robespierre un equivalente social exacto. Los jacobinos eran los representantes de ese bloque de clases heterogéneo y ese bloque era realmente el pueblo francés. En otras palabras, Robespierre representaba y defendía los intereses del pueblo francés, artífice de la Revolución.

Las anotaciones mencionadas demuestran cuán claramente comprendía Robespierre las tareas de la Revolución durante los días decisivos de la insurrección del 31 de mayo al 2 de junio. Para “unir al pueblo”, cohesionarlo en torno a la Convención previamente purificada de los líderes girondinos, había que adoptar medidas rápidas y auténticamente revolucionarias.

La Convención jacobina encontró esas medidas. Las leyes agrarias del 3 y el 10 de junio y el 17 de julio^{*} les dieron a los campesinos en seis semanas lo que la Revolución no les había dado en cuatro años. El golpe demoledor asestado al feudalismo en el campo y la entrega de la mayor parte de las tierras a los campesinos hicieron que las masas fundamentales del campesinado comenzaran a apoyar a los jacobinos.

Mathiez afirmaba que las medidas de la Montaña, que permitieron satisfacer las demandas más esenciales del campesinado, fueron proyectadas por Robespierre.¹⁴⁹ En esa afirmación hay, desde luego, cierta sobrevaloración. Es sabido que la preparación y la aplicación práctica de dichas medidas se llevaron a cabo con la participación de muchas personas: los miembros de los comités de agricultura y comercio y de derechos feudales, los diputados de la Convención, etc. Pero debemos coincidir con Mathiez en su afirmación de que Robespierre no sólo era

* Recordemos que por el decreto del 3 de junio las tierras confiscadas a los emigrantes fueron divididas en pequeñas parcelas y el pago por su adquisición podía ser realizado por los campesinos pobres en un plazo de diez años. El decreto del 10 de junio dividió las tierras comunales (más de ocho millones de desiatinas) de forma rigurosamente igualitaria *-per cápita-* entre los campesinos. El decreto del 17 de julio derogó, sin derecho a indemnización, todos los derechos, las obligaciones, los tributos y los privilegios feudales.

¹⁴⁹ Oeuvres complètes, t. IX, pp. 459-470. Discours de M. Robespierre sur la Constitution. Paris, 1793.

el responsable de la ejecución de todas estas medidas, sino que, por lo visto, también era su inspirador.

Con esa misma asombrosa rapidez, en el curso de tres semanas los jacobinos elaboraron, adoptaron en la Convención y sometieron a la aprobación del pueblo una nueva constitución. Esa constitución republicana, inspirada en el democratismo consecuente, debía ser la plataforma político-ideológica llamada a cohesionar a toda la nación en torno a ella.

Los problemas del régimen democrático-constitucional formaban parte del conjunto de aspectos más elaborados por los jacobinos. Aquí Robespierre podía apoyarse no sólo en el legado teórico de Rousseau, sino también en su propia experiencia de lucha por los principios de la democracia en la Asamblea Constituyente. Generalizando la experiencia de la Revolución y en particular la primera experiencia del régimen republicano, aún en el período de la lucha contra la Gironda había elaborado un sistema de concepciones sobre los problemas de la democracia política.¹⁵⁰ En comparación con su programa constitucional del período de la Asamblea Constituyente, el elemento nuevo de ese sistema era el fortalecimiento de las garantías para conservar la soberanía popular; la elegibilidad; la rendición de cuentas y el derecho a la revocación de los funcionarios estatales; la intensificación del control del trabajo de los órganos legislativos por el pueblo; la fijación de un plazo máximo (dos años) para el mandato de los funcionarios estatales electivos, etc. Otro elemento nuevo era también la interpretación restrictiva del derecho a la propiedad, incorporada al proyecto de *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*, como también el “derecho al trabajo”, elaborado por Robespierre, lo que testimoniaba el deseo de este último de incluir en la futura constitución ciertos elementos de sus concepciones igualitaristas.¹⁵¹

No resulta sorprendente que esa constitución, en algunas de sus partes la más democrática de todas las conocidas en la historia de Francia

¹⁵⁰ Oeuvres complètes, t. IX, pp. 463-469 (texto del proyecto de la Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano)-

¹⁵¹ E. Hamel. Histoire de Robespierre, t. II, pp. 685-688, donde se señalan las variantes del proyecto.

hasta nuestros días, al ser sometida a la ratificación de las asambleas primarias, haya sido aprobada unánimemente por el pueblo.

Pero la verdadera grandeza de los jacobinos y de su líder Maximilien de Robespierre como auténticos revolucionarios se puso de manifiesto en que abandonando el terreno conocido avanzaron con intrepidez por caminos aún inexplorados. Su grandeza consistió en que después de adoptar la constitución más democrática, aprobada unánimemente por el pueblo, y valorar correctamente los imperativos de la guerra a muerte para enfrentar la contrarrevolución interna y externa, renunciaron a la aplicación práctica del régimen constitucional, sustituyéndolo por una forma superior de organización del poder: la dictadura democrático-revolucionaria.

A diferencia de los aspectos del régimen democrático-constitucional, teóricamente elaborados desde antes por los jacobinos, el problema de la dictadura democrático-revolucionaria no había sido analizado por los jacobinos ni abordado en ninguna otra literatura. La excepción de esta regla general en esta al igual que en muchas otras cuestiones era Jean-Jacques Rousseau, quien en el célebre *Contrato social* previó con una perspicacia genial la posibilidad del surgimiento de una situación en la que fuera necesario descartar las normas legales habituales. En el capítulo VI de su tratado, titulado precisamente *Acerca de la dictadura*, Rousseau escribió: “El carácter inflexible de las leyes, que les impide adaptarse a los acontecimientos, puede, en algunos casos, tornarlas perniciosas y conducir a través de ellas a la ruina del Estado cuando éste experimenta una crisis... Por eso no hay que tratar de fortalecer las instituciones políticas hasta el grado de verse privado de la posibilidad de frenar su acción...” Basándose en la experiencia histórica de la República romana y en cierta medida también en la de Esparta, el autor de *El contrato social* consideraba que en determinadas condiciones, en calidad de medida temporal e incluso con breve duración, se puede recurrir a la implantación de la dictadura de una o varias personas, investidas de amplios derechos.

Todas las obras de Jean-Jacques Rousseau y sobre todo *El contrato social* con sus problemas político-programáticos eran para Robespierre como una especie de testamento de un Maestro con mayúscula. Durante toda su vida Robespierre profesó un ilimitado respeto, jamás puesto en duda, hacia el gran creador de la teoría de la igualdad. En múltiples

ocasiones releía a Rousseau, como si le pidiera consejo, se preguntaba cómo él hubiera actuado en unas u otras circunstancias.

Pero ni en el modo de pensar, ni en la naturaleza de ninguno de los dos Robespierre —Maximilien o Augustin— había tendencia alguna al estéril dogmatismo pedante y a los esquemas. Eran individuos de temperamento creador e incluso intrépido, que avanzaban con valentía hacia lo desconocido; en ellos, al igual que en la mayoría de los jacobinos, la acción prevalecía siempre sobre las palabras.

Por supuesto, Robespierre había leído y había prestado atención al capítulo VI de *El contrato social* de Rousseau. Pero en el análisis de Jean-Jacques el problema de la dictadura se abordaba en su forma más general, hipotética y abstracta. Desde el punto de vista práctico este capítulo no daba ninguna respuesta a los problemas planteados imperiosamente por la vida en 1793. El mismo no podía brindar respuestas, ni consejos, ni recomendaciones puesto que había sido escrito casi veinte años antes del inicio de la Revolución.

Durante el transcurso de la Revolución, en algunas ocasiones tanto Marat como Robespierre habían llegado a comprender —el primero más claramente, el segundo de forma más bien espontánea— la necesidad de las acciones dictatoriales del pueblo, pero esas eran sólo ideas casuales que no habían llegado a desarrollarse.

La dictadura democrático-revolucionaria jacobina surgió y se configuró no como resultado de una preparación consciente, de un plan elaborado de antemano o una fundamentación teórica de su necesidad. Fue engendrada y creada por la propia vida, era una obra revolucionaria de las masas y sólo después que fue instaurada y se convirtió en una realidad, su experiencia fue asimilada y luego generalizada teóricamente por los líderes jacobinos y ante todo por Robespierre.

En realidad, el inicio de la dictadura democrático-revolucionaria está marcado por el propio acto de la insurrección popular del 31 de mayo al 2 de junio de 1793 y por la nueva correlación de fuerzas clasistas que generó en el país esa sublevación. Pero los jacobinos al llegar al poder no notaron o no tomaron conciencia de este hecho. La situación de la República era tan crítica, los peligros que la amenazaban desde todas partes aumentaban tan rápidamente que los jacobinos no tenían tiempo de reflexionar y analizar lo que ocurría. Había que actuar, había que

responder con rapidez, golpe por golpe e incluso adelantarse a los golpes de los enemigos. Pero los esfuerzos fundamentales de los jacobinos en el verano de 1793 estaban dirigidos al desarrollo de la iniciativa de las masas, a la máxima democratización de la vida política y a la ampliación de la participación del pueblo en la Revolución.

Por el esfuerzo de los jacobinos, en el país, en un corto lapso de tiempo, fue ampliada y en parte creada de nuevo la red de los órganos revolucionarios electorales de base: los comités revolucionarios. Conjuntamente con las “sociedades populares”, el Club de los Jacobinos —ampliamente extendido por todo el país a través de sus filiales— como también otros clubes democráticos y asambleas de secciones en París y algunas otras ciudades, las nuevas organizaciones democráticas creadas por la Revolución se convirtieron en una forma de participación directa del pueblo en la construcción estatal y la vida política del país.

A través de las diversas organizaciones democráticas se ponía de manifiesto la iniciativa popular, se realizaba la creatividad revolucionaria de las masas y su influencia desde abajo sobre los órganos superiores de poder.

En la lucha contra la Gironda, que después del 31 de mayo y el 2 de junio se convirtió en bandera y en centro aglutinador de todas las fuerzas de la contrarrevolución interna, la Montaña contaba con el apoyo de las fuerzas del pueblo y de su vanguardia: los sans-culottes. La fórmula de Robespierre: “El que usa pantalones cosidos con hilos dorados, ese es enemigo de todos los sans-culottes” revelaba el sentido social y clasista de esa lucha. La guerra contra la Gironda era la lucha de los pobres contra los ricos. Aún antes de la insurrección del 31 de mayo, señaló en el mencionado discurso programático del 8 de mayo en el Club de los Jacobinos: “Hay sólo dos clases de personas: los amigos de la libertad y la igualdad, los defensores de los oprimidos, los amigos de los pobres, por un lado, y los representantes de la riqueza injustamente adquirida y la aristocracia tiránica, por el otro”.¹⁵² Los jacobinos eran los “amigos de los pobres”. El propio Robespierre subrayaba su apego a la pobreza como uno de sus principios. “Yo también podría vender mi alma por la riqueza —señaló en ese mismo discurso—, Pero yo veo en la riqueza no sólo el pago por el delito, sino también el castigo por el

¹⁵² Oeuvres complètes, t. IX, p. 488.

delito y yo quiero ser pobre para no ser desgraciado.”¹⁵³ Esas palabras contienen, en forma sucinta, la formulación de todo el sistema de concepciones del jacobinismo y de su líder Robespierre con respecto a la riqueza y a la pobreza, con todas las conclusiones que de esto se derivan.

Al luchar contra “los ricos y los tiranos”, contra la Gironda y los ejércitos de las monarquías europeas, la república jacobina podía y debía transformar esa lucha en una guerra popular, es decir, debía actuar utilizando recursos de los sans-culottes.

A principios de setiembre, ante las exigencias del pueblo de París, la Convención decretó: “Poner el terror en el orden del día”. Fue ampliada la actividad del Tribunal Revolucionario. Ahora el terror revolucionario estaba dirigido no sólo contra los enemigos de la Revolución y los sospechosos de serlo, sino también contra los especuladores, los acaparadores y los que violaban la ley del máximo.

En medio de una aguda crisis alimentaria la Convención, defendiendo los intereses del pueblo y respondiendo a sus exigencias, aprobó, no sin discusiones, el decreto sobre la implantación del máximo general. La lógica de esa legislación social le exigió poco después al Estado una rigurosa regulación de la distribución y el comercio, como también su ingerencia cada vez más autoritaria en las esferas más importantes de la actividad económica. Esa misma exigencia era planteada también por las tareas del abastecimiento y el suministro de armas y municiones al ejército, que crecía rápidamente, etc.

Pero también las funciones políticas del poder debían ser fortalecidas y consolidadas. La crudeza de la guerra civil, la necesidad de rechazar y aplastar los furiosos ataques y los sabotajes encubiertos de innumerables enemigos, que poseían fuerzas muy superiores a las de la República, demandaban una organización totalmente distinta del poder estatal. Para salvar la República era necesario no sólo rechazar los golpes que llovían desde todas partes, era necesario responder con golpes demoleedores y aplastar por partes, uno tras otro, a todos los enemigos. Para eso el poder que hacía falta no era el del régimen constitucional, sino el de un gobierno fuerte y centralizado, que contara en la base con el más

¹⁵³ *Ibíd.*

amplio apoyo de las masas populares y estuviera encabezado por un órgano estatal con una autoridad indiscutible y potestades ilimitadas. Para eso hacía falta una dictadura democrático-revolucionaria.

La propia vida creó el sistema de la dictadura democrático-revolucionaria de los jacobinos, con sus amplias ramificaciones en la base: los comités revolucionarios, las sociedades populares, etc., y el órgano supremo más prestigioso y autoritario: el Comité de Salvación Pública.

Ese nuevo poder revolucionario, creado por las masas populares en el curso de la guerra civil, exigía, por supuesto, su fundamentación y su generalización teórica. Ese fue el objetivo de los esfuerzos de una serie de personalidades del Gobierno jacobino, tales como Saint-Just, Barére, Billaud-Varennes y otros. Pero la fundamentación más integral y coherente del problema del poder revolucionario fue brindada por Maximilien de Robespierre.

“La teoría del gobierno revolucionario —señaló en el discurso del 25 de diciembre de 1793— es tan nueva como la Revolución que ha creado ese régimen de gobierno. Sería inútil buscar esa teoría en los libros de los escritores políticos que no previeron la Revolución”.¹⁵⁴

Ya en estas palabras, en el propio enfoque del problema se puede percibir al revolucionario que no teme a lo nuevo y está dispuesto a aprender para el pueblo no las lecciones de la sabiduría libresca ni de la “experiencia de los antepasados”, sino las que brinda la práctica viva de la lucha revolucionaria.

¿Cuál es la esencia del gobierno revolucionario? ¿Cómo se correlaciona con el régimen democrático-constitucional que habían defendido con anterioridad los jacobinos?

Robespierre comprendía que estas interrogantes surgían ante cada uno de los participantes de la Revolución y ofrecía una respuesta muy clara: “La Revolución es la guerra entre la libertad y sus enemigos; la constitución es el régimen de la libertad ya victoriosa y pacífica”. Esa misma idea la expresaba de manera aún más lapidaria: “El objetivo del go-

¹⁵⁴ M. Robespierre. Sur les principes du Gouvernement révolutionnaire. -Textes choisis, pref. et commentaire par J. Poperen. Paris, 1958, t. III, p. 99.

bierno constitucional es la conservación de la República, el objetivo del gobierno revolucionario es la creación de la República”.¹⁵⁵

De este modo, de acuerdo con la concepción de Robespierre, el régimen del gobierno revolucionario constituye un período transitorio.

En el informe programático *Sobre los principios de la moral política*, leído en la Convención el 5 de febrero de 1794, especificó una vez más cuál era la esencia del “gobierno revolucionario” como período de transición. “Para crear y fortalecer entre nosotros la democracia, para llegar al predominio pacífico de las leyes constitucionales, hay que llevar a término la guerra de la libertad contra la tiranía y atravesar con honor por las tormentas de la Revolución”.¹⁵⁶

“La guerra de la libertad contra la tiranía”: esa es la esencia del “gobierno revolucionario”. Pero para que esta guerra justa culmine victoriosamente el régimen revolucionario de gobierno debe actuar con métodos diferentes a los del régimen constitucional: debe ser activo, enérgico, ágil, no puede estar limitado por ninguna restricción de carácter formal o legal. “El régimen del gobierno revolucionario —señalaba Robespierre— actúa en condiciones severas que varían constantemente. Por eso se ve obligado él mismo a utilizar contra ellas nuevos medios de lucha que actúen con rapidez”.¹⁵⁷

Robespierre, que poseía un pensamiento revolucionario de extraordinaria fuerza, supo comprender, generalizar y luego mostrar al pueblo la grandeza de este nuevo régimen de transición como forma de dictadura democrático-revolucionaria. “El gobierno revolucionario —señalaba— *en sus acciones se basa en la más sagrada de las leyes: la de la salvación pública, y en el más indiscutible de los fundamentos: el de la necesidad.*”¹⁵⁸ (Subrayado por A.M.)

El antiguo discípulo de la Facultad de Derecho de la Sorbona era un gran revolucionario y por eso estaba dispuesto a sacrificar el fundamen-

¹⁵⁵ *Ibíd.* (el texto de todo el discurso en las páginas 98-109).

¹⁵⁶ M. Robespierre. *Sur les principes de morale politique...*-Textes choisis, t. III, p. 111.

¹⁵⁷ M. Robespierre. *Sur les principes du Gouvernement révolutionnaire.*-Textes choisis, t. III, p. 99.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 108.

to jurídico-formal de la legislación y colocaba, sin titubear, los intereses de la Revolución por encima del derecho formal.

Aprendía directamente de la Revolución y con una profundidad de comprensión y una rapidez de percepción asombrosas generalizaba teóricamente las lecciones de la lucha revolucionaria. Comprendía que la propia naturaleza de la dictadura democrático-revolucionaria debía contener la unidad dialéctica de las dos tareas más importantes: la preocupación por el bienestar del pueblo y el carácter implacable e irreconciliable de la lucha contra los enemigos de la Revolución. En el mencionado discurso del 5 de febrero de 1794 en la Convención, al dirigirse a los diputados señaló: “En la situación existente la primera regla de nuestra política debe ser la de dirigir al pueblo por medio de la razón y a los enemigos del pueblo por medio del terror.”¹⁵⁹

La historiografía reaccionaria ha calumniado a Robespierre durante muchas décadas, presentándolo como un tirano sanguinario, un ser malvado al que le causaban placer las atrocidades del terror, como el principal instigador de la política de las sangrientas represiones. No puede haber calumnia más infame que esa contra Robespierre. Él fue un sincero y convencido humanista que ya siendo adulto se pronunció en contra de la pena de muerte y apoyó al terror revolucionario sólo cuando este último se convirtió en una necesidad, en un medio de auto-defensa de la República frente al terror contrarrevolucionario de los enemigos externos e internos de la Revolución.

Como ya hemos señalado, la exigencia de recurrir al terror revolucionario fue planteada en la base por las masas populares como medida imprescindible de autodefensa. El movimiento popular del 4 y 5 de septiembre de 1793 obligó a la Convención a “poner el terror en el orden del día”.

Robespierre no hubiera sido un gran revolucionario si no hubiera sido capaz de comprender de inmediato el significado redentor para la República que en las condiciones existentes tenía esa exigencia. El terror revolucionario no se convirtió para él en un principio especial y mucho menos en un fin en sí mismo; lo analizaba como una medida temporal y

¹⁵⁹ *Ibíd.*, p. 118.

extrema a la que debía recurrir el Gobierno revolucionario para salvar a la Revolución y por consiguiente, para salvar a la humanidad.

“El terror no es más que la justicia rápida, severa e inflexible; por lo tanto es una manifestación de la virtud” —señaló Robespierre en el mencionado discurso del 5 de febrero de 1794. Y a continuación agregó que el terror debía ser analizado no como un principio especial, sino como “una conclusión derivada del principio general de la democracia, aplicado en condiciones de extrema necesidad de la patria”.¹⁶⁰

Llevada a sus conclusiones lógicas más extremas, esa era la aplicación de la idea de Rousseau sobre la soberanía popular que Engels definiera con la siguiente brillante fórmula: “*El contrato social de Rousseau* tomó cuerpo en la época del terror”.¹⁶¹

¿Pero acaso Maximilien de Robespierre, Jean-Paul Marat, Saint-Just, Couthon y otros dirigentes jacobinos que repetían tantas veces el nombre de Rousseau, eran sólo discípulos celosos del gran ciudadano de Ginebra?

A primera vista el propio planteamiento de esa pregunta puede parecer incorrecto. ¿Acaso Rousseau en alguna ocasión llamó a recurrir al terror? ¿Acaso el autor de *Meditaciones de un paseante solitario* previó alguna vez la severa época de la implacable dictadura revolucionaria que fue implantada por sus seguidores en Francia durante 1793-1794?

No, en Rousseau no podemos, por supuesto, encontrar llamamientos a implantar el régimen del terror revolucionario. Como es sabido, tampoco habló nunca a plena voz sobre la revolución. Pero a pesar de lo dicho, el mencionado señalamiento de Engels es profundamente correcto. El régimen de la dictadura democrático-revolucionaria de los jacobinos en Francia fue el primer intento en la historia de poner en práctica las ideas de Rousseau sobre la soberanía del pueblo, la igualdad y el régimen social justo.

Pero para que las ideas de Rousseau, las cuales durante muchos años no fueron más que “sabiduría libresca”, se materializaran en la política severa y rigurosa del Comité de Salvación Pública, para eso hacía falta

¹⁶⁰

¹⁶¹ F. Engels. *Anti-Dühring*. Ediciones Pueblos Unidos. Montevideo, 1961, p. 311.

que sus discípulos no fueran sólo seguidores ortodoxos de su teoría, sino que tuvieran también otras cualidades.

Hasta el fin de sus días Robespierre siguió siendo un sincero admirador del talento de Rousseau, considerándolo un verdadero preceptor de la Revolución. Aceptaba al gran Jean-Jacques integralmente, en su totalidad: no sólo *El contrato social* y otras obras políticas, sino también *La nueva Eloísa*, *Emilio* y *Confesiones*. Se convirtió en un convencido partidario de las concepciones igualitaristas de Rousseau. Su estilo literario —y al lector no le ha de resultar difícil constatarlo— también estaba claramente marcado por la influencia de Rousseau.¹⁶² El perspicaz Pushkin, que poseía una asombrosa sensibilidad histórica, supo detectar algo más, dando a Robespierre el calificativo de “tigre sentimental”.¹⁶³ En esta paradójica definición se capta con certeza cierto rasgo contradictorio de Robespierre: el sentimentalismo de un “tigre”, eso era lo que tenía de Rousseau.

Como vemos, Robespierre aceptaba a Rousseau integralmente, incluyendo su sentimentalismo. Pero la grandeza histórica de Robespierre consistió precisamente en que no se limitó sólo a ser un tímido imitador del autor de *El contrato social*, sino que tradujo sus hipótesis políticas al crudo lenguaje de la acción revolucionaria. Allí donde el pensamiento de Rousseau se detenía indeciso, Robespierre seguía avanzando con valentía. Comprobaba en la práctica la veracidad de las ideas de su maestro y esa dura práctica le brindaba, por supuesto, mucho más que los consejos de los libros de Jean-Jacques. Cada día avanzaba y se distanciaba más de aquel a quien seguía llamando su maestro.

Robespierre, al igual que Marat, Sain-Just y Couthon, al igual que toda esa pléyade de hombres de temple de acero, los jacobinos, liberó la doctrina de Rousseau del carácter contemplativo y soñador que le era característico. Eran hombres de acción, grandes maestros de la práctica revolucionaria. No podían soñar, fantasear ni esperar; tenían que incorporarse a la batalla; asestar golpes con su espada; arrastrar a los demás

¹⁶² En su momento esto fue señalado con justeza tanto por Mathiez (*Etudes sur Robespierre*. Paris, 1958, p. 45) como por Aulard (Oradores de la revolución, I.1, p. 331).

¹⁶³ A. S. Pushkin. Obras Completas, en ruso. Moscú, 1958, t. VII, p. 356.

tras de sí; avanzar con coraje al encuentro del peligro; atreverse; arriesgarse y vencer.

Los jacobinos, y entre ellos una vez más Robespierre es el primero que debe ser nombrado, también liberaron la doctrina de Rousseau de sus matices confusos, oscuros y pesimistas. Veían ante sí no la puesta del sol, no el atardecer, sino el alba, el amanecer de un nuevo día, la mañana iluminada por los brillantes rayos del sol naciente.

En Robespierre no había ese burdo apego a la vida, esa desenfrenada agitación de pasiones tan propios del poderoso temperamento de Danton. Era más austero y más concentrado que sus compañeros jacobinos.

En la literatura existe una versión según la cual cuando en 1778 el joven Robespierre visitó Ermenonville, donde transcurrían los últimos días del “paseante solitario”, lo que más le impresionó a Rousseau de la charla con ese joven estudiante de la Sorbona no fue la excepcional erudición de su interlocutor ni el asombroso conocimiento de sus obras, incluyendo aquellas que hasta este último había olvidado y que Robespierre a veces repetía de memoria, sino otra cosa: la mirada firme e impenetrable, que parecía de acero, de sus ojos un poco entornados.

Resulta difícil determinar hasta qué punto es veraz esta versión tan difundida, pero de todos modos en ella no hay nada que sea inverosímil. Con frecuencia se ha escrito sobre los entornados ojos de acero de Maximilien que atemorizaban a la gente que no tenía la conciencia limpia.

Con su intrépida mirada acerada observaba a los enemigos que se aproximaban; veía los innumerables peligros que lo amenazaban desde todas partes: las maniobras envolventes, la labor de zapa, las trampas colocadas aquí o allá. Lo veía todo; lo detectaba todo, su perspicaz mirada, aparentemente fija e inmóvil; no perdía nada de vista y tras la impassibilidad de su rostro impenetrable se ocultaban las ideas y los sentimientos que se agitaban en su interior.

Pero también para Robespierre la vida comenzaba por el alba. Formado por la literatura del siglo XVIII, era romántico y su romanticismo se nutría de las reminiscencias de la antigüedad. Pero a él, al igual que a sus coetáneos jacobinos, le era ajeno el espíritu soñador y contemplativo. El mundo no le revelaba sus bellezas; Robespierre debía conquistarlo en el combate. Ellos habían tenido una escuela de lucha demasiado

severa y por eso no se dejaban dominar en lo más mínimo por los estados de ánimo elegiacos.

“Es bello lo que no existe” —decía Rousseau. Robespierre rechazaba esa fórmula pesimista. El camino hacia lo bello era el de las proezas, el de la lucha, el del combate: así se podría definir su cosmovisión.

“Que Francia —señaló Robespierre en 1794-, otrora célebre entre los países de servidumbre, eclipsando hoy la gloria de todos los pueblos libres que han existido, se convierta en un modelo para todas las naciones, en el terror de los opresores, en un consuelo para los oprimidos, en un ornamento del Universo que nosotros, consolidando nuestra obra con nuestra propia sangre, podamos ver, al menos, el resplandor de la aurora de la suprema felicidad universal”.¹⁶⁴

Robespierre estaba convencido de que ese “resplandor de la aurora de la suprema felicidad universal”, ese “siglo de oro de la humanidad” estaban muy cerca, al alcance de la mano. Sólo era necesario que el pueblo redoblara sus últimos esfuerzos, se uniera, se cohesionara para golpear con toda su fuerza y aniquilar a los enemigos. Era un objetivo perfectamente alcanzable; se podía contar con los dedos de la mano lo que aún faltaba por hacer: expulsar a los interventores, aplastar a la contrarrevolución interna, enviar a la guillotina a los últimos conspiradores y traidores. En esencia, eso era todo. Y entonces el pueblo victorioso habría conquistado ese anhelado mundo de libertad, igualdad, justicia y felicidad.

Así concebía Robespierre el camino hacia lo bello, el camino hacia la felicidad. Y esa perspectiva que les ofrecía a sus compatriotas estaba llena de un gran optimismo social.

La Revolución era invencible. Nada ni nadie podía oponerse a ella; sus fuerzas eran inagotables y estaba en condiciones de aplastar a cualquiera de sus enemigos.

Esa era la convicción inquebrantable de Robespierre, basada en la experiencia de la Revolución; era la fuente de su intrepidez, de su seguridad respecto a la justeza de su causa, de su inflexible firmeza en la acción.

¹⁶⁴ M. Robespierre. *Sur les principes de morale politique*.-Textes choisis, t. III, p. 113.

VIII

ESO que a los contemporáneos y sobre todo a los enemigos de la Revolución les pareció un milagro, eso que posteriormente asombró a todos aquellos que trataron de descifrar la enigmática historia de la Primera República —la increíble, desconcertante y casi inexplicable victoria de la Francia jacobina sobre sus innumerables enemigos internos y externos— ocurrió en un lapso de tiempo muy breve: de doce a trece meses.

La República jacobina, que en el verano de 1793 parecía que estaba a punto de sucumbir bajo los golpes de los enemigos que la acosaban desde todas partes, encerrada dentro del cerco del bloqueo, de la intervención y de las sublevaciones contrarrevolucionarias, que se ahogaba por el hambre, la falta de armas, de pólvora, de lo más imprescindible, esa República, a la que sus enemigos ya habían enterrado, no sólo rechazó los furiosos ataques y aplastó las sublevaciones, sino que pasó a la ofensiva y, ante el espanto del mundo conservador y reaccionario, derrotó a sus adversarios y se convirtió en la potencia más fuerte de Europa.

Aún más, en un plazo histórico muy breve -en sólo un año— la dictadura jacobina cumplió las tareas fundamentales de la Revolución. Destruyó el feudalismo todo lo plenamente que fue posible dentro de los marcos de una revolución democrático-burguesa; creó catorce ejércitos, que parecían haber surgido de abajo de la tierra, equipados con armamento moderno, dirigidos por generales talentosos que procedían del pueblo y aplicaban con audacia una táctica nueva y revolucionaria en la guerra. En la batalla junto a Fleurus, el 26 de junio de 1794, el ejército de la República derrotó a las tropas de los interventores; las expulsó de los límites del territorio de Francia y eliminó el peligro de la restauración de la monarquía feudal. La integridad territorial de la República fue restablecida en todas partes y la contrarrevolución interna —la girondina, la de Vandée, la realista— fue aniquilada y sumida en la más profunda clandestinidad.

Fueron cumplidas las promesas más audaces de Robespierre y de otros líderes jacobinos. Parecía que la República se aproximaba a su última fase; tras ella debía comenzar el reino de la libertad, la igualdad y la fraternidad anunciado por los líderes de la Revolución.

Pero —cosa extraña— cuanto más avanzaba la Revolución en su desarrollo, cuanto mayor era el número de enemigos que caían derribados por sus golpes mortales, tanto más se debilitaba internamente esa República jacobina que desde afuera parecía tan poderosa.

Una semana después de la brillante victoria de Fleurus, que conmovió a toda Europa, Maximilien de Robespierre en su discurso del 1 de julio de 1794 en el Club de los Jacobinos señaló: “El florecimiento de un Estado se juzga no tanto por sus éxitos en el exterior como por su feliz situación interna. Si las pandillas son insolentes, si la inocencia tiembla, eso significa que la República carece de fundamentos sólidos”.¹⁶⁵

¿Qué explica ese tono amargo del jefe del Gobierno revolucionario que, aparentemente, sólo debería alegrarse por las notables victorias de la República?

Ese acento afligido, esas notas de abatimiento, de amargura y de decepción, que comenzaron a resonar cada vez más nítidamente en las intervenciones de Robespierre durante el verano de 1794, eran comprensibles y tenían su explicación: ya presentía que el triunfo cuya conquista le había costado tantas víctimas al pueblo, comenzaba a escurrirse de las manos de los jacobinos, a alejarse de ellos.

¿Qué había ocurrido?

Para Robespierre, al igual que para sus compañeros de lucha y para todos los participantes activos de la Revolución, el gran combate titánico que habían mantenido durante cinco años era una batalla por la libertad y la justicia, por la igualdad y la fraternidad, por los “derechos naturales del hombre”, por la felicidad universal sobre la tierra, tal como se señalaba claramente en la *Declaración de los derechos de 1793*.¹⁶⁶

¹⁶⁵ M. Robespierre. Oeuvres... avec une notice historique des notes et de commentaires par Lapponeraye... Paris, 1840, t. 3, p. 672.

¹⁶⁶ Oeuvres complètes, t. IX, pp. 463469. En el texto definitivo se introdujeron algunas modificaciones que no hicieron variar sus principios fundamentales.

Robespierre no se parecía en nada al pobre Caballero de La Mancha, sumido en un mundo de imágenes y quimeras inventadas. Por el contrario resultaba más bien sorprendente la asombrosa perspicacia, esa especie de don de la clarividencia que poseía ese hombre de treinta y cinco años. Su mirada de águila abarcaba el gigantesco campo de batalla; divisaba las acciones hostiles del enemigo desde el mismo inicio y luego la mano punitiva del Comité de Salvación Pública se abatía sobre el enemigo con una rapidez imprevisible para el adversario.

Y si Robespierre, a pesar de toda su perspicacia, continuaba confiando en que llegaría la feliz época del triunfo de la virtud, eso no se explicaba por su ingenuidad, por su inmadurez o por su temperamento soñador, pues era una personalidad política que estaba a la altura del pensamiento social más avanzado de su época. No sólo él pensaba así, sino también los mejores intelectos de fines del siglo XVIII. Al encabezar la Revolución, concebida como una gran guerra liberadora en aras del renacimiento de la humanidad, ellos no sabían, no comprendían ni podían comprender que en realidad estaban dirigiendo una revolución que por sus tareas objetivas era y no podía ser más que burguesa.

Hasta ahora nos hemos referido a aquellos aspectos de la dictadura jacobina y de su líder Robespierre que contribuían a su fortalecimiento. Pero las contradicciones y los errores que se pusieron de manifiesto en Robespierre durante los primeros años de la Revolución, en la época de la dictadura jacobina se tornaron más serios y nefastos por sus consecuencias. Esas contradicciones, esos errores y cálculos fallidos no eran insuficiencias personales de Robespierre: emanaban del carácter clasista de la propia Revolución. Robespierre fue un gran revolucionario del siglo XVIII, pero fue, sin tener él mismo conciencia de ello, el líder de una gran revolución burguesa y este hecho condicionó sus errores, sus cálculos fallidos y su tragedia.

Después de cierto tiempo, y en concreto después de que la Revolución aniquiló a sus principales adversarios, cuando mediante una serie de brillantes victorias le demostró al mundo el carácter invencible de sus fuerzas, Robespierre tuvo la clara sensación de que el timón del poder estatal, que hasta ahora se había sometido tan dócilmente a su fuerte mano, comenzaba a ofrecerle resistencia; cada vez le resultaba más difícil manejarlo.

¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría?

La dictadura jacobina garantizó el cumplimiento de las tareas de la revolución democrático-burguesa actuando con métodos plebeyos. Pero tan pronto como las tareas principales de la revolución fueron resueltas y sus enemigos fueron derrotados, tan pronto como quedó eliminado el peligro inminente de la restauración, las contradicciones internas, contenidas en la propia naturaleza del poder jacobino, emergieron de inmediato a la superficie.

Ya se ha señalado que el jacobinismo no constituía una fuerza homogénea desde el punto de vista clasista y político, sino un bloque de fuerzas clasistas heterogéneas que actuó solidaria y mancomunadamente mientras duró el enfrentamiento a muerte con la contrarrevolución feudal. Durante el año de encarnizada lucha contra las fuerzas unificadas de la contrarrevolución interna y externa, el Gobierno revolucionario jacobino, con el apoyo primordial de las fuerzas del pueblo, cuya influencia se incrementó bruscamente en ese período, tuvo que aplicar una rígida política de restricciones para la burguesía.

Esa política restrictiva y en gran medida represiva estaba dictada por la propia vida. Las leyes del máximo no hubieran sido analizadas, aprobadas y puestas en práctica si la situación alimenticia de la República no hubiera sido tan grave; fueron engendradas, ante todo, por la necesidad. Lo mismo hay que decir del régimen del terror revolucionario, el cual no era más que un medio imprescindible de autodefensa impuesto también por la vida. Podríamos señalar otros ejemplos. Pero sería incorrecto considerar que el Gobierno revolucionario actuaba tomando en cuenta sólo las exigencias imperativas de la vida, que era un Gobierno pragmático que se adaptaba a las tareas dictadas por el presente.

Ese Gobierno tenía también ideales positivos, plasmados en un programa positivo; tenía planteado un objetivo hacia el que avanzaba conscientemente, superando todas las dificultades y las preocupaciones del presente. Robespierre, Saint-Just, Couthon, sus compañeros y correligionarios, eran todos seguidores de Rousseau y, por lo tanto, partidarios de sus ideas igualitaristas.

En la política de Robespierre, en la política del Gobierno revolucionario no resulta difícil distinguir esa línea, que ellos aplicaban de manera

totalmente consciente. Era la política igualitarista del Gobierno jacobino.

Robespierre rechazaba la implantación de la igualdad plena de bienes: consideraba que era irrealizable y que su propaganda era perniciosa. Por esos mismos motivos censuraba la llamada ley agraria que estipulaba la división de toda la tierra en partes iguales. Tampoco estaba de acuerdo con la comentada tesis de Jacques Roux: “ ¡Es necesario que la hoz de la igualdad se agite sobre las cabezas de los ricos!”

Pero, sin creer, al igual que Rousseau, en la implantación de la plena igualdad de bienes, Robespierre estaba sinceramente convencido de la necesidad y el beneficio de la eliminación de los mayores contrastes de fortuna. Aspiraba a una relativa nivelación de los bienes.

Cuando las palancas del poder estatal estuvieron en sus manos y en las manos de sus correligionarios, trataron de hacer todo lo posible para poner en práctica su programa igualitarista.

La política de los préstamos forzados de los ricos; el impuesto progresivo sobre los ingresos; la distribución *per cápita* de las tierras comunales; la parcelación de los terrenos que debían ser vendidos; la limitación del derecho de herencia; la aplicación del terror contra los especuladores y los infractores de la ley del máximo, y por último, los célebres decretos de ventoso demostraban que el Gobierno revolucionario dirigido por Robespierre trataba de llevar a la práctica su programa igualitarista, llamado a instaurar “el reino de la justicia eterna”.

En el primer discurso de Saint-Just sobre los decretos de ventoso hay una frase que ha llamado la atención: “Aquellos que hacen la revolución a medias cavan de ese modo su propia tumba”.¹⁶⁷ Esa frase revela el significado esencial de la legislación de ventoso. Saint-Just se formó como personalidad política bajo la influencia ideológica de Robespierre; era uno de sus más fieles compañeros de lucha. Indudablemente, sus concepciones acerca del futuro de la República reflejaban también las concepciones del *Incorruptible*.

Pero la política del igualitarismo, enérgicamente aplicada por el Gobierno revolucionario jacobino, no conducía la República a la “felicidad”.

¹⁶⁷ Saint-Just. Discours et rapports., p. 145.

dad de la virtud y de la satisfacción modesta”, con la que soñaban sus promotores.¹⁶⁸

Lenin escribió que la “idea de la igualdad es la expresión más plena consecuente y categórica de los objetivos democrático-burgueses... La igualdad no sólo expresa ideológicamente la realización más plena de las condiciones del capitalismo libre y la producción mercantil. También materialmente en la esfera de las relaciones económicas de la agricultura que surge del régimen de la servidumbre, la igualdad de los pequeños productores es la condición del más amplio, pleno, libre y rápido desarrollo de la agricultura capitalista”.¹⁶⁹

Los jacobinos y su líder Robespierre no lograron realizar plenamente su programa igualitarista, no pudieron crear la república de “la igualdad de los pequeños productores”. Pero incluso aquello que lograron hacer —que no fue poco: derrocaron y destruyeron el feudalismo— condujo a resultados que confirman la profunda veracidad del citado señalamiento de Lenin.

Objetiva e independientemente de su voluntad, la política de los jacobinos limpió el terreno de Francia, la liberó de los obstáculos para el crecimiento de la burguesía y el desarrollo de las relaciones capitalistas. Y por mucha crueldad con que castigara la dictadura jacobina a algunos burgueses, especuladores y acaparadores, por muy autoritariamente que interviniera en la esfera de la distribución (conservando, al mismo tiempo, el modo privado de producción), esa severa política punitiva y restrictiva no podía detener ni frenar el crecimiento del poderío económico de la gran burguesía. Aún más, a pesar de que el cuchillo de la guillotina erradicó a los especuladores, a pesar de la severa política prohibitiva, durante ese período surgió una nueva burguesía especuladora que acumuló enormes fortunas abasteciendo al ejército, revendiendo las parcelas de tierra, especulando con los productos y el doble curso de la moneda, etc.

Mientras el país estuvo amenazado por el peligro de la victoria de los ejércitos interventores y la restauración del viejo régimen feudal abso-

¹⁶⁸ A. Soboul. *Les institutions républicaines de Saint-Just, d'après les manuscrits de la Bibliothèque Nationale.-Annales historiques de la Révolution française*, 1948, p. 193, et suite.

¹⁶⁹ V. I. Lenin. O.C., t. 15, pp. 239-240.

lutista, esa nueva burguesía, cuyos intereses materiales vitales estaban ligados a la redistribución de la propiedad puesta en práctica por la Revolución, tuvo que soportar sumisamente la mano punitiva de la dictadura jacobina. Tuvo que admitir el creciente papel del pueblo y el régimen de restricciones, tuvo que jurar fidelidad a los grandes ideales de la justicia y la virtud, puesto que sólo la férrea mano de los “apóstoles” jacobinos de “la igualdad” podía protegerla de las bayonetas de los interventores y del retorno al pasado.

Pero en cuanto desapareció el peligro de la restauración, la burguesía, y junto con ella también otros elementos que poseían propiedades y se sentían oprimidos por el régimen restrictivo de la dictadura jacobina, comenzaron a buscar las vías para liberarse de esta última.

Imitando a la burguesía, también el campesinado rico y luego el medio dieron un viraje hacia la derecha. La Revolución liberó al campesinado del yugo y las obligaciones feudales, le dio tierra y le abrió el camino al enriquecimiento, pero la dictadura jacobina no le permitía disfrutar de lo adquirido. El sistema de precios fijos, la política de requisición del trigo aplicada por el Gobierno jacobino generaba un gran descontento en el campo.

El viraje de la burguesía y de la masa fundamental de los propietarios campesinos en contra de la dictadura jacobina significó una consolidación de las fuerzas de la contrarrevolución burguesa dentro del país.

Robespierre y el gobierno revolucionario luchaban contra una fuerza insuperable, contra una hidra a la que, cuando se le cortaba la cabeza, de inmediato le volvían a nacer diez cabezas nuevas.

El Tribunal Revolucionario intensificó su actividad punitiva. Los procesos contra los especuladores, contra los infractores de la ley del máximo se desarrollaban con creciente rapidez; en la mayoría de los casos la sentencia se conocía de antemano: pena de muerte en la guillotina. Pero la oposición al Gobierno revolucionario se hacía día a día más tangible. Aún más: ahora esa oposición se hacía sentir no sólo fuera de los límites del Gobierno revolucionario, sino que se percibía, por ahora en forma latente, en el recinto de la Convención e incluso en el Comité de Salvación Pública, y con más fuerza aún en el Comité de Seguridad General.

¿Con qué apoyo podía contar el Gobierno revolucionario encabezado por Robespierre? ¿Con el de la plebe urbana? ¿Con el de los sectores pobres del campo? ¿Con el de las capas sociales desposeídas que ahora denominamos fuerzas de izquierda? Lenin respondió a esas preguntas con una excelente caracterización: “...*La Convención adoptaba medidas de gran trascendencia, pero carecía de la base necesaria para aplicarlas y no sabía siquiera en qué clase debía apoyarse para llevar a cabo tal o cual medida*”.¹⁷⁰

Imposible decirlo con más exactitud. Robespierre, líder reconocido de los jacobinos, líder de la Revolución, realmente en esta última etapa no sabía en qué clase debía apoyarse la Revolución. Robespierre y los jacobinos fueron grandes y poderosos cuando cohesionaban y unían al pueblo, cuando lo condujeron a la lucha contra las terribles fuerzas de la contrarrevolución feudal y la aristocracia burguesa. Sus golpes conservaron la misma potencia terrible y avanzaron junto con la revolución, encabezando al pueblo, luchando contra la gran burguesía, contra la Gironda. Ahora ellos volvían a alzar la mano para asestar golpes demoledores, pero no alcanzaban al enemigo: la mano se debilitaba y caía sin fuerzas.

La política aplicada por el Gobierno jacobino, y en concreto su política socioeconómica, que ahora, a partir de la primavera de 1794, generaba el descontento de los propietarios privados, hasta cierto punto tampoco satisfacía a la plebe y en general a los sectores democráticos más desposeídos. El máximo era una medida aplicada ante todo en defensa de los intereses de los sans-culottes y de las capas urbanas desposeídas. Pero al hacer extensivo el máximo al salario de los obreros, al mantener vigente la ley antiobrera de Le Chapelier, el Gobierno jacobino demostró que no comprendía las necesidades de los obreros. Ellos manifestaron su disconformidad con esa legislación. A medida que aumentaba la carestía de la vida esa disconformidad se incrementaba. Del mismo modo, en su política agraria el Gobierno jacobino no hacía nada para mejorar la difícil situación de los campesinos pobres, no defendía sus intereses. Las llamadas requisas de mano de obra, es decir, las movilizaciones, también suscitaban el descontento de los campesinos pobres.

¹⁷⁰ V. I. Lenin, O.C., t. 38, p. 207.

Así fueron surgiendo fisuras y se fueron propagando en movimiento centrífugo, las fuerzas clasistas que hasta esos momentos constituían un bloque único: el de los jacobinos. Y esa agudización de las contradicciones dentro del bloque jacobino conducía inevitablemente a la lucha interna dentro de sus filas y a la crisis de la dictadura jacobina.

Pero eso que ahora, doscientos años después, puede ser analizado con serenidad por un historiador marxista, que tiene a su disposición todos los datos acumulados por la ciencia histórica, era interpretado, desde luego, de un modo totalmente diferente por las personas que estaban inmersas en el remolino de los acontecimientos, que pensaban con los conceptos y categorías del lejano siglo XVIII.

Robespierre percibía, no podía dejar de percibir, que junto con las victorias alcanzadas por la Revolución aumentaban los obstáculos que surgían en su camino. Cuanto más se aproximaba al objetivo anhelado más se alejaba ese objetivo.

Aparentemente, la Revolución había hecho todo lo posible, todo lo imaginable para restablecer los “derechos naturales” del hombre; había derrotado a todos aquellos que atentaban contra esos “derechos naturales”, quienes con sus acciones delictivas atacaban a la virtud. Pero Robespierre se convencía de que a medida que avanzaba la Revolución los hombres no se hacían mejores y la cantidad de enemigos de la República no disminuía. Por el contrario aumentaban día a día.

Antes, cuando la lucha era contra los aristócratas, contra los *feuillants* y los girondinos, cuando todo el bloque jacobino, fraternalmente unido, combatía contra sus poderosos adversarios, todo estaba claro. Pero ahora la lucha se había desencadenado dentro de las filas del propio bloque jacobino; ahora había que combatir contra personas que aún hasta ayer eran compañeros de armas, y algunos, como Camille Desmoulins, eran amigos personales.

Para Robespierre, con su inflexible voluntad y su naturaleza íntegra, estas imágenes del pasado no podían convertirse en un obstáculo insuperable. Observaba con mirada sobria y atenta el aspecto actual de su compañero de lucha de ayer.

En los manuscritos de sus notas contra los dantonistas, que en nada se parecen a las acusaciones formuladas por el Tribunal Revolucionario, llama la atención su intento de comprender la esencia de Danton. Puede

parecer incluso extraño el hecho de que en esas notas Robespierre hable relativamente poco de los actos y las acciones de Danton y se refiera a ciertos detalles que a primera vista parecen insignificantes. Escribió: “La palabra ‘virtud’ suscitaba la risa de Danton; no hay virtud más firme, decía en broma, que la virtud que él pone de manifiesto cada noche con su esposa”. Y Robespierre, para el que la palabra “virtud” era sagrada, señaló a continuación con evidente indignación: “¿Cómo pudo ser defensor de la libertad un hombre al que le es ajena toda idea de moral?”¹⁷¹

Y luego vuelve a escribir: “Danton reveló él mismo el secreto de su política con las siguientes palabras remarcables: ‘Lo que debilita nuestra causa —le decía a un verdadero patriota cuyos sentimientos aparentemente compartía— es la severidad de nuestros principios, que atemoriza a mucha gente’...”¹⁷²

Robespierre, quien pensaba con las categorías del siglo XVIII, no brindaba ni podía brindar una definición clasista de la política de Danton, pero se aproximaba instintivamente a la verdad al considerar que el aspecto principal de la misma era su disconformidad con la “severidad de nuestros principios”. Esa disconformidad con los principios del jacobinismo era precisamente el elemento común que aglutinaba a todos los que se oponían a la dictadura democrático-revolucionaria, a todos los que tenían prisa por acabar con esos “elevados principios” para abalanzarse velozmente sobre los bienes terrenales.

Consciente de su irremediable perdición, intrépido por su despectiva indiferencia ante la muerte, Robespierre era capaz de no otorgarle a la vida ajena más valor que a la suya propia. Envió al patíbulo, o dicho de un modo más cuidadoso y exacto: junto con todos los miembros de los Comités de Salvación Pública y Seguridad General decidió de antemano la ejecución de Danton, Des-moulins, Philippaux y otros que comparecieron en el “amalgamado” proceso del 4 y 5 de abril.

Pero al abatir a Danton y a Desmoulins (a quien, por lo visto, seguía apreciando), Robespierre confiaba en que junto con ellos sería derribada toda la “fracción” (como se decía en el siglo XVIII), todos los que

¹⁷¹ A. Mathiez. *Les notes contre les Dantonistes. —Etudes sur Robespierre*. Paris, 1958, p. 138.

¹⁷² *Ibíd.*

habían alzado su mano contra la virtud, contra los sagrados principios de la Montaña.

Su tragedia consistió en no haber sido capaz de divisar de inmediato, o mejor dicho, de valorar correctamente la fuerza que se ocultaba tras las sombras de Danton y Desmoullins. Al principio le parecía que se trataba sólo de una o incluso de dos o tres decenas de renegados e intrigantes, que habían traicionado los principios de la moral política, pero en los hechos resultó que contra la Revolución se movían enormes destacamentos de fuerzas enemigas, que presionaban desde todas partes con la fuerza incontenible de un alud. La burguesía vigorosa, ávida y codiciosa crecía, emergía de todas las fisuras, de todos los poros del suelo de Francia, purificado por el arado jacobino, y no había en esa época una fuerza que fuera capaz de detenerla.

Este no es el lugar adecuado para exponer la historia de la lucha interna dentro de las filas del bloque jacobino. Pero es necesario recordar que el Gobierno revolucionario dirigía sus golpes no sólo hacia la derecha, sino también hacia la izquierda.

Ya a fines del verano y principios del invierno de 1793 todos los jacobinos, en forma mancomunada, derrotaron a los “coléricos”: la corriente más izquierdista de la Revolución Francesa. En marzo de 1794 entablado una lucha decisiva contra los dantonistas el Gobierno revolucionario destruyó al grupo de los hebertistas, escindido de las filas de los jacobinos de izquierda. Dentro del grupo de los hebertistas había gente muy diversa y su intento de organizar una sublevación no fue apoyado por los sans-culottes. Pero el golpe contra los hebertistas se hizo extensivo también a los cordeleros. Varios días después de la ejecución de Danton compareció ante el Tribunal Revolucionario y luego fue ejecutado, Chaumette, el mejor representante de los jacobinos de izquierda, a pesar de que no había apoyado las acciones de los hebertistas. Luego hubo una “purga” en la Comuna de París para eliminar a los partidarios de Chaumette .

* Aquí hay que señalar que la modificación de la composición personal de la Comuna no influyó en lo más mínimo sobre su composición social, que, en lo fundamental, siguió siendo la misma. Y la llamada “Comuna robespierrista” desde el punto de vista clasista casi no se diferenciaba de la “Comuna chaumettista” (M. Eude. Etudes sur la Commune robespierriste. Paris, 1973).

En las intervenciones de ese período Robespierre presentaba a los dantonistas y a los jacobinos de izquierda como dos ramificaciones de un mismo grupo, hostil a la Revolución: “...una de estas dos fracciones nos empuja hacia la debilidad, la otra hacia cualquier extremismo... A unos les han puesto el apodo de moderados, a los otros les han dado el nombre, más ingenioso que acertado, de ultrarrevolucionarios. Todos ellos son siervos de un mismo amo, y si lo quieren, son cómplices que aparentan discutir para ocultar mejor sus delitos. Júzguenlos no por la diferencia de su lenguaje, sino por la similitud de los resultados”¹⁷³.

Con la perspicacia que lo caracterizaba, Robespierre adivinaba el parentesco secreto, enmascarado con vivos colores revolucionarios, que unía al falso y pérfido Fouché, a los concusionarios y los despilfarradores de los fondos públicos tales como Tallien, Fréron, Barras y a sus consortes con los “moderados”. Todos ellos, enmascarados con diferentes colores, eran agentes del ejército en marcha de la nueva burguesía.

Robespierre tenía razón e indudablemente defendía los intereses de la Revolución cuando se pronunciaba en contra de los extremistas terroristas que con sus insensatas crueldades le hacían un gran daño a la Revolución. Evidenció su gran sabiduría de estadista al censurar la política de descristianización aplicada mediante la violencia por Hébert, Chaumette y otros jacobinos, que ya antes había suscitado un peligroso descontento entre el campesinado.

Al mismo tiempo, Robespierre cometía un error al negarse a ver más allá de los límites del Gobierno revolucionario otras fuerzas políticas de izquierda. Sin embargo, esas fuerzas existían y desempeñaban un papel significativo en la Revolución. Tanto Chaumette y sus seguidores como la gente del tipo de Momoro y otros miembros de base de la Comuna estaban situados a la izquierda del Gobierno jacobino dirigido por Robespierre y desde la izquierda brindaban su apoyo a la dictadura jacobina.

Esa misma contradictoriedad, esos mismos errores se pusieron de manifiesto también en la política social del Gobierno jacobino. Como ya se ha señalado, en marzo de 1794 fueron aprobados los decretos de ventoso, que preveían la distribución gratuita de las propiedades de los

¹⁷³ A. Mathiez. *La Revolución Francesa*, en ruso, t. III, p. 142.

enemigos de la Revolución entre los desposeídos. Por supuesto, los decretos de ventoso no eran “el programa de una nueva revolución”, como los describió en su momento Mathiez¹⁷⁴ ni una maniobra táctica, como los consideraba ante todo George Lefebvre.¹⁷⁵ En los decretos de ventoso se materializaron las aspiraciones igualitaristas de Robespierre, Saint-Just y otros seguidores jacobinos de Rousseau, a través de los cuales se formularon las esperanzas igualitaristas de las masas populares.

Si los decretos de ventoso se hubieran puesto en práctica hubiera aumentado la cantidad de propietarios entre las filas de los desposeídos y, por consiguiente, se hubiera ampliado la base democrática de la Revolución. Su aplicación práctica hubiera contribuido, en alguna medida, al desarme económico y político de cierta parte de la burguesía contrarrevolucionaria. Desde luego, hoy podemos afirmar con toda certeza que la realización de los decretos de ventoso no hubiera modificado, en última instancia, el curso general de los acontecimientos, pero eso no lo tenían claro los participantes en los sucesos de 1794 y la propia legislación de ventoso tenía, a pesar de todo, una gran significación política.

Pero aunque parezca extraño, pasó un mes y otro y la legislación de ventoso no se ponía en práctica. Amplias capas de la burguesía y del campesinado acomodado manifestaron una actitud negativa o más bien hostil hacia esa legislación, la cual se enfrentó a la muda oposición de la mayoría de los miembros de la Convención, del aparato gubernamental central y local.

¿Por qué la terrible fuerza de la dictadura revolucionaria no fue movilizad para llevar a la práctica los decretos aprobados por la Convención? ¿Por qué Robespierre, que había dado pruebas de su inflexible firmeza para lograr un objetivo, en este caso se mostró vacilante y débil, no se decidió a quebrar la oposición a la legislación de ventoso?

¿Hacia dónde ir? ¿Qué programa proponerle a la Convención, a la Montaña, a los patriotas? ¿Cómo encontrar el camino que permitiera

¹⁷⁴ G. Lefebvre. *Questions agraires au temps de la terreur*, p. 5.

¹⁷⁵ M. Robespierre. Sur les rapports des idées religieuses et morales avec les principes républicains et sur les fêtes nationales. Paris, an II; Buchez et Roux. *Histoire parlementaire de la Révolution française*, t. XXXII, pp. 353-381; E. Hamel. *Histoire de Robespierre*, t. III, pp. 540-541.

mantener la unidad del pueblo en torno al Gobierno revolucionario? Robespierre, al igual que otros dirigentes del Gobierno jacobino, buscaba las respuestas a esas preguntas, pero no podía encontrar una solución correcta.

El camino de la profundización posterior del contenido social de la Revolución, abierto por la legislación de ventoso, fue desechado. No fue censurado ni rechazado, nadie manifestó abiertamente la más mínima duda respecto a su justeza, pero fue abandonado en silencio.

Robespierre trató de encontrar otra vía. El 7 de mayo de 1794 pronunció ante la Convención un extenso discurso en favor del culto al “ser supremo”.¹⁷⁶ La idea del “ ‘ser supremo’ es una idea social y republicana” —señaló Robespierre. El culto al “ser supremo” fue un intento de unificar y cohesionar a la nación en torno a una nueva religión oficial republicana.

Gérard Walter en su investigación sobre Robespierre sustenta la opinión de que ese discurso expresaba de una manera más plena y profunda las ideas del Incorruptible.¹⁷⁷ Puede ser que esa opinión se aproxime mucho a la verdad. En todo caso, el discurso fue escrito y pronunciado con un indudable entusiasmo. Robespierre todavía tenía muchas esperanzas: ese discurso aún reflejaba una fe ardiente en el inminente logro de la victoria. “¡Y ustedes, fundadores de la República Francesa —señaló dirigiéndose a los miembros de la Convención—, guárdense de perder la confianza en la humanidad o de dudar un solo instante del éxito de su grandiosa empresa!

“El mundo ha cambiado. ¡Debe cambiar aún más!”¹⁷⁸

Robespierre describía el cuadro de las enormes transformaciones realizadas por la Revolución Francesa, por el pueblo francés. Apelaba al sentimiento de orgullo patriótico: “El pueblo francés parece haberse adelantado dos mil años al resto del género humano”. Hablaba con entusiasmo, casi con frenesí sobre Francia, sobre esa maravillosa tierra, acariciada por el sol y creada para ser el país de la libertad y la felici-

¹⁷⁶

¹⁷⁷ Gérard Walter. *Robespierre*. Paris, ed. définitive, 1961, t. 1, p. 429.

¹⁷⁸ M. Robespierre. *Sur les rapports des idées religieuses et morales...*—Textes choisis, t. III, p. 156.

dad. Les recordaba a los diputados de la Convención la gran misión que la historia le había encomendado a Francia, la gloriosa y noble responsabilidad de cada patriota francés. Les advertía del peligro contenido en el vicio, que le disputaba el destino de la tierra a la virtud. Exhortaba a luchar contra su influencia destructora y les exigía coraje cívico a los miembros de la Convención.¹⁷⁹

“ ¡Tomen en cuenta sólo el bien de la sociedad y los intereses de la humanidad!” -exclamaba.¹⁸⁰

Pero, ¿a quiénes estaban dirigidas esas palabras? ¿A esos diputados de la Convención que de manera premeditada batían palmas, aplaudían ruidosa y ostensiblemente al orador mientras rehuían su mirada? ¿A Tallien y a Barras, procónsules de Bordeaux y de Toulon? ¿A esos concussionarios y ladrones que erradicaban la contrarrevolución con ríos de sangre que ellos convertían en oro? ¿Al pérfido Fouché, ese camaleón de la política, ex hebertista y futuro ministro de la policía de Napoleón? ¿Al marqués Robert de Fontvieille, ese vendido desertor del campo de la aristocracia, ese cínico al que toda moral le era ajena, que con su obsequiosa familiaridad con los líderes de los sans-culottes pretendía hacer olvidar su pasado, ese despiadado promotor de un desenfrenado terrorismo teñido de colores ultrarrevolucionarios, que le permitía, al calor de sus acciones, saquear y robar a sus víctimas? ¿A Marie-François Laporte, que simulaba ser un servidor leal, un militante de base del bloque jacobino, un honesto ejecutor de la voluntad de la Convención, y que más tarde, en 1796-1797, era acusado de haberse apoderado mediante el robo de más de veinte millones de francos? ¿A Fréron, malversador de los fondos del Estado, asesino, futuro cabecilla de las bandas de la “juventud dorada”? ¿A Merlin de Thionville, que soñaba con una mansión principesca? Al viejo cuervo Sieyés, que mantenía el pico cerrado esperando que llegara su hora?

“El bien de la patria”, “el humanismo”, “la virtud”: esas eran palabras huecas para todos esos futuros termidorianos, para esos nuevos ricos ocultos que se habían llenado los bolsillos durante los años de Revolución y ahora se apresuraban a disfrutar de esos bienes adquiridos tan fácilmente.

¹⁷⁹ *Ibíd.*, pp. 157, 158, 166.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, pp. 155-180.

Ellos ya iban tomando conciencia de su fuerza; ya estaban aburridos de ese heroísmo, de esas apelaciones al coraje y a la virtud; intercambiaban rápidas miradas, pero comprendían que su hora aún no había llegado. De pie, aplaudieron a Robespierre y votaron unánimemente a favor de su proyecto de decreto sobre el culto al “ser supremo”.

El 8 de junio en París, en el Jardín de las Tullerías, y luego en el Campo de Marte se celebraron los festejos en honor al “ser supremo”. El verde parque de las Tullerías estaba engalanado con figuras alegóricas, erigidas según el proyecto del célebre David. Robespierre, que en esos días había sido elegido por unanimidad para presidir la Convención, vistiendo un nuevo frac azul claro, con espigas de centeno en las manos, subió a la tribuna y pronunció un breve discurso en representación del Gobierno revolucionario.

“Franceses, republicanos, ustedes deben purificar la tierra manchada por los tiranos e instaurar de nuevo la justicia que ellos abolieron”¹⁸¹ -señaló.

El pueblo recibió al *Incorruptible* con una fogosa ovación. La gente sencilla, que creía en Robespierre, batía palmas y gritaba: “ ¡Viva la República!” Parecía que el Gobierno revolucionario era más fuerte que nunca, que sus posiciones eran inquebrantables.

Pero sólo eran ilusiones.

Desde los clubes jacobinos de provincias y de la capital llegaban a la Convención misivas de saludo. En ellas se aprobaba el benéfico culto del “ser supremo”. Pero no se podía creer en ellas. El buró de la policía del Comité de Salvación Pública, dirigido por Saint-Just, a través de sus informantes y sus agentes recibía informes diferentes: el culto del “ser supremo” había sido acogido fríamente y en la mayoría de los casos con hostilidad por el pueblo.

No podía ser de otra manera. Los intentos de sustituir la solución de los grandes problemas sociales con discursos, decretos y manifestaciones de carácter religioso o semirreligioso estaban condenados de antemano al fracaso. El éxito personal de Robespierre en la Convención y en los festejos del 8 de junio en París no podía, por supuesto, ocultar y mucho menos modificar la correlación de fuerzas extremadamente desfavora-

¹⁸¹ M. Robespierre. Oeuvres... par Lapponeraye, t. 3, p. 655.

ble para la dictadura jacobina, que existía en el país en el verano de 1794.

Por otra parte, también el éxito personal de *Incorruptible* era ilusorio. Los sans-culottes y la gente sencilla de París seguían confiando en él. Su vida estaba a la vista de todos: después de convertirse en el rector de los destinos de Francia continuaba viviendo en el mismo lugar, en la calle Saint-Honoré, en la casa del carpintero Duplay. Su modo de vida seguía siendo sencillo, andaba a pie, seguía siendo tan pobre como en los días de su anonimato. El pueblo trabajador apreciaba eso: “Este no traicionará”. Pero en el recinto de la Convención ya no era el pueblo el que mandaba. El día de la ceremonia del 8 de junio entre las exclamaciones de apoyo a Robespierre se distinguía con nitidez un murmullo hostil: eran las conocidas voces de los diputados de la Convención. Luego vinieron los atentados de Admirat y de Cécile Renault con el objetivo de asesinarlo. El propio Robespierre podía constatar el malintencionado celo de sus falsos amigos: todos los sucesos relacionados con su nombre se divulgaban con premeditada exageración. Así ocurrió no sólo en el caso de los atentados contra su persona. A fin de comprometerlo, de aislarlo de los demás miembros de la Convención, ridiculizarlo y desacreditarlo ante los ojos del pueblo fue montado e inflado el asunto con la semidemente anciana Catherine Théot.

Los éxitos del ejército revolucionario, la brillante victoria de Fleurus el 26 de junio, que habían creado garantías seguras contra la amenaza de la restauración, intensificaron las aspiraciones de la burguesía, que agrupaba a todos los propietarios privados, de acabar con el régimen de la dictadura democrático-revolucionaria. Los “apóstoles de la igualdad”, los jacobinos, habían eliminado con mano de hierro a todos los que obstaculizaban el camino de la Revolución. De este modo le habían despejado el camino a la burguesía. Ellos ya habían cumplido su misión y ahora la propia burguesía tenía prisa por eliminar a esos hombres de manos demasiado rudas.

Robespierre presentía con claridad ese incremento de la amenaza interna, que tan extrañamente se conjugaba con los éxitos contra el enemigo externo. En su discurso del 22 pradiel (10 de junio de 1794) en la Convención admitió: “En el momento en que la libertad alcanza, por lo

visto, un brillante triunfo, los enemigos de la patria organizan conspiraciones aún más temerarias”.¹⁸²

¿Pero cómo acabar con esas conspiraciones? ¿Cómo fortalecer la República? ¿Cuál era el camino que debía emprender? Los dirigentes del Gobierno revolucionario se planteaban una y otra vez estas preguntas. Robespierre, el jurista, el licenciado en Derecho, el abogado que siempre había tratado de utilizar todas las normas y los procedimientos judiciales en favor de los intereses de la defensa, emprendió conscientemente el camino de la restricción de dichas normas, de la reducción de las garantías del acusado durante el proceso judicial, en aras de acelerar el trabajo del Tribunal Revolucionario y de intensificar el terror revolucionario. Apoyó con energía el proyecto de ley presentado por Couthon el 10 de junio, que preveía reorganizar el Tribunal Revolucionario y simplificar el proceso judicial a fin de castigar más rápidamente a los enemigos de la Revolución.¹⁸³

Por primera vez desde la época de la caída de la Gironda la Convención acogió con muda desaprobación dicho proyecto del Comité de Salvación Pública. Ruamps, Barére y algunos otros diputados propusieron con inseguridad aplazar la aprobación de la ley. Pero Robespierre se pronunció en forma brusca a favor de su inmediata aprobación. La Convención votó unánimemente y el 22 pradiel el proyecto adquirió fuerza de ley.

El terror se incrementó. Las sentencias del Tribunal Revolucionario se pronunciaban rápido y en la mayoría de los casos repetían el mismo fallo: condena a muerte. En un mes y medio, del 23 pradiel al 8 termidor, el Tribunal Revolucionario dictó mil quinientas sesenta y tres sentencias; de ellas mil doscientas ochenta y cinco eran condenas a muerte y sólo doscientas setenta y ocho, absolutorias. Durante los cuarenta y cinco días anteriores fueron pronunciadas quinientas setenta y siete condenas a muerte y ciento ochenta y dos sentencias absolutorias.¹⁸⁴

¿Era responsable Robespierre de ese terror que había alcanzado dimensiones extremas?

¹⁸² *Ibíd.*, p. 661.

¹⁸³ *Ibíd.*, pp. 660-672.

¹⁸⁴ A. Mathiez. *La Revolución Francesa*, en ruso, t. III, p. 195.

Indudablemente, desempeñó un papel significativo en la aprobación de la ley del 22 pradial. Pero a eso se reducía toda su participación en el terror del verano de 1794. La aplicación práctica de la ley del 22 pradial ya no dependía de sus deseos ni estaba bajo su control. De nuevo, al igual que con la legislación de ventoso, sintió que el timón del poder estatal ya no estaba bajo su control, sino que pertenecía a otras fuerzas. Ya no podía cambiar ni corregir nada. Alguien atizaba deliberadamente las llamas del terror con el objetivo de que su maléfico resplandor recayera sobre el rostro de Robespierre. Aquellos sobre los que debía caer la mano punitiva de la justicia revolucionaria lograron apoderarse de los instrumentos de la política gubernamental y utilizar el terror con sus fines.

Pero todo eso debe ser analizado más detalladamente.

IX

LA propia lógica de la lucha empujaba a los jacobinos hacia el terror. “Los ricos y los tiranos”, los girondinos y los *feuillants*, los partidarios de la monarquía y del viejo régimen no tenían ninguna intención de abandonar sus posiciones sin combatir. Ellos no sólo ofrecieron una furiosa resistencia al nuevo poder jacobino, instaurado el 2 de junio, sino que pasaron a la contraofensiva, poniéndose en contacto directo con los gobiernos de las monarquías europeas y los ejércitos interventores y creando una poderosa coalición de todas las fuerzas de la contrarrevolución interna y externa.

Para defenderse de las fuerzas enemigas que lo atacaban desde todas partes, el Gobierno jacobino se vio obligado a adoptar medidas excepcionales y, en concreto, a responder al terror contrarrevolucionario con el terror revolucionario.

Han existido múltiples interpretaciones, elaboraciones históricas y leyendas sobre el terror revolucionario. Probablemente, ningún otro aspecto de la historia de la Revolución haya sido tan tergiversado de manera arbitraria o malintencionada como el del terror revolucionario. Ya hace mucho que es hora de abordar ese problema con la claridad necesaria.

Ante todo, en correspondencia con las exigencias de la ciencia histórica, el análisis del terrorismo de 1793-1794 debe estar libre de todo tipo de sentimentalismos y de moralizaciones; hay que ver las cosas tales como fueron, revelando su determinación histórica.

Ante todo —y esto debe ser dicho con toda claridad, para evitar malas interpretaciones— el terror revolucionario no fue implantado por iniciativa de los jacobinos; esa fue la medida obligada de respuesta al terror contrarrevolucionario, desencadenado inicialmente por los girondinos y sus cómplices de los grupos antijacobinos clandestinos.

Mencionemos algunos hechos ampliamente conocidos. Después del triunfo de la insurrección popular del 31 de mayo al 2 de junio de 1793 los jacobinos se limitaron a adoptar medidas tan moderadas como el

arresto domiciliario (es decir, de hecho la conservación de la libertad personal) de los líderes girondinos y los diputados más aliados a ellos; en total veintinueve personas. Los girondinos se escaparon del arresto domiciliario y huyeron a Bordeaux y otras ciudades del sur y el suroeste, donde organizaron una sublevación contrarrevolucionaria. El 13 de julio de 1793 en la bañera de su casa fue asesinado por Charlotte Corday, instigada por los girondinos, *El Amigo del Pueblo* Jean-Paul Marat. El 16 de julio, después de la sublevación contrarrevolucionaria en Lyon fue asesinado Chaliier, líder de los jacobinos de esa ciudad. Aún antes, en venganza por haber votado a favor de la ejecución de Luis XVI, fue asesinado uno de los diputados jacobinos de la Convención más leales a la Revolución: Michel Le Peletier de Saint-Fargeau.

Por consiguiente, el terrorismo como medio de lucha política fue utilizado por primera vez por los girondinos y otros grupos contrarrevolucionarios en julio-agosto de 1793. El terrorismo individual, es decir, la eliminación física de los líderes jacobinos, conjugada con los asesinatos masivos de los patriotas de filas, como ocurrió en Lyon, Bordeaux, Toulon y en todas partes donde los sublevados triunfaban, era un recurso para atemorizar a los partidarios del nuevo poder. Mediante el terror, la Gironda, los feullants y los realistas planificaban acelerar la caída (a su juicio inminente) del poder de la Montaña.

Para comprender la historia del surgimiento del terror revolucionario (que, por cierto, no se podía separar de otras medidas dirigidas al fortalecimiento de la dictadura revolucionaria), hay que recordar la situación existente en junio-agosto de 1793.

La situación de la República era catastrófica. Parecía que sus días estaban contados y que no existían ni se podían hallar los medios que les permitieran a los jacobinos retener el poder en sus manos. Para la mayoría de los contemporáneos su caída era inevitable.

Desde el momento en que la República lanzó a los pies de los tronos europeos la cabeza del ejecutado Luis Capeto las fuerzas de la coalición contrarrevolucionaria se multiplicaron. A la guerra contra la Francia revolucionaria se incorporaron Inglaterra, España, Holanda y una serie de estados italianos y alemanes. Rusia no se unió formalmente a la coalición de interventores, pero la apoyaba moral y políticamente. Casi toda Europa, monárquica y contrarrevolucionaria, emprendió una cru-

zada contra la Francia rebelde. Desde el norte, el noreste, el este, el sudeste y el sur los ejércitos de los interventores invadían el territorio de Francia. El ejército republicano retrocedía en todos los frentes ante la superioridad de las fuerzas enemigas. Toulon fue tomada mediante las acciones conjuntas de los interventores extranjeros y la contrarrevolución interna. La sublevación realista en Vendée, que estalló en marzo de 1793, se extendió con rapidez por los departamentos del noroeste. En el sur y el sudeste el poder pasó primordialmente a manos de los girondinos sublevados. Por otra parte, ante el enemigo común desaparecían las diferencias entre las fracciones (los girondinos, los feuillants, los realistas) que en el pasado habían discrepado fuertemente. Desde ahora todos estaban unidos por el odio irreconciliable a los jacobinos. Las viejas divergencias fueron dejadas de lado. ¿Para qué recordarlas?! La tarea principal, que unía a todos los adversarios de la Montaña en un solo bloque contrarrevolucionario, estaba clara y bien definida: había que derrocar al Gobierno jacobino. A Robespierre, Saint-Just y Couthon les estaba reservada la misma suerte de Marat. La Montaña debía ser derribada: esa era la primera condición previa que abriría el camino hacia un nuevo futuro.

En el verano de 1793, de ochenta y tres departamentos, sesenta estaban en poder de los sublevados. Los ejércitos de las monarquías más poderosas de Europa, entrenados, bien equipados y excelentemente armados, avanzaban por todos los caminos hacia París. Aislada del resto del país, estrangulada por el cerco cada vez más estrecho de las rebeliones, la intervención y el bloqueo, la capital estaba hambrienta. Desde las primeras horas de la mañana se formaban larguísimas colas junto a las carnicerías y las panaderías aún cerradas.

¿Qué podía salvar al París jacobino, condenado a perecer? Su caída parecía estar decidida de antemano. Pero ocurrió un milagro. El París jacobino resistió. En la hora del peligro mortal, los montañeses, y sobre todo sus líderes políticos, pusieron de manifiesto tanta firmeza de espíritu, tanto coraje, energía e iniciativa revolucionaria, tanta confianza en las fuerzas del pueblo, que fueron capaces de hacer realidad lo que parecía inverosímil.

La legislación agraria aprobada por la Convención jacobina en junio-julio de 1793, que acabó totalmente con el feudalismo (o con el “régimen señorial”, como prefieren decir los historiadores franceses) y con

todos sus rezagos jurídicos y llevó a cabo una redistribución de la propiedad de la tierra que en lo fundamental respondía a los intereses del campesinado, le permitió al Gobierno jacobino conquistar el apoyo de la mayoría del campesinado.¹⁸⁵ Ese era precisamente el objetivo al que aspiraban los jacobinos. Se le puede reprochar a Robespierre —de manera más o menos fundamentada- el que en sus intervenciones les prestara poca atención a los problemas agrarios, pero no se puede negar el hecho indiscutible de que como líder de los jacobinos comprendió perfectamente la necesidad de una urgente legislación social en defensa de los intereses del campesinado y contribuyó a su aplicación práctica.

El Gobierno jacobino liberó, sin indemnización, al campesinado de todas las cargas, las obligaciones y los rezagos feudales; también fue ese Gobierno el que le entregó las tierras comunales, una parte significativa de las tierras de los emigrantes y de los bienes nacionales. En pocas palabras, sólo el poder jacobino convirtió al campesino en dueño absoluto de su parcela de tierra, libre de todo tipo de dependencia señorial. Y en aras de eso, en aras de la tierra que se había convertido en su propiedad absoluta, el campesino estaba dispuesto a luchar frente a los que atentaran contra esas conquistas con las cuales había soñado durante siglos.

El poder jacobino y su líder político Maximilien de Robespierre trataron, en primer lugar, de garantizarle al pueblo —es decir, al campesinado y a la mayoría de la población urbana, a los trabajadores, a los pobres, a las “capas medias”— la máxima plenitud de derechos políticos. Ellos elaboraron y sometieron a la aprobación del pueblo la constitución más democrática de todas las conocidas en la historia de las revoluciones burguesas. Esto ya lo hemos señalado con anterioridad, pero en este contexto es necesario recordarlo una vez más, amplia libertad dentro de los marcos de la democracia burguesa y la posibilidad real de la iniciativa y la participación creadora de las masas en la construcción de una sociedad nueva, libre de todo tipo de trabas y rezagos feudales.

Nadie estaba intrínsecamente más lejos y psicológicamente menos preparado para las sangrientas medidas de violencia revolucionaria que Maximilien de Robespierre, Saint-Just o cualquier otro de los líderes

¹⁸⁵ A. V. Ado. *El movimiento campesino en Francia durante la Revolución Burguesa afines del siglo XVIII*, en ruso. Moscú, 1971.

jacobinos en las semanas posteriores al triunfo de la insurrección popular del 31 de mayo al 2 de junio de 1793.

Pero después que Louis David creó su triste e inmortal lienzo —la imagen de la cabeza abatida y la mano abandonada, sin vida de Marat asesinado— después de los funerales del *Amigo del Pueblo*, que se convirtieron en una jornada de duelo nacional, después que llegaron las noticias sobre el cruel asesinato de Chalier en Lyon, los líderes jacobinos comprendieron que no podían demorar más.

Los jacobinos podían tener insuficiencias de cualquier tipo, pero no eran pusilánimes ni teorizadores. Eran hombres de acción que no se detenían a mitad de camino. A los golpes respondían con golpes.

En el problema del origen del terror revolucionario, en el problema de la responsabilidad política por el terror revolucionario no hay nada confuso o dudoso; aquí no hay elementos para las vacilaciones y las interpretaciones de diferente tipo. Todo está claro y bien definido. La responsabilidad por la práctica del terrorismo recae sobre los girondinos y otros participantes de la contrarrevolución feudal y burguesa. Ellos fueron los primeros en emprender el camino del terror y obligaron a los jacobinos a responder a ese terror contrarrevolucionario con el revolucionario.

Cuando algunos políticos o historiadores juntan religiosamente las manos o alzan la vista al cielo y con otros gestos de mucha aflicción expresan su tristeza por las almas inocentes que perdieron la vida, cuando condenan la sanguinaria crueldad de Robespierre o Saint-Just, presentándolos como insaciables demonios de la muerte, todo eso no debe ser tomado en cuenta puesto que no es más que hipocresía consciente y enteramente falsa, no es más que el intento de hacer recaer sobre otros la culpa de los delitos en los que participaron sus antepasados o ellos mismos.

No son los jacobinos, sino sus adversarios los responsables del surgimiento del terrorismo como recurso de la política, como práctica política. Hemos de repetir por última vez que para los jacobinos el terror revolucionario fue sólo una medida de respuesta. Precisamente en ese sentido fue que Marx, Engels y Lenin lo aprobaron sin reservas.

Pero aquí surgen otros problemas que no podemos obviar en silencio. Cuando en la actualidad nuestros contemporáneos —el historiador in-

glés Cobban, o el profesor de la Universidad de Oxford Richard Cobb, que renegando de sus anteriores convicciones se dedicó a difamar y a denigrar la dictadura jacobina, o los historiadores franceses François Furet y Denis Richet— atacan de manera frontal al Gobierno jacobino y al jacobinismo en general, los motivos políticos en los que se inspiran resultan evidentes. Pero también resulta evidente la debilidad de sus posiciones científicas. Me limitaré a mencionar sólo un ejemplo. Furet y Richet deben su celebridad no tanto al inusitado lujo y a la riqueza externa de la primera edición de la obra en dos tomos publicada por ellos, como a su bastante comentada y legítimamente refutada interpretación del lugar y el papel de la etapa jacobina de la Revolución. Utilizando la jerga de los automovilistas, Furet y Richet afirman que tal como ocurre a veces cuando se maneja a gran velocidad, durante el período del gobierno jacobino Francia “patinó” y salió despedida hacia un costado.¹⁸⁶

Esta afirmación vulgar es anticientífica, ante todo por el hecho de que no toma en cuenta el carácter encarnizado e implacable de la guerra irreconciliable entre la Francia revolucionaria y las fuerzas superiores de la contrarrevolución interna y externa. Furet y Richet no ven o no quieren ver que en las condiciones reales existentes, en las condiciones de una guerra a muerte entre la nueva sociedad que nacía y que en última instancia sería burguesa y el viejo mundo feudal absolutista, que aún predominaba de manera absoluta en Europa Central y Oriental, la dictadura jacobina, inflexible y fuertemente centralizada era una necesidad histórica. Sin un poder revolucionario fuerte no hubiera sido posible preservar las principales conquistas sociales y políticas de la Revolución ni garantizar la soberanía nacional, la integridad y la independencia de Francia.

También el terror revolucionario fue una necesidad histórica, engendrada por el carácter irreconciliable de esa guerra a muerte. Sobre esto no pueden haber discusiones.

Las discusiones surgen desde el momento de la historia de la Revolución en que la utilización del terror revolucionario rebasó los límites de la necesidad histórica.

¹⁸⁶ F. Furet et D. Richet. *La Révolution*. Paris, 1965, v. 1 y 2.

El carácter encarnizado, irreconciliable e implacable de la guerra tanto de una parte como de la otra, condujeron a una especie de depreciación de la vida humana. Los artífices de la Revolución fueron los jóvenes. Recordemos una vez más que Maximilien de Robespierre, quien de hecho era el jefe del Gobierno revolucionario, en 1793-1794 tenía treinta y cinco años; Georges Danton la misma edad; Saint-Just, miembro del Comité de Salvación Pública, representante de la Convención ante el ejército que decidía el destino de la República, segundo hombre por su peso, su significación y su autoridad en el Gobierno, veinticinco o veintiséis años. Los más allegados compañeros de lucha de Robespierre y Saint-Just eran aproximadamente de la misma edad: Philippe Lebas en el que ellos depositaban una confianza ilimitada y que les recíprocaba con igual lealtad, tenía veintinueve años; Augustin Robespierre, hermano menor de Maximilien, veintinueve o treinta; Chaumette, el dirigente de la Comuna de París, treinta. Camille Desmoulins en el proceso judicial que lo condenó a muerte, cuando el presidente del Tribunal le preguntó la edad respondió con audacia: “Tengo la edad de Jesucristo: treinta y tres años”. Hanriot, comandante de la Guardia Nacional, tenía también treinta y tres años en el momento de los acontecimientos decisivos.

No sólo los dirigentes del Gobierno revolucionario eran jóvenes. También lo eran sus adversarios. Esos que desencadenaron contra ellos una lucha a muerte pertenecían a la misma joven generación: Joseph Fouché, a quien nos imaginamos siempre como un viejo y anquilosado delincuente, durante los años de la Revolución cumplió treinta años; Tallien, el enemigo a muerte de Maximilien de Robespierre, en los momentos decisivos apenas rebasaba los veinticinco años. Todos ellos estaban en la edad en que la energía vital alcanza su cima. Sus posibilidades parecían tan inagotables e ilimitadas que la vida no tenía mucho valor para ellos. Basta con leer los discursos de los líderes jacobinos de los años 93-94: todos reflejan un total desprecio a la muerte. Y no se trataba de frases o de poses para conquistar las simpatías de los oyentes. Era la expresión de la esencia misma de estos hombres.

Sin esta explicación resulta difícil comprender cómo todos estos hombres, que tenían en sus manos las palancas del poder político, emprendieron tan fácilmente el camino de la ampliación del terror revolucionario, cómo el terrorismo imperceptiblemente, quizás incluso para ellos

mismos, dejó de ser una medida extraordinaria para intimidar a los enemigos políticos y se convirtió en una práctica cotidiana, casi diaria. Si inicialmente el terror revolucionario se utilizó sólo como una medida de respuesta a las acciones terroristas de la contrarrevolución, ya después de las manifestaciones populares del 3 al 5 de setiembre de 1793, después de la aprobación el 17 de setiembre de la llamada ley sobre los sospechosos, el terror adquirió otra orientación. Después de los sucesos de setiembre de 1793 el terror revolucionario comenzó a aplicarse también contra los infractores de la legislación de la Revolución. Los especuladores, los concusionarios, los malversadores, los infractores de la ley del máximo eran entregados al Tribunal Revolucionario. En su momento fueron publicados los documentos correspondientes y sobre estos problemas se han escrito muchos libros y artículos, quizás más de los que ellos merecen. En cierta ocasión Michelet señaló que todas las víctimas del terror revolucionario en París representan apenas una cuadragésima parte de los soldados caídos en combate en la batalla de Borodín.

El terror revolucionario adquirió otra significación y otro contenido desde el momento en que su aplicación pasó de la esfera de la lucha contra los enemigos de la Revolución a la de la lucha dentro del bloque jacobino. En el momento en que se envió a la guillotina a Charlotte Corday, a la ex reina María Antonieta o a los diputados girondinos atrapados con las armas en las manos el terror revolucionario era un medio de lucha política.

La responsabilidad por esos actos recaía primordialmente sobre Robespierre, que de hecho era el jefe del Gobierno revolucionario y no eludía esa responsabilidad pues consideraba que en las condiciones existentes el terror revolucionario era una necesidad, una medida de respuesta a las acciones de la contrarrevolución. En el discurso del 14 de julio de 1793 en el Club de los Jacobinos, un día después del asesinato de Marat, Robespierre señaló: “Los asesinos de Marat y Peletier deben expiar en la Plaza de la Revolución su culpa por el atroz crimen que cometieron. Es necesario que los cómplices de la tiranía, los pérfidos diputados que han enarbolado la bandera de la rebelión, esos que constantemente afilan los cuchillos sobre la cabeza del pueblo, que han asesinado a la patria y en particular a algunos de sus hijos, yo afirmo que es necesario que esos monstruos respondan ante nosotros con su sangre, para que

tomemos venganza por la sangre de nuestros hermanos caídos en nombre de la libertad y que ellos han derramado con tanta crueldad... Es necesario que cada uno de nosotros se olvide de sí mismo y se entregue, al menos durante un tiempo, a la República y se consagre sin reservas a sus intereses”.¹⁸⁷

En esta intervención se definen con toda claridad los motivos políticos de la práctica terrorista que proponía Robespierre: “es necesario vengar a los caídos”. Aquí el terror se limita a ser sólo una acción política de respuesta. En todas sus intervenciones en el Club de los Jacobinos y en la Convención Robespierre subrayaba esa misma idea, sin eludir la responsabilidad personal por estas medidas represivas.

Pero llegó un momento a partir del cual el terror comenzó a ser interpretado de manera más amplia. Ante todo la terrible amenaza del terror recayó sobre los generales. El ejército de la República, sus comandantes se encontraron ante un simple dilema: la victoria o la muerte. Si se examinan los documentos de la Revolución que se conservan en el Archivo Nacional de París se puede constatar con facilidad que en casi todos los escudos y emblemas de la República se repite esta categórica y lacónica exigencia: *libertad, igualdad, fraternidad o muerte*. La muerte se convirtió en una alternativa cuya cara opuesta era sólo la victoria. Y los generales que no pudieron garantizar la victoria tuvieron que subir al cadalso. Ese fue el destino del general Custine, del general Houchard, del general Westermann y otros.

El aspecto más difícil de la interpretación del terror revolucionario comenzó cuando su aplicación se extendió al terreno de la lucha dentro del propio bloque jacobino. El grupo jacobino nunca fue una fracción unida ni cohesionada. Y no podía serlo puesto que no representaba los intereses de una sola clase, sino de un bloque de diversas clases. Esto ya ha sido señalado con anterioridad, pero quizás sea conveniente repetirlo una vez más para que resulte más claro. Los jacobinos constituían un bloque de la burguesía democrática pequeña y media, el campesinado, los elementos plebeyos y los sectores más pobres de la ciudad, aquellos a los que los historiadores franceses generalmente denominan *sans-culottes*. Es lógico que a causa de esa heterogeneidad clasista de los jacobinos también el Gobierno revolucionario expresara diferentes

¹⁸⁷ M. Robespierre. Obras Escogidas, en ruso, t. III, p. 36.

intereses clasistas. En el período crítico de la Revolución, cuando había que salvar a la Francia revolucionaria de las tropas de los interventores —que avanzaban desde todas partes— de la contrarrevolución interna, de los conspiradores, los asesinos, los espías —que penetraban en todos los poros de la sociedad— en ese período los jacobinos, y por consiguiente también el Gobierno revolucionario, se vieron en la necesidad de formar un frente único y cohesionado, de someterse a la mano firme del Comité de Salvación Pública, en el que se concentraba todo el poder. Pero después que transcurrieron los días más difíciles, cuando comenzó el viraje y se hizo evidente que la República derrotaría a sus enemigos, las contradicciones internas contenidas en la propia naturaleza de los jacobinos, comenzaron a emerger a la superficie.

Son ingenuas las reflexiones de aquellos historiadores que explican la agudización de la lucha interna dentro del bloque jacobino en la primavera de 1794 por las particularidades del carácter de Maximilien de Robespierre y de Saint-Just o por el temperamento de Georges Danton, que se oponía a ellos. No fue eso lo que determinó el desarrollo de los acontecimientos. Las particularidades personales no pueden dejar de desempeñar cierto papel, pero en este caso, al igual que en la mayoría de los casos, ese papel fue secundario. La propia naturaleza del poder jacobino era contradictoria. Esas contradicciones se manifestaban de la manera más evidente entre el sector pudiente, los propietarios, que en esos difíciles años habían adquirido bienes y se habían enriquecido, y los desposeídos, que continuaban sumidos en la miseria.

Estas contradicciones tenían también otros fundamentos más profundos. Basta leer las intervenciones de Maximilien de Robespierre recopiladas ahora en los tomos nueve y diez de sus obras, que brindan una idea cabal del pensamiento político del jefe de los jacobinos.¹⁸⁸ En su argumentación partía de categorías ético-morales; hablaba del triunfo de la virtud sobre el vicio; de la lucha entre el bien y el mal; de la justicia que derrotaba a los delitos. Y en esos juicios ético-morales siempre era sincero. Concebía el sentido de la lucha desencadenada como la lucha entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia. No debemos olvidar que siempre fue fiel seguidor de Jean-Jacques Rousseau, para quien la lucha política debía estar dirigida a garantizar el triunfo de los

¹⁸⁸ M. Robespierre. Oeuvres, t. IX-X.

“derechos naturales” del hombre. Robespierre hablaba con ardiente y declarada hostilidad sobre los adversarios de la Revolución, pues, a su juicio, la obra iniciada por los revolucionarios franceses respondía a los intereses no sólo de los franceses, sino que tenía también una significación más general: la Revolución era una grandiosa renovación humanitaria del género humano. Los elementos de humanismo, el enfoque humanista, por muy paradójico que esto les parezca a sus enemigos, siempre predominaron en su interpretación de los acontecimientos.

También es cierto que Robespierre nunca se pareció a Don Quijote ni a Hamlet, si es que en este caso resulta admisible la comparación con estas dos célebres figuras de la literatura clásica. Tenía los pies firmes sobre la tierra y miraba a sus enemigos directamente a la cara. Es posible encontrar definiciones suyas que confirman que también en aquel período se aproximó a tientas, casi instintivamente, a la comprensión del intrínquilis clasista de la lucha que se estaba desarrollando. Se proclamaba constantemente amigo de la pobreza: “Me siento orgulloso de ser pobre”. No deseaba riquezas y en ese sentido fue siempre un consecuente seguidor de Rousseau, que rechazaba la riqueza como algo delictivo y oprobioso. Cuando censuraba a Chabot, Basire y otros malversadores mezclados en el asunto de la Compañía de las Indias, no había nada de farisaico ni de especulativo en su condena. Estaba convencido de que esos individuos, que corrieron en busca de oro “sucio”, rebasaron el límite de la prohibición y renunciaron a las verdaderas tareas de la Revolución.

Pero sería absurdo reclamarle a Robespierre, Saint-Just, Couthon, Lebas o al sencillo carpintero Maurice Duplay, siempre fiel a su inquilino, que comprendieran el contenido objetivo de los procesos revolucionarios. Dicho de otro modo: no se les podía exigir que comprendieran lo que comprendemos nosotros, historiadores marxistas, doscientos años después de los trágicos sucesos a los que se refiere nuestra narración.

La tragedia de Maximilien de Robespierre y de sus compañeros, la tragedia de los jacobinos consistió en que con el nivel de conciencia social de aquella época no podían valorar las cosas que hoy a nosotros nos resultan evidentes.

La Revolución Francesa fue una revolución burguesa por su contenido objetivo y no podía tener otro carácter ante todo porque no existían las

premisas materiales para cualquier otra solución. La historia planteó en el orden del día el tránsito del feudalismo al régimen burgués y a pesar de lo que dijeran y de las ilusiones que se forjaran las grandes figuras de aquel tiempo, no podía ocurrir ninguna otra cosa que no fuera la consolidación del régimen burgués, progresista para aquella época. Los sueños igualitaristas de Robespierre y Saint-Just, sus esperanzas de crear la sociedad ideal de la justicia y la igualdad eran irrealizables.

El contenido objetivo del proceso histórico de aquella época era la eliminación en el territorio de Francia de todas las trabas feudales que obstaculizaban el desarrollo del capitalismo. El Gobierno jacobino en un año de actividad resolvió las tareas principales planteadas ante la Revolución Francesa. Destruyó y erradicó los rezagos feudales; resolvió las tareas nacionales de la Revolución al expulsar a los ejércitos interventores y garantizar la integridad nacional, la independencia y la unidad de la República Francesa, convertida en la potencia más fuerte de Europa. Eliminó o sumió en la más profunda clandestinidad a todos los partidarios del viejo régimen y a los opositores del nuevo sistema, de la nueva redistribución de la propiedad que tuvo lugar durante los años de la Revolución.

El poder jacobino utilizó de manera implacable el terror revolucionario contra los que violaban las leyes del máximo, las leyes de la política alimentaria, aplicada inflexiblemente por el Gobierno en las condiciones de hambre. Muchos especuladores tuvieron que pagar con su cabeza; los imprudentes también fueron a parar al cadalso.

Pero no se puede perder de vista el hecho de que a pesar de regular la distribución de los productos alimenticios, de intervenir autoritariamente en las diferentes esferas de la vida económica, el Gobierno revolucionario mantenía intacto el modo privado de producción. Al eliminar a todos los adversarios del nuevo régimen burgués ese Gobierno les garantizó a las nuevas relaciones burguesas el espacio vital necesario. Los cronistas de la época de la Revolución señalaban que en ese asombroso período, junto con los cuadros de cruel miseria y el hambre que padecía la gente sencilla, se podían ver también escenas en las que personas desconocidas se dedicaban a la vida libertina, organizaban orgías y juergas consumiendo negligentemente sus vidas. De manera imperceptible una nueva burguesía, especuladora y rapaz, emergía de todos los poros de la sociedad burguesa.

La Revolución no sólo introdujo el uso del invento del doctor Guillotin: el cadalso en constante funcionamiento, sino que también creó las condiciones más favorables para el enriquecimiento rápido. ¿Cómo se podía acumular una fortuna en poco tiempo? Con posterioridad, el célebre y acaudalado François Ouvrard relató en sus memorias cómo acumuló su fortuna. Cuando en 1789 estalló la Revolución, Ouvrard, hombre inteligente, con mentalidad práctica y puño de hierro, comprendió que después de la aparición de los primeros periódicos en París había comenzado la amplia difusión de una literatura nueva, aún desconocida en Francia, de la prensa masiva: periódicos, octavillas, folletos. El surgimiento de esa prensa, la publicación de muchos periódicos nuevos debían incrementar bruscamente la demanda de papel. Ouvrard tenía dinero disponible e invirtió todo su capital en la compra de papel a precios que al principio de 1789 aún no eran muy altos. Más tarde, habiéndose convertido, si no en un monopolista, al menos en uno de los propietarios más importantes de la reserva de papel, acumuló una fortuna millonada revendiéndolo. En muy poco tiempo Ouvrard se convirtió en millonario.

Del mismo modo que nos relata Ouvrard actuaron —sin narrarlo en forma literaria ni en ninguna otra forma— decenas y cientos de individuos con espíritu emprendedor. ¿Con qué se podía obtener ganancias? Con cualquier cosa: parcelas de tierra compradas a precios muy bajos y vendidas a precios más caros; con la fluctuación del curso de la moneda (y esto era constante como consecuencia de la devaluación del papel moneda), lo cual reportaba beneficios millonarios; con los suministros al ejército: la República creó en muy poco tiempo 14 ejércitos, había que vestir y calzar a los soldados, y los individuos hábiles ganaron fortunas millonadas como contratistas. Por último —y a esto volveremos a referirnos posteriormente— estaba el robo directo. En esos años de grandes conmociones sociales había muchos bienes mal guardados y los astutos, que a veces pronunciaban ardientes discursos sobre el noble deber de la República, al mismo tiempo y de manera imperceptible acaparaban todo lo que estaba a su alcance.

La burguesía es la burguesía. Para ella el estímulo principal seguía siendo el de las ganancias, los ingresos, y la República, aunque parezca paradójico, con sus guerras encarnizadas, su lucha a muerte contra los enemigos internos y externos, creaba posibilidades tan favorables para

el enriquecimiento como nunca antes habían existido ni existieron después.

También hay que tomar en consideración otro aspecto. Durante los años de la Revolución se produjo gran redistribución de la propiedad. Los emigrantes que huían de Francia hacia el extranjero abandonaban a los caprichos del destino sus castillos y sus tierras y de este modo ponían sus propiedades a disposición de la nación. Se comenzaron a confiscar las tierras, los castillos de los emigrantes, y aquel que era más hábil y más astuto podía acumular enormes fortunas en muy poco tiempo.

¿Penetraron estos procesos en las filas de los jacobinos? ¿Se infiltraron bajo la cúpula de la Convención? Sin la menor duda. El propio grupo jacobino se estratificaba y una parte del mismo degeneraba. Hombres que hasta el día anterior proclamaban su fidelidad a los nobles principios de la justicia, que afirmaban estar dispuestos a servir a la humanidad, en cuanto tenían oportunidad metían las manos en los bolsillos del Estado para llevarse todo lo que fuera posible. El proceso de la Compañía de las Indias, expuesto tan detalladamente por Albert Mathiez, demostró esa transformación de una parte de los jacobinos en especuladores rapaces, malversadores y expoliadores. Chabot, Basire, Fabre d'Eglantine, Héroult de Séchelles y otros diputados de la Convención resultaron ser simples ladrones o cómplices de esas operaciones fraudulentas.

Hubo un momento en que comenzaron los rumores de que Georges Danton, quien siempre había sido considerado uno de los líderes más populares de la Revolución, retirado en su hacienda de Arcis-sur-Aube, llevaba un modo de vida difícilmente compatible con las ideas de la virtud y la modestia humanas. Aquí no hay posibilidad ni necesidad de profundizar en el análisis de la esencia de la venalidad de Danton, que en su momento fue planteado por Albert Mathiez. Desde mi punto de vista, Mathiez fue, a pesar de todo, demasiado parcial con Danton y en última instancia injusto con el célebre dirigente de la Revolución.

Danton era en todo el polo opuesto de Robespierre, lo seducía no tanto el futuro de la humanidad como los placeres del presente. Era un hombre que vivía una vida tensa, agitada y dentro de lo posible, fácil. Le gustaban los bienes materiales de este mundo y no lo disimulaba, no trataba de desempeñar el papel de héroe que abría el camino a las futu-

ras generaciones. Es muy posible que algunas de las acusaciones formuladas por Mathiez contra Danton ciento cincuenta años después de su muerte tuvieran una base real. Es verdad que Danton vivió a lo grande durante el último año de su existencia. ¿De dónde procedía el dinero para esa vida fácil y despreocupada? Incluso en la actualidad ese sigue siendo un aspecto poco claro. Pero al mismo tiempo no hay que olvidar el gran papel desempeñado por Danton en setiembre de 1792, ese período tan crítico para la República, cuando se convirtió en el hombre que encarnaba mejor a todas las fuerzas nacionales de la República. Tanto Marx como Lenin lo consideran con justeza un gran maestro de la táctica revolucionaria. Danton siguió siendo un patriota francés incluso en los últimos días de su vida. Actualmente ya existen pruebas fehacientes de que Danton, enterado del golpe que se preparaba contra él, tuvo posibilidades reales de huir de Francia. Han pasado a la historia sus célebres palabras: “¡Es imposible llevarse la patria en la suela de los zapatos!” No se trataba de una frase bonita, esas palabras expresaban la esencia de Danton. Rechazó la posibilidad de escapar; enfrentó el peligro con la cabeza bien alta.

Nos hemos desviado un poco del objeto fundamental de nuestro análisis. Lo quisiera o no Danton, en virtud de su prestigio político y estatal se fue convirtiendo involuntariamente en el centro alrededor del cual se agrupaban todos los descontentos con el Gobierno revolucionario desde posiciones de derecha. Todos aquellos que habían acumulado enormes fortunas, pero estaban obligados a ocultar su dinero en alcancías y vestir modestos trajes para no llamar la atención, aquellos que tenían motivos para tenerle miedo a la dura mano del Comité de Salvación Pública, que observaban alarmados a Robespierre para ver si estaba enterado de sus maniobras secretas, todos ellos buscaban protección y defensa. Y lo repetimos una vez más: lo quisiera o no Danton, se fue convirtiendo involuntariamente en el líder, en el defensor de ese grupo de nuevos ricos.

La nueva burguesía especuladora, que crecía y se fortalecía con rapidez, se convirtió en la fuerza principal potencialmente dirigida contra el Gobierno revolucionario. Durante cierto tiempo tuvo que conciliarse con ese Gobierno a pesar de que estaba dedicada sólo al lucro y a nada más. Pero alguien debía defender a Francia de los ejércitos interventores, alguien debía garantizar la victoria en los frentes. Podían hacerlo

hombres de temple de acero, hombres del calibre de Robespierre, Saint-Just, Couthon, Lebas y no esos comerciantes, esos codiciosos a los que sólo les interesaba llenarse los bolsillos. Y los negociantes aplaudían a Robespierre, se proclamaban fieles partidarios de la Montaña, revolucionarios y defensores del Gobierno revolucionario. Sabían que si los interventores vencían, si se producía la restauración del viejo régimen, tendrían que entregarlo todo: no sólo las fortunas acumuladas mediante el pillaje, sino también las granjas y los castillos que habían comprado a precios irrisorios, todos deberían pagar por todo. Por eso durante cierto tiempo apoyaron al Gobierno revolucionario dirigido por Robespierre.

Pero cuando en la primavera de 1794 la victoria de la Revolución se tornó evidente, cuando los ejércitos de la República pasaron a la contraofensiva contra las tropas interventoras, cuando los departamentos de Francia, uno tras otro, comenzaron paulatinamente a pasar a manos del poder de la República, germinó entre ellos la idea de que era necesario buscar las vías para liberarse de ese poder inflexible y exigente.

El viraje hacia la derecha de la nueva burguesía especuladora, que se había convertido en la fuerza clasista rectora, tuvo como consecuencia el viraje del campesinado rico. No debemos olvidar que mediante la venta de los bienes nacionales, la distribución de las tierras comunales y la venta de las propiedades de los emigrados se había enriquecido no sólo la burguesía urbana, sino también la rural. Durante los años de la Revolución surgió una nueva clase, una clase numerosa de campesinos propietarios que se aferraban a cada parcela de tierra adquirida. Esos campesinos propietarios también conciliaron con el Gobierno jacobino mientras existió el peligro del retorno de los señores, del regreso de los terratenientes, mientras tuvieron miedo de que les quitaran la tierra y los obligaran de nuevo a trabajar para el señor. El ejército francés era fundamentalmente un ejército campesino, y los campesinos peleaban a muerte contra las tropas enemigas porque en esa guerra ellos defendían las tierras que habían adquirido, defendían sus intereses vitales.

Pero cuando la victoria comenzó a inclinarse hacia el lado de la República, sobre todo después del decisivo combate de Fleurus en junio de 1794, cuando el peligro de la restauración dejó de ser una amenaza real, el campesinado, ante todo el rico, comenzó a manifestar abiertamente su descontento con la dictadura jacobina. Tenía fundamentos materiales reales para estar disconforme. El poder jacobino actuaba con dureza;

había que alimentar a 14 ejércitos, a los soldados había que darles pan cada día y el Gobierno revolucionario no actuaba con mucho protocolo para garantizar los suministros al ejército. Sin titubear, el Comité de Salvación Pública aprobó una serie de leyes sobre la requisición de los granos, del trigo, de los productos alimenticios, sobre los suministros obligatorios que los campesinos debían entregar al ejército. En su momento el académico N. Lukín demostró convincentemente la gran magnitud del descontento de las capas más pudientes del campo con la política de las requisiciones y las confiscaciones, aplicadas por el Gobierno revolucionario.¹⁸⁹

De este modo, en pos de la burguesía se viró contra el Gobierno jacobino el campesinado rico y una parte significativa del campesinado medio. La base social de la dictadura jacobina comenzó a desmoronarse con rapidez.

Estos procesos latentes, tan claros y evidentes para nosotros a fines del siglo XX, eran menos visibles para los hombres que participaban directamente en la lucha revolucionaria.

¹⁸⁹ N. M. Lukin. Obras Escogidas, en ruso. Moscú, 1960, t. 1, pp. 230-340.

X

DESDE principios de 1794 comenzaron a manifestarse de manera más o menos definida y clara las contradicciones dentro del propio grupo jacobino. En marzo de 1794 Robespierre, Saint-Just y Couthon ya no podían engañarse respecto al hecho de que desde dos direcciones diferentes comenzaba a surgir una presión contra el Gobierno revolucionario. En primer plano parecía destacarse el peligro procedente de los grupos de izquierda dentro de las filas del bloque jacobino, que con frecuencia reciben la inexacta denominación de hebertistas. El grupo de los hebertistas era sólo una parte del ala de izquierda y no constituía una fracción homogénea. El propio Hébert, redactor del muy popular periódico *Le Père Duchesne*, escrito con un estilo pseudopopular, era un hombre sin concepciones políticas bien definidas*. Su periódico, que pretendía desempeñar el papel de vocero político de los sans-culottes, desde el otoño de 1793 hasta marzo de 1794 sustentó respecto a la mayoría de los problemas posiciones de extrema izquierda, para no decir “oportunistas de izquierda”. Hébert representaba el ala extremista del bloque jacobino. Junto con Fouché y Chaumette, en su momento desempeñó el papel de propagandista y organizador de la llamada política de descristianización. Actuando con métodos groseros, los partidarios de esta política abiertamente anticlerical exigían que los sacerdotes abandonaran los hábitos y cerraran las iglesias. La política de la descristianización, con sus persecuciones contra los sacerdotes, generó el descontento del campesinado, que censuraba esa política. Robespierre, con su amplia visión y su clara comprensión de las tareas estatales, intervino y puso fin a la actividad de los descristianizadores. Censuró en público el cierre forzoso de las iglesias y las persecuciones contra los sacerdotes como medidas que no correspondían a la política del Gobierno revolucionario. La autoridad del Comité de Salvación Pública era tan grande que Hébert, Fouché y

* En la biblioteca del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS está la colección completa de *Le Père Duchesne* de l'Hébert.

Chaumette se apresuraron a arrepentirse de sus pecados y todos censuraron la política de la descristianización.

Pero Hébert, con el pretexto de servir a los sans-culottes y a la gente sencilla, proponía también medidas que afectaban directamente los intereses del poder revolucionario. Exhortaba a una guerra implacable y encarnizada contra todas las categorías de comerciantes, no sólo contra los grandes, sino también contra los pequeños, contra los verduleros y las mujeres que vendían rabanillos. A su juicio, todos ellos eran enemigos de la Revolución. Eso ya era peligroso; ese “izquierdismo”, utilizando los términos de nuestra época, amenazaba con poner contra el poder revolucionario a la pequeña burguesía y a las capas más pobres.

Las críticas del periódico de Hébert iban contra Danton y los dantonistas, calificados de indulgentes. Pero al dirigir sus golpes contra Danton apuntaba al mismo tiempo contra el Gobierno revolucionario de Robespierre y Saint-Just, aunque Hébert no tenía el coraje de decirlo en voz alta.

En marzo de 1794 Hébert y sus partidarios intentaron desencadenar una sublevación contra el Gobierno revolucionario. En el Club de los Cordeleros, donde intervenía Hébert, cubrieron con un manto fúnebre la *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano* y llamaron a la insurrección, aunque con poca decisión y firmeza en la voz. Exhortando a la insurrección contra el Gobierno revolucionario, a la repetición de los días del 31 de mayo y el 2 de junio, Hébert contaba con que su llamado sería apoyado por la Comuna de París, pero, encabezada por Chaumette, ella se deslindó de los hebertistas y se pronunció en contra de ese plan aventurero. La mayoría de las secciones tampoco apoyaron el llamado de Hébert. Al darse cuenta de que su plan estaba a punto de fracasar Hébert comenzó a demostrar que su intención no era la de organizar una insurrección contra el Gobierno. Pero de todos modos su suerte ya estaba decidida. El 24 de marzo Hébert, Ronsin, Vincent, Momoro y otros líderes políticos aliados a los hebertistas (en su mayoría jacobinos de izquierda) fueron arrestados y entregados al Tribunal Revolucionario.

El proceso contra los hebertistas constituyó un nuevo capítulo en la práctica de la aplicación del terror revolucionario. Hasta esos momentos la guillotina sólo había funcionado en contra de los enemigos de la

Revolución. El proceso contra los hebertistas fue el primer proceso político en el que el terror se convirtió en un instrumento para resolver las divergencias dentro del bloque jacobino.

Personalmente Hébert adoptó una actitud extremadamente desagradable durante el proceso. Se mostró pusilánime, cobarde, trató de culpar a otros y de negar su responsabilidad, por lo que impresionó muy desfavorablemente a los presentes. Pero más allá de la conducta de Hébert, este proceso tuvo una importancia sustancial puesto que en él el filo del terror revolucionario se viró contra los miembros de un mismo grupo.

¿Le correspondía a Robespierre la responsabilidad política de todo esto? Por supuesto que sí. Sabía hacia dónde iba y el propio proceso, desde el punto de vista jurídico, constituyó una evidente desviación de las normas universalmente reconocidas de la jurisprudencia.

El proceso contra los hebertistas se desarrolló como una amalgama. La esencia de este procedimiento, cuya invención se suele atribuir a Fouquier-Tinville, fiscal del Tribunal Revolucionario, consistía en lo siguiente: los individuos realmente culpables de unas u otras acciones políticas se unían de manera mecánica a otro grupo de individuos con los que no estaban relacionados. Por ejemplo, al proceso contra los hebertistas se sumó un grupo de espías extranjeros (así, al menos, fueron presentados ante el público): Proli, Pereira, Desfieux y otros. Esto era justamente una amalgama: individuos que no tenían nada en común con los hebertistas se vieron unidos a ellos. En el proceso participó también un agente policial que fue desenmascarado porque al final fue el único que quedó vivo de todos los participantes en el proceso.¹⁹⁰

¿Estaba informado Robespierre de todos estos detalles y estas violaciones jurídicas? Resulta difícil determinarlo. Por supuesto, no era omnipotente y no controlaba el aparato de los órganos represivos, que se subordinaba al Comité de Salvación Pública, pero la responsabilidad política por el juicio de los hebertistas era suya. La ejecución de Hébert, Momoro, Ronsin y Vincent fue decidida por el Comité de Salvación Pública aún antes de que el Tribunal Revolucionario dictara la sentencia que los condenaba a muerte.

¹⁹⁰ Procés instruit et jugé au Tribunal révolutionnaire contre Hébert et consorts...

P. an II; también hay otras versiones publicadas del informe judicial del proceso.

La lucha dentro del bloque jacobino siguió arrastrando a Robespierre. La derrota de los hebertistas, enemigos declarados de los dantonistas, condujo a un brusco fortalecimiento del grupo de los “indulgentes”. Pero a pesar de todo los enemigos principales eran las fuerzas de derecha, no las de izquierda, y los golpes (justificados o no, eso no es lo que se analiza) contra las fracciones consideradas de izquierda fortalecían objetivamente a los grupos de derecha. La expresión externa de ese fortalecimiento del papel del ala derecha, que atacaba al Gobierno revolucionario, fue la publicación del periódico *Viejo Cordelero* de Camille Desmoulins. Este talentoso periodista y polemista agudo en cada uno de los números de su periódico atacaba de manera cada vez mas desenfrenada y violenta al Comité de Salvación Pública.

Psicológicamente para Robespierre el problema de la lucha contra los dantonistas se tornaba más complejo por el hecho de que estaba relacionado con su amistad personal con Camille Desmoulins. En otros tiempos habían sido compañeros de escuela, prácticamente habían compartido el mismo pupitre y habían mantenido siempre las buenas relaciones que los unían. En los apuntes manuscritos de Robespierre, que después de su muerte se hicieron célebres bajo el título de *Notas contra los dantonistas*, escribió: “Camille Desmoulins, por el carácter voluble de su imaginación y por su vanidad, era capaz de convertirse en partidario ciegamente fiel de Fabre y de Danton. De este modo lo empujaron hacia el delito; pero ellos lograron atraerlo sólo con el falso patriotismo con el que se cubrieron. Desmoulins puso de manifiesto su franqueza y su espíritu republicano al censurar con vehemencia en su periódico a Mirabeau, La Fayette, Barnave y Lameth en los tiempos en que ellos eran poderosos y célebres y después de haberlos elogiado sinceramente”.¹⁹¹ Estas significativas líneas demuestran que en vísperas de los sucesos decisivos Robespierre aún conservaba su buena disposición hacia Desmoulins.

El proceso contra Danton y los dantonistas, a pesar de que las actas del mismo no son tan detalladas y tan completas como las del proceso contra los hebertistas, ha sido examinado con bastante profundidad en la literatura especializada, lo que permite formarnos una idea clara del mismo. Aquí no hay nada que añadir a lo que se sabe. Pero psicológi-

¹⁹¹ M. Robespierre. Obras Escogidas, en ruso, t. III, pp. 144-145.

camente para el historiador quizás resulten más importantes que el propio proceso (cuyo resultado estaba decidido de antemano) los aspectos preliminares del mismo, por supuesto no en la esfera formal ni jurídica. Yo me refiero a otra cosa. ¿Cómo llegar a comprender ese proceso espiritual, tan difícil de definir con exactitud, de la caída de los amigos de ayer —jóvenes llenos de vida, de fuerza y de optimismo, con la inmotivada alegría propia de la juventud—, su tránsito al decadente mundo de la separación, del aislamiento, tras el cual venía el breve y cada vez más rápido descenso incontenible hacia el reino subterráneo de la muerte? Por una breve nota inconclusa contenida en las actas del Club de los Jacobinos, publicadas por Alphonse Aulard, conocemos cómo se discutió en el Club el problema de los últimos números del *Viejo Cordelero* de Camille Desmoulins (recordemos que el último número del periódico fue confiscado por decreto del Gobierno revolucionario) y de su redactor. ¿Es necesario agregar que en la primavera de 1794 todos los que participaron en la reunión en la que se analizó a Desmoulins ya comprendían con claridad que la exclusión del Club de los Jacobinos conducía casi automáticamente a la remisión del caso al Tribunal Revolucionario?

Que me disculpen los jueces severos —mis compañeros historiadores-especialistas— y los lectores exigentes a los que les desagradan las desviaciones de las normas establecidas, por el hecho de que en lugar de exponer los detalles documentalmente confirmados de la reunión en la que se decidió la suerte de Desmoulins, he emprendido un camino algo diferente.

He intentado —haciendo uso del derecho a la adivinación que tiene el historiador— esbozar el mismo cuadro de la exclusión de Desmoulins del Club de los Jacobinos, pero de un modo un poco diferente: a través de la percepción de ese cuadro por Lucile Desmoulins, esposa de Camille.

He aquí el resultado.

Cuando comenzó a oscurecer Lucile se acercó a la ventana. La reunión de los jacobinos ya podía haber terminado y por la forma en que él regresara —por su manera de caminar, por el modo de mantener la cabeza (si la llevaba muy levantada o agachada) y por muchos otros sínto-

mas— ella comprendería de inmediato cómo había terminado ese día decisivo.

Pero el tiempo transcurría, las tinieblas se espesaban con rapidez; en la calle cada vez había menos transeúntes. Cuando oscureció totalmente se aproximó al sillón, acurrucó las piernas sobre el mullido asiento y comenzó a escuchar con atención.

El tiempo transcurría con lentitud, de manera torturante. Había tanto silencio que se podían oír los apagados pasos sobre la acera de los pocos transeúntes. Luego comenzaba nuevamente un largo silencio que nadie venía a perturbar.

Pero de pronto abajo resonó la puerta al cerrarse y ella oyó sus pasos. Por esos pasos desiguales, indecisos, que ascendían con lentitud por la chirriante escalera, comprendió que todo estaba perdido.

No hacía falta preguntar nada; las palabras no eran necesarias. Durante cierto tiempo permanecieron sentados en silencio, uno frente a la otra. Luego Camille no resistió más: de manera entrecortada y confusa, tartamudeando más que de costumbre, comenzó a contarle cómo había ocurrido todo.

Lo atormentaban remordimientos tardíos e inútiles: debió haber intervenido de un modo totalmente diferente, no como lo había hecho; debió haber pasado a la contraofensiva, haberles esclarecido a los asistentes la monstruosidad de lo que se estaban haciendo. Debió haberles gritado: “¡Recapaciten! ¡Abran los ojos! ¡Santo Dios! ¿A quién quieren excluir? ¿A la propia Revolución? ¿A ustedes mismos? ¿Al “Fiscal general del Farol”, al hombre que en los calurosos días de julio del 89 en el Palais Royal había sido el primero en lanzar la consigna de la toma de la Bastilla, al redactor *de Las revoluciones de Francia y de Brabant*, a Camille Desmoulin, que durante cinco años había encarnado la Revolución? Era imposible excluir a Desmoulin sin alzar la mano contra la Revolución misma, sin borrar todo lo que ella había realizado...”

Si él hubiera hablado así ellos se hubieran detenido. Y Maximilien, quien tantas veces le había lanzado miradas furtivas, indirectas, que parecían reflejar su turbación interna, Maximilien los hubiera llamado al orden, hubiera comprendido que ese era el límite, la frontera que no se podía pasar. Si se rebasaba una vez ese límite, si se saltaba sobre ese abismo, mañana la fuerza poderosa y siempre creciente de la avalancha

los arrastraría a todos, los empujaría a todos hacia abajo, hacia esa sima sin fondo.

Pero esas palabras, irrefutables por su cruda veracidad, no fueron pronunciadas. Y ahora ya nada podía modificar la marcha irreversible, decidida de antemano, de los acontecimientos.

Y Camille comenzó a llorar: las fuerzas lo abandonaron, ya no podía tener ninguna esperanza.

Lloraba, lloraba ruidosamente, sollozando como un niño, con el rostro hundido entre las rodillas de Lucile. Y ella, la cariñosa Lucile, acariciaba con su suave y cálida mano sus enredados cabellos, su rostro humedecido por las lágrimas y lo tranquilizaba quedamente: “No es nada, mi pequeño, no es nada, todo pasará. Llegará la mañana, habrá claridad, todo volverá a su lugar y nosotros volveremos a ser felices”.

Con toda seguridad a ella realmente le parecía que cuando terminara esa terrible noche, cuando se disiparan las sombras de la noche y volviera a comenzar el día, claro, iluminado por los rayos del sol, todo volvería por sí solo a ser como antes y en lugar de los sollozos de Camille ella escucharía su risa, desafiante y provocadora.

¿Podía imaginar entonces Lucile que el alba ya clareada sería más despiadada que esa noche, que dentro de muy pocos días bajo el cuchillo de la guillotina rodaría la cabeza de Camille y que después, un mes más tarde, con un vestido blanco, elegante, casi nupcial, subiría al cadalso para esperar, con los ojos cerrados, como una bendición que la liberaría de los tormentos, que se abatiera sobre ella el cuchillo del verdugo?

Existieron ciertas diferencias esenciales entre el proceso político contra los dantonistas y la aniquilación del grupo de los hebertistas, llevada a cabo con tanta facilidad. Las diferencias eran muchas. Ante todo, el grupo de los “indulgentes”, como llamaban con frecuencia a la fracción de Danton, era en realidad la fuerza más influyente en el país. Independientemente del papel que en el Gobierno revolucionario o en la Convención desempeñaban los adeptos y los partidarios de Danton, ellos representaban objetivamente la fuerza clasista cuyo poderío se acrecentaba cada día. Lo quisiera o no Danton, se fue convirtiendo en el líder de aquellos círculos de la burguesía, o quizás incluso de las capas acomodadas de propietarios en general, que consideraban que era hora de pasar de las declaraciones revolucionarias, del régimen de medidas

excepcionales a la República burguesa cotidiana, que abriría las posibilidades para la realización de las conquistas prácticas de la Revolución. Esta fuerza crecía cada día, cada hora, se había enriquecido, era económicamente influyente y no quería escuchar más discursos sobre la virtud, sobre el deber ante la patria, el heroísmo y los sagrados principios de la igualdad, sobre todo aquello que contradecía la simple y burda necesidad de disfrutar, con la máxima rapidez y plenitud, de los bienes materiales adquiridos por ella durante ese período.

Repito una vez más que en estas líneas se ofrece una descripción esquemática e incluso simplificada de los procesos sociales que tenían lugar en aquel período. Danton era un hombre con grandes aptitudes personales, talentoso y no cabe duda que no concebía sus tareas en esa etapa de la Revolución tan sencillamente como acabamos de exponer. Se suele considerar —y en esto coincidimos con aquellos autores que han escrito muchos trabajos sobre el célebre dirigente político francés— que el programa político de Danton en la primavera de 1794 exigía moderar el régimen revolucionario, formar un Comité de Clemencia, poner fin al régimen de terror o disminuirlo en gran medida y pasar paulatinamente al régimen republicano constitucional. Esta caracterización también es demasiado rectilínea, pero las tareas del presente trabajo no incluyen el análisis de la figura de Danton en toda su complejidad y contradicción. Nos referimos a otra cosa.

Robespierre, al comenzar la lucha contra Danton, comprendía, no podía dejar de comprender, que su adversario era una personalidad política que poseía un prestigio casi igual al suyo. Se daba cuenta de que la lucha contra Danton sería más difícil que la librada contra Hébert o contra individuos como Proli. Robespierre también debió preguntarse hasta qué punto era admisible usar contra personalidades políticas que tenían enormes méritos ante la Revolución los mismos métodos de terror revolucionario que habían sido utilizados contra los hebertistas. Aquí surgía de nuevo el problema de los límites admisibles del terror revolucionario. ¿Qué significaba entregar a Georges Danton o a Camille Desmoulins al Tribunal Revolucionario? Esto significaba enviarlos a la guillotina. El Comité de Salvación Pública no promovía los procesos políticos con el objetivo de iniciar debates que permitieran cualquier tipo de decisión. La sentencia se sabía antes de que comenzara el proce-

so judicial. Este último se realizaba precisamente con el objetivo de sumir al adversario en la inexistencia.

Para explicar psicológicamente cómo Robespierre, un hombre sin dudas honesto, que en sus intenciones políticas siempre trataba de ser honesto consigo mismo, pudo decidirse a enviar al cadalso a Georges Danton y a Camille Dasmoulin o a Philippeaux y otros amigos suyos, es necesario comprender el sistema de concepciones del *Incorruptible*.

Estaba convencido de que después de los enormes esfuerzos del pueblo, después de los encarnizados combates y del viraje que al fin ya se percibía en el enfrentamiento a la contrarrevolución, la República se aproximaba cada vez más a la realización de sus ideales. Ese “siglo de oro”, ese reino de la igualdad y la justicia, esa fusión de la sociedad humana con la verde naturaleza, grandiosa y siempre floreciente, con los que había soñado durante muchos años el discípulo de Jean-Jacques Rousseau y que trató de hacer realidad el jefe del Gobierno revolucionario, Maximilien de Robespierre, ese mundo ideal, a su juicio, ya estaba muy cerca. ¿Cuál era el obstáculo para el logro de ese objetivo? Antes el obstáculo eran los realistas, los aristócratas. El segundo contingente de adversarios que obstruían la aproximación al régimen ideal fueron los feuillants, los La Fayette, los Bailly, los Mounier y otros partidarios de la monarquía constitucional. La Revolución también los desechó y los barrió de su camino. El tercer contingente fueron los girondinos: Brissot, Vergniaud, Buzot, Roland y otros. La insurrección popular del 31 de mayo al 2 de junio de 1793 derrocó a los girondinos y puso fin al poder de la Gironda.

Después de la victoria sobre la Gironda durante un período muy breve existió la ilusión de que ya era posible pasar de inmediato a esa sociedad de justicia e igualdad. El proyecto de constitución del 93, elaborado por Robespierre, y el texto de la nueva constitución de la República, aprobado por la Convención, demostraban que los dirigentes de la Montaña, los jacobinos, tenían casi la plena seguridad de que estaban cerca de lograr ese régimen social justo y superior.

La práctica cotidiana destruyó esas esperanzas, las refutó. Para lograr esa sociedad, ese mundo mejor aún era necesario vencer la presión de adversarios tan poderosos como la Europa feudal, la coalición de todas las potencias europeas, que contaba con el apoyo de las fuerzas de la

contrarrevolución interna. Los adversarios que comenzaron a perfilarse después del 2 de junio eran mucho más fuertes que los anteriores. Pero la propia experiencia demostró que también esta tarea, al parecer, increíblemente difícil, podía ser cumplida por los jacobinos. La República Francesa, indigente, hambrienta, aislada, combatió contra toda o casi toda la Europa feudal contrarrevolucionaria y logró derrotarla. Era un milagro, pero en la primavera de 1794 ese milagro se hizo realidad. Todos creyeron en él: los amigos de la República y sus adversarios. El ejército de la República pasó a la contraofensiva en todos los frentes. Por lo tanto, después que habían sido derrotadas esas fuerzas, las más poderosas, que impedían el avance hacia el logro del objetivo, ya nada podía obstaculizarlo. Este razonamiento era lógico.

Y ahora, cuando, a juicio de Robespierre, ya comenzaban a perfilarse los contornos de ese cercano mundo mejor surgían nuevos obstáculos: el grupo de los hebertistas, el grupo de los dantonistas, nuevos contingentes de enemigos del avance revolucionario, que impedían lograr el “reino de la virtud y constituían la última barrera para su instauración.

Robespierre era un revolucionario en el más exacto sentido de la palabra.

Trataba de alcanzar el objetivo al que había consagrado toda su vida. Y cuando llegó a la convicción de que ese mundo justo y mejor no podía ser logrado sin liquidar a los hebertistas y los dantonistas, el problema quedó resuelto para él.

Al releer una vez más las *Notas contra los dantonistas* no distinguimos ninguna huella de sus vacilaciones espirituales o algún tipo de duda interna. Ya antes hemos señalado que esas notas tampoco revelan ningún tipo de hostilidad personal hacia Camille Desmoulins. Pero en el caso de Danton Robespierre sí evidenció su parcialidad. Subrayó, ante todo, sus rasgos negativos, lo consideró un intrigante y buscó en su biografía política primordialmente las insuficiencias. Vale la pena recordar que hubo un momento en que Robespierre intervino en defensa de Danton. Hacía relativamente poco tiempo que durante una entrevista con él había tratado de encontrar las vías para una conciliación con el hombre que hubiera podido convertirse en su adversario político. Estas notas conciliadoras en relación con Danton desaparecieron totalmente de las páginas de sus apuntes, escritos para uso personal. Entonces, esto

confirma una vez más la versión propuesta con anterioridad: Robespierre, en su fuero interno, decidió que era necesario quebrar y aplastar esa última fuerza que obstaculizaba el avance hacia la instauración de un régimen mejor y más justo.

La realización práctica de la liquidación del grupo de los dantonistas resultó más difícil de lo que suponía Robespierre. Danton rechazó —ya esto se señaló con anterioridad— la posibilidad de huir que se le ofrecía. Eso estaba contra sus normas, contradecía su temperamento de combatiente que sabía enfrentarse al peligro. Y esta conducta que demuestra la grandeza histórica de Danton, contenía, a pesar de los cálculos de Robespierre, probabilidades reales de éxito.

Durante el proceso judicial en el Tribunal Revolucionario Danton eligió la táctica del ataque. A la primera pregunta, puramente formal, sobre su lugar de residencia y su nombre respondió: “Mi lugar de residencia muy pronto será el nirvana y mi nombre lo hallarán en el panteón de la historia”. Tan pronto tuvo la ocasión de pronunciar un discurso coherente se lanzó al ataque contra sus enemigos. No era él quien debía defenderse —afirmaba Danton— sino sus enemigos. “Que se presenten los que me acusan y yo los hundiré en la nulidad —exclamaba con voz atronadora en la sala repleta—. Los hombres de mi temple son inapreciables, llevan en la frente signos imborrables, grabados por el sello de la libertad y el genio republicano.”

Por supuesto, esa era la fraseología del siglo XVIII, de la época de la Revolución, pero mediante el estilo de sus respuestas demostraba cómo pensaba defenderse en el proceso judicial. Danton poseía una voz asombrosamente potente, en este aspecto quizás sólo lo había superado Mirabeau. Su atronadora voz, que se filtraba a través de las ventanas abiertas de la sala de audiencias, había concentrado en la calle a una enorme multitud. Atacaba a sus acusadores con tanta maestría, con tanta fuerza y obstinación, tan convencido de su razón que las simpatías de los presentes en la sala y de la multitud reunida en la calle se inclinaron claramente a su favor.

Influido por el valiente ataque de Danton, también Camille Desmoulins pasó a la contraofensiva y sus acusadores se convirtieron en la práctica en acusados. El resultado del proceso se tomaba incierto y Fouquier-Tinville, convencido de que no podría superar a sus adversarios no sólo

moralmente, sino tampoco jurídicamente, suspendió la sesión. Pero cuando el proceso se reanudó su fin seguía siendo incierto. Fue necesaria la intervención personal de Saint-Just, que llegó al edificio del Tribunal Revolucionario y modificó el procedimiento de la investigación judicial. Violando groseramente las leyes formales Fouquier-Tinville simplificó el procedimiento. Después de que a los acusados se les privó, de hecho, de hacer uso de la palabra, Camille Desmoulins hizo una pelota con el texto del discurso preparado de antemano y la lanzó al rostro del acusador. Se negó a continuar en esas condiciones de burdo atentado al legítimo derecho a la defensa.

El Tribunal Revolucionario, como era de esperar, sólo después de tres días de sesiones logró dictar sentencia. El 3 de abril de 1794 condenó a muerte a todos los acusados, que también estaban unidos por el famoso principio de la amalgama. El 4 de abril se dictó la pena de muerte. Las autoridades se apresuraron a ejecutar la sentencia y al día siguiente por la mañana Danton, Camille Desmoulins y los otros acusados fueron trasladados en una carreta a la Plaza de Gréve. La carreta de los condenados pasó por la calle Saint-Honoré, junto a la casa del carpintero Duplay, en la que vivía Robespierre. Danton, que durante todo el camino no cesó de proferir improperios, al pasar junto a la casa de Robespierre gritó a toda voz: “¡Maximilien, pronto tú me seguirás!”

Antes de la ejecución Danton continuó profiriendo palabrotas, en tanto que Camille Desmoulins lloraba. Antes de subir al cadalso Danton se acercó a Camille Desmoulins y le dio un beso. El verdugo advirtió que eso estaba en contra de la ley. “Imbécil —le respondió Danton—, tú no podrás impedir que nuestras cabezas dentro de un minuto se besen en la cesta.” Son célebres las palabras que pronunció al subir al cadalso. Miró al verdugo y le dijo: “Levanta mi cabeza y muéstrasela al pueblo, ella lo merece”.

XI

YA todos los adversarios de la República habían sido aniquilados. El Tribunal Revolucionario presentó un informe ante el Comité de Salvación Pública sobre los procesos, las sentencias dictadas y sus ejecuciones. Todos los enemigos que constituían un obstáculo en el camino de la República, y eran considerados sus adversarios principales fueron convertidos en polvo. Parecía que ahora ya nada podía impedir el acceso a ese siglo dorado y feliz, que parecía tan cercano y que siempre en el último instante se escabullía y se alejaba.

El 10 y el 12 de junio de 1794 Robespierre pronunció sus últimos discursos políticos en la Convención.¹⁹² En vísperas del 10 de junio Georges Auguste Couthon, el más cercano amigo, correligionario y compañero de Robespierre en el Comité de Salvación Pública, fue trasladado en su pequeña silla de inválido hasta la tribuna de la Convención. Tenía las piernas paralizadas y no podía desplazarse solo. Al intervenir desde la tribuna de la Convención Couthon propuso, en nombre del Comité de Salvación Pública, que se aprobara una nueva ley que ampliaba las posibilidades de utilización del terror revolucionario. Esa ley simplificaba el procedimiento judicial. El Tribunal Revolucionario adquiriría nuevos poderes, prácticamente ilimitados, para realizar su actividad punitiva. En correspondencia con esa ley se suprimía el interrogatorio previo a los acusados. También quedaba abolido el instituto de la defensa de los acusados y el propio concepto de “enemigo del pueblo” adquiriría una significación extremadamente amplia: si se deseaba podía aplicarse contra cualquier persona indeseable.

Por primera vez en la práctica —y esto era una prueba de que en el seno del Gobierno habían surgido divergencias— el Comité de Salvación Pública presentaba un proyecto de ley a la Convención sin consultarlo previamente con el Comité de Seguridad General, que en la práctica asumía la tarea de aplicar el terror revolucionario. Este hecho por sí solo era una confirmación indirecta de que el Comité de Salvación Pú-

¹⁹² *Ibíd.*, pp. 188-195.

blica, es decir, el Comité dirigido personalmente por Robespierre y que constituía el eslabón superior del sistema del Gobierno revolucionario, ya no confiaba mucho en el Comité de Seguridad General.

Por primera vez en la práctica de la actividad del Gobierno revolucionario la propuesta hecha por Couthon, que era considerado tan omnipotente o casi tanto como Robespierre, suscitó objeciones. Algunos miembros de la Convención comenzaron a manifestar en forma cautelosa y moderada su desacuerdo con ese decreto. Bourdon de Oise, sin atreverse a apronunciar acusaciones directas, propuso aplazar el análisis definitivo de este decreto.

A la tribuna subió Maximilien de Robespierre, quien insistió en que la Convención no aplazara la discusión de la propuesta presentada y la aprobara en el acto. Robespierre seguía convencido de que ese decreto era beneficioso y respondía a los intereses de la Revolución. En su intervención señaló: “Examinen esta ley y desde el primer instante verán que no contiene ninguna disposición que antes no haya sido adoptada por todos los amigos de la libertad, que en ella no hay ni un solo artículo que no esté basado en la justicia y la razón, y que cada una de sus partes ha sido redactada en aras del bien de los patriotas y del terror de la aristocracia, que organiza conspiraciones contra la libertad”.

Este discurso de Robespierre demuestra que continuaba confiando en la necesidad de utilizar el terror revolucionario para aniquilar a los últimos adversarios, pero no logró el éxito total ni la aprobación de la ley. El 12 de junio tuvo que intervenir por segunda vez en defensa de esa ley rechazada con firmeza por Bourdon de Oise, quien lo interrumpió para afirmar que Robespierre intentaba acusarlo, a lo que éste respondió: “No he nombrado a Bourdon. ¡Desgraciado aquel que se nombra a sí mismo!”

Robespierre insistió en que el decreto fuera puesto a votación y aprobado por la Convención. Pero desde ese momento se negó prácticamente a apoyar la política del terror revolucionario. Siendo un hombre de acción y no de palabras debió comprender que la aplicación práctica del terror rebasaba los límites del control ejercido por el Comité de Salvación Pública. Envió a las provincias a un hombre de su entera confianza personal: Marc-Antoine Jullien. En aquella época este último tenía apenas diecinueve años. Honesto, puro, infinitamente fiel a la Revolución,

fue investido de plenos poderes por el Comité de Salvación Pública para verificar la forma en que se aplicaba en la práctica la política del terror revolucionario.

En el Archivo Nacional de París se conservan las cartas de Jullien a Maximilien de Robespierre, a Saint-Just, a Couthon, y al Comité de Salvación Pública. Lo que vio Jullien era monstruoso. El terror se había convertido en un instrumento para las represalias contra las personas indeseables, para el saqueo, el enriquecimiento personal y los abusos deshonestos.

Jullien estuvo en Bordeaux y observó la actividad de Tallien, procónsul y comisario de la Convención en esa rica ciudad de Francia. ¿Qué era lo que ocurría allí? ¿Qué era lo que hacía Tallien? Sin mucha dificultad se pudo descubrir muy pronto que inicialmente había arrestado y ejecutado a mucha gente, luego había dado a entender que a cambio de sumas muy elevadas se podía evitar el traslado al otro mundo. Y cientos de miles de monedas de oro rodaron hacia los bolsillos de Tallien. Junto con su amante Thérèse Cabarrus, esposa del marqués de Fontenay, quien casi desnuda o vistiendo sólo una ligera túnica y un gorrito frigio en la cabeza, al principio de la Revolución había participado en representaciones teatrales en honor a la libertad y luego había dominado hábilmente al severo (pero no ajeno a los intereses terrenales) comisario de la Convención, se puso en contacto directo con los hombres más ricos de Bordeaux y muchos de los reclusos muy pronto fueron liberados.

Por orden del Comité de Salvación Pública Tallien fue revocado de Bordeaux y debió rendir cuentas ante ese Comité.

Algo muy similar ocurría en Marsella donde actuaban los comisarios de la Convención Barras y Fréron. Un año antes, Fréron se contaba entre los discípulos de Jean-Paul Marat, *El Amigo del Pueblo*. Pero desde aquella época había corrido mucha agua bajo los puentes y ya hacía tiempo que Fréron había llegado a la conclusión de que el dinero cantante y sonante tenía mucho más valor que las frases sonoras sobre la justicia. Barras y Fréron realizaban su misión en Marsella con una desvergüenza y un cinismo difíciles de encontrar en otras grandes ciudades de la República. Recluían a cientos, a miles de personas en las cárceles

y luego, a cambio de elevados sobornos, liberaban a los detenidos. Fréron y Barras se dedicaban a la malversación sin tapujos.

Joseph Fouché actuaba en Lyon utilizando los mismos métodos feroces. Consideraba que cuanto más despiadadamente aplicara el terror revolucionario tanto más se fortalecería su reputación de revolucionario leal. ¿Pero era en realidad revolucionario? Esa era la pregunta.

Jullien al verificar la actividad de Fouché en Lyon vio en ella sólo una cadena de crímenes. Fouché fue llamado con urgencia a París para rendir cuentas ante el Comité de Salvación Pública. Hábil, flexible, falso, trató de buscar las vías para granjearse la simpatía de Maximilien de Robespierre y para lograr su objetivo llegó incluso a adoptar las medidas más extremas: comenzó a cortejar a la hermana de Maximilien, a Charlotte Robespierre, con la esperanza de que si le ofrecía matrimonio lograría emparentarse con el poderoso Maximilien y de este modo aplacar su ira. Robespierre rechazó con desprecio todas las maniobras de Fouché y sin rebajarse a participar personalmente, exigió que el Club de los Jacobinos excluyera a Fouché y a Tallien de sus filas. En aquella época se sabía que la expulsión del Club de los Jacobinos implicaba casi automáticamente la comparecencia ante el Tribunal Revolucionario y en última instancia conducía a la guillotina.

Se puede suponer con precisión que en esos días de los últimos meses antes de su fin Robespierre estaba seguro del carácter nefasto y peligroso de la deformación del terror revolucionario. Pero por una cruel ironía del destino los crímenes y las acciones realizados por sus enemigos y adversarios le eran imputados a él. En última instancia Maximilien de Robespierre era el responsable de todo. Durante sus paseos nocturnos por el desolado París, al conversar con interlocutores casuales podía constatar cómo se maldecía a Robespierre por los crímenes, las represiones, los asesinatos y las arbitrariedades que en nombre de la Revolución cometían sus enemigos. Por lo visto, fue en ese período en que empezó la crisis espiritual que cada vez se incrementaba más y se hacía más fuerte en la conciencia de Robespierre durante las últimas semanas antes de su muerte.

En el discurso del 9 de julio de 1794 en el Club de los Jacobinos Robespierre señaló: “Eso que vemos cada día, eso que no nos podemos ocultar a nosotros mismos es el deseo de denigrar y destruir a la Con-

vención mediante el sistema del terror”.¹⁹³ Como vemos, no sólo se apartaba, sino que censuraba abiertamente la aplicación del terror a la que, a pesar suyo, había conducido la ley del 10 de junio.

Desde la difícil discusión, llena de malos presagios, de la ley del 10 de junio en la Convención, hasta el 8 termidor Robespierre no volvió a intervenir en las sesiones de ese organismo supremo de la República. Desde principios de julio dejó de asistir a las sesiones del Comité de Salvación Pública a causas de sus discrepancias con la mayoría del mismo. Los pocos documentos firmados por él durante ese período, por lo visto, se los llevaban a su casa de la calle Saint- Honoré. El nombre de Robespierre aún permanecía grabado en el frontón de la República; sus enemigos escribían con premeditación ese nombre con letras exageradamente grandes y en todas partes donde era posible, subrayando su primacía, pero en realidad ya se había apartado, ya no dirigía la marcha de la máquina estatal y trataba de participar cada vez menos incluso en los asuntos prácticos cotidianos.

¿Significa esto que ya antes de termidor Robespierre había perdido toda su influencia, no contaba con ningún apoyo, era un anacronismo viviente?

Por supuesto que no.

El pueblo con su certero instinto adivinaba la pureza y la nobleza de las intenciones del *Incorruptible*. Su desinterés, su pobreza, su convicción acerca de la justeza de su causa atraían hacia él a la gente sencilla. Contrariamente a lo que murmuraban las malas lenguas, su popularidad en el pueblo era muy grande.

Para el pueblo francés, para todo el país, para toda Europa, Robespierre era la encarnación de la Revolución. Cambon, uno de sus enemigos irreconciliables, reconoció con amargura que aquellos que no querían más que derrocar a Robespierre, en los hechos, “mataron a la República”.¹⁹⁴

La dictadura democrático-revolucionaria jacobina y su líder Robespierre contaban con el apoyo de los sans-culottes y del pueblo sencillo. Es

¹⁹³ *Ibíd.*, p. 203. Este problema también fue abordado por Robespierre en otras partes de su discurso del 9 de julio.

¹⁹⁴ M. Bouloiseau. Robespierre, p. 121.

verdad que la política del Gobierno jacobino, en virtud de su carácter contradictorio, con frecuencia afectaba los intereses económicos y políticos de las capas más pobres, generando el descontento de las mismas. Las indecisiones de varias secciones democráticas de París en la noche del 9 termidor fueron la causa de la aprobación temporal del golpe termidoriano por personas tan progresistas de la época como Gracchus Babeuf. No fue casual que la Comuna de París (que desde el punto de vista clasista representaba a las mismas capas plebeyas que antes de la primavera de 1794) y varias secciones de la capital se alzaran contra la Convención “legal” en defensa de Robespierre y de sus amigos. Tampoco fue casual el hecho de que Gracchus Babeuf, quien muy pronto se arrepintió de su posición errónea durante los días de termidor, más tarde, en 1796, reconociera el error que había cometido y viera en Robespierre y Saint-Just a sus precursores.¹⁹⁵

La tragedia de Robespierre consistió en que la gente pobre y él mismo, como jefe de esa gente, a pesar de sus intenciones y sus deseos, en la práctica trabajaron y lucharon no en aras de la felicidad general y del bien de la gente, como ellos pensaban, sino en favor de los ricos. Y llegó la hora en la que los ricos decidieron tomar el poder en sus manos.

Aproximadamente a fines de junio y principios de julio para Robespierre llegó el momento de ver claro. Comenzó a comprender que esa perspectiva de rápido acceso al régimen armónico de la felicidad general, a la República de la virtud y la justicia, que tantas veces les había esbozado a sus compatriotas, esa perspectiva fascinante, que impulsaba a las proezas se alejaba cada vez más. Los enemigos, las fuerzas del mal resultaron mucho más poderosas de lo que él había creído. Ya habían sido derrotados tantos enemigos, pero incluso los derrotados, como espíritus malignos, renacían y se mezclaban con los vivos para pinchar con sus agujones mortales a la República

Cada día Robespierre comprendía más clara y nítidamente que todo se desarrollaba de un modo diferente al esperado, deseado y calculado. Lo llamaban dictador, rector de los destinos de la República, lo consideraban un hombre que con un solo movimiento de sus cejas podía decidir el futuro del país de sus ciudades, de miles de personas. Saint-Just le

¹⁹⁵ Véase la mencionada carta de Babeuf a Bodson; A. Espinas. *La philosophie sociale du XVIII siècle et la Révolution*. Paris, 1898, pp. 257-258.

mostraba los informes que llegaban al buró de la policía del Comité de Salvación Pública ¡Dios! ¡Las cosas que se decían de la omnipotencia del dictador! Vadier y Amar casi todos los miembros del Comité de Salvación Pública, divulgaban ampliamente las denuncias de los agentes secretos, llenas de mentiras, calumnias, falsedades y todo tipo de injurias contra el “triumvirato” que gobernaba la República.

“¿Triumvirato?” “¿Dictadores?” Era una burla maligna. Ahora Robespierre se daba cuenta cada vez con más claridad de su impotencia; no podía hacer nada, absolutamente nada para modificar el curso de los acontecimientos. Lo llamaban “dictador”, “tirano”, “autócrata”, y él sólo era una astilla lanzada de un lado a otro por las olas del océano. Fuerzas muy poderosas, invisibles, ocultas en las sombras dirigían la marcha de los acontecimientos. ¿Dónde se ocultaban? ¿Quiénes eran? No se veían en ninguna parte, pero estaban en todos lados. Todas las disposiciones, todas las órdenes del Comité de Salvación Pública no llegaban a su objetivo: las envolvía una densa ciénaga de estancamiento, de sabotajes secretos, de resistencia latente. Nadie se oponía, nadie discutía; de palabra todos estaban de acuerdo, todos asentían, todos aprobaban. ¿Y en los hechos? En la realidad, en la práctica, todo transcurría de otro modo...

¿Cuándo había comenzado eso? Por primera vez la sensación de que las palancas ya no se subordinaban más a los movimientos de la mano se hizo notoria en primavera, cuando ellos, el Comité, Robespierre, Saint-Just, se enfrentaron al sabotaje secreto, a las discrepancias ínfimas, a las dificultades creadas artificialmente, a las dilaciones, a los sucesivos obstáculos que impedían la realización práctica de los decretos de ventoso. Pero en aquel período todo eso podía explicarse. Era la oposición a una política determinada: a la política igualitarista del Gobierno revolucionario. Y tanto él como Saint-Just, lo comprendían con claridad. Los grandes burgueses y propietarios, los ricos, no querían entregar la tierra a los desposeídos. Ellos, en general, se oponían a la política igualitarista: ¿Por qué no concentrar en sus propias manos la riqueza? ¿Por qué no multiplicar sus ingresos?

Por supuesto, ya entonces se hizo evidente que muchos en la Convención, en el aparato gubernamental y también en el Club de los Jacobinos — ¡ay!— se oponían a la realización práctica de los decretos de ventoso. Entonces eso aún se hacía con miles de precauciones, mirando

a los lados, imperceptiblemente, mediante un trabajo de zapa; entonces aún todos le tenían miedo a la férrea mano del Comité de Salvación Pública.

La lucha contra los hebertistas y los dantonistas, los procesos políticos de la primavera de 1794 eclipsaron todo lo demás. Paulatinamente las leyes de ventoso comenzaron a caer en el olvido.

Luego, ya en verano, cuando todos los adversarios habían sido derrotados, todos los enemigos, aniquilados; todas las voces “en contra” enmudecidas, cuando todos —en la Convención, en la Comuna de París, en el Club de los Jacobinos— votaban “a favor”, apoyaban y aprobaban la política del Comité, entonces se hizo sentir de nuevo esa fuerza invisible y oculta de la oposición secreta.

Era imposible ponerlo en duda. Lo peor era engañarse a sí mismo, no ver nada en derredor, hacer caso omiso de todo lo que ocurría al lado. Collot d’Herbois podía consolarse a sí mismo y a los demás con su fanfarronería pública, sus afirmaciones, cien veces repetidas, de que la Revolución obtenía una victoria tras otra. Desde que había eludido el puñal de Admirat y se había convertido casi en un mártir de la libertad, todo lo veía color de rosa.

Admitamos que sí. En los frentes de batalla los soldados de la República realmente obtenían victorias. ¿Quién se atrevería a discutirlo? ¿Acaso no retrocedían los ejércitos interventores? Después de Fleurus el mundo entero debía reconocer la fuerza y el poderío del ejército de la República. Ahora no eran los interventores, sino las fuerzas armadas de la Revolución las que se habían apoderado firmemente de la iniciativa militar y en todos los frentes eran los patriotas los que decidían el curso futuro de las operaciones militares.

Pero a la luz de estas victorias resultaba aún más penoso tomar conciencia del empeoramiento de la situación dentro del país. “El florecimiento de un Estado se juzga no tanto por sus éxitos externos como por su feliz situación interna. Si las pandillas son insolentes, si la inocencia tiembla, eso significa que la República no posee fundamentos sólidos.” Robespierre señaló esto en su discurso del 1 de julio de 1794 en el Club de los Jacobinos.

La gran victoria de Fleurus no lo encegueció. Resultaba indudable —y esto, probablemente, era lo principal— que los adversarios de la virtud

republicana, los enemigos del Gobierno revolucionario no disminuían, sino que aumentaban; se multiplicaban como los hongos después de la lluvia, surgían en todas partes. ¿De dónde procedían?

¿Quiénes eran esos enemigos poderosos que obstaculizaban el avance de los patriotas hacia la República de la felicidad general, anunciada por la constitución de 1793? Durante ese período Robespierre hablaba de ellos con frecuencia, utilizando términos ético-abstractos. Hablaba de las fuerzas del mal, del vicio, del delito, de la perfidia, hablaba de la “peligrosa coalición de todas las pasiones funestas, de todos los amores propios heridos, de todos los intereses opuestos al interés social”.¹⁹⁶ Esta amplia utilización de las categorías ético- morales correspondía plenamente al espíritu del pensamiento social del siglo XVIII. Pero no debe eclipsar, ni mucho menos ocultar, la profundidad con la que el pensamiento de Robespierre penetraba en la esencia de la lucha que conmovía a la República en el verano de 1794.

Por supuesto, Robespierre no podía pensar con los conceptos de nuestros días. Pero no podemos dejar de asombrarnos al ver cuán próximo estuvo de la verdad y con cuánta certeza definió el carácter de las fuerzas que representaban a los enemigos principales de la Revolución. ¿Quiénes eran esos peligrosos enemigos de los patriotas? Robespierre respondía: el bloque de todas las fuerzas hostiles a la Revolución. No utilizaba el término “bloque”, propio de una época posterior. Pero lo sustituía con éxito por otro concepto excelente: “la liga de todas las pandillas”. En el discurso del 7 de julio en el Club de los Jacobinos señaló: “La liga de todas las pandillas utiliza en todas partes el mismo sistema”.¹⁹⁷ Era el sistema del engaño y la mentira, de los juramentos hipócritas de lealtad a la Revolución, de las calumnias infames, las intrigas sucias y las insinuaciones pérfidas, ocultas tras las frases altisonantes, de la incitación de las pasiones fraticidas.

Los que estaban al servicio de los tiranos, los sucesores de Brissot, de Hébert y de Danton no se detenían ante ningún delito. “Trataban de disolver la Convención Nacional, de destruirla mediante la corrupción... Trataban de depravar la moral pública y acallar los generosos sentimientos de amor a la libertad y a la patria, expulsando de la República

¹⁹⁶ M. Robespierre. Oeuvres, t. X.

¹⁹⁷ M. Robespierre. Ob. cit., t. III, p. 200.

el sentido común, el heroísmo y el humanismo... Por último, cometieron pródigamente todos los delitos: las calumnias, las traiciones, los incendios, los envenenamientos, el ateísmo, la corrupción, el hambre, los asesinatos. Les queda una vez más el asesinato, otra vez el asesinato y luego nuevamente el asesinato.”

Esa lista acusatoria de los delitos de los enemigos, magnífica por su concentrada energía, culmina con una inesperada conclusión de Robespierre, llena de orgullo revolucionario: “¡Alegrémonos entonces y agradezcamos al cielo por haber servido a nuestra patria tan bien como para ser considerados dignos de los puñales de la tiranía!”¹⁹⁸

Pero nos hemos desviado un poco. En esa liga que unía a todas las pandillas había una fuerza rectora. Robespierre la distinguía con nitidez y la señalaba de manera directa.

En su discurso del 1 de julio en el Club de los Jacobinos, un discurso lleno de tristeza y de angustia, que anunciaba a plena voz el terrible peligro que amenazaba a la República, Robespierre nombró al grupo sedicioso que unificaba y cohesionaba a todas las fuerzas hostiles a la República. Era “la pandilla de los indulgentes”. “La pandilla de los indulgentes se ha mezclado con otras pandillas y es su sostén y su apoyo... Esa pandilla, que crece con los restos de todas las otras, une con un solo eslabón a todos los que han conspirado desde el principio de la Revolución... Ella pone en práctica ahora los mismos recursos que antes fueron utilizados por los Brissot, los Danton, los Hébert, los Chabot y tantos otros malhechores”.¹⁹⁹

Como es sabido, los “indulgentes” o los “moderados” eran los apodos que se les daba a los dantonistas. Robespierre puso de manifiesto una gran perspicacia al detectar dentro de ese multicromático y heterogéneo bloque a los dantonistas como fuerza rectora. Para él esto resultaba aún más difícil por el hecho de que quienes se presentaban como sus enemigos de primera línea no eran los dantonistas, sino los adversarios de estos últimos, los futuros “termidorianos de izquierda”: Billaud-Varenne, Collot d’Herbois, Vadier y otros. Los “indulgentes”, los dantonistas en esos momentos —después de la ejecución de Danton y

¹⁹⁸ *Ibíd.*, p. 183.

¹⁹⁹ *Ibíd.*, pp. 196-197.

Desmoulins— ya no tenían líderes relevantes. Pero su significado y su peso estaban determinados por el hecho de que eran representantes políticos de la nueva burguesía especuladora que encabezó la contrarrevolución burguesa.

A Robespierre en su análisis de las fuerzas que se oponían a la dictadura jacobina sólo le faltan las definiciones clasistas, pero especifica con tanta certeza y precisión el destacamento rector y de choque de ese heterogéneo conglomerado que parece que su pluma está a punto de ofrecernos esas definiciones clasistas. Califica de contrarrevolucionaria a esa pandilla de los “indulgentes” y subraya que su poderío ya se ha tornado peligroso para la Revolución. “Yo no me pronunciaría hoy en contra de esa pandilla si ella no hubiera llegado a ser tan poderosa que intentara obstaculizar las acciones del Gobierno”.²⁰⁰

De este modo, después de tantos sacrificios y esfuerzos, después de tantas brillantes victorias, después de haber derrotado y sumido en la inexistencia a todos los poderosos enemigos que trataban de frenar la revolución —Danton, Camille Desmoulins, Delacroix—, después de todo eso el suelo de Francia, empapado en sangre, se cubría de cardos y los canallas de todo tipo, los ladrones y los asesinos, los Fouché y los Tallien alzaban sus puñales envenenados contra la República jacobina.

El carácter de Robespierre no tenía nada del de Hamlet: ni las dudas que debilitaban su voluntad ni las vacilaciones torturantes. Él no hubiera exclamado: “ ¡Ah, pobre Yorik! Yo lo conocí, Horacio...” El pasaba junto a las tumbas de sus amigos y sus enemigos sin volver la cabeza. Era un hombre de acción. Es cierto que desde los años de su juventud hasta los últimos días de su asombroso destino se mantuvo fiel a su sueño principal: al sueño sobre el siglo de oro, sobre el mundo de la virtud, la igualdad y la justicia.

Hasta el fin de sus días fue un seguidor y un discípulo fiel de Jean-Jacques, y compartía la fe inextinguible, casi ingenua y semi infantil del gran filósofo en un régimen social mejor y más justo, que estaría cerca y podría ser alcanzado en la misma medida en que el hombre se aproximara a la eterna, maravillosa y verde naturaleza que lo rodeaba por todas partes. Pero a diferencia de su maestro, que hasta sus últimos días

²⁰⁰ *Ibíd.*, p. 196.

fue un soñador, Maximilien, que representaba a una generación nueva y diferente, ya no se conformaba con los sueños, sino que los convertía en acciones impetuosas, tenaces, llenas de incontenible energía.

El terrorismo del Comité de Salvación Pública, encabezado por Maximilien de Robespierre, era justamente la expresión del deseo de los líderes jacobinos de llegar por la vía más corta al mundo de la igualdad y la justicia, al mundo de la felicidad, muy cercano, eternamente verde, estrechamente unido a la naturaleza y basado en los “derechos naturales” del hombre.

Sólo era necesario tender el camino hacia ese mundo mejor, eliminar con mano férrea a todos los que obstaculizaran el avance hacia la felicidad. “Es necesario que el castigo sea tan rápido como el delito” estas palabras de Robespierre, que se hicieron tan famosas y que tanto miedo inspiraron a todos los que tenían motivos para temer, expresaban la esencia dinámica de ese deseo incontenible de tenderle al pueblo el camino hacia la felicidad.

Incluso durante las últimas semanas de su corta vida Robespierre siguió siendo el mismo. Nadie podía atemorizarlo ni desviarlo del camino. Al intervenir el 7 pradiar ante la Convención con una dura denuncia contra esa “gentuza de ambiciosos, intrigantes, habladores, charlatanes, bribones... estafadores, agentes extranjeros, contrarrevolucionarios e hipócritas que se interponían entre el pueblo francés y sus representantes con el objetivo de engañar al primero y calumniar a los segundos...” agregó serenamente: “Al decir estas palabras afilo contra mí los puñales, pero para eso las digo”.

Ahora su actitud ante la muerte era aún más indiferente y más despectiva que antes; ya hacía mucho que se había habituado a la idea de que inevitablemente su muerte sería violenta. “En nuestros cálculos ni siquiera estaba incluida la ventaja de una larga vida” —señaló con amarga ironía el 7 pradiar.²⁰¹ Esto explicaba su asombrosa intrepidez, que congelaba de miedo las almas de sus adversarios. “Los tiranos y sus servidores no tienen el poder de privarme de coraje”²⁰² —les lanzó despectivamente a sus enemigos en una de sus últimas intervenciones.

²⁰¹ *Ibíd.*, p. 183.

²⁰² *Ibíd.*, p. 199 (discurso del 1 de junio de 1794 en el Club de los Jacobinos).

Robespierre no era de los hombres a los que un Fouché, o un Barras, o cualquier otro de los chacales ávidos de sangre pudieran coger desprevenido. Su mirada penetrante percibía las maniobras envolventes y la labor de zapa de sus enemigos. Comprendió sin dificultad el juego sordido de Fouché, que buscaba obsequiosamente una conciliación con *El Incorruptible*, y logró expulsarlo del Club de los Jacobinos. Robespierre y Saint-Just disponían de datos sobre una conspiración que se ramificaba y se ampliaba cada vez más, así como sobre sus planes. Sabía que paulatinamente a esa conspiración se iban incorporando los adeptos de los dantonistas y los hebertistas, diputados de la Convención que por alguna razón se sentían humillados o temían un castigo merecido, los siempre callados diputados del “pantano”, relacionados directa o indirectamente con los nuevos ricos, con los especuladores y los comerciantes secretos. Sabía que las raíces de la conspiración eran más profundas y tenían su origen en la clandestinidad girondina.

XII

SEGÚN afirman casi todos los contemporáneos y los autores de memorias, el verano de 1794 fue sofocante y muy caluroso. Desde horas muy tempranas de la mañana hacía mucho calor, el cielo estaba despejado y sólo a mediodía comenzaba a cubrirse de nubes. Parecía que muy pronto se desencadenaría la tormenta, pero las nubes se dispersaban, el cielo se despejaba y la lluvia benigna y refrescante, tan esperada por la naturaleza y por los hombres, no llegaba.

Durante esos últimos meses Robespierre dormía mal. Por el día diferentes asuntos le impedían reflexionar, concentrarse; al atardecer se sentía extremadamente fatigado. Apenas oscurecía se dormía rápidamente. Pero el sueño era breve y a medianoche se despertaba. En esos momentos a su mente acudían las ideas en las que no había tenido tiempo de meditar durante el día. Se vestía, como siempre, meticulosamente y un poco a la antigua. En su apariencia seguía siendo invariablemente un hombre del viejo mundo: peluca empolvada, medias, lazo bien planchado —el señor de Robespierre. Con su enorme perro Brown, con el que se había encariñado de un modo especial durante esos últimos meses, daba sus paseos nocturnos por París.

¿Imitaba a su maestro Jean-Jacques Rousseau? ¿Repetía en esas condiciones tan poco propicias los “paseos de un soñador solitario”? Es difícil decirlo. De noche París estaba desierto, pero en cuanto despuntaba el amanecer ante las puertas cerradas de las carnicerías y las panaderías se formaban largas colas, todos trataban de llegar lo más temprano posible porque los alimentos escaseaban y alcanzaban sólo para los que estuvieran más cerca de las puertas cerradas. A las 8 de la mañana el carnicero abría las puertas y comenzaba a vender la carne de acuerdo a las normas establecidas. Una hora después la carnicería estaba vacía. Ninguna ley del Gobierno sobre los precios fijos, sobre las normas obligatorias de venta de alimentos podía garantizarle a París el abastecimiento necesario. La gente vivía mal.

Durante los paseos con su perro Robespierre se acercaba a alguna de esas colas (este término ya había hecho su aparición en aquella época y lo conocían todos los habitantes de la capital), se paraba en algún lugar al final y comenzaba a conversar con la gente que tenía a su alrededor. Todos maldecían al Gobierno revolucionario, que no podía garantizarle a la población la cantidad necesaria de alimentos, se quejaban de su difícil suerte, injuriaban a “ese Maximilien de Robespierre” culpándolo de todas las desdichas que se habían abatido sobre sus espaldas. Maximilien los escuchaba con atención, a veces hacía preguntas, pero nunca discutía.

Recorría con Brown (que no se separaba de su amo) el malecón desierto, atravesaba el Puente Nuevo hacia la orilla derecha, a veces se sentaba en algún lugar del solitario parque de las Tullerías, donde los pájaros, despertándose, comenzaban a gorjear y a veces paseaban parejas de enamorados. Sentado en un banco del desierto parque, erizándose por el benéfico pero breve frescor del alba, meditaba sobre el destino futuro del país.

El historiador no tiene derecho a componer o inventar los pensamientos que no han quedado registrados en ninguna nota o manuscrito. ¿Cuáles eran las reflexiones de Maximilien de Robespierre en ese último mes de su vida, durante sus largos paseos nocturnos por el París desierto o que comenzaba a despertar? La posteridad no llegó a conocer el objeto de sus reflexiones, de ese mudo diálogo interno consigo mismo.

En casa del carpintero Duplay notaban de inmediato la ausencia de Maximilien. Su amada Elizabeth Duplay, que seguía siendo su novia, se preocupaba por su prometido. Era un amor extraño, un amor para el que no alcanzaba el tiempo. Cuando Elizabeth le preguntaba a Maximilien cuando podrían, finalmente, vivir juntos, cuándo crearían un hogar, como lo haría cualquier mujer que anhela un matrimonio tradicional establecido a lo largo de los siglos, concebido para durar muchos años, Maximilien le respondía: Espera un poco, sólo un poco, la Revolución pronto vencerá. Y ella esperaba, esperaba aunque sólo fuera por el hecho de que no tenía otra solución, no podía proponerle ninguna otra cosa al hombre que adoraba. Sólo se preocupaba constantemente y desde lejos, tratando de pasar desapercibida, velaba por él.

Al amanecer Maximilien regresaba. Se sentía fatigado por esos largos paseos nocturnos y durante un breve rato volvía a conciliar el sueño. Brown se tendía a sus pies, escuchando con atención los sonidos procedentes del exterior.

En la literatura histórica se debate desde hace mucho acerca de las razones que motivaban esa extraña conducta de Robespierre durante sus últimos dos meses de vida y especialmente durante los días y las noches fatales de termidor. ¿Por qué aguardaba? ¿Por qué no desenvainaba la espada para asestar un golpe demoledor? ¿Qué había detrás de esa lentitud, de esas vacilaciones, de esa inactividad difícil de explicar?

Lamentablemente, los debates se referían fundamentalmente a las acciones de Robespierre el 8 y 9 termidor y no abordaban las seis semanas precedentes, estrechamente relacionadas con ellas.

Alphonse Aulard, y tras él Pariset, se inclinaban a ver la causa principal de la indecisión de Robespierre el 9 termidor en su respeto a la legalidad y su subordinación a la ley. Al entrar en conflicto con la mayoría de la Convención y con los comités Robespierre perdió el apoyo legal y los fundamentos constitucionales para continuar la lucha.²⁰³

Mathiez objetó esta explicación. Le resultó muy fácil destruir esta construcción lógica mediante la simple alusión a la actitud de Robespierre ante las insurrecciones populares del 14 de julio de 1789, del 10 de agosto de 1792 y del 31 de mayo al 2 de junio de 1793. Mediante estos ejemplos logró demostrar con facilidad que Robespierre no era, en modo alguno, un legalista, un esclavo de la legalidad. También refutó la versión de Aulard y Pariset mediante una rectificación muy convincente de la historia real de la conducta de Robespierre durante las horas decisivas de la noche del 9 al 10 termidor.²⁰⁴ Mathiez demostró que también durante las últimas horas de su vida Robespierre siguió siendo el mismo de siempre: un revolucionario de pies a cabeza.

Pero después de refutar con brillantez la versión de Aulard y de Pariset, en la que Robespierre aparecía como un legislador y un partidario de la

²⁰³ A. Aulard. Historia política de la Revolución Francesa. Traducción del francés. Moscú, 1938, pp. 601-605; G. Paris et. La Révolution, p. 242.

²⁰⁴ A. Mathiez. Robespierre á la Commune le 9 Thermidor. -Etudes sur Robespierre, pp. 185-213.

legalidad, Mathiez llegaba inesperadamente a la misma concepción que había refutado. En su opinión, los errores de cálculo y los fallos cometidos por Robespierre el 8 y 9 termidor se explicaban por el hecho de que *El Incorruptible* valoraba erróneamente la situación política. El consideraba imposible la coalición de sus enemigos: los terroristas de la Montaña y los moderados del “pantano”, que hasta esos momentos lo habían seguido. A juicio de Mathiez, Robespierre “conservaba su confianza en la Convención y ni siquiera se le ocurría pensar que ya no podría subir a esa tribuna en la que con su elocuencia tantas veces había logrado éxitos brillantes, no imaginaba que su voz sería acallada por la campanilla del presidente...”²⁰⁵

No podemos compartir esta opinión del destacado conocedor de la Revolución Francesa. Desde el 24 pradiar hasta el 8 termidor, es decir, durante un mes y medio, Robespierre no intervino ni una sola vez en la Convención. ¿Por qué? ¿Estaba enfermo? ¿No intervenía en ningún otro lugar? Los hechos refutan esa hipótesis. Durante ese período intervino en reiteradas ocasiones en el Club de los Jacobinos. Por consiguiente, evitaba de manera totalmente consciente y premeditada el primer auditorio y se dirigía al segundo. Si recordamos las vacilaciones y el silencio reprobatorio de la Convención durante sus discursos del 10 y el 12 de junio, la respuesta se impone por sí misma. Robespierre ya no confiaba en la mayoría de la Convención. No se equivocaba al valorar la conspiración que se estaba gestando contra su persona.

Oía las voces amenazadoras de sus enemigos. Un autor anónimo, que se nombraba diputado de la Convención, en una carta sin fecha le preguntaba en tono intimidatorio: “¿Pero serás capaz de prever, lograrás eludir el golpe de mi mano o de otros veintidós Bruto y Escévola tan decididos como yo?”

A sus oídos también llegaban las advertencias de sus amigos. Desde su natal Arras Buissart, el amigo de su juventud, le escribió: “Durante el mes que ha transcurrido desde que te escribí me ha parecido que estás dormido, Maximilien, y permites que asesinen a los patriotas”.²⁰⁶

Maximilien no dormía; veía y oía todo, pero no actuaba.

²⁰⁵ *Ibíd.*, p. 210.

²⁰⁶ A. Mathiez. *La politique de Robespierre et le 9 Thermidor expliqués par Buonarroti*.-Etudes sur Robespierre, p. 268, 279.

Ese hombre de acción, ese hombre de férrea voluntad y de energía indomable había perdido el espíritu activo que le caracterizaba. No actuaba porque había comprendido que la Revolución, a la que había unido su destino, ya no se subordinaba más a la voz de la justicia, de la conciencia, de la preocupación por el bien del pueblo. El líder del partido de la igualdad, como lo llamaba Buonarroti,²⁰⁷ comenzó a convencerse de que después de tantos sacrificios no eran la igualdad y la virtud las que triunfaban, sino los delitos, los vicios y la riqueza. Ya durante los primeros días del triunfo de los jacobinos Robespierre había escrito: “Nuestros enemigos son los hombres viciosos y los ricos”.²⁰⁸ Y ahora, un año después de la gloriosa insurrección popular del 2 de junio esos enemigos se preparaban para triunfar.

Ese estado de estupor en el que se sumió Robespierre durante las últimas semanas de su vida estaba motivado por la crisis profunda e incurable de la Revolución, era un reflejo peculiar del estupor que experimentaba la propia Revolución ante su muerte.

En su discurso del 9 de julio en el Club de los Jacobinos señaló: “Si la tribuna de los jacobinos ha enmudecido desde hace cierto tiempo no es porque a ellos no les quede nada por decir: el profundo silencio que reina entre ellos es el efecto de un sueño letárgico que no les permite abrir los ojos ante el peligro que amenaza a la patria”.²⁰⁹

Robespierre afirmaba que la Revolución estaba sumida en un letargo. Esa misma sensación experimentó su amigo y correligionario Saint-Just cuando aproximadamente en la misma fecha escribió: “La Revolución se ha congelado, todos sus principios se han debilitado, sólo han quedado los bonetes rojos sobre las cabezas de la intriga”.²¹⁰

A veces manifestaba todavía su confianza en el triunfo de los principios de la justicia, pero esa idea ya adquiriría un significado totalmente diferente al que tenía antes. Con anterioridad hablaba convencido del triunfo cercano de los grandes ideales de la Revolución. Ahora sólo admitía la victoria final de los nobles principios revolucionarios o la analizaba

²⁰⁷ Ph. Buonarroti. *Conspiración en nombre de la igualdad*, en ruso, 1.1.

²⁰⁸ A. Mathiez. *Etudes sur Robespierre*, p. 270.

²⁰⁹ M. Robespierre. Ob. cit., t. III, p. 202.

²¹⁰ Saint-Just: *Oeuvres complètes*. Paris, 1908, t. II, p. 508.

como una posible alternativa. “Declararle la guerra al delito es el camino que conduce a la tumba y a la inmortalidad; favorecer el delito es el camino que conduce al trono y al cadalso” —señalaba a principios de pradial,²¹¹ cuando aún no había perdido la esperanza de derrotar a los enemigos.

Más tarde sus ideas adquirieron un carácter abiertamente pesimista: “Sería mejor regresar a los bosques que disputar por los honores, la reputación y la riqueza; de esta lucha no resultarán más que tiranos y esclavos”.²¹²

El 8 termidor (26 de julio) Robespierre, ante la sala repleta de la Convención, subió a la tribuna. Todos presentían, más aún, sabían que con esa intervención comenzaba el combate decisivo entre la República jacobina y sus enemigos.

Pero la iniciativa de esta batalla no le pertenecía a Robespierre. No fue él quien eligió el lugar y el momento de su discurso. Se vio obligado a intervenir porque la Convención, ante una protesta de Dubois-Crancé, había decidido que los comités presentaran un informe sobre las acciones de Robespierre.²¹³ Su aparición en la tribuna de la Convención, en la que hacía un mes que no se le veía, fue hasta cierto punto, obligada.

Los historiadores, al analizar los acontecimientos del 8 y 9 termidor, le han prestado mucha atención a los errores cometidos por Robespierre en el curso de la batalla: sus acusaciones no estuvieron dirigidas contra personas bien definidas; no mencionó a nadie por su nombre y de este modo obligó a todos los diputados de la Convención a unirse en su contra; se mostró indeciso; su táctica no fue ofensiva; no coordinó su informe con Saint-Just y Couthon; no se mantuvo atento a las acciones de sus adversarios, etc.²¹⁴

Es posible que estas consideraciones contengan una parte de la verdad. Sin embargo, si analizamos más detalladamente sus últimas interven-

²¹¹ M. Robespierre. Ob. cit., t. III, p. 184.

²¹² Ibíd.

²¹³ *Discours prononcé par M. Robespierre á la Convention nationale dans la séance du 8 Thermidor* de Van II.

²¹⁴ A. Mathiez. *La Revolución Francesa*, en ruso, t. III, p. 194 y las siguientes.

ciones nos convenceremos de que el 8 y 9 termidor él no tenía la intención de librar el combate decisivo contra sus enemigos.

“No piensen que he venido aquí a formular alguna acusación; estoy dedicado a una tarea más importante y no asumo las obligaciones de otros; hay tantos peligros que nos amenazan directamente que este problema tiene sólo una importancia secundaria”.²¹⁵ Así habló al iniciar su discurso.

¿Era este sólo un procedimiento táctico destinado a adormecer la vigilancia de sus adversarios y granjearse la confianza de los miembros de la Convención? Es poco probable.

Basta comparar el discurso de Robespierre del 8 termidor con sus intervenciones del 22 y el 24 pradiar para constatar la gran diferencia que existe entre ellos. Los discursos de pradiar son concretos y tienen un fin: todo su contenido está subordinado a las tareas bien claras que el autor se planteaba. En el discurso del 8 termidor no existe esa claridad de objetivos: a veces resulta difícil determinar con precisión qué es, en concreto, lo que quiere el orador. Son necesarias las suposiciones. Por lo visto, al señalar que hay problemas más importantes que el de acusar a los culpables se refiere a la cuestión principal: al futuro de la República y el destino de la Revolución.

Si es que se puede comparar con algo el discurso del 8 termidor es con las intervenciones de Robespierre de 1789. La misma convicción profunda de la justeza de su causa, la misma indiferencia frente al modo en que el auditorio acogiera su discurso. Igual que en sus intervenciones del 89, el 8 termidor, por encima de las cabezas de sus oyentes, se dirigía a otro auditorio. ¿A quién? ¿Al pueblo francés? ¿A la posteridad? ¿A las futuras generaciones?

Quizás.

Era un discurso sobre el gran peligro que amenazaba a la Revolución. “¿Qué importancia tiene el retroceso de los satélites armados de los reyes ante nuestros ejércitos si nosotros cedemos a los vicios que destruyen la libertad social? ¿Qué importancia tiene para nosotros el triun-

²¹⁵ M. Robespierre. *Discours et rapports*, publ. par Ch. Vellay, p. 384.

fo sobre los reyes si somos derrotados por los vicios que nos conducirán a la tiranía?” ²¹⁶

Robespierre era un hombre con todas las pasiones y las debilidades propias del ser humano y no podía dejar de hablar de sí mismo: “Ellos me llaman tirano. ¡Si yo lo fuera ellos se arrastrarían a mis pies; yo los cubriría de oro, les garantizaría el derecho a cometer cualquier tipo de delito y ellos me lo agradecerían!” Su discurso estaba lleno de inspiración, hablaba casi como un profeta: “A la tiranía se llega con ayuda de los estafadores. ¿A dónde llegan los que luchan contra ellos? A la tumba y a la inmortalidad”. ²¹⁷

Advertía sobre la peligrosa conspiración que amenazaba a la República. Su prestigio aún era tan grande, su influencia seguía siendo tan decisiva, que este terrible discurso, que turbó y atemorizó a muchos de los presentes en la sala, fue recibido con una salva de aplausos.

Pero no se adoptó ninguna otra decisión más que la de publicar el discurso. Después de las protestas de Billaud-Varenne, Bentabolle y Charlier fue anulada la proposición, aprobada por la Convención, de enviar el texto del discurso a las comunas. Le sugirieron a Robespierre que nombrara a los diputados contra los que estaba dirigida su acusación. El se negó. Tampoco propuso ninguna otra solución.

Por la noche leyó ese mismo discurso en el Club de los Jacobinos. ¿Estaría ese discurso destinado en primer lugar a los jacobinos? En todo caso, tal como lo denota su texto, estaba dirigido más a ellos que a los diputados de la Convención.

A diferencia de lo que ocurrió en la Convención, donde después de los aplausos comenzaron las protestas contra el discurso, en el Club de los Jacobinos fue acogido con entusiasmo. Existe una versión según la cual Robespierre calificó ese discurso como su testamento antes de la muerte. Los jacobinos aplaudieron de pie al *Incorruptible*. “Beberé contigo hasta la última gota la copa de cicuta” —exclamó el célebre David. Billaud-Varenne y Collot d’Herbois, que trataron de protestar, fueron expulsados de la tribuna y de la sala.

²¹⁶ *Ibíd.*, p. 422.

²¹⁷ *Ibíd.*, pp. 396-397

¿Se preparó Robespierre para la lucha que debía reanudarse al día siguiente? No hay testimonios que lo confirmen.

Volvió a la calle Saint-Honoré a la casa de Duplay y durmió hasta la mañana. “Ese sueño le costó la vida” ²¹⁸ —escribió Louis Barthou. Pero esto es sólo una exageración del historiador. Toda la forma de actuar de Robespierre e incluso este último detalle demuestran que en esos días no buscaba un combate decisivo, trataba de evitarlo, su mente estaba ocupada en otra cosa.

¿En qué pensaba? ¿En el futuro? ¿En el mañana? ¿En la vida y la muerte? ¿En la muerte y la inmortalidad? ¿Quizás pensaba en los colores, imposibles de distinguir entre las densas tinieblas de esa sofocante noche de julio, en los tintes del alba que, aunque inminente, aún parecía infinitamente lejana?

Jamás lo sobremos.

Robespierre dormía, sin despertarse, la última noche antes del 9 termidor y Brown dormitaba a sus pies, moviendo las orejas y captando ciertos ruidos inquietantes que sólo él percibía. Mientras los conspiradores permanecieron reunidos durante toda la noche, elaborando el plan de sus futuras acciones. Como los chacales que meten el rabo entre las patas al oír el rugido del león, esos insolentes, que aún ayer hacían gala de su coraje, después del discurso de Robespierre se sentían desconcertados por el miedo. Barras, Fréron, Tallien, Rovére y sus cómplices eran responsables de tantos delitos que temblaban por el insuperable miedo animal que los dominaba. Ya veían el cuchillo alzado sobre sus cabezas. Pero todavía les quedaba tiempo, sus cabezas aún se mantenían sobre sus hombros. Ni siquiera se había hecho pública aún la lista negra de sus monstruosas fechorías y delitos. Eso lo haría Saint-Just al día siguiente —que él sabía todo nadie lo ponía en duda— y entonces ya nada podría salvarlos...

Entonces... Había que actuar.

Por lo visto, la primera alusión despectiva a la cobardía y a la impotencia de esos charlatanes fue hecha por una mujer. Thérèse Cabarrus, desde la prisión de mujeres de París, logró enviarle a Tallien una nota. Era breve y metafórica. “He tenido un sueño” —así comenzaba la nota.

²¹⁸ Louis Barthou. *Le Neuf Thermidor*. Paris, 1926, p. 81.

Thérèse relataba el contenido de su visión. Había soñado que sería ejecutada al día siguiente, pero si en el mundo en lugar de pusilánimes llorones existieran hombres de verdad todo podría cambiar.

Ese era, aproximadamente, el contenido de esa extraña nota, deliberadamente ofensiva.^{*} Quizás ella fue la primera que los impulsó a la acción. Esos ladrones, asesinos, malversadores, concusionarios, corrompidos, expoliadores, saqueadores, que aumentaban fortunas estafando a sus víctimas, seguían gozando todavía (¡todavía!, ¡quizás por último día!) de la alta investidura de representantes del pueblo, diputados a la Convención Nacional. No había título más ilustre en la República. ¡Cómo no tratar de aprovechar estas cartas de triunfo! Lo que estaba en juego eran las cabezas. Los perdedores deberían pagar con su cabeza.

Lograron sobreponerse al miedo que los paralizaba. Esos experimentados asesinos supieron actuar en la hora del peligro mortal. El silencioso o evasivo Fouché, surgido no se sabe de dónde, ató los cabos, unió con hilos invisibles las iniciativas aparentemente diversas, independientes, sin ninguna relación entre sí.

Se logró un total acuerdo con aquellos que se llamaban de izquierda: Collot d'Herbois, Billaud-Varenne, Vadier, Amar. Los adularon, se mostraron obsequiosos con ellos, les cedieron con gusto los primeros lugares.

Comportándose con la prudencia necesaria, supieron encontrar un lenguaje común, o dicho más cuidadosamente, lograron llegar a un entendimiento mutuo con personas tales como Carnot, Barrère y Cambon, diputados muy influyentes de la Convención.

Ahora los conspiradores buscarían la continuación del combate.

Este se reinició en la mañana del 9 termidor (27 de julio) en la repleta sala de sesiones de la Convención. En esos últimos días de julio en París hacía mucho calor. Desde la mañana el calor era bochornoso. Pero de todos modos, a pesar de esa atmósfera sofocante, la sala de sesiones, las galerías estaban abarrotadas de gente que esperaba en silencio.

Saint-Just subió a la tribuna sereno, seguro de sí mismo. Comenzó el informe con un tono frío y reservado: había subido a la tribuna para desenmascarar a los conspiradores y revelar todos sus delitos...

* La nota fue publicada por Ouvrard.

Collot d'Herbois presidía la sesión. Había participado en las reuniones nocturnas y era cómplice de la conspiración urdida en secreto. Antiguo actor profesional y autor de muchas tragedias y dramas que el repertorio teatral no ha conservado, no pudo sobreponerse al vanidoso orgullo por el papel realmente decisivo que ese día le asignó la historia. En esos momentos Collot d'Herbois todavía desconocía las consecuencias que para él mismo tendrían los acontecimientos de esa memorable mañana brumosa de julio y se esmeraba, con la sincera inspiración de un actor embriagado por su primer papel importante.

No permitió que Saint-Just pronunciara las palabras decisivas. Los conspiradores, actuando según el plan que habían preparado escrupulosamente de antemano, en la increíble atmósfera de confusión y ruido creada por ellos en la sala, se sucedían uno tras otro en la tribuna. Collot d'Herbois, abusando de sus atribuciones de presidente de la sesión, interrumpió la intervención de Saint-Just y le concedió la palabra a Billaud-Varenne, quien fue sucedido por Tallien. Manchado de la cabeza a los pies por la sangre de sus víctimas, acusado de malversación, soborno y robo, ese delincuente, ya excluido del Club de los Jacobinos, no comenzó a hablar de sus delitos, sino que con fingida indignación empezó a “protestar” contra la tiranía de Robespierre y Saint-Just, y la propensión de éstos al terrorismo. Los conspiradores se apresuraron a culpar de sus propios delitos a los dirigentes del Gobierno revolucionario. Robespierre trató inútilmente que le concedieran la palabra.

—Por última vez, presidente de los asesinos, exijo la palabra, exclamó Robespierre dirigiéndose a Collot d'Herbois. Pero este acalló su voz con la campanilla. Los cómplices nocturnos habían acordado, ante todo, no concederle de ninguna manera la palabra ni a Saint-Just ni a Robespierre.

Saint-Just seguía sobre la tribuna, puesto que no había podido hacer uso de su derecho a la palabra. Tampoco había podido leer el informe que había preparado. Sacudía entre sus manos las hojas que había escrito. ¿Por qué permitió tan fácilmente, sin discutir, que ese despreciable Tallien le negara con insolencia su derecho a la palabra? ¿Quizás esperaba que le llegara su turno? ¿Por qué tanta paciencia?

Jamás conoceremos las respuestas a estas preguntas. Con una sonrisa burlona y despectiva en los labios Saint-Just observaba esa representa-

ción meticulosamente preparada, esa farsa de mala calidad, en la que se podía predecir de manera inequívoca cada una de las acciones siguientes. Sobre la tribuna se sucedieron Billaud-Varenne, Vadier, Barère. Sus intervenciones fueron vagas y ninguno se decidió a decir lo principal; les faltaba valor para hacerlo. Sólo cuando un tal Louchet, un insignificante al que nadie conocía, desde arriba, quizás desde las galerías, demandó a gritos el arresto de Robespierre, la sala quedó estupefacta durante un instante. Reinó el silencio. Luego los conspiradores, mediante ruidosas exclamaciones y aplausos, en una situación de creciente caos y confusión, apoyaron con entusiasmo la propuesta de Louchet. Ese era su objetivo principal.

Más tarde Collot d'Herbois afirmó que la Convención votó esa proposición. Eso puede ser cierto o no. El famoso N° 311 del *Moniteur*, que fue el primero en relatar los acontecimientos del 9 termidor, no esclarece estos detalles. Más tarde Gérard Walter trató de comparar los testimonios del *Moniteur* con los datos del *Courrier de l'Egalité* y de otras fuentes,²¹⁹ pero estuvo muy lejos de ser el primero en intentar reconstruir un cuadro más completo de aquellos tristemente célebres sucesos históricos. Sin embargo, incluso después de ese estudio, respecto a ellos siguen existiendo aspectos imprecisos, contradictorios y confusos. ¿Pero acaso estos detalles tuvieron un significado esencial?

Por otra parte hay que admitir como algo perfectamente verosímil el hecho de que “el pantano”, que constituía la amplia mayoría de los miembros de la Convención y siempre seguía a aquellos que eran más fuertes, “el pantano”, que hasta el día anterior había aplaudido a Robespierre, el 9 termidor, después de todo lo ocurrido, se virara a favor de los enemigos del *Incorruptible*, e incluso que, en caso de necesidad, votara con ligereza contra él.

Ese día el sentimiento fundamental que determinaba la conducta de los miembros de la Convención era el miedo; el miedo unía y cohesionaba a toda la mayoría antirrobespierrista que se distinguía tan claramente en la sala. En esta partida, en la que estaban en juego las cabezas, la propuesta del desconocido Louchet fue aprobada de manera tan unánime ante todo porque significaba que las cabezas que caerían no serían las de ellos, las de los delincuentes y sus cómplices, las de toda esa banda

²¹⁹ *Moniteur*, N° 311; G. Walter. Robespierre. Paris, 1961, v. I, pp. 462-463.

de malhechores, que temblaba ante la perspectiva de tener que responder por todas sus fechorías y crímenes, sino las de sus acusadores.

Los conspiradores aplaudían y emitían fuertes gritos. No podían ocultar la alegría que los dominaba por haber logrado llevar a cabo con éxito esa operación increíblemente difícil, casi irrealizable. Su regocijo era enorme, igual que el de los piratas que se apoderan de un navío y envían al cadalso a aquellos que poseen las pruebas irrefutables de sus delitos.

Augustin, el hermano menor de Robespierre, declaró que compartiendo las virtudes de su hermano quería también compartir su suerte. “Exijo el decreto de acusación”. Esta exigencia fue satisfecha de inmediato. También fue decretado el arresto de Saint-Just, Couthon, Lebas. Ya antes se había decretado también el arresto de Hanriot y de Dumas, presidente del Tribunal Revolucionario.

“La República ha muerto. Ha comenzado el reinado de los bandidos” —dijo Robespierre al descender hacia la reja de la Convención.

Eran las seis de la tarde. El presidente declaró suspendida la sesión hasta las siete.

Pero en esa hora, en la que los conspiradores se convirtieron en los rectores de los destinos de la República, en sus dirigentes, en los intérpretes de la voluntad del pueblo, cuando sin ocultar su júbilo celebraban ruidosamente su victoria con una suculenta cena, mientras alzaban sus embriagadoras copas de vino, en esa hora de su triunfo y su éxtasis ocurrió lo imprevisible.

Ante todo, al Comité de Seguridad General, a disposición del cual habían quedado los arrestados, no le resultó fácil recluirllos en las cárceles. Robespierre fue enviado a la cárcel de Luxembourg, pero el jefe de la prisión, al enterarse de quién era el preso que le enviaban, se negó a recluirlo. ¿Encerrar a Robespierre en la prisión? ¡Jamás lo consentiría! Fue necesario trasladar a Robespierre al edificio de la Prefectura de Policía. Allí lo aceptaron, pero con todas las muestras del más profundo respeto. Algo similar ocurrió también con Couthon, con Saint-Just y con Lebas.

Pero lo principal no fue eso. El pueblo de París, los sans-culottes de la capital, la gente sencilla de los barrios populares, los soldados, los artilleros, al enterarse de lo ocurrido se alzaron en defensa de Robespierre

y sus compañeros. La Comuna de París, el Club de los Jacobinos y varias secciones declararon ilegales los actos de los conspiradores, que se escudaban con el nombre de la Convención, y llamaron al pueblo a sublevarse. El pueblo liberó a los líderes de la Revolución que se encontraban en diferentes lugares de reclusión y los trasladó, por separado, al edificio de la alcaldía, sede de la Comuna de París.

Fue una insurrección popular que surgió espontáneamente, sin dirigentes, sin ningún plan de acción (no podía haber plan puesto que la sublevación fue espontánea).

A pesar de que ya hace mucho que los investigadores, basándose en las fuentes originales, han intentado reconstruir el cuadro de estos cruciales acontecimientos, aún muchos aspectos de su desarrollo siguen siendo contradictorios, confusos y enigmáticos. El autor de estas líneas dispone de una gran cantidad de fotocopias de diferentes materiales documentales relacionados con los sucesos del 9 termidor tomados de los correspondientes expedientes del Archivo Nacional de París.²²⁰ Sin embargo, el estudio de estos documentos no disminuye, sino que aumenta la cantidad de aspectos incomprensibles y difíciles de dilucidar.

Durante toda la noche del 9 termidor los platillos de la balanza oscilaron inclinándose hacia una u otra parte.

Hubo un momento en que la balanza pareció inclinarse a favor del pueblo insurrecto. Hanriot, quien inicialmente había sido arrestado por los gendarmes, fue liberado por Coffinhal y comenzó a agrupar con rapidez a las fuerzas armadas. Los artilleros y la Guardia Nacional se pronunciaron contra los sediciosos de la Convención. La superioridad militar estaba claramente del lado del pueblo. Hubo un momento en que los conspiradores creyeron que todo estaba perdido para ellos. Durante la sesión nocturna a Barras, investido de plenos poderes, le comunicaron que Coffinhal, al mando de una numerosa columna de fuerzas armadas, avanzaba hacia la Convención. Efectivamente, Coffinhal, con el apoyo de las tropas leales, sin encontrar resistencia, avanzaba con rapidez. Pero en el último momento, en lugar de arrestar a los conspiradores, ya listos para dispersarse, se dirigió hacia el Comité de Salvación Pública,

²²⁰ Archives Nationales, F7.

lo ocupó, pero al no encontrar allí ni a Amar ni a Vadier, comenzó a buscarlos y luego ordenó a las tropas regresar a la plaza de la Alcaldía.

Se cometieron muchos errores, fallos burdos, pero lo principal fue que se perdió tiempo. Fleuriot-Lescot y Payan se sentían seguros en las maravillosas salas con altos techos decorados del edificio de la Alcaldía y perdieron mucho tiempo redactando llamamientos al pueblo. Pero en esas horas decisivas de la historia lo que hacía falta no eran llamamientos ni palabras, sino acciones. Miles, o quizás decenas de miles de personas —soldados, artilleros armados, miembros de la Guardia Nacional, sans-culottes, trabajadores— permanecían en la plaza frente a la Alcaldía, esperando la orden de pasar a la acción.

Los conspiradores no perdieron tiempo. Comprendían perfectamente que otra vez estaban en juego sus cabezas. Escudándose con el nombre de la Convención aprobaron una resolución que declaraba fuera de la ley a Robespierre y a sus compañeros. Ese acto bandidesco los liberaba de la necesidad de juzgar a los dirigentes del Gobierno revolucionario, que era lo que más temían. Para ellos lo más terrible era que Robespierre y Saint-Just tuvieran oportunidad de hablar y relatar la verdad.

Enviaron emisarios a todas las secciones burguesas de París, a todas las unidades militares que les eran leales.

Aproximadamente a las once de la noche en la sala de la Alcaldía se reunieron Maximilien de Robespierre, su hermano menor, Saint-Just, Lebas, Hanriot; más tarde fue traído Couthon. Los líderes revolucionarios estaban de nuevo en libertad, todos juntos, entre amigos, y en la plaza los defendía el pueblo.

Aparentemente los platillos de la balanza habían vuelto a inclinarse de manera brusca y la historia universal estaba a punto de realizar uno de sus virajes más vertiginosos.

Por lo visto, durante cierto tiempo Robespierre permaneció estupefacto. Pero cuando vio que el pueblo, guiado por su acertado instinto, había comprendido de qué lado estaba la verdad, se incorporó a la lucha, dispuesto a empezar todo de nuevo.

Se ha escrito que, supuestamente, durante sus últimas horas Robespierre se sintió atormentado por las dudas acerca de la legalidad de sus actos. Mathiez demostró de manera irrefutable el carácter infundado de

esas afirmaciones.²²¹ No era la Convención “legal”, sino esos líderes revolucionarios, declarados fuera de la ley por la misma, los que representaban a la Revolución en esas últimas horas de su existencia. Cuando hubo que firmar un llamamiento al ejército surgió la interrogante: ¿a nombre de quién firmarlo? “A nombre de la Convención, ¿acaso ella no está siempre donde estamos nosotros?” —exclamó Couthon. “No —respondió Robespierre después de una breve reflexión—, mejor será a nombre del pueblo francés”. Durante sus últimas horas de vida siguieron siendo los mismos de siempre: grandes revolucionarios, libres de todo tipo de dogmas jurídico-formales, para los que el nombre del pueblo francés estaba por encima de las instituciones constitucionales más prestigiosas.

Pero ya era tarde. A causa de una traición una de las unidades de las tropas contrarrevolucionarias penetró en el edificio de la Alcaldía e irrumpió en la sala donde estaban reunidos los líderes de la Revolución. El gendarme Merda con un disparo de pistola le destrozó la mandíbula a Robespierre. ¿Podían seguir resistiendo? Por lo visto, no tenía sentido. Así lo comprendieron los presentes en la sala. Lebas se pegó un tiro. El hermano menor de Robespierre saltó por la ventana, pero no se mató, sólo se lastimó. Todo había terminado.

Sólo Saint-Just permaneció pensativo e indiferente. Por casualidad su mirada se posó sobre una tarja de mármol, que adornaba una de las magníficas salas de la Alcaldía, que con letras de oro tenía tallado el texto de la Declaración de los derechos del hombre. Después de leer las primeras líneas (él se sabía de memoria también todas las siguientes) dijo con el mismo tono pensativo: “Pero a pesar de todo, esto lo hice yo...”

¡Se los llevaron a todos! Las salas de la Alcaldía quedaron vacías. Muy tarde por la madrugada estalló la tormenta que desde hacía mucho se aproximaba.

Al día siguiente, sin juicio previo, Robespierre y sus compañeros, tanto los vivos como los muertos, veintidós personas en total, fueron guillotinado en la Plaza de Gréve. Un día después, el 11 termidor, también sin

²²¹ A. Mathiez. Robespierre á la Commune le 9 Thermidor.-Etudes sur Robespierre, pp. 184-213.

juicio previo, fueron ejecutadas otras setenta y una personas. Se les acusó de formar parte del círculo de Robespierre.

Todo había culminado. La República había sido derrotada. Caía el telón. La tragedia romana había terminado.

Ahora empezaba una nueva representación, comenzaba una nueva pieza: la historia prosaica y trivial del dominio de los negociantes, los especuladores, los malversadores, los ladrones, los asesinos, las prostitutas, los falsificadores de monedas, los cazadores de millones ajenos, convertidos en señores importantes y venerables, que dirigían la nueva sociedad e incluso intentaban a veces impartir algunas lecciones de moral.

* * *

Nuestra narración se aproxima a su fin. Que me disculpe el lector si en lugar de un epílogo, de conclusiones fundamentadas y meticulosamente argumentadas, que resuman los resultados de los procesos históricos que hemos relatado en el presente libro, me permito evocar algunos recuerdos personales.

Nací y crecí en Leningrado. Allí fueron enterrados mi madre, mi abuelo, mis bisabuelos. Y aunque ya hace muchas decenas de años que no vivo en el lugar en que nací, continúo sintiéndome muy atado a él y de vez en cuando regreso a la ciudad con la que estoy íntimamente familiarizado y en la que todo me recuerda la lejana época de mi infancia y mi juventud.

Al igual que muchos leningradenses de la vieja generación, al llegar a esa ciudad, me alojo en un hotel y el teléfono de mi habitación permanece mudo. En esa ciudad ya no me queda ningún pariente, ningún amigo cercano. Tampoco existe ya el cementerio en el que fueron enterrados mis padres y mis antepasados. Cada vez que viajo a mi ciudad natal visito el cementerio Piska-rióvskoie y permanezco allí durante largo rato observando las largas filas de tumbas anónimas, en cuyas lápidas sólo figuran los años: 1941, 1942, 1943, 1944. Bajo estas lápidas yace todo aquello que estuvo relacionado con los años de mi infancia, con mi destino.

Al visitar Leningrado deambulo por las calles de mi lejana infancia y mi juventud. Y allí, al pasar junto a las casas de piedra que conozco tan bien y que no han cambiado a lo largo de las décadas, retorno mentalmente a los años pasados, a una época que jamás volverá.

Cuando estoy en Leningrado me ocurre algo extraño: la memoria me hace retroceder hacia los acontecimientos del primer año de Revolución. En agosto de 1918, varios meses después del triunfo del Gran Octubre, en Moscú, en el parque Alexandrovski, ubicado junto a las murallas del Kremlin, tuvo lugar una gran celebración. En cumplimiento de un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo firmado por Lenin sobre la erección de monumentos a la memoria de destacados revolucionarios del pasado, fue inaugurado solemnemente uno en honor al líder de la Revolución Francesa Maximilien de Robespierre.

El monumento al dirigente de la Revolución Francesa fue uno de los primeros erigidos en la capital de la joven República Soviética. En aquellos primeros meses del Poder Soviético, cuando ya había comenzado la guerra civil, cuando la República experimentaba una enorme escasez de todo —de pan, combustible, metal, armas—, el pueblo que combatía contra los enemigos no tenía bronce ni mármol para construir el monumento al gran jacobino. Tampoco había tiempo para erigir un monumento que perdurara durante siglos.

Transcurrieron algunos años y la imagen escultórica de Robespierre, hecha de un material poco resistente, comenzó a deteriorarse, y al cabo de poco tiempo quedó destruido. Hoy en día resulta imposible encontrar el monumento ni el lugar donde estaba situado.

Cada vez que visito Leningrado recuerdo ese efímero monumento a Robespierre en el parque Alexándrovski de Moscú. He aquí por qué.

Ya he dicho que al llegar a la ciudad de mi infancia y mi juventud recorro los lugares que me son en particular queridos. Si hoy ustedes visitan Leningrado —cuna de la Revolución Rusa— si recorren la avenida Liteini hasta el final, hasta las orillas revestidas de granito del Neva y doblan hacia la derecha podrán ver un gran letrero de esmalte azul que salta a la vista: Malecón Robespierre.

Malecón Robespierre... Ese nombre le fue otorgado en los primeros días de la Revolución, poco después de la insurrección armada de Octubre y lo ha conservado hasta nuestros días.

Cada vez que visito mi ciudad recorro el malecón Robespierre, a lo largo de las orillas de granito del Neva. También Usted, lector, puede hacer ese recorrido. No lo lamentará. Y si desde el malecón Robespierre contempla directamente a lo ancho del Neva, en la orilla opuesta verá los contornos bien definidos de la imagen escultórica de Vladímir Ilich Lenin sobre un carro blindado, con el brazo extendido hacia adelante.

Observe ese esmalte azul del letrero: Malecón Robespierre y el monumento a Lenin que se alza a lo lejos, del otro lado del Neva.

En esa asombrosa conjugación de nombres, grabados en la piedra y el metal de la ciudad revolucionaria, en ese mudo diálogo entre dos épocas tan diferentes Usted oirá la voz de la historia, percibirá el nexo vivo que une las épocas, el principio y el fin, que unen con hilos invisibles el lejano siglo XVIII y sus héroes al mundo nuevo que nació en el XX.

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2014

∞

